

Nuestro amor

No fue casualidad

Rose B. Loren

RBL

Nuestro amor no fue casualidad

Rose B. Loren



Todos los derechos reservados

Twitter: @rosebloren

Correo electrónico: rosebloren@gmail.com

www.facebook.com/profile.php?id=100004509678721

Imagen: 123RF

Maquetación: Valerie Miller

Corrección: Dana Roberts

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Copyright © 2017 Safe Creative: 1703281298294

*No es la necesidad, sino la
casualidad,
la que está llena de encantos.
Si el amor debe ser inolvidable,
las casualidades deben volar hacia él
desde el primer momento.*

(Milan Kundera)

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Otras novelas de la autora

Prólogo

Madrid, 15 de enero de 2010

Inma tenía veinticuatro años y una prometedora carrera de diseñadora de moda por delante.

Desde que era pequeña, le gustaba imaginar cómo serían los trajes de sus muñecas y, siempre que podía, le pedía a su madre algo de tela de cualquier ropa vieja para poder hacerles sus propios vestidos.

Fue una estudiante excelente, terminó su carrera de empresariales compaginándola con sus estudios de Moda en el IED^[1] de Madrid, siempre con unas fantásticas calificaciones y destacando entre los mejores de su clase. Realizando además varios cursos para seguir mejorando.

No había tenido mucho tiempo para romances, todo su empeño estaba puesto en ser diseñadora de moda, y había llegado el momento. Tras varios trabajos para algunos diseñadores españoles como becaria, su ambición era grande; por eso, siempre que podía, enviaba una copia de sus bocetos a las más prestigiosas agencias de todo el mundo. Después de varios intentos, un buen día recibió una llamada que cambiaría su vida: tenía una oferta de una firma de moda en Nueva York, un trabajo modesto, pero que le abriría más puertas que si se quedaba en Madrid.

Sus padres, María y Carlos, solo contaban con Inma, pues era hija única. Su madre tuvo complicaciones en el embarazo y posteriormente en el parto, por lo que habían decidido no arriesgarse a tener más hijos; por ello, cuando recibieron la noticia del posible trabajo en Nueva York, se sintieron un poco desilusionados y dolidos. La habían instado a que esperara un tiempo, a que formara ella misma una línea de moda en España, incluso la ayudarían económicamente; pero Inma quería triunfar por sí misma, ante todo era orgullosa y no deseaba la ayuda de nadie, aunque fuera la de sus padres.

María era una mujer de negocios, directora de una multinacional dedicada al diseño de páginas web. Carlos, comisario jefe de la comisaría del Distrito Centro de Madrid; ambos tenían unos buenos trabajos y deseaban lo mejor para su hija, pero la decisión que tomó Inma les rompió el corazón.

La fecha de su partida llegó. Un frío día en Madrid, Inma cogió un vuelo desde el aeropuerto de Barajas con destino al JFK de Nueva York.

Tenía los nervios a flor de piel, nunca se había separado de sus padres más de un mes; deseaba ser independiente pero, minutos antes de despedirse de ellos, el pánico se apoderó de ella y, por un momento, pensó en quedarse y hacer caso de sus sabios consejos; al fin y al cabo ella era joven e inexperta, ¿qué iba a hacer en un país extranjero a miles de kilómetros de su casa? Pero al final, tras las lágrimas de sus progenitores y de ella misma, cogió el equipaje de mano para embarcar en el avión con un solo objetivo en mente: regresar a Madrid siendo una de las diseñadoras de moda más famosas del panorama internacional, una gran ambición a cumplir.

Durante las primeras semanas en Nueva York, Inma no descansaba, se dedicaba a trabajar sin cesar; por el día en su actual trabajo, y por las noches seguía con sus bocetos, enviando copias a varias de las agencias de diseño más prestigiosas.

Vivía en un pequeño apartamento que había alquilado en Brooklyn. Pasaban las semanas y los meses como si fueran minutos, su vida la dedicaba única y exclusivamente a diseñar sus trabajos.

Los dos primeros años, trabajó para varios diseñadores importantes, pero una vez vio la oportunidad de establecerse por su cuenta, con un poco de ayuda del capital que al final había aceptado que sus padres le prestaran, Inma abrió un modesto estudio de diseño con su propia firma.

Ya había destacado en algún desfile, con uno o dos diseños, por lo que no le costó mucho hacerse un hueco en ese difícil mundo de la moda.

En un primer momento no tenía mucha clientela, mujeres de pequeños empresarios, gente con un nivel adquisitivo medio–alto que quería tener un estilo propio.

Hasta que un día, en su pequeño estudio, un joven con un aire distinguido entró preguntando por la dueña. Tenía acento argentino. La recepcionista acompañó al joven al despacho de su jefa.

En cuanto vio todo lo que allí tenía expuesto, supo que esa mujer sería sin duda la mujer que debía diseñar todo su vestuario; tenía estilo, fuerza y era lo que a él le gustaba. La moda era la única prioridad en su vida.

Y así fue como se conocieron Inma y Mauro, un joven argentino gay cuyos padres habían triunfado en Nueva York con su cadena de restaurantes.

Pasaron los meses y Mauro se convirtió en la mano derecha de Inma; la asesoraba en todo lo que podía, y es que el gusto de Mauro era exquisito. La ayudó a abrirse un hueco en el mundo de los famosos, gracias a que a los restaurantes de su familia acudían todos los días a comer multitud de estrellas de cine, grandes empresarios y gente poderosa de la ciudad.

Contando con la gran ayuda de Mauro, Inma se convirtió en una persona conocida diseñando trajes para la gente más famosa de todo Nueva York, Washington y Hollywood.

Capítulo 1

Febrero 2.016

Podría ser un día cualquiera en la apretada agenda de Inma, si bien era el primer día de la *Fashion Week* de Nueva York y el primer año que sus diseños desfilaban por dicha pasarela.

Habían pasado seis años desde que Inma había comenzado su andadura en el mundo de la moda en Estados Unidos. No había sido un camino de rosas, pero tras mucho esfuerzo y ese talento innato que poseía, Inmaculada Sánchez se había convertido una de las mejores y más jóvenes diseñadores de Nueva York. La mayoría de su clientela eran actrices, cantantes y mujeres de prestigiosos empresarios.

Por fin su sueño se estaba haciendo realidad, desfilan en la semana de la moda. Su firma era la cuarta en desfilan, «*Inma Sánchez*», y ella estaba junto a su gran amigo Mauro, ultimando los detalles de sus diseños y, sobre todo, de *sus chicas*, como ella llamaba a las modelos que desfilaban con sus trajes.

Su teléfono móvil sonó, pero en un primer momento lo obvió, al fin y al cabo seguramente fuese alguna de sus excéntricas clientas para que le consiguiera algún pase para el desfile o le diseñara algún modelito para verse resplandeciente cuando saliera en la gran pantalla.

Tras unos segundos, su teléfono volvía a sonar, y Mauro le agradeció que contestara, odiaba profundamente el tono de la melodía de su iPhone, que era el que venía por defecto, ya que Inma no solía preocuparse de esas cosas.

Cuando colgó el teléfono, su preciosa tez se volvió totalmente blanca y Mauro supo que algo malo había pasado. Pero era el momento de comenzar, era su turno y, con un gesto de «¿*pasa algo?*» con la cabeza, Mauro dio paso a la primera modelo.

Fueron pasando los minutos, que a Inma le parecieron horas, y cuando hubo terminado su turno, salió a la pasarela para agradecer

los aplausos que llevaba recibiendo durante el pase de todos sus diseños con la mejor sonrisa que pudo.

Una vez finalizado su desfile, se acercó a Mauro y le contó lo ocurrido; sus padres habían tenido un accidente. Su madre se encontraba en coma y su padre estaba siendo operado de urgencia, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Mauro hizo un par de llamadas, le consiguió rápidamente una limusina y un vuelo con destino a Madrid.

Durante el trayecto, Inma no paraba de repetirse que había sido una egoísta en lo referente al trato hacia sus padres, solo los visitaba en fiestas y en algunas otras ocasiones, siempre escasas y cortas, coincidiendo con algún desfile en Madrid, en los que habían pasado algunos días juntos. Llevaba unos años que ni siquiera lo hacía; sin decirles que los quería ¿y si ahora los perdía?

Al final, entre lágrimas, consiguió dormir unas horas y, a las tres de la madrugada, llegaba a Madrid con tan solo lo puesto y un neceser de mano que siempre llevaba consigo.

Cogió un taxi y se dirigió al hospital *Doce de Octubre*, donde se encontraban ingresados sus padres.

Cuando llegó a información y tras esperar su turno, su voz temblorosa preguntó a una mujer, más bien cansada y desganada, por el estado de sus padres.

Un hombre que estaba esperando cerca de la zona de información escuchó el nombre de Carlos Sánchez y se dirigió a ella.

—Señorita, discúlpeme, ¿es usted Inmaculada Sánchez? — dijo con una voz muy varonil. Ella, aturdida, no reparó en aquel hombre y asintió con la cabeza.

Lucas, que así se llamaba, llevaba horas esperando a que alguien le informara del estado de su jefe y de su mujer; como no se trataba de un familiar directo, siempre le indicaban que debían darle las noticias única y exclusivamente a su familia.

—Perdone mi intromisión, mi nombre es Lucas, Lucas Samaniego, soy inspector de la comisaría donde trabaja su padre. Me informaron del accidente y he venido en cuanto he podido, pero nadie me dice nada al respecto.

Inma, que parecía oírlo pero no escucharlo, solo quería saber algo de sus padres, no paraba de andar de arriba abajo en la sala de espera. Él, por su parte, seguía hablando de que llevaba más de cuatro años trabajando con su padre, codo con codo, que Carlos era como un padre para él, pero Inma no le hacía ni caso, estaba como en trance.

Por fin, y tras más de media hora de espera, un médico salió preguntando por los familiares de Carlos Sánchez. Inma se incorporó rápidamente del asiento que había tomado hacía escasos minutos, tras haber recorrido la sala de espera por lo menos cuarenta veces, y se acercó al doctor.

—Yo soy su hija —indicó con la voz entrecortada.

—Muy bien, señorita; su padre ha sufrido un accidente muy grave, ingresó con múltiples fracturas en brazos y piernas, además de una fuerte contusión en la cabeza. Lo hemos operado de urgencia tras hacerle un escáner cerebral, pues el hematoma subdural estaba oprimiendo la masa del cerebro. Afortunadamente, todo ha salido bien y se encuentra en la unidad de cuidados intensivos. Una vez que despierte, tendrán que operarlo del resto de traumatismos.

—Gra... gracias —consiguió decir Inma.

—De nada, señorita, es nuestro trabajo.

—Perdone, doctor, ¿podría decirnos algo sobre el estado de María Guerra, la esposa del señor Carlos? —preguntó la voz masculina que había estado oyendo durante casi una hora Inma.

El médico se acercó a Lucas y le susurró que se encontraba en coma, que había tenido que ser reanimada en dos ocasiones a consecuencia de repetidas paradas cardíacas, y que en breve uno de sus colegas les informaría de su estado, ya que él era neurólogo.

—Cuide de su novia —comentó el médico, interpretando que eso era lo que eran—, no tiene muy buena cara y ahora lo necesita más que nunca. —Finalizó y se despidió sin dejar a Lucas explicarse, regresando por la puerta por la que escasos minutos antes había salido.

Tras un largo silencio, Lucas volvió a acercarse a Inma, que no se había movido del lugar donde se había instalado desde el mismo

momento en el que había oído el diagnóstico de su padre y, tras un breve apretón en el hombro, la cogió por el brazo, dirigiéndola hacia los asientos.

Estaba como petrificada, su cerebro se había parado tras escuchar las palabras susurradas por el doctor a Lucas sobre el estado de su madre.

Él no sabía qué hacer ni qué decir, no conocía a la preciosa mujer que tenía delante, solo las maravillas de las que hablaba su padre, que eran muchas. Se paró a observarla, era preciosa; no debía tener más de treinta años, delgada, metro sesenta y cinco de estatura; sus ojos, color verde azulado, con lágrimas a punto de asomar, se habían intensificado, y poseía una hermosa melena castaña. Se la veía delicada, aunque irradiaba una sofisticación que él nunca había conocido en una mujer.

Por un momento, dudó si entablar otra conversación, aunque se había percatado de que, con anterioridad, ella no había escuchado nada de lo que le había dicho. Aun así, se plantó delante de Inma, se bajó un poco para estar a su altura, posó sus grandes dedos sobre su barbilla y la levantó lentamente hasta que sus ojos quedaron enfrentados. En ese momento, Inma se percató del hermoso rostro del hombre que había estado oyendo como una voz en *off*; piel clara y pelo moreno, barba de dos o tres días, una nariz perfecta y ojos grises, y por un segundo se perdió en la intensidad de su mirada.

—Sé que antes no me has prestado mucha atención, y lo entiendo, pero es tarde y, sabiendo que has viajado desde Nueva York, deberías descansar; yo me quedaré aquí y esperaré la evolución de tus padres. Te prometo que te llamaré si me das tu número. Estas son las llaves de mi casa. —Le cogió su mano y se las depositó; una vez hecho esto le cerró el puño y se incorporó —.Ve a descansar, ahora salgo contigo y le indicó al taxista la dirección.

—No...no...no... puedo irme. —Le temblaba la voz.

—Debes descansar, aquí no hay mucho que podamos hacer.

—Pero necesito saber cómo está mi madre —dijo con la voz todavía entrecortada.

Lucas iba a intentar persuadirla otra vez para que se fuera cuando una mujer salió de la misma sala de la que con anterioridad lo había hecho el médico que los había atendido; se acercó a ellos y les explicó:

—Imagino que ustedes son los familiares de María Guerra. — Ambos asintieron y esta prosiguió—. La paciente ha ingresado en este hospital con varios traumatismos, rotura del bazo y daños en el pulmón derecho; cuando estábamos operando, ha entrado en parada y hemos tenido que reanimarla en dos ocasiones; se encuentra estable pero está en coma. Ahora mismo solo podemos esperar hasta que, mañana por la mañana y tras varias pruebas, valoremos de nuevo su estado. Les recomiendo que vayan a descansar. Por favor, dejen en admisión los números de teléfono en los que podamos localizarlos, por si se produjera algún cambio en su estado durante el transcurso de la noche.

—Gracias —asintió Lucas.

Cuando la cirujana se dirigía otra vez a la sala por donde había salido, Inma se le acercó y le preguntó:

—¿Podría verla?

—Dos minutos; solo puede pasar una persona, acompáñeme por aquí, por favor.

Lucas hizo una seña con la cabeza a Inma, confirmándole que fuera, él esperaría.

Tras pasar por unas salas detrás de la doctora, esta habló con la enfermera y la dejó pasar.

—Póngase esta bata, el gorro y los patucos, por favor, y acompáñeme —le indicó la enfermera—; solo puede estar unos minutos, en esta sala no permitimos el acceso durante mucho tiempo. Le anticipo que su madre está conectada a bastantes máquinas, puede que sea un poco impactante verla en ese estado. —Y, tras esa información, la acompañó hasta la puerta de la UCI, dirigiéndola hasta la cama en la que se encontraba su progenitora.

Cuando Inma vio el estado de su madre, miles de lágrimas se derramaron en un instante; era bastante fuerte, no solía llorar, pero ver a una mujer de cuarenta y ocho años que siempre causaba excitación en el género masculino cuando transitaba por las calles

de Madrid en aquel estado, conectada a varias máquinas y con la cara amoratada y muy hinchada, provocó una gran desdicha en la joven, que no pudo más que besar a su madre en la mejilla y salir corriendo en silencio.

Cuando le preguntó a la enfermera si podía ver a su padre, esta le dijo que el doctor había indicado que no se permitían visitas hasta que despertara de la anestesia, por lo que acompañó a Inma a la salida en silencio y le estrechó el hombro en señal de ánimo, cosa que la joven agradeció con una leve sonrisa.

Tras regresar a la sala de espera con la cara llena de lágrimas, Lucas se acercó a ella lentamente y la acompañó a la salida sin mediar palabra.

En un primer momento, ella se resistió, pero después pensó que lo mejor era descansar y acudir al hospital por la mañana, como le habían indicado los médicos.

Ya en la salida y un poco más repuesta, Inma se dirigió a Lucas y le señaló:

—Creo que debería buscar un hotel, te agradezco todo lo que has hecho por mí y por mis padres hoy, pero no quiero causarte más molestias; te pido perdón por lo que te voy a decir, no te conozco de nada y necesito estar sola ahora mismo.

Lucas sintió una punzada en el estómago con las palabras que Inma le había dicho, no había tenido ninguna expectativa, pero por alguna razón sentía que quería pasar la noche junto a ella. Él mismo no entendía sus motivos, pero su corazón le instaba a que la persuadiera de sus palabras; además, parecía tan frágil que temía que pasara toda la noche llorando y no pudiera descansar ni un minuto.

Por ello y sin hacer caso de las palabras de la mujer, la cogió de la mano y la dirigió a paso veloz hasta su coche. Inma, muy enfadada y sin entender muy bien lo que Lucas estaba haciendo, intentó soltarse de su agarre, pero todos sus esfuerzos fueron en vano; entre que hacía horas que no comía nada y que tras la noticia y el posterior disgusto casi no se tenía en pie, al final se rindió a aquel hombre y se dejó hacer.

Lucas abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir. Por su parte, Inma no había vuelto a abrir la boca, su estado de ánimo cada vez era peor, por lo que se montó en el coche también en silencio; cuando el joven entró y arrancó el vehículo, no se molestó en preguntar a dónde la llevaba. Pasados unos minutos, Inma se acomodó en el asiento y cerró los ojos.

Cuando Lucas llegó a la puerta del garaje, tras abrirla con el mando a distancia que sacó de la guantera, se percató de que la joven se había quedado dormida; aparcó rápidamente en su plaza, bajó del coche y abrió la puerta del copiloto lo más delicadamente posible; le desabrochó el cinturón de seguridad y la tomó entre sus brazos.

Inma pareció despertarse, pero se enganchó con sus brazos al cuello de Lucas y no abrió los ojos en ningún momento.

Él, que empezó a aspirar el dulce perfume de la muchacha con un toque afrutado, comenzó a andar lentamente para que no se despertara, mientras se iba imaginando lo maravilloso que sería compartir cama y algo más con ella. Llegó hasta el ascensor, introdujo la llave como pudo para que bajara y se adentró en un instante.

Su apartamento se encontraba en el cuarto piso, por lo que tras pulsar el botón, su mente se quedó en blanco y, por un momento, se dejó llevar por el cuerpo de aquella preciosa mujer que tenía entre sus brazos y que olía de maravilla.

Cuando llegaron a su planta, las puertas del ascensor se abrieron y Lucas cogió las llaves del bolso de Inma como pudo, pues se las había entregado en el hospital minutos antes de que apareciera la doctora; abrió la puerta y se encaminó rápidamente a su habitación. El apartamento constaba de dos habitaciones, solo la suya disponía de una cama y dejó a la muchacha en ella. Comenzó a desnudarla, primero los zapatos, después la incorporó un poco, se deshizo del abrigo, después la americana, la blusa y por último la falda. Se quedó petrificado, llevaba una camiseta totalmente de encaje, un sujetador y una braga a juego, las medias hasta el muslo con liguero. Era la mujer más sexy que había visto en toda su vida.

Tras varios minutos observando a la hija de su jefe, era lo que se repetía una y otra vez en su cabeza, comenzó a sentirse excitado. Verla en ropa interior y desprendiendo ese cautivador aroma afrutado solo hacía que empeorara la situación. Lucas abrió la cama, le quitó las medias y la metió dentro, tapándola casi hasta el cuello.

Por un momento tuvo ganas de meterse a su lado, pero después optó por darse una ducha para bajar su excitación; se puso unos pantalones de pijama, una camiseta ajustada y se dirigió al salón, no sin antes coger del altillo del armario una almohada y una manta.

Capítulo 2

Cuando miró el reloj eran las cinco de la madrugada, se acostó en el sofá e intentó quedarse dormido, pero por alguna extraña razón no podía conciliar el sueño. ¿Qué le estaba pasando? Él nunca había tenido problemas de insomnio, sino todo lo contrario, era meterse en la cama y caía rendido.

Pensó que se debía a todo lo acaecido a lo largo de ese día; la llamada de un compañero indicando que su jefe había tenido un accidente, la espera de horas en el hospital para saber el estado del matrimonio y conocer a Inma, esa mujer que, en cuanto la vio, provocó que su corazón latiera de una manera diferente. ¿Que tenía ella? Nunca había sentido nada igual por una mujer, sus relaciones de pareja eran más bien de una noche, aunque con alguna que otra había repetido. Tenía relaciones sexuales con bastantes mujeres, pero la punzada en el corazón cuando la vio, nunca antes la había sentido con ninguna otra, y ahora tenía a esa mujer en su casa, en su cama, casi desnuda, solo con esa ropa de encaje rojo burdeos que transparentaba más de lo que tapaba; su corazón latía acelerado con solo recordarlo.

Quería acercarse a ella, tocarla, besarla y mantener una tórrida noche de pasión, pero su mente le decía que no debía hacerlo. Seguía pensando en Inma cuando oyó una voz femenina cerca de él:

—¿Pero tú estás enfermo? ¿Qué pretendías dejándome semidesnuda?

Lucas se incorporó rápidamente del sofá y vio a Inma envuelta en la sábana con cara enfadada.

—Escucha —le indicó con voz nada convincente—, estabas dormida, te he bajado del coche y te he subido hasta mi apartamento. Pensé que estarías más cómoda sin la ropa, nada más.

Pero Inma lo miraba ceñuda.

—Si te resulta más cómodo, te puedo dejar algo de ropa para que duermas —dijo este rápidamente.

—No necesito ropa, lo que quiero es irme a un hotel, te dije que no quería venir a tu casa, ¿estás sordo o qué? —Lo increpó con tono hostil.

—Te dormiste en mi coche, no podía dejarte en un hotel y tampoco quería despertarte. Además, eres la hija de mi jefe y mi deber es cuidarte —afirmó, no muy convencido de sus últimas palabras.

Inma estaba débil y, por un momento, sus piernas le temblaron, a punto estuvo de caer si no hubiera sido porque, en ese momento, Lucas la cogió y la sujetó.

—Gracias —comentó—, siento haberme comportado así contigo, pareces un buen hombre, pero...

No siguió hablando, Lucas la sentó en el sofá y se dirigió rápidamente a por un vaso de agua.

—Toma, bebe un poco, te sentará bien, voy a buscar algo para que te pongas. Por cierto, ¿tienes hambre? Puedo prepararte algo si quieres.

Inma asintió y el joven salió del salón dejándola envuelta en la sábana, con aspecto agotado.

Cuando Lucas regresó con una sudadera, unos calzoncillos tipo bóxer, un sándwich y un plato en la mano, Inma se había vuelto a quedar dormida en el sofá, estaba exhausta. Él no sabía qué hacer, por lo que optó por tapparla con una manta y comerse el sándwich que le había preparado, puesto que también llevaba horas sin probar bocado alguno.

Cuando terminó y dejó el plato en la cocina, dudaba de nuevo entre acostarse en la cama o quedarse al lado de Inma.

Optó por la segunda opción, se acomodó en un sillón y por fin se quedó dormido, observando a la bella mujer que tenía enfrente.

A las siete de la mañana, el iPhone de Inma comenzó a sonar. Lucas creyó estar oyendo la horrible melodía que tenía su jefe en el móvil, *Apertura* se llamaba, y es que él tenía también ese modelo de teléfono, pero odiaba con todas sus fuerzas dicho tono.

El teléfono seguía sonando e Inma no parecía percatarse de la llamada, por lo que Lucas se levantó decidido a apagar el aparato, aunque cuando lo sacó de su bolso, vio en la pantalla la foto de un hombre y su nombre, Mauro; su corazón se detuvo al instante. ¿Por qué sentía celos de ese tal Mauro?, no lo conocía, ni siquiera a Inma.

Sabía por su padre que no estaba casada, pero lo que desconocía era que tuviera novio o pareja formal; pero qué iluso había sido, una mujer como ella, estaba claro que debía tener pareja.

El teléfono seguía sonando en las manos de Lucas y este dudaba si descolgar o no. Cuando por fin decidió hacerlo, antes de que Inma se despertara, el móvil dejó de sonar.

Lucas estaba aturdido y celoso, no tenía nada que ver con aquella mujer y no entendía el porqué de su reacción; perdido en sus pensamientos, el teléfono volvió a sonar y lo sacó de su estado absorto. Era otra vez Mauro, y rápidamente descolgó sin saber muy bien qué decir.

—¿Dígame? —contestó con voz baja para no despertar a Inma.

Al otro lado no se oía nada, parecía que se había cortado la llamada. Lucas volvió a insistir.

—¿Hay alguien al otro lado? ¿Mauro? —preguntó sin más.

Mauro, que estaba nervioso intentando hablar con su mejor amiga, se había quedado sin habla al escuchar esa voz tan varonil y sensual. Estaba confundido, ¿quién era ese hombre que había contestado al teléfono de su amiga? Con un hilo de voz entrecortada y un acento que a Lucas le pareció gracioso, dijo:

—Mauro al aparato, ¿quién es usted y qué hace con el celular de Inma?

—Hola Mauro, mi nombre es Lucas, soy amigo de la familia de Inma, imagino que llamas para saber cómo se encuentran.

—Sí, llamo para ver qué tal están todos, y vos, ¿podría pasarme con ella? —señaló un poco irritado marcando su acento argentino.

Lucas notó el enfado y supuso que estaba en lo cierto, que era su novio y estaba molesto por haber respondido a la llamada.

—Discúlpame, pero en estos momentos está descansando, hemos tenido una noche bastante movida y al final nos acostamos a las cinco de la madrugada. No sé si sabrás, pero aquí son las siete de la mañana.

Lucas no sabía el porqué de su actitud, pero decía las cosas de una forma para que parecieran otras. Por su parte, Mauro no se había percatado de la diferencia horaria, allí eran las diez de la noche; se encontraba tan cansado tras el duro día de la inauguración de la semana de la moda que tampoco era consciente del tono en el que estaba hablando a Lucas.

—Bien, pues podría decirle vos a Inma que, cuando pueda, y teniendo en cuenta la diferencia horaria que usted ha mencionado, haga el favor de llamarme. Gracias caballero, buenas noches. —Y cortó la comunicación.

Lucas se quedó un poco sorprendido por el tono en que lo había tratado, supuso que estaba celoso por la forma en que había hablado de Inma y él juntos, así que dejó el móvil a un lado y decidió echarse un rato, esta vez en su cama, pues el sillón era muy incómodo.

Inma seguía descansando semidesnuda en el sofá de Lucas ajena a esa lucha de machos que acababa de acontecer, pero una pesadilla de repente la despertó y, cuando abrió los ojos, no sabía muy bien dónde se encontraba.

Se levantó del sofá, vio la sudadera y el bóxer que había dejado Lucas en una silla, al lado del sofá, y en ese momento se situó.

Inmediatamente se puso dicha ropa y, sigilosamente, se dirigió a la cocina, tenía un hambre atroz. Abrió el frigorífico y vio que estaba lleno de comida, alguna envasada y etiquetada. Supuso que Lucas tendría una persona que se ocupaba del apartamento o una madre muy preocupada porque su hijo comiera bien. En ningún momento pensó en que podría tener una pareja que también hiciera esas cosas, pues entonces no la habría llevado a su casa y desnudado de esa forma; ella podría aparecer y pensar lo que no

era. La verdad era que no sabía qué coger, le daba un poco de miedo comerse la comida sin haber sido invitada y que él se molestara por ello, así es que optó por tomar una manzana y hacerse un café. Se lo tomó y se comió la fruta en la cocina sin hacer el más mínimo ruido, no quería despertarlo.

Una vez hubo terminado y recogido todo lo que había ensuciado, depositándolo en el lavavajillas, se encaminó otra vez al salón. Estaba agotada, pero el sofá no era de los más cómodo, por lo que se dirigió a observar el apartamento donde se encontraba. Un salón bastante amplio sin apenas decoración, una gran foto de la Orla de la Academia de Policía era el único adorno en la pared de la estancia; había un pequeño aseo y otra puerta que supuso que era otra habitación, pero al estar cerrada no se atrevió a abrirla. Se dirigió a la habitación principal y allí observó durante unos minutos a aquel hermoso hombre.

La camiseta era muy ceñida, marcaba a la perfección su maravilloso cuerpo, sus pectorales, sus abdominales y sus fuertes brazos. En su profesión conocía a hombres guapísimos con cuerpos perfectos, pero él tenía algo especial, no sabía lo que era pero la atraía de una manera diferente.

Inma solo había tenido una relación duradera, aunque no había sido satisfactoria, pues siempre anteponía su trabajo a su vida sentimental. Había estado con varios hombres y modelos espectaculares, pero Lucas era diferente. Seguía observándolo cuando este de repente se dio la vuelta y se despertó, pillándola *in fraganti* con la mirada en su cuerpo.

Ella no sabía qué decir, pues la sonrisa de Lucas hacía que sus mejillas se pusieran aún más coloradas de lo que ya estaban.

—Buenos días, creo que la sudadera te queda mejor que a mí.

—¡Hola! Necesitaba darme una ducha y, como he visto que en el otro aseo no hay, estaba esperando a que despertaras para que me dijeras dónde podría hacerlo —apuntó para intentar disimular su actuación al haberse quedado ensimismada, mirándolo.

—Por aquí —le indicó—, la verdad es que mi apartamento es bastante pequeño, pero para un *single*, como yo, cuanto menos sitio que limpiar mejor —rio al terminar la frase.

A Inma le hizo gracia la palabra y también sonrió con su comentario. Cuando se hallaron en la puerta del baño, Lucas le abrió y le hizo una reverencia para que entrara, lo que le pareció muy caballeroso y le guiñó un ojo.

«¿Pero qué estás haciendo? —se regañó mentalmente a sí misma—, tus padres en el hospital y tú tonteando con un hombre que acabas de conocer, que además es compañero de tu padre, la verdad es que te estás superando».

Seguía con sus reproches y mirándose la desastrosa cara en el espejo, tenía todo el rímel extendido por la cara debido a las lágrimas que había derramado en el hospital.

Asomó la cabeza por la puerta hacia la habitación y le preguntó a Lucas:

—¿Podrías decirme dónde tienes las toallas?

Enseguida se encaminó hacia el baño, abrió la puerta que hasta ahora sujetaba la joven para indicarle dónde estaban y, por un momento, sus cuerpos se rozaron y ambos permanecieron en silencio tras las sensaciones que ese pequeño toque les había hecho sentir. Parecía increíble que, sin conocerse, apenas un leve contacto hubiera supuesto tanto para ambos, pero la verdad es que tanto Lucas como Inma llevaban un tiempo sin tener ningún encuentro sexual y eso avivaba el deseo que sentían.

Sin decir una palabra, él abandonó el baño y la dejó para que pudiera relajarse, no sin antes echarle una furtiva mirada a sus preciosas piernas y a su bonito trasero.

Cuando se hubo duchado y aseado tranquilamente, Inma salió del baño envuelta en una toalla.

La mirada que le dedicó Lucas en aquel momento la dejó paralizada. Sus ojos la miraban con deseo y ella no pudo más que volver a ruborizarse ante aquella situación.

Enseguida cogió la ropa que, muy delicadamente, Lucas había dejado en una silla de su habitación.

—Si no te importa, me quedaré con los calzoncillos; prometo devolvértelos, pero es que con las prisas no he podido coger nada de ropa.

Lucas asintió y se quedó embobado admirando la belleza y la perfección de la mujer que tenía delante; al final, después de observarla, se dirigió al baño para darse una ducha, a poder ser bastante fría, para calmar el grado excitación que ella le había provocado al salir medio desnuda.

Mientras el agua corría por su cuerpo, su cerebro no dejaba de pensar en Inma, ¿por qué cada vez que la veía su cuerpo reaccionaba de ese modo?, no lo entendía, se había acostado con muchas mujeres, unas más guapas que otras, pero nunca, en sus treinta y dos años de vida, le habían hecho sentir lo que sentía al mirar a Inma.

Cuando salió de la ducha con la toalla a la cintura, esta vez fue Inma la que se quedó petrificada; si cuando dormía había observado sus marcados músculos, con una insignificante toalla que apenas le cubría la entrepierna aquel cuerpo era pura perfección.

«¡Dios mío! —pensó—. Este hombre es la imagen que desearía ver todos los días del resto de mi vida al despertar».

Y una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara, sin percatarse de que lo tenía enfrente y la observaba de reojo.

Ese simple gesto le subió el ego a Lucas; pensó que a ella le gustaba lo que veía, que era casi todo su cuerpo, para ser más exactos. Estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies; por su trabajado cuerpo, sus ojos grises y su pelo moreno, causaba deseo en casi todas las féminas, y si a eso le añadías la barba de un par de días dándole un toque más sensual, ninguna mujer se resistía a sus encantos.

Tras el cruce de miradas, ambos se dirigieron a lados opuestos de la casa para terminar de vestirse. Lucas se quedó en la habitación, ya que tenía toda su ropa allí, e Inma salió en silencio para terminar de arreglarse.

Cuando él salió de la habitación, ella lo esperaba sentada en la cocina; había supuesto que iban a desayunar y, aunque ya había comido algo hacía un rato, seguía estando hambrienta.

—¿Qué sueles desayunar? —le preguntó abriendo la puerta de la nevera.

Ella no era de esas personas que se sentara a desayunar, siempre se levantaba con el tiempo justo para vestirse y coger un capuchino en el puesto de abajo de su casa de la Quinta Avenida. Tras haber ascendido en la escala social, hacía más de un año que se había mudado de su antiguo apartamento.

—Cualquier cosa, la verdad es que no soy una persona de grandes desayunos, con un café estoy servida; además, tengo que serte sincera, hace un rato ya me he tomado uno y he cogido una manzana, espero que no te importe, pero me desperté hambrienta.

Él recordó cómo en la madrugada le había llevado un sándwich, tras ir a buscar algo de ropa que dejarle, pero al final había caído agotada en el sofá y sonrió.

—Anoche te preparé un sándwich, después de tu enfado por haberte desvestido, pero cuando llegué al salón te habías quedado dormida y no me pareció oportuno despertarte, así que me lo comí yo.

Ambos rieron al recordar la escena, no había sido un buen comienzo, pero estaban dispuestos a olvidar el malentendido y desayunar juntos.

—Entonces un café, ¿cómo te gusta?

—Me encanta el *moka*, pero si no tienes, un capuchino estaría bien.

—Pues me temo que va a ser un capuchino, pero si quieres luego los compramos.

Inma se quedó en silencio por el último comentario, no sabía si decirle algo, no quería quedarse en su casa, no se sentía a gusto con los sentimientos que le provocaba, pero se calló, tenía todo el día para hablar con él y por ahora, no quería ser descortés.

—Voy a hacer unas tostadas, ¿te apetecen?

Ella asintió mientras daba un sorbo al café y lo observaba con detalle.

Terminaron el desayuno sin hablar, cruzándose varias miradas; después, dejaron la cocina recogida y se encaminaron a la puerta de salida.

—Me imagino que querrás pasar por el hospital para ver el estado de tus padres y después tendrás que ir a comprar algo de

ropa, ¿verdad? ¿O van a enviártela? —Cuando hubo finalizado la frase, se dio cuenta de que no le había comentado la llamada de Mauro—. Por cierto, se me había olvidado; esta mañana temprano, cuando dormías, sonó tu teléfono. No quería molestarte y, tras la insistencia descolgué, espero que no te importe.

—Tranquilo, me imagino que lo has hecho con la mejor intención, pero ¿quién era? ¿No sería del hospital, verdad?

—No, era Mauro, quería saber cómo estaban tus padres y me imagino que también cómo te había ido el viaje. Me comentó que cuando pudieras, lo llamaras, teniendo en cuenta la diferencia horaria que él no tuvo... —enfaticó lo último con retintín.

Inma se quedó un poco sorprendida, hablaba con tanta familiaridad de Mauro que dio por su puesto que su amigo ya se lo había camelado; era siempre tan encantador con los hombres..., pensó y rio para sí.

—Bueno, lo llamaré más tarde; ¿te importa llevarme al hospital?, sé que no nos han llamado, seguro que no habrá ningún cambio, pero aun así quiero hablar un poco más con los médicos y ver si puedo visitar a mi padre.

—Sin ningún problema.

Ambos se encaminaron hacia el ascensor. Inma seguía a Lucas, pues no conocía otra cosa que no fuera el apartamento, ni sabía siquiera cuál era el piso. Observaba todos los movimientos del hombre que tenía delante. Estaba imponente con unos vaqueros que se le ajustaban a los muslos y una camisa gris que hacía juego con sus preciosos ojos. Durante el trayecto en el ascensor, el silencio se apoderó del momento hasta que Lucas lo rompió para preguntarle:

—¿Dónde quieres que vayamos luego a comprar ropa? Me imagino que una diseñadora tan importante como tú no querrá ir a *Zara*, ¿no?

Eso hirió el orgullo de la joven. ¿Qué sabía él de sus gustos?, si no la conocía... Con la mayor amabilidad que pudo, tras esas palabras que le habían resultado ofensivas, respondió:

—Soy una persona sencilla y, aunque diseño mi propia ropa, no tengo ningún problema en vestir de *Zara* o de cualquier otra

marca, lo importante es lo de dentro.

Con su respuesta volvió el incómodo silencio. Lucas sabía que había metido la pata, pero tampoco quería disculparse, no lo había dicho de manera malintencionada, aunque a ella así le había parecido. Se encaminaron por el garaje hasta su coche.

Inma pudo distinguir el modelo, era un BMW X6 en color azul eléctrico; la pasada noche solo pudo ver que era un todoterreno, pero no el modelo. Le encantaba ese coche, siempre le había gustado y, en una ocasión, a punto estuvo de comprárselo a su padre.

Para romper el incómodo silencio, Inma se acercó a la parte trasera del vehículo para ver la cilindrada.

—¡Mmm! Motor de gasolina de seis cilindros en línea, *BMW Twin Power Turbo*, está bastante bien, aunque yo hubiera cogido el de ocho cilindros —concluyó.

Lucas se había quedado boquiabierto; aquella preciosa diseñadora, hablando de motores y cilindros.

—Sí, la verdad es que era el motor que yo quería, pero al final tenía que esperar tres meses para que llegara en este color, este lo tenían en el concesionario y me enamoré de él en el primer momento en que lo vi. —Su cara se había iluminado.

«¡Hombres! —pensó Inma—, los coches y las motos son como una amante».

—Supongo que la moto que hay en la plaza de al lado será también tuya.

—Sí, una *Ducati 1199 Panigale*, la joya de la corona —finalizó ampliando su sonrisa.

—Me lo imaginaba —concluyó esta—, como eres un *single*... —Dejó en el aire esa palabra que había utilizado él con anterioridad.

La sonrisa de Lucas se le borró de la cara tras el último comentario de Inma. Pero claro, no se conocían; al igual que él había metido la pata con su forma de vestir, ella no sabía nada de sus gustos, y concluyó la discusión verbal.

—¡*Touché!* —Y abrió el coche.

Se montaron cada uno sumido en sus pensamientos y un tanto airados. Se dirigieron a la salida del garaje, y entonces Inma pudo

ver la calle donde vivía, nada más y nada menos que el Barrio de «*La Latina*», una zona céntrica y bastante pija para su gusto. No sabía el salario que cobraba un inspector, pero tanto lujo no creía que pudiera venir solo de un sueldo de funcionario, según estaba la situación actual en el país, aunque decidió que no era asunto suyo indagar en su vida privada. Lucas, al percibir el silencio incómodo en el que se encontraban, puso la radio; la cara de Inma cambió por completo al escuchar el inicio de la canción de Pablo Alborán que tanto le gustaba, por lo que comenzó a cantarla sin ningún pudor:

*Si un mar separa continentes
Cien mares nos separarán a los dos
Si yo pudiera ser valiente
Sabría declararte mi amor
Que en esta canción
Derrite mi voz
Así es como yo traduzco el corazón*

...

Lucas permaneció callado durante todo el tiempo que duró la canción, era bastante apropiada para ellos en algunos casos. Inma estaba poniendo todo su empeño en cantarla y entonarla, realmente lo hacía muy bien.

De vez en cuando la miraba de reojo y veía que cantaba con mucho sentimiento.

Cuando finalizó, no pudo quedarse callado.

—No lo haces del todo mal, una balada muy bonita y a la vez triste, ¿no crees?

—Me encanta Pablo Alborán; desde el día que lo descubrí, ya no pude dejar de escucharlo una y otra vez. Tiene mucho talento.

—Sí, la verdad es que no está mal; no es mi estilo, pero canta bien, eso te lo tengo que reconocer.

Capítulo 3

Cuando llegaron al hospital eran las nueve y media. Inma se dirigió al mostrador de información para preguntar a una mujer, de unos cincuenta años, por el estado de sus padres.

—¡Buenos días! —exclamó la mujer con una encantadora sonrisa.

Inma pensó que esa mujer era mucho más amable que la que le atendió horas antes, cuando ella llegó.

—¡Buenos días! —contestó con la misma efusividad—. Mi nombre es Inmaculada Sánchez, mis padres tuvieron un accidente ayer, me gustaría saber si puedo hablar con los médicos que los están atendiendo.

—¿Inmaculada Sánchez, la diseñadora? —preguntó la recepcionista muy emocionada.

Inma asintió, era la primera vez en España que alguien la reconocía; si bien en Nueva York se había hecho un hueco entre los mejores, en España no era aún muy conocida.

—Perdone mi atrevimiento —volvió a decir la mujer—, soy una fiel seguidora de la moda, y además aquí una tiene varios ratos libres... —Esta última frase la dijo más bajito—. Ahora mismo me entero del estado de sus familiares y le ayudo en lo que sea. Dígame los nombres, por favor.

—Carlos Sánchez y María Guerra, muchas gracias.

La mujer se puso a teclear en el ordenador, cogió el teléfono y habló con alguien en voz bastante baja, para que no pudieran escucharla.

Por su parte Lucas, que no había abierto la boca, no dejaba de observar lo nerviosa que se encontraba Inma, no dejaba de tocarse el pelo, se frotaba las manos, movía el cuerpo...

Cuando la mujer hubo terminado de hablar por teléfono, se dirigió otra vez al mostrador y le indicó con una gran sonrisa:

—Todo arreglado, ahora baja un celador y los acompaña a la planta donde se encuentra ingresado su padre, que ya ha salido de la UCI; su madre aún sigue en esa unidad.

—Muchas gracias —finalizó Inma.

—Soy Conchi, para lo que necesite pregunte por mí. ¿Podría pedirle un favor? —preguntó la mujer un poco nerviosa.

—Dígame, si está en mi mano, tenga por seguro que lo haré.

—Solo quería que me firmase un autógrafo, lo que voy a presumir en el barrio. Es usted famosa y tener un autógrafo suyo es como un tesoro, ¿sabe?

Inma no daba crédito a lo que estaba escuchando, en Nueva York la fama se llevaba de otra manera. Pero tomó una hoja de papel de su libreta y le firmó un autógrafo.

En esos momentos, bajó el celador y les indicó el camino. Conchi se despidió de los dos muchachos con cara de satisfacción, como si le hubiera tocado la lotería.

El celador condujo a ambos a la planta donde se encontraba ingresado su padre, les indicó la habitación y se marchó.

Inma tenía los nervios a flor de piel. Lucas también estaba nervioso; el comisario jefe era para él como un padre, le había ayudado muchísimo en su carrera y en su vida personal tras la muerte de su padre, y eso era algo que no podría olvidar. Lucas tomó la mano de Inma al verla dudar, cogiendo el pomo de la puerta. La noche pasada había visto el estado de su madre y se había quedado impactada, no quería ni pensar en cómo se encontraría a su padre. Tenía miedo de que la discusión que había tenido con él la última vez que había estado en Madrid, no permitiera que su padre la perdonase. En el fondo, ambos eran muy cabezotas, *de tal palo, tal astilla*. Pero al percibir el contacto de la mano de Lucas en la suya, todos sus miedos parecieron desvanecerse y, con decisión, abrió la puerta de la habitación.

Entraron sigilosamente, solo había un paciente en la cama al lado de la ventana, por lo que dedujeron que era Carlos. Cuando se acercaron, se trataba de un hombre de unos setenta años que se encontraba plácidamente dormido, o eso pensaron ellos. Alarmados, salieron de la habitación y preguntaron en el mostrador de la planta.

—Buenos días, nos habían indicado que en la habitación trescientos veinticinco se encontraba Carlos Sánchez; no sé si hay algún error, pero en esa habitación no está —concluyo Lucas algo nervioso.

—Buenos días, déjenme un momento que lo compruebo —dijo la enfermera.

Inma, que no sabía muy bien dónde se encontraba su madre, se dirigió a la misma mujer:

—Disculpe de nuevo; mi madre, la señora María Guerra, ingresó en este hospital junto con mi padre tras un accidente. Anoche se encontraba en la UCI, en información me han indicado la habitación de mi padre, pero no me han dicho nada de ella, no sé si usted podría ayudarme, pero se lo agradecería muchísimo. Si no, por favor, dígame dónde puedo averiguar más sobre su actual estado.

En un principio, la enfermera iba a decirles que no podía ayudarlos, pero al ver a la muchacha con esa cara de no haber pegado ojo, se apiadó de ella y les indicó que iba a hacer unas llamadas a ver qué podía averiguar.

Tras cinco minutos de espera, la enfermera les comunicó que a su padre lo habían llevado a hacer unas pruebas, y que su madre se encontraba en el mismo lugar que la noche anterior, la UCI, y que esa sala tenía un horario de visitas restringido. Les indicó que esperaran, que el médico que la estaba tratando, en cuanto le fuera posible, saldría y les comentaría sobre el estado de la paciente.

Ambos agradecieron a la enfermera el trabajo que había hecho, y ella echó una mirada a Lucas de esas que solo una mujer sabe cuándo está intentando coquetear. Él le devolvió la mirada con una de sus espectaculares sonrisas y, a continuación, un guiño de ojo. Inma pensó que era el típico machito que aprovecha cualquier momento para ligar, aunque en aquel momento no le importó demasiado, toda su preocupación se centraba en sus padres.

Pasaron varios minutos y por fin un médico preguntó por los familiares de María.

Ambos se levantaron de sus asientos en décimas de segundo y se acercaron a aquel hombre de unos cincuenta y tantos años,

bajito y con gafas.

—Buenos días, soy el doctor Salas, en estos momentos soy el médico de María Guerra.

—Buenos días, yo soy su hija —indicó Inma— y él es un buen amigo de la familia.

—Tengo entendido que ayer estuvo unos minutos en la UCI con ella. —Inma asintió y el doctor continuó hablando—. Su estado no ha cambiado, no es que me preocupe de momento, ha pasado poco tiempo desde el accidente y es normal que los pacientes que entran en coma tarden más tiempo en despertar, las contusiones están siendo tratadas y el bazo quedó reparado en la operación, al igual que el pulmón. El escáner cerebral realizado esta mañana muestra un pequeño coágulo que esperemos se vaya disolviendo solo y que seguiremos muy de cerca. Solo nos queda esperar, no sé cuánto tiempo, la verdad. En estos casos no podemos aseverar el tiempo de recuperación; existen pacientes que han despertado del coma en unos días, otros que en meses e incluso años y otros que no despiertan. No quiero asustarlos, su madre es una mujer joven, aparentemente sana tras las pruebas realizadas, no tiene por qué permanecer mucho tiempo en coma, pero tampoco quiero mentirles, las estadísticas están ahí y es algo que la familia debe saber.

Inma asintió y no pudo decir nada. Lucas agradeció la información y le estrechó la mano al médico.

—Cualquier otra cosa que quieran saber, no duden en preguntarme, estaré por aquí hasta las dos de la tarde; a las doce pueden acercarse a la UCI, al fondo del pasillo, y podrán verla unos minutos. Gracias, que tengan un buen día.

Y los dejó en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos; se acercaron después al pasillo al lado de la habitación donde habían trasladado a su padre.

Lucas quería animar a Inma, pero no sabía muy bien qué decir. Cuando su padre murió, todo lo que la gente se esforzó en ayudarlo, las palabras de ánimo que se decían en esos casos, no sirvieron para aliviar su dolor, solo el tiempo se encargó de ir cerrando las heridas. Entendía muy bien el estado de Inma y creyó que el silencio era la mejor ayuda; por eso, como había hecho antes, se limitó a

cogerle de la mano y apretar un poco en señal de su apoyo, cosa que ella agradeció con una leve sonrisa.

Habían pasado por lo menos diez o quince minutos en el más absoluto silencio cuando un celador, acompañado de un enfermero, apareció mientras trasladaba la cama de su padre.

Se acercaron rápidamente a su lado; el estado de Carlos era bastante parecido al de María, tenía la cara prácticamente amoratada, un ojo muy inflamado que apenas podía abrir y la cabeza vendada tras la operación que le habían practicado.

Estaba despierto y consciente por eso, en cuanto su hija lo tomó de la mano, su cara se transformó de total desánimo a completa felicidad.

—¡Papá! ¿Cómo estás? —le preguntó Inma, que intentaba no perder los nervios ante la situación.

—Cariño —susurró—. ¿Cuándo has llegado? ¿Qué tal el viaje? Yo estoy bien, bueno, un poco dolorido, pero en unos días estaré refunfuñando.

El celador, que intentaba meter la cama en la habitación, les hizo una señal para que esperaran hasta que terminara su trabajo. Cuando finalizó, les indicó que en un rato pasaría el médico. Agradecieron su trabajo y entraron en la habitación.

—Papá, en cuanto me llamaron cogí el primer vuelo y llegué ayer sobre las tres de la madrugada. El médico me explicó que estabas en la UCI y que no podía verte, así es que Lucas me llevó a su casa a descansar un rato.

—Cariño, ¿viste a mamá?, ¿qué tal está? He preguntado a los médicos pero nadie me dice nada en concreto.

A Inma se le hizo un nudo en la garganta; ¿cómo debía decirle a su padre que su mujer estaba en coma?

Cuando iba a abrir la boca para decirle el estado de su madre, apareció el médico.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra hoy? Supongo que son ustedes la familia de Carlos, ¿verdad? —ambos asintieron—. Si tienen unos minutos, les explicaré su estado.

Salieron de la habitación y los acompañó a una pequeña salita.

—Tomen asiento, por favor. Como ya les comentó mi colega ayer, su padre ha sufrido graves contusiones y un hematoma subdural que ya fue drenado; en el escáner realizado hoy, no hay muestras de coágulos ni hematomas, su recuperación es prácticamente increíble y, aunque tendrán que operarlo de ambas piernas y el brazo derecho para poner unas placas, estamos muy contentos con los resultados obtenidos.

—¿Saben cuánto tiempo va a estar ingresado?

—Como ya le he indicado, debemos operarlo de las fracturas de sus huesos. Queremos esperar unos días para ver cómo evoluciona, y creemos que el martes, o a lo más tardar el miércoles, podremos intervenirlo de las mismas.

—Gracias —contestaron ambos al unísono, y se dirigieron a la salida en dirección a la habitación.

—De nada. Que tengan un buen día.

—Igualmente —asintieron.

Cuando llegaron a la puerta, Lucas la agarró de la mano para dirigir su mirada a la de ella y le preguntó:

—¿Te encuentras bien? Estás bastante pálida, ¿quieres que te traiga un café o algo de comer? Así os dejo un rato a solas.

—Gracias, la verdad es que te agradecería mucho que me dejaras un rato con mi padre, la última conversación que tuvimos no fue muy feliz que digamos, y me gustaría pedirle disculpas. Si puede ser un capuchino, si no, un café con leche corto de café y mucho azúcar. Gracias otra vez, por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—No tienes que darme las gracias; aunque no lo creas, tus padres son parte de mi familia y han estado en mis peores momentos, es lo menos que puedo hacer por ellos. Volveré en un rato.

Lucas se marchó hacia la salida en dirección a la cafetería e Inma abrió la puerta con decisión, estaba resuelta a contarle a su padre el estado de su madre. Este se encontraba charlando amigablemente con su compañero, como si se conocieran de toda la vida, y eso hizo que ella se relajara un poco. Carlos era una buena persona, aunque con ella siempre había sido muy estricto.

—¡Hola cariño! Te he echado de menos.

—Pero papá, si nos hemos ido diez minutos, a lo sumo quince, ¿cómo me has podido echar de menos?

—Hija, tú ya me entiendes, no me refiero a ese rato, me refiero a que la última vez que hablamos te dije cosas que no sentía y me arrepentí después de que te marcharas, pero ya sabes este maldito orgullo mío, bueno, y también tuyo... Te prometo que no voy a volver a ser tan cabezota, voy a ser más razonable. Este accidente me ha abierto mucho los ojos, y ver que estabas aquí me ha devuelto la esperanza.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Inma; su padre, aquel hombre testarudo, a su manera le estaba pidiendo perdón por decirle que era una egoísta insensible, que solo venía a ver a su padres en las fiestas; pero así era, no mentía cuando se lo dijo, y eso era lo que más le había dolido a Inma, que en parte las palabras de su padre eran ciertas; si bien ellos tampoco acudían nunca a Nueva York a visitarla, de ahí su distanciamiento.

—Cariño no llores, por favor. Se me parte el corazón. Sé que tenías toda la razón, tu trabajo es muy importante y para ser alguien en la vida tienes que tener dedicación. Te lo digo porque yo también tuve un tiempo en el que vivía por y para el trabajo. Pero no supe ver que mi pequeña tenía que volar sola, aunque fuera lejos. Ahora ya lo sé y descuida, tu madre y yo vamos a ir a verte en cuanto nos recuperemos, una vez al mes si hace falta.

Esas últimas palabras hicieron que Inma rompiera en llanto, sin poder remediarlo. Solo pensaba que ojalá fuera posible que pudieran ir a verla, no por el hecho en sí, sino porque eso implicaría que su madre estaría bien, y en esos momentos nadie podía saber si algún día se recuperaría de su estado o si el mismo le ocasionaría o no alguna secuela.

Carlos, por su parte, no sabía qué hacer para consolar a su hija, lo había intentado con las palabras, pero le habían hecho llorar aún más y, debido a su estado, no podía incorporarse de la cama para abrazarla.

—Cariño, por favor, no llores más, que con lo preciosa que es mi niña se va a poner más fea que una calabaza.

Eso le hizo parar de llorar un poco a Inma, su padre se lo decía siempre cuando era pequeña, para que dejara de llorar, y siempre lo conseguía.

Inma poco a poco se fue calmando, pero sabía que en el momento en el que hablara con su padre de su madre, otra vez arrancararía a llorar sin poderlo remediar.

—Papá —expresó entre hipidos—, tenemos que hablar... —concluyó cuando otra vez le entró la llantina.

En ese momento la puerta se abrió y entró Lucas con dos cafés. En cuanto la vio llorando, supo el porqué, o por lo menos era lo que pensaba, pues esta no había soltado aún ni una palabra. Inma se dirigió al baño y se encerró.

—Carlos, ¿qué tal te encuentras? Te veo hecho un toro —interrumpió, para intentar aliviar un poco la tensión.

—He estado mejor, aunque creo que ya sé qué le pasa a mi hija, ella no me ha dicho nada, pero es por María, ¿verdad?

El muchacho no sabía qué hacer, creía que era su hija la que debía hablar con su padre sobre este tema, pero estaba claro que no había podido.

—Carlos, sabes que yo siempre soy sincero contigo, creo que deberías hablar con Inma, aunque veo que ella lo ha intentado y no ha podido, se ha derrumbado.

En ese momento Carlos se temió lo peor, nadie le decía nada y, vista la situación en la que se encontraba su hija, creyó que su mujer había muerto, por ello comenzó a llorar.

—Pero Carlos, ¡por favor! No te pongas así, no creo que sea bueno para tu estado; mira, María tuvo varias contusiones fuertes, el accidente le provocó una perforación en el bazo y en el pulmón, fue operada rápidamente pero en la operación hubo complicaciones y sufrió dos paradas cardíacas; fue reanimada y actualmente se encuentra en coma. Sé que no es la mejor noticia que podíamos darte, pero me temo que, tras nuestro silencio, habías pensado que la cosa había sido aún peor.

Efectivamente, ese había sido el pensamiento de Carlos y, tras oír lo que le había relatado, suspiró profundamente y se secó las lágrimas como pudo.

—Gracias hijo, de verdad estaba pensando que había fallecido; he preguntado a los médicos y me dijeron que me informarían más adelante, pero no eran más que evasivas, y ahora Inma con su berrinche, no sabía qué pensar...

—Tranquilo, es normal, seguro que le hubiera pasado a cualquiera.

—¿Y su estado es grave?

—Los médicos esperan que salga del coma en un breve período de tiempo, pero ya sabes..., estas cosas son impredecibles, lo único que podemos hacer es esperar.

—Gracias, por estar aquí con nosotros y por cuidar de mi hija también.

—Sabes que cuentas conmigo en todo lo que yo pueda ayudarte.

En ese preciso momento, salió Inma del baño un poco más repuesta.

—Hija, ven aquí, aunque no puedo abrazarte con los dos brazos quiero tenerte a mi lado un rato, por favor.

—Papá, lo siento, soy una egoísta, siempre lo he sido, solo he pensado en mí y en mi carrera, nunca he querido estar mucho tiempo con vosotros desde que me fui, porque sentí que no me valorabais, que mis sueños no os importaban nada, y yo quería demostraros que podía hacerlo sola. Perdóname por no tener el valor para contarte lo de mamá. Lo siento..., lo siento mucho. —Y comenzó a llorar otra vez.

—Cariño, como te he dicho antes, soy yo quien debe pedir perdón por no ver el talento que tienes, y tranquila, por lo de mamá no te preocupes, todo va a salir bien, ya lo verás.

Inma comenzó a reponerse un poco, tomó el café que le había traído Lucas y se acurrucó en el sillón.

Ambos hablaban de sus batallas en la policía, como ellos decían, con el compañero de habitación, que resultó ser un profesor de matemáticas de la Universidad.

Por un momento, a Inma le venció el sueño y se quedó dormida, no había descansado apenas desde que supo la noticia.

Cuando los tres hombres se percataron, bajaron la voz y Lucas la tapó un poco con su chaqueta.

En ese momento, su padre se percató de la delicadeza que mostraba el muchacho con su hija, y no le gustó demasiado; lo quería como a un hijo, pero en temas de mujeres sabía muy bien que era un hombre de pocos compromisos, y no quería eso para su niña.

Capítulo 4

Pasadas unas horas, Inma se despertó con todo el cuerpo dolorido; estaba un poco desconcertada, igual que le había pasado por la mañana. Parpadeó un par de veces más y supo dónde estaba, su padre descansaba en la cama y su compañero, el profesor Marcelo Arias, también estaba dormido. No había ni rastro de Lucas, por lo que dedujo que se había marchado a casa. Lo que ella no sabía era que había ido a ver a su madre; una enfermera había acudido a la habitación minutos antes, Inma seguía dormida y Carlos le indicó que fuera él a verla, pues los horarios de visita eran restringidos, mejor que fuera alguien a que no fuera nadie.

Se incorporó y se estiró un poco sin que nadie la viera. Salió de la habitación en busca de Lucas y, en ese momento, lo vio venir desde el final del pasillo; era tremendamente guapo, con ese cuerpo que tenía y esos andares chulescos, daban ganas de abalanzarse sobre él y comérselo a besos.

Cuando llegó a su altura, le dedicó una bonita sonrisa con esos ojazos grises. Inma creyó desmayarse en ese momento, con esa mirada le había derretido hasta su congelado corazón.

—Hola, ¿qué tal la siestecita? Seguro que te duele todo el cuerpo, en ese sillón no hay quien pegue ojo.

—La verdad es que sí que me duele, pero he podido descansar un poco.

—Espero que no te enfades, hace diez minutos vino la enfermera de la UCI para ir a ver a tu madre y tu padre me pidió que fuera yo, no quería despertarte, le dije que no habías dormido casi nada.

En un primer momento esas palabras le molestaron, pero comprendió que solo lo habían hecho para que pudiera dormir un poco, velando por su bienestar; por eso, y una vez que su enfado se desvaneció, le respondió:

—No pasa nada, ¿hay algo nuevo sobre su estado?

—Sigue igual, pero los médicos son optimistas; cuando estaba con ella, la he visto mover un poco los dedos de los pies, para los médicos eso es un avance muy importante. Están casi seguros de que, en unos días, si todo sigue igual, despertará. Además, las lesiones en el bazo y en el pulmón están evolucionando dentro de lo previsto, por ello, si despierta del coma, y yo creo que así lo hará, no estará más de un mes en el hospital.

—¡Dios mío! ¡Esa es una estupenda noticia! —dijo y se abrazó a él sin pensarlo.

Estaba tan contenta que no se había dado cuenta de la persona a la que estaba abrazando, la misma que le hacía sentirse tan extraña a su lado. Mantuvieron el abrazo más de lo que en estos casos mandan los cánones. Se separaron lentamente, no sin antes profesarse una atenta mirada.

Su química era perfecta, solo que sus vidas y su situación lo hacían difícil. Diferentes mundos, diferentes vidas. Era imposible pensar que podría salir una relación de solo una gran atracción.

Tras el cruce de miradas, ambos entraron en la habitación donde Carlos ya despierto charlaba con su compañero. La sonrisa de Inma era reveladora; su padre la conocía, aunque hubieran estado tanto tiempo separados sabía cuándo estaba triste, cuándo estaba contenta y cuándo tenía algún problema. Era su hija, y había estado con ellos veinticuatro años, la conocía muy bien.

—¡Papá! Lucas dice que mamá ha movido los dedos de los pies y que los médicos han comentado que es una buena señal, que es posible que en unos días se despierte.

—¡Hija, es una noticia estupenda!

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de su padre. Estaba feliz; tras el terrible accidente, parecía que todo iba a salir bien, solo le quedaba hablar con Lucas sobre algunos temas.

—Cariño, deberías bajar a la cafetería a comprar algo para comer, seguro que estás exhausta; y compra algo para Lucas, tengo que comentarle un par de cosas de la comisaría. Ahora que voy a estar ausente bastante tiempo, es necesario que lo ponga al día.

—Bien papá, la verdad es que tengo un poco de apetito, así es que bajaré a tomar un café y comer algo. Lucas, ¿qué quieres que

te traiga?

—Un café y un sándwich de cualquier cosa, lo que haya, no soy muy exquisito —dijo y le sonrió.

—Vuelvo en un ratito —dijo Inma y se marchó dando a su padre un beso en la mejilla.

Inma salió de la habitación y se dirigió al ascensor camino de la cafetería, ajena a lo que aquellos hombres iban a hablar en esos momentos.

—Lucas, lo primero de todo es agradecerte lo que estás haciendo por nosotros ahora, quiero que lo sepas.

—Carlos, ya sabes que tú eres como un padre para mí y María como una madre, así es que hago esto porque sois como de la familia.

—Hijo, gracias de todas formas. Lo que quería comentarte es que el accidente... —Y bajó el tono de voz para que su compañero, que otra vez se encontraba descansando, no los oyera—, no ha sido fortuito. Un coche invadió nuestro carril, y cuando fui a frenar, el coche no respondió. Creo que habían manipulado los frenos. La cuestión es ¿quién o quiénes?, y ¿por qué? Quiero que pongas a unos hombres a investigarlo, también quiero que te pegues a mi hija como si fueras su sombra. Hasta que no sepamos nada de los responsables, no sabemos qué objetivo tienen; si averiguan que estamos bien, pueden atentar contra ella.

—Tranquilo, no le quitaré ojo, eso tenlo por seguro —indicó todo orgulloso, al fin y al cabo le gustaba esa mujer, tener que estar con ella no era más que una bendición.

—También quiero decirte que es mi hija, no una mujer cualquiera; he visto cómo la miras, y ella no es uno de tus trofeos, quiero que te quede claro. Eres un buen hombre, pero en temas de mujeres eres un desastre, y no quiero que le hagas daño.

—Señor, ¡no sé de qué me habla!, su hija es una mujer preciosa, eso es indudable, pero yo no tengo intención alguna de nada más, se lo aseguro. —Aclaró, no muy convencido de ello.

—Espero que tengas razón, mi hija es mi vida y, aunque a ti te quiero como a un hijo, no te perdonaría que le hicieras daño.

—Tranquilo, puede confiar en mí, protegeré a su hija, no se preocupe por nada, y no voy a hacerle daño.

—Confío en ti. Y con respecto al tema del accidente, te ruego que no le digas nada a nadie, solamente a dos de los chicos, Daniel y Jorge, y que seas discreto, por favor. Por supuesto, a mi hija, ni una palabra.

En ese momento la puerta se abrió y entró Inma con la comida y el café.

—Ten, esto es para ti. —Se lo dio a Lucas y dirigió la mirada a su padre, al que preguntó—. ¿Qué es eso de lo que no tiene que decirme ni una palabra, papá?

Lucas se quedó de piedra, pero su padre, como buen policía, enseguida respondió.

—Cariño, simplemente lo que no quería que te dijera es que el coche, el A5 que me regalaste, es con el que hemos tenido el accidente, y le decía que fuera a ver si es posible repararlo, pero que no te dijera nada para que no te disgustaras; sé que te hizo mucha ilusión regalárnoslo aunque me temo que ha quedado hecho un amasijo de hierro.

—Papá, el coche es lo de menos, lo importante es que estáis vivos. Ya sabes que siempre puedo regalaros otro; el X6 es el coche que me gusta y quería habértelo regalado la otra vez, así es que no se hable más; cuando salgas de aquí, vamos a ir a comprarte el coche nuevo. Además, Lucas lo tiene y es una pasada papá, de verdad es una maravilla.

—Lo sé hija, ya he montado con él en alguna ocasión, pero sabes que a mi edad me pega más el A5 o incluso el A8, pero no un todoterreno.

—Bueno papá, el que quieras, yo solo quiero que salgas pronto de aquí.

Lucas pensó que habían salido airosos. Carlos era un buen policía y, como tal, sabía tergiversar las cosas para que parecieran otras, los años de experiencia, especuló.

Inma parecía satisfecha con la explicación de su padre, ya que comenzó a hablar de otro tema.

—Papá, ¿sabes que ayer comenzó la semana de la moda?, ¡desfilamos papá! Mi primer desfile oficial en la pasarela de Nueva York, y fue increíble. Aunque ya me habían llamado para informarme de lo sucedido, y creo que mi cara era un poema cuando salí al final del desfile. Pero bueno, espero que salga todo bien, es importante para mí; eso sí, ya sabes que Mauro estaba allí, siempre está ayudándome con todo. Por cierto, eso me recuerda que tengo que llamarlo, ¿qué hora es?

Lucas miró al reloj, vio que era media mañana, se había pasado el tiempo sin darse cuenta.

—Es la una, creo que deberíamos bajar a comer algo más consistente que un sándwich, ¿cuándo tienes pensado ir a comprarte ropa?

—Qué pasa hija, ¿te perdieron la maleta?

—No papá, es que cuando me avisaron, tomé un coche hasta el aeropuerto, el vuelo destino a Madrid salía en media hora y no pude coger nada de ropa. Cuando hable con Mauro le diré que me envíe parte de ella, pero mientras tanto, no puedo estar todo el día con esta ropa.

—Hija, tranquila, en un rato traerán la comida; si no os importa, ayudad a este pobre lisiado a comer, porque con la mano izquierda no sé si voy a poder muy bien, y después marchad a comprar lo que necesites, yo estaré bien.

—Vale papá, cuando termines de comer puedo ir yo si quieres y que Lucas se quede haciéndote compañía.

—No, mejor que te acompañe, así puedo descansar un poco, estoy agotado.

—Muy bien, como quieras —concluyó Inma, que no quería discutir con su convaleciente padre.

Siguieron hablando de varios temas relacionados con el desfile, su padre estaba tan orgulloso de sus logros que, con cada dato que incluía, lo llenaba de satisfacción.

Llegó la hora de la comida y ambos se levantaron para ayudar a Carlos.

—Hijos, no hace falta que me ayudéis los dos, con uno es suficiente.

Lucas dejó a Inma, al fin y al cabo era su padre. La comida olía de maravilla, su padre llevaba sin comer nada desde antes del accidente, por lo que devoró el primer plato casi en un suspiro. El segundo lo degustó un poco más y después se comió la fruta.

—Chicos, ya he comido, así es que ya podéis iros y dejarnos descansar a Marcelo y a mí.

—Papá, no seas así de antipático; además, esta tarde estaremos aquí, bueno, yo por lo menos... —Miró a Lucas para preguntarle si él iba a estar.

—Sí, por supuesto que yo también, ya sabes que no tengo nada que hacer —y se echó una carcajada.

—Bueno, nos vamos ya, descansad, luego vendremos.

Besó a su padre en la mejilla, Lucas le estrechó la mano sana y se dirigieron a la salida.

Se encaminaron por el pasillo, pero Inma se paró un momento en el puesto de enfermería para preguntar algo.

—Perdone señorita, ¿a qué hora es la siguiente visita en la UCI?

—A las seis de la tarde.

—Muchísimas gracias, hasta luego. —Se despidió Inma con la mayor amabilidad del mundo.

Cuando salieron del hospital, camino del aparcamiento, Lucas se dirigió a ella:

—¿Qué te apetece comer? ¿O quieres que vayamos primero de compras?

—La verdad es que no soy una mujer muy exigente con las comidas. Puedes elegir cualquier sitio, aunque creo que será mejor comer primero, por si me lío.

—Perfecto; una pregunta más, ¿dónde tienes pensado ir a comprar? Te lo digo porque lo más lógico es ir a comer cerca de donde vayamos a realizar las compras, así no movemos el coche una vez aparcado.

—Yo creo que el centro estaría bien. No tengo muy claro dónde quiero ir, pero hay muchas tiendas, así aprovechamos y damos un paseo.

—Rumbo al centro entonces, señorita, voy a hacer la reserva.
—Y sonrió.

Inma pensó que era la sonrisa más sexy que había visto en un hombre. Lucas le hacía sentir cosas que nunca antes había experimentado, y eso la tenía un poco desconcertada.

—Buenos días, soy Lucas, una reserva para dos, sí, en media hora aproximadamente, gracias, nos vemos... —Concluyó la llamada y se dirigió a Inma—. Bueno, ya está, ahora solo tenemos que llegar, creo que lo mejor será que nos dirijamos a la Plaza Mayor, aparcaremos y nos moveremos por allí, si te parece bien.

—Me parece perfecto, gracias, ¿dónde vamos a comer?

—En un pequeño restaurante llamado La Tragantúa, tiene una cocina tradicional y creativa, conozco al dueño.

—Perfecto, no he oído hablar nunca de él, pero suena bien.

Capítulo 5

Cuando aparcaron y salieron del aparcamiento eran las dos de la tarde, se dirigieron hacia la calle Verónica, donde se encontraba el restaurante, tomando la calle Girona.

—Desde aquí habrá un kilómetro andando, pero se lleva bien. Además, podemos respirar un poco el aire fresco, no nos vendrá nada mal después de estar toda la mañana en el hospital.

Las temperaturas no eran demasiado bajas para la época del año, por lo que comenzaron la marcha no muy deprisa.

—No te preocupes, me gusta mucho caminar; cuando tengo tiempo, que no suele ser muy a menudo, me encanta salir por Central Park y recorrerlo andando, es una forma de relajarme.

—Yo reconozco que no soy una persona a la que le guste caminar, pero soy aficionado al *mountain bike*; muchos domingos nos vamos a la sierra, la verdad es que disfrutamos como niños.

—Hay que hacer deporte, pero yo no tengo mucha fuerza de voluntad para establecerme una rutina. Tampoco es que me sobre mucho el tiempo, pero cuando tengo un rato libre, me quedo en casa viendo series o películas. Soy muy vaga, debería hacer algo, lo reconozco, pero no hay manera de moverme del sofá. Mauro siempre me dice que se me va a quedar pegado el culo un día. Aunque a veces corro por Central Park... —Ambos sonrieron—. Creo que antes de llegar debería llamarlo, a ver qué tal va todo.

—Sí, me pidió que lo llamaras —declaró Lucas un poco decepcionado, todo estaba siendo tan bonito y tenía que aparecer el maldito argentino.

—Pues voy a llamar ahora mismo. —Marcó el teléfono de Mauro y, cuando este le contestó, ella dijo—: ¡Hola guapo! ¿Qué tal todo? Sí, mis padres mejor; bueno, mi madre sigue en coma, pero los médicos tienen esperanzas de que despierte pronto; mi padre está mejor, ya está en una habitación, recuperándose, le tienen que operar la próxima semana, aún no sabemos el día. Sí, de las roturas de las piernas y del brazo derecho, ahora los tiene escayolados.

Creo que tendrán para un mes o más. De momento voy a quedarme aquí, ya te iré informando, necesito que me mandes algunas cosas. Sí, luego te pongo un mail mejor. Y, ¿qué tal el desfile? ¡¿no me digas!?! Eso son buenísimas noticias, no te preocupes, en unos días me pongo con ello, tengo que comprarme un portátil y ropa, ya sabes, me fui con lo puesto, pero en cuanto pueda te voy mandando los diseños; sí, sí, claro, eso está hecho. Bueno, vamos a ver si comemos. ¡Ah! Sí, es un buen amigo de la familia, sí claro. Eso también. Bueno guapísimo te voy a dejar, un besazo, hablamos.

Lucas se había distanciado de ella para dejarle un poco de intimidad, estaba bastante incómodo viendo cómo hablaba con él y sin poder oír nada de lo que le decía. Otra vez ese sentimiento de celos, ¡pero si no tenía nada con ella! ¿Por qué estaba tan enfadado por cómo ella había hablado con Mauro?, solamente habían charlado de su familia y alguna cosa del trabajo, pero aun así, estaba celoso de aquel hombre que ni siquiera conocía.

—Bueno, pues ya estoy preparada para pasar el día comiendo y comprando. ¡Mmm! Debería hacer una lista de todo lo que necesito y tendría que buscar un hotel o un sitio para alquilar durante el tiempo que esté aquí, en Madrid, porque no quiero ir a casa de mis padres y estar allí sola, esa casa es tan grande que una persona podría perderse y no encontrarse —dijo a modo de broma.

—Creo que podrías quedarte en mi casa, así podría llevarte a ver a tus padres, no estarías sola... —dejó la frase sin terminar, a punto estuvo de decirle que estaría a salvo.

—No quiero abusar de tu confianza, creo que estás siendo muy amable conmigo, pero lo mejor será que me busque algo.

—Insisto en que te quedes en mi casa, los hoteles son muy impersonales y, si vas a buscar algo de alquiler, tienes mi casa, así yo tampoco estaré solo —declaró intentando que se quedara, planteándose de otra manera.

—Ya, pero tú tienes tu vida y, si estás solo, es porque así te gusta estar, lo mejor será que me busque algo. Además ¿cuántas camas tienes?

Lucas no sabía cómo convencerla, solo había una cama, la de su habitación, el otro cuarto lo utilizaba como estudio.

—No te voy a mentir, solo tengo una, pero no me importa dormir en sofá.

—Ya lo dudo, ese sofá es el más incómodo de todos los que he probado en mi vida.

Era cierto y él lo sabía, pero ya no contaba con más recursos para intentar convencerla.

—No te preocupes por el sofá, yo estoy acostumbrado a dormir en él, a mí no me parece tan incómodo, he dormido muchas veces la siesta ahí. Además, en alguna ocasión, por distintas situaciones que ahora no vienen al caso, he dormido en ese sofá y mírame, aquí estoy sin ninguna dolencia —dijo soltando una carcajada y haciendo gesto de dolor palpándose la espalda.

Inma no pudo más que echarse a reír, la verdad era que Lucas sabía cómo terminar las frases con una broma. Tenía ese don que no todo el mundo poseía, el de ser gracioso sin ser pesado o maleducado.

—Además, me ha dicho tu padre que no quiere —corrigió—, digo... que no te gusta estar sola. Así es que podemos compartir piso, prometo que no me sobrepasaré contigo —dijo e hizo una mueca de burla.

—No sé yo, la verdad, tienes cara de ser un poco bandido. — Inma se empezó a reír sin poder parar, contagiando también a Lucas.

—¿Bandido? Como la canción de Miguel Bosé, de *Amante Bandido*. Qué bueno, creo que te voy a nominar para que vayas a los próximos monólogos en un bar que conozco.

—Me tirarían piedras, o por lo menos los servilleteros, yo no tengo ni pizca de gracia con los chistes, es más, cuando voy a contarlos, normalmente siempre me olvido de algo y al final acabo estropeándolo, así es que si no quieres que te odien en ese bar, creo que tendrás que pensarlo mejor.

Y así, entre bromas, fueron caminando hasta el restaurante que había elegido Lucas. Cuando llegaron a la puerta, sonó el teléfono de este; a Inma le gustó su melodía, sonaba *Walk of life*, de Dire Straits; no sabía por qué le gustaba esa canción, no es que le gustara ese grupo, pero era una canción pegadiza y muy conocida.

Lucas cogió su iPhone, miró el teléfono y, frunciendo el ceño, contestó.

—¡Dime!, ¿qué quieres ahora? —era obvio que no le apetecía hablar con la persona que le había telefoneado—, vamos a ver, ¿cuántas veces tengo que repetirte que tú y yo no tenemos nada, ni lo vamos a tener? Que no me cuentes tu vida, que te olvides de mí; mira Marta, esta conversación se termina aquí y ahora, adiós —colgó sin más, dejando a Inma un poco aturdida.

Como se había hecho un silencio sepulcral y estaban en la puerta del restaurante sin entrar, ella decidió que tenía que hacer o decir algo.

—¡Uff! Tengo bastante hambre, ¿te importa si entramos ya?

—Sí, perdóname, creo que este sitio te va a encantar —comentó cambiando su cara de enfado a risueña.

—Cuando se come bien y la compañía es buena, el sitio es lo de menos —concluyó para hacerle sentir un poco mejor, pues aunque había cambiado su cara, se le veía un poco enfadado.

—Esa afirmación es totalmente acertada, pero además el sitio merece la pena, ya lo verás.

Después de aquellas palabras, entraron en el restaurante. Lucas saludó al *maître*, que los acompañó hasta su mesa.

El restaurante era pequeño, no tendría más de diez mesas. Con una excepcional decoración minimalista, pero acorde con el sitio. Paredes rojas y lámparas que asemejaban jarrones colgados. No tenía ninguna otra decoración, pero era lo justo para que el sitio fuese bonito y acogedor.

En cuanto se sentaron, llegó un camarero muy atento, ofreciéndoles algo de beber y unos aperitivos.

—¿Qué desean tomar los señores? —preguntó otro camarero, que se acercó al cabo de unos minutos muy educadamente. —Yo les recomendaría un menú degustación, si quieren puedo decirles lo que incluye.

—Lucas, ¿tú qué dices?

—Creo que esta vez, te voy a dejar decidir a ti, yo he elegido el sitio, lo justo es que tú elijas la comida, ¿no crees? —Y le dirigió una mirada que la cautivó rápidamente.

—Sí, creo que es lo justo —señaló con el tono de voz entrecortado—; dígame entonces, ¿qué es lo que incluye el menú degustación?

—Cómo no, señorita. El menú degustación incluye brocheta de calamar y langostino, ensalada de lechuga variada a la vinagreta de miel, queso de cabra a la plancha, empanadillas coreanas con *chilly* dulce, revuelto de setas variadas, atún en *Sashimi* y *Risotto* con *Boletus Edulis*. De postre, en primer lugar, un sorbete de mandarina, otro de mango y Piononos de Santa Fe.

—La verdad es que tiene todo muy buena pinta, ¿entonces el menú degustación? —preguntó ella mirando a Lucas.

—Inma, lo dejo a tu elección.

—Entonces pónganos el menú degustación, no se hable más.

—¿Y de beber que desean los señores?

—Agua para mí y ¿tú qué quieres, Inma?

—Agua también, gracias.

El camarero se retiró y regresó rápidamente con dos botellas de agua, que dejó encima de la mesa, sirviendo antes un poco en cada copa.

—Ya verás como todo está exquisito; es uno de mis restaurantes favoritos, es pequeño y acogedor, la cantidad de comida es la ideal, no es de esos restaurantes que, cuando sales, te dan ganas de irte a comer una hamburguesa.

—Me alegro, yo no soy una persona de comer en cantidad, pero un día me invitaron unos clientes a un restaurante en Manhattan y de verdad que, cuando salí, tenía más hambre que cuando entré; y el precio, no te quiero ni contar, una barbaridad. Todo lo contrario a los restaurantes de la familia de Mauro; son argentinos de nacimiento, emigraron a Nueva York hace unos quince años, montaron un restaurante argentino que tuvo mucho éxito y ahora tienen una gran cadena por todo Estados Unidos. Se come fenomenal y los precios no son desorbitados, es verdad que no son asequibles para todo el mundo, pero la cantidad y la calidad son notables.

Lucas se sentía incómodo escuchando lo bien que se comía en el restaurante de su novio, lo que no entendía era por qué nunca

hablaba de él con ese apelativo, ¿sería posible que solo fueran amigos con derechos? Él tenía alguna amiga así. Marta, la mujer que le había llamado antes, era una de ellas, hasta que quiso más y él cortó la relación. No quería comprometerse, y menos con una mujer como ella, caprichosa y con un padre rico. Siempre había conseguido todo lo que le pedía a su *papaíto*, excepto a él, claro, aunque lo había intentado.

Lucas seguía sumido en sus pensamientos e Inma seguía hablando, aunque este no la estaba escuchando.

—Lucas, no me estabas escuchando, ¿verdad?

—Perdóname, he dejado divagar mi mente un momento. No es que me aburriese, de verdad. Lo siento mucho, soy un maleducado.

—Tranquilo, no pasa nada. De vez en cuando hay que desconectar un poco de todo, es necesario. Cuando tengo problemas en el trabajo salgo, paseo sin rumbo fijo, siempre llego a Central Park, como ya te he comentado antes, es mi vía de escape. ¿Sabes lo que funciona también muy bien?, hablar con un desconocido. Si quieres contarme algo, aquí estoy.

—Bueno, tú ya no eres una desconocida.

—Pues yo creo que sí, yo no sé nada de tu vida; miento, sé que eres inspector en la comisaría donde trabaja mi padre, tu jefe, y que eres un *single*.

Ambos rieron por el comentario final de Inma. Ella tenía razón, no se conocían, aunque cualquier persona que los observara en esos momentos diría que eran pareja, o por lo menos buenos amigos, por cómo se miraban y se compenetraban.

—Bueno, a lo mejor es verdad, pero es que creo que hablar de una mujer con otra no sé si será muy apropiado... —explicó un poco dudoso.

—Inténtalo, aunque tampoco quiero presionarte, pero tu cambio de humor se debía a la llamada de esa mujer, ¿Marta?

—Sí, es que me saca de quicio, es que no sé cómo explicarle que no quiero verla, ni hablar con ella, ni nada que tenga que ver con su vida.

—¿Pero tú se lo has dicho así, como me lo estás diciendo ahora a mí?

—Sí, claro, pero es que es una niña mimada, una persona de esas que siempre ha tenido todo lo que ha querido porque sus padres son muy poderosos y ricos. Se cree que por ese motivo puede hacer y deshacer la vida de los demás; si el resto se dejan, yo no puedo opinar, pero mi vida es mía y ella no la domina, porque nosotros no somos ni seremos nunca pareja ni nada por el estilo. Hemos quedado en varias ocasiones para cenar y... bueno, ya sabes, pero no hay manera, se empeña en ir un paso más allá y yo no quiero nada más, ni con ella ni con ninguna otra mujer que haya conocido hasta ahora.

Al finalizar su explicación, Lucas pensó que, si los sentimientos hacia Inma se intensificaran más y tuvieran una relación, podría dar ese paso, aunque habría barreras que se interpondrían, como su padre, su trabajo en Nueva York, era difícil...

—Yo te voy a dar mi opinión personal; a algunas mujeres tienes que dejarles bien claras las cosas, pero si te acuestas con ella un día, y cuando te apetece otra vez, si esa mujer está enamorada o siente algo más por ti, volviéndola a ver lo único que haces es intensificar esos sentimientos y hacerle creer que tiene posibilidades. Si no quieres verla más, vuélveselo a decir claramente y, si aun así no lo entiende, aléjate de ella y de todo lo que la rodee. Creo que así debería entenderlo, aunque conozco a un tío que estuvo persiguiéndome más de tres meses. Al final, Mauro y yo tuvimos que fingir que estábamos saliendo, e incluso que íbamos a casarnos. ¡Ja! Mauro y yo, si se nota a la legua que es más gay que Boris Izaguirre, pero al final se dio por vencido.

A Lucas le cambió la cara. Descubrir que Mauro no era su novio y que encima era gay era la mejor noticia que le habían dado en mucho tiempo. Aunque él no era de los que respetaba las relaciones, si una mujer le gustaba y ella se insinuaba, le daba igual que tuviera pareja, siempre y cuando no estuvieran casadas, él no rompía matrimonios.

—Bueno, voy a hacerte caso en lo de volver a hablar con ella seriamente, pero creo que esta niñata consentida no va a parar hasta que... —Lucas se quedó pensativo un momento—. ¡Ah! Ya sé, podría presentarte como mi novia.

—Habla primero con ella y después barajaremos las opciones.

En ese momento apareció el camarero, cosa que Inma agradeció para poder cambiar de tema. La verdad es que no sabía si podría resistirse a esos ojazos y con esa preciosa cara, pero ¿y si tenían que besarse? No quería tentar a la suerte de sentir algo más por él, ahora era solo atracción, eso es lo que ella se repetía una y otra vez para tratar de entender esos sentimientos que habían empezado a brotar tan rápidamente.

—Señorita, caballero, espero que todo esté a su gusto, que aproveche.

—Gracias —dijeron al unísono.

—Veamos qué tal está la brocheta y la ensalada —soltó Inma a quien, en ese momento, se le había hecho la boca agua.

—Creo que vas a salir de aquí encantada.

Según iban trayendo platos, Inma no podía parar de comer, estaba todo buenísimo. El cocinero salió en varias ocasiones a preguntar qué les parecía todo, además era conocido de Lucas, por lo que les prestó más atención a ellos que al resto de las mesas.

—Todo está exquisito aquí, es un lugar estupendo para venir a comer o a cenar, muchas gracias por traerme —comentó Inma.

—De nada, pero todavía nos queda el sorbete y los Piononos, que te van a encantar. Tenemos que coger fuerzas para una dura tarde de compras; bueno, creo que para ti será menos dura que para mí, odio ir de compras con todas mis fuerzas.

—Siempre hay un hueco para el postre, ¿no? —dijo Inma con una sonrisa—; la verdad es que me encanta ir de compras. ¿A qué mujer en su sano juicio no le gusta comprar? Pero si te resulta demasiado odioso podemos quedar en algún sitio y luego ir a ver a mis padres.

—No, tranquila, creo que voy a aprovechar el día renovando un poco mi vestuario —le indicó no muy convencido, pero tenía que quedarse con ella, se lo había prometido a Carlos; pasara lo que pasara, no la perdería de vista.

Cuando les trajeron los Piononos, ambos los devoraron; a Inma le resultaron deliciosos; los sorbetes, uno de mandarina y otro

de mango, los compartieron para probar los dos, aunque Inma se decantó por el de mango y a Lucas le gustaba más el de mandarina.

Finalizados los postres, Lucas pidió la cuenta, pero Inma insistió en pagarla.

—Por favor, déjame invitarte a mí, Lucas, es lo menos que puedo hacer si voy a quedarme en tu casa y voy a tenerte como chófer particular.

—No creo que sea lo apropiado, el hombre siempre debe pagar la cuenta.

—¿Pero en qué siglo vives? Eso sería en la época de nuestros padres, pero no en la nuestra; los dos somos personas independientes, creo que el que pague uno u otro da lo mismo, pero insisto en pagar yo. Creo que es lo más justo.

—Vale, pero con una condición...

—¡Sorpréndeme!

—Tú pagas la comida, yo compro y preparo la cena de esta noche, ¿te atreves? No me conoces, no sabes si cocino bien o mal, pero hoy vas a descubrirlo, así ya sabrás un poquito más de mí.

Inma se quedó atónita, no hubiera esperado esa respuesta ni en un millón de años. Esperaba que hubiera retomado la conversación de hacerse pasar por su novia, pero parecía que él ya lo había olvidado, le habría hecho ilusión y seguía divagando, pues le encantaría besar esos preciosos labios.

—¿Qué me dices? ¿Aceptas o no?

—Sí, acepto, no tienes cuerpo de pasarte el día comiendo comida basura, por lo que creo que mi estómago no corre mucho peligro.

Ambos rieron e Inma cogió la cuenta, que en esos momentos traía el camarero, y le dio la tarjeta para pagarla.

—Perfecto, ¿dónde quieres ir ahora? —le preguntó previendo que iba a ser una tarde de compras bastante larga.

—Para que no te agobies mucho, vamos a ir al Corte Inglés, tengo que comprar un portátil y algunas cosas más para emplazar aquí mi trabajo por el momento. Allí puedo echar un vistazo a la ropa que tienen y después, si no estás muy cansado, vamos al Barrio Salamanca.

—Por mí perfecto. Entonces vamos al de Preciados, es el que nos pilla más cerca. Quieres ir andando, ¿verdad? Tampoco hay mucho camino y así podemos bajar la comida.

—Sí, mejor andando, que estoy llenísima. ¿Puedo preguntarte algo?

—Depende de la pregunta.

—A lo mejor no debería preguntártelo, creo que... pensándolo mejor... no voy a formular esa pregunta...

—¡Venga, suéltalo ya!, estoy seguro de que te vas a pasar toda la tarde dándole vueltas, así sois las mujeres, ¿o me equivoco?

—Tienes toda la razón. Dijiste que mis padres te habían ayudado mucho cuando falleció tu padre. —Lucas asintió un poco aturdido, no sabía qué iba a preguntarle—. ¿Tu padre era policía también?

—Sí, era policía y le dispararon en una redada. Yo aún estaba en la academia cuando sucedió, nuestros padres eran grandes amigos. En un primer momento quise dejarlo, pero tu padre me animó mucho y me ayudó todo lo que pudo para seguir adelante, y aquí estoy.

—La verdad es que eres muy joven para tener el puesto que tienes, ¿no?

—¿Pero no era solo una pregunta? —rio un momento—. La verdad es que me lo he ganado a pulso, no creas que me han regalado nada o que tu padre ha tenido que ver en mi nombramiento. Además, mis estudios en la academia fueron en la Escala Ejecutiva, con lo que una vez finalizados eres Inspector.

—Vale, la verdad es que nunca me ha interesado para nada el tema de la policía y sus rangos, perdona si he metido la pata, debería saberlo siendo hija del comisario jefe, pero...

Lucas la interrumpió:

—No te preocupes, ya me imagino. Es como todo, a mí me hablas de un traje de Armani o de Victorio & Lucchino y no sabría diferenciarlo.

—Es normal; oye, otra pregunta, pero esta ya no es personal, ¿tú entiendes de informática? Te lo digo para que, cuando vayamos a comprar el portátil, no me vendan algo inapropiado. Me gustaría

comprarme un Mac, pero es incompatible con alguno de mis programas de diseño, así es que tendré que comprar otro. En mi piso tengo uno, con el iPad y con el iPhone, es una pasada, los tienes todos enlazados, así se dice, ¿no? y lo puedes ver todo en uno u otro.

—Sería más correcto sincronizados, pero vamos, enlazar no está mal dicho; no te preocupes por el tema del Mac, tengo uno en casa. Y respondiendo a tu pregunta, entiendo lo suficiente para saber qué comprar, por ahí no hay problema.

—Pues es un alivio, porque para temas de tecnología tengo a Mauro; bueno, para eso y mucho más, es un cielo. Si no fuera gay me casaría con él. —Su risa sonó un poco exagerada y lo contagió.

—Ahora soy yo el que quiere preguntar algo. —Hizo una pausa e Inma asintió—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

La pregunta le pilló por sorpresa, la verdad es que no lo había pensado, pero no podía permitirse estar mucho tiempo lejos del trabajo; aunque ahora iba a trabajar desde España, sus clientes la requerían en muchas ocasiones y, con la distancia, no iba a poder atenderlos como era debido. No quería perder a ninguno, pero también quería estar con sus padres. Estaba hecha un lío.

—La verdad..., no lo sé. Tengo que esperar a que mis padres se recuperen del todo, pero seguramente tenga que hacer algún viaje en ese tiempo, pues imagino que la recuperación no será corta. No quiero abandonarlos otra vez, pero tampoco puedo dejar mi carrera. Me vine y no lo había pensado. Pero, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, solo era por saber si tengo que alquilar una furgoneta para llevar todo lo que vamos a comprar hoy.

No era esa su intención, pero necesitaba disimular, no quería que pensara que estaba interesado en ella, aunque así era.

Capítulo 6

Llegaron al centro comercial; primero se dirigieron al departamento de informática, y allí, asesorada por Lucas y por el dependiente, Inma compró el portátil y un iPad mini, puesto que el suyo lo había dejado en Nueva York.

Se dirigieron al departamento de firmas de ropa. Una dependienta enseguida se les acercó.

—Buenas tardes, ¿necesita que le ayude?

—Buenas tardes, la verdad es que sí. Necesito varias prendas.

—Creo que yo la conozco, pero aún no sé de qué.

—No creo que nos conozcamos... —contestó Inma con voz un poco cortante. En España no era muy conocida, algunos medios ya habían hablado de su vida como diseñadora y había acudido a varios desfiles de moda, pero todavía no destacaba entre los más famosos diseñadores. Sin embargo, en Nueva York era otro cantar; aunque este fuera su primer año en la pasarela de esa ciudad y Mauro le hubiese comentado que todo estaba saliendo estupendamente, seguía siendo una diseñadora novel en el mundo de las pasarelas, aunque tenía que admitir que estaba muy cotizada en Estados Unidos.

La dependienta no quiso volver a insistir y comenzó ensañándole varios modelos de diseñadores españoles. Inma indicaba lo que quería y ella se lo llevaba a los probadores con una sonrisa de oreja a oreja. Lucas miraba atónito la cantidad de ropa que se estaba probando. No salía del vestuario a pedir su opinión o la de la dependienta. Estaba claro que una mujer de moda sabía lo que le quedaba bien y lo que no.

Cuando hubo terminado en esa sección, se dirigieron a la de ropa interior.

Lucas se sentía bien allí, observando los conjuntos, pero en cuanto empezó a ver la lencería que Inma quería probarse, creyó que iba a darle un ataque. Por ese motivo se dirigió a los probadores y, tocando un poco la puerta, le preguntó:

—Inma, ¿te queda mucho? Es que creo que voy a ir a mirar en la planta de deportes un par de cosas.

—Un poco, sabes que no tengo ropa interior. Solo la que llevaba ayer puesta, y si no quieres que utilice tus calzoncillos, tendré que comprarme algunas cosas; tardaré por lo menos media hora más. Vete si quieres; yo, en cuanto termine, te busco.

—Perfecto entonces, nos vemos.

Tras el comentario de la ropa interior, Lucas se fue con una sonrisa picarona; estaba recordando cómo la había desnudado hasta dejarla con la lencería de encaje y se la imaginaba con los modelos que la dependienta le había enseñado, y no era alentador lo que comenzaba a notar en su entrepierna.

Inma siguió probándose ropa interior y después algún que otro pijama, no sabía cuánto tiempo iba a estar ni cuándo llegaría su ropa, por lo que no quería quedarse corta comprando.

Cuando terminó, se dirigió a la planta de moda joven. De vez en cuando le gustaba vestir informal, por ello se compró varios pantalones vaqueros, unas cuantas camisetas y un par de abrigos.

También se acercó a la sección de zapatería para comprar zapatos y botas, tenía que estar preparada.

A la primera dependienta que la había atendido le había explicado un poco, sin entrar en detalles, lo sucedido, y esta, muy amablemente, le sugirió hacer una lista de compras, que cada departamento dejaría en la planta de atención al cliente y las abonaría todas juntas; además, se las entregarían en el lugar que ella quisiera.

Lucas empezaba a creer que Inma iba a comprar todo el edificio por lo que estaba tardando, no tenía su número de teléfono para llamarla o mandarle un mensaje, así es que seguía dando vueltas en la planta de deportes cuando la vio llegar; se había cambiado de ropa y llevaba unos vaqueros pitillo, unas botas altas y un jersey de lana grueso, con una cazadora de la mano y una bolsa, que imaginaba fuera su ropa. Parecía más joven aún y más guapa.

—Siento la tardanza, pero no tener nada de ropa es lo que tiene; como no sé cuándo Mauro me podrá enviar la mía, no quería

tener que perder más tiempo otro día. Y tú, ¿no has comprado nada?

—No, he estado mirando un par de cosas pero no me convencían mucho. Debería comprarme algo de ropa, pero no me gusta mucho probármela, lo dejaré para otro día. Además, mis armarios no creo que puedan albergar más ropa con toda la que has comprado para ti.

Ambos comenzaron a reírse, tras un breve momento en el que parecían totalmente ajenos a la gente, Inma comentó:

—Creo que deberías comprártela, podría ayudarte a elegirla, creo que se me da un poco bien esto de la moda. —Y siguieron riéndose.

—Está bien, pero porque entiendes solo un poco.

Tomaron el ascensor para acudir a la planta de ropa de caballero.

—Quiero que me digas cómo vistes normalmente o qué es lo que te gusta y yo puedo elegirla, a eso me dedico, claro.

—Soy un hombre sencillo, me gustan los vaqueros y los polos o jerséis, pero no mucho más. De vez en cuando salgo con pantalones *dockers*. Pero nunca me pongo trajes, bueno, en las bodas y demás eventos, ya sabes, pero eso no cuenta. No son mi estilo, la verdad, creo que los trajes hacen a los hombres más mayores.

—En eso te equivocas, todo hombre con traje está mucho más guapo y seguramente sexy. Siempre que encuentre el traje adecuado. Desde luego que para ir a tomar unas cañas con unos amigos viendo un partido de fútbol no son, pero para una cita... ¡Mmm! Te aseguro que a las mujeres los trajes nos ponen mucho.

—¿En serio?! No creo que a mí me veas con traje en una cita. Si a la mujer con la que salgo no le gusta lo que ve, es que está ciega.

—Bueno, bueno, bueno, eres bastante narcisista. Otra cualidad que descubro hoy de ti.

—¿Acaso vas a negar que soy atractivo?, ¿que no tengo un encanto especial?

—No te lo voy a negar, eso salta a la vista, pero eso es muy superficial hasta para ti.

—¿Qué significa hasta para mí? —Lucas estaba un poco ofendido. Era cierto que se estaba comportando como un cretino, pero esas palabras le habían dolido. Quizás no las palabras, sino quién las había pronunciado.

—Vale, no te enfades, simplemente digo que presumes de que estás soltero y veo cómo miras a las mujeres y sí, tienes encanto, eres guapo, tienes un cuerpo perfecto, pero el amor no solo es la fachada, recuérdalo. Y vamos a dejar el tema, creo que será lo mejor si vamos a compartir casa durante un tiempo.

—A mí no me apetece dejarlo, no me conoces; a lo mejor esa fachada y esa imagen que quiero dar es una coraza para que no me hagan daño, ¿acaso lo has pensado?

Inma se quedó petrificada tras esa revelación. No lo veía como un hombre al que le rompieran el corazón, más bien parecía al revés, aunque tenía razón, no se conocían.

—Lo siento Lucas, de verdad, tienes toda la razón, perdóname.

—Tranquila, yo he sido un gilipollas. Estamos en paz. ¿Quieres seguir ayudándome con la ropa?

—Sí, por supuesto. ¿Por dónde empezamos?

—Creo que voy a hacerte caso y me compraré un traje para una cena especial, pero solo uno, no quiero tener que darte la razón. —Sonrió inmediatamente.

Se acercaron a la ropa de diseñadores y un caballero se acercó con rapidez para atenderlos.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarles en algo?

—No se moleste —le dijo Lucas estrechando a Inma entre sus brazos—. Tengo a mi *personal shopper*, no necesitamos ayuda.

El dependiente se quedó de piedra, no supo qué contestar. Inma seguía impactada por sus declaraciones y ese acercamiento le había subido el ego, además de poder estar a pocos centímetros de distancia, pudiendo disfrutar de su fragancia masculina.

—Muchas gracias. Pobre hombre, le has dejado a cuadros.

—Tú me puedes aconsejar mucho mejor, como mujer y como diseñadora.

—Es posible, pero tampoco dudes de la opinión de un dependiente, saben muy bien lo que se hacen.

—Está bien, vamos rapidito, no vaya a ser que me arrepienta — finalizó con esa preciosa sonrisa que comenzaba a derretir a Inma.

—Vale, creo que este traje gris plata te quedaría estupendo, ese color resaltaría más el color tus ojos; bueno, ahora voy a buscar la talla. —Se quedó observándolo un poco—. Una talla 38 o 40, si no me equivoco. Toma, esta es, vete al probador, yo voy a ir a por una camisa y una corbata, enseguida te lo llevo.

Lucas se dirigió a los probadores un poco perplejo, había adivinado su talla con solo mirarlo, pero claro, ella sabía muy bien de lo que se hablaba.

Cuando llegó al probador comenzó a desvestirse y, cuando se puso el pantalón del traje, pudo comprobar que le quedaba a la perfección; se quitó la camiseta y, en ese instante, llegó Inma; llamaba a la puerta con una camisa blanca y un par de corbatas, una gris oscura y otra azul cielo. Al abrirle, esta fijó sus ojos en su musculoso y marcado torso. Era perfecto. Se riñó mentalmente y continuó con su cometido.

—Pruébate primero la azul, creo que es la que mejor queda, aunque la gris también me gusta.

—Tendrás que ayudarme, no sé hacer el nudo. Pasa si quieres, ya me has visto casi desnudo esta mañana, no creo que vayas a asustarte.

Inma asintió, pero comenzó a ponerse un poco nerviosa, como le había pasado por la mañana; estar tan cerca de él y estando este semidesnudo la ponía a mil, pero hizo lo que pudo para que Lucas no notara su nerviosismo.

Lucas, por su parte, estaba disfrutando; había notado cómo le temblaban de vez en cuando las manos, verla así solo podía significar que había una chispa, por lo menos de atracción, y eso le satisfacía mucho.

Él se puso la camisa despacio, viendo cómo esta tragaba el nudo de su garganta, observándolo.

—Te queda estupendamente, necesito que te agaches un poco para que pueda anudarte la corbata.

Lucas fue bajando lentamente, ralentizando sus movimientos y observando cómo ella se ponía cada vez más colorada; era increíble el tono que había alcanzado su rubor.

—Ahora estate quieto un momento, quiero que quede perfecto.

Inma creía que iba a estallar, sentía sus mejillas sonrojadas y el calor que recorría todo su cuerpo, estar tan cerca no ayudaba en absoluto.

Él estaba disfrutando mucho de su cercanía, aunque sentía un poco de lástima al verla tan acalorada. Finalizó con el nudo como pudo.

—Ya está, sal fuera para verte.

Lucas salió primero del probador; cuando se acercó al espejo grande y se observó, se quedó perplejo. Realmente estaba guapísimo y, aunque él tenía claro su potencial, Inma tenía razón, ese traje le daba un toque muy sexy.

Ella lo observaba atentamente, estaba espectacular; además, salir del probador había aliviado ese calor que sentía.

—¿Qué te parece? ¿Tenía o no tenía razón?, este traje te queda estupendamente.

—¿Y me da ese toque sexy que dices? —preguntó con una sonrisa ladina.

—Muy sexy. Ahora vamos a elegir alguna cosa más informal, como a ti te gusta. Voy en busca de unos cuantos vaqueros, quédate en el probador.

—¿No quieres que vaya yo?

—¡No! —contestó rápidamente—, soy tu *personal shopper*, déjame que lo elija yo.

—Está bien, esperaré, pero no tardes, no me gusta mucho estar aquí solo en ropa interior, quién sabe lo que me puede pasar. —Y sonrió.

Inma parecía más calmada, eligió unos cuantos vaqueros, unas camisetas, polos y algunos jerseys.

Llamó a la puerta y el muy canalla, eso es lo que pensó Inma al verlo, le abrió la puerta solo con los calzoncillos puestos.

—Pasa, por favor, ayúdame a elegir —comentó con esa sonrisa suya tan sensual.

—Venga, pruébate tú solito, te espero fuera.

Ella pensaba que, si se quedaba en el vestuario, iba a cometer una locura, y no era ni el momento ni el lugar.

Lucas estaba un poco decepcionado, había sentido la química entre ellos, aunque estaba satisfecho, se había cerciorado de lo que había presentido. Inma se sentía atraída por él. Se probó toda la ropa y salió todas las veces para ver lo que decía.

Al final se llevaron un par de vaqueros, una camiseta y varios polos.

—Voy a pagar todo esto.

—No, tranquilo, tengo una lista de compra, lo añadimos y lo pago yo, así nos lo harán llegar a casa.

—¡Ni lo sueñes!, no vas a comprarme tú la ropa.

—Ya salió la vena machista. Lucas, por favor, voy a vivir durante un tiempo en tu casa, haz el favor de aceptar que yo pague todo, de verdad puedo permitírmelo y sería una forma de agradecerte lo que estás haciendo por mi familia. No seas cabezota.

—No soy cabezota, jod... —no terminó la palabrota—, es que no necesito que ni tú ni ninguna mujer me compréis la ropa.

Inma entonces se dio cuenta de que el enfado de Lucas no era porque ella hubiera decidido comprarle la ropa, sino que era por Marta, la mujer que se había encaprichado de él; seguramente quería controlarlo hasta en la forma de vestir.

—Lucas, lo siento, no era mi intención insultarte ni ponerte de mal humor, solo quería aportar algo. Te estás portando estupendamente conmigo y con mis padres, creía que era lo justo, pero si te parece mal o te ha molestado mi actitud, te pido perdón.

—El que lo siente soy yo, soy un capullo, a veces me comporto como un cabezota insensible, pero es que Marta...

—Me imaginaba que era por ella, pero descuida, yo no quiero controlarte, solo era una muestra de mi gratitud; si quieres aceptarla

estaré encantada, si te parece mal que yo lo pague, entiendo tus razones, no me molesta, de verdad.

—Te agradezco mucho el gesto, pero prefiero pagarlo yo. Bueno, vamos a hacer un trato, ¿aceptas?

—Te encanta lo de los tratos ¡eh!, pero no sé si aceptarlo sin oírlo.

—Tienes razón; creo que, como te he hecho caso en el tema del traje y creo que te encantaba cómo me quedaba... —Inma puso los ojos en blanco tras esa afirmación—, sé que soy bastante arrogante, pero tu mirada me decía que te gustaba. En fin, voy a aceptar que me lo regales, pero el resto de ropa la pago yo, con la condición de que el día que estrene el traje lo haga contigo.

—Está bien, pero yo elijo el lugar y el restaurante.

—¿A qué te refieres con el lugar?

—Bueno, que no tiene por qué ser en Madrid, ¿verdad?

Lucas titubeó un poco, no entendía muy bien a dónde quería ir a comer o a cenar que no fuera en Madrid, aunque aceptó sin pensarlo mucho.

—¡Perfecto! Estrechemos nuestras manos para cerrar el trato.

Cuando ambos se tocaron, saltaron un millón de chispas y mantuvieron el contacto más tiempo del que los cánones requerían, hasta que el dependiente que no los había atendido se acercó a ellos; los interrumpió con su fingida sonrisa y su poca amabilidad.

—Disculpen, ¿desean que cobremos esto?

—Caballero, el traje, la camisa y la corbata deben unirlos a esta lista de compra. El resto —Inma miró a Lucas, que asintió y continuó—, sí.

—Muchas gracias, entonces acompáñenme por aquí.

Tras pagar la ropa, se dirigieron a la planta de atención al cliente. Inma abonó todas las compras de su lista e indicó cuáles se llevaría en ese momento y dónde deberían llevar el resto, según indicación de Lucas, que le facilitó la dirección completa.

Antes de salir, Inma se percató de que no había comprado las cosas de aseo; aunque se había traído el neceser con un par de muestras de su perfume y de crema hidratante, tenía que comprar alguna cosa más.

—Lucas, perdona, necesito quince minutos más; tengo que comprar algunas cosas de higiene personal, vamos, tú ya me entiendes. Si quieres acompañarme, estaré encantada, o mejor anota mi número de teléfono y hazme una llamada perdida, en cuanto termine te mando un wasap y me dices dónde me esperas.

Anotó su número e hizo la llamada, como había indicado.

—Ahí afuera hay una cafetería, estaré tomando algo, si no te importa. Ya tienes mi número, cualquier cosa, dame un toque.

Una vez dicho esto, Inma se encaminó hacia la zona de cosméticos; se dejó aconsejar por un par de dependientas, compró varias cremas, dos perfumes de mujer y uno de hombre, estaba casi segura de que era el que utilizaba Lucas, además de varias cosas más para completar su set de maquillaje y su aseo personal.

No tardó mucho más del tiempo que le había indicado y le mandó un mensaje cuando estaba pagando. Inmediatamente, Lucas se acercó a la salida, ante todo no quería dejarla sola fuera del edificio, no quería correr ningún riesgo.

—Mujer, te has gastado un dineral; madre mía, tienes que tener la tarjeta echando humo —dijo con su tono guasón.

—La verdad es que sí, pero bueno, todo ha sido tan repentino... —y dejó escapar la frase—. Creo que deberíamos ir al hospital, es tarde, quiero saber cómo se encuentra mi madre, si hay alguna evolución más.

—Como quieras, vamos, cogeremos un taxi para ir hasta el aparcamiento, no perdamos más tiempo.

Tomaron el taxi y enseguida llegaron al aparcamiento de la Plaza Mayor. Inma estaba agotada, así es que en cuanto se montó en el coche de Lucas, se recostó y se quedó dormida. No fue mucho tiempo, enseguida llegaron al hospital, pero lo suficiente para relajarse un poco.

Capítulo 7

Al llegar, rápidamente subieron a ver a Carlos, que se encontraba muy contento; habían acudido varios amigos y compañeros de la comisaría a verlo tras enterarse de lo sucedido. Les explicó que toda la tarde había sido un continuo ir y venir de gente.

—¡Cariño! Ya estáis aquí. Vaya tardecita llevo. No he podido pegar ojo, qué trasiego, ¡ni el metro en hora punta!

Los colegas que quedaban, el compañero de habitación, Inma y Lucas soltaron una carcajada que contagió a Carlos de inmediato.

—Papá, qué exagerado eres, de verdad, si hubiera sido así, ya te hubieran llamado la atención las enfermeras.

—Tesoro, han venido por lo menos cuatro veces a decir que fueran desalojando la sala y los pasillos, con eso te digo todo.

Los compañeros se fueron marchando poco a poco y la habitación quedó más tranquila.

A las seis de la tarde, Inma se encaminó a la UCI para poder ver un rato a su madre. Aparentemente seguía igual que por la mañana, ella empezó a hablarle de lo que había hecho durante todo el día y, sin querer, comenzó a decir lo maravilloso y atento que era Lucas; en un momento de lucidez, se dio cuenta de que su madre lo conocía, y no profundizó más en los sentimientos que, de vez en cuando, brotaban con un simple roce. Nunca había hablado con su madre de chicos; cuando estudiaba no salió con ninguno en serio, y a su madre no quería contarle si se acostaba con uno u otro. Con toda seguridad, no lo entendería.

El tiempo de estancia en la UCI pasó más rápido de lo que ella esperaba; con un beso prolongado en la mejilla, Inma abandonó la sala bastante triste. Verla en la cama con toda la cara llena de moretones e inflamada la entristecía demasiado, pero lo que más le encogía el corazón era no poder hablar con ella. Tenía la esperanza de que pronto despertara, pero también en lo más hondo de su corazón sabía que podía no hacerlo jamás, y eso la apenaba

muchísimo. Cuando salió de la sala no pudo reprimir las lágrimas, que comenzaron a brotar de sus ojos.

Lucas estaba esperándola fuera y, al verla otra vez llorando, se le encogió el corazón. Se acercó con rapidez y le estrechó entre sus brazos. Sin decir ninguna palabra, estuvieron un rato abrazados. Ella se encontraba tan a gusto entre sus brazos que dejó de llorar. Para él, ni qué decir tenía que estar abrazado a Inma era lo mejor que le había pasado en todo el día. Aspirar su olor afrutado y tenerla tan cerca lo estaba volviendo loco de deseo.

Un carraspeo inoportuno les hizo regresar a la realidad.

—¡Ejem, ejem! Lucas, perdona, ¿tienes cinco minutos? —Era la voz de uno de los compañeros, al que había encomendado la investigación del accidente.

—Por supuesto, dame un segundo. ¿Estás bien? —se dirigió a Inma, que parecía estar ya repuesta.

—Sí, muchísimas gracias, voy a ver a mi padre, os dejo a solas.

—¡Preciosa mujer! —dijo el subinspector García cuando ella los dejó—. Lástima que sea la hija del jefe ¿no?

—García... que nos conocemos, ¿qué insinúas?

—Se os veía muy acaramelados, ¿no?

—Déjate de sandeces, la pobre está muy afectada, acababa de salir de ver a su madre en coma. Solo estaba consolándola, no hay nada más. Como bien has dicho, es la hija de nuestro jefe, no tenemos ojos para ella; vamos, que será todo lo preciosa que tú quieras, pero no podemos verla como una mujer accesible. —La explicación le había quedado muy convincente, otra cosa eran los sentimientos que Lucas empezaba a tener hacia ella, tenía que creérselo él primero.

—Si tú lo dices... —comentó no muy convencido—. Cambiando de tema, nos hemos acercado al taller donde se encuentra el coche del jefe, hemos llevado al perito judicial y, como nos esperábamos, los frenos han sido manipulados. Por la tarde, cuando vosotros no estabais, Carlos nos ha estado comentando a Carrascal y a mí que llevaba recibiendo amenazas telefónicas desde

hace varios meses, pero que no le había dado ninguna importancia. Estamos investigando el tema, a ver si nos lleva a alguna pista.

—Perfecto, ¿alguna cosa más que deba saber?

—Samaniego, por el momento nada más, aunque creo que el jefe se guarda alguna cosilla más; ha habido un momento en el que parecía que quería contarnos algo, pero justo entró Castellanos con Alcázar y se cerró en banda. Deberías intentar hablar con él del tema.

—Lo intentaré, aunque no será fácil, teniendo en cuenta que tengo que estar las veinticuatro horas del día con su hija.

—¡Vaya fastidio! —exclamó en tono burlón—; sí que es una faena, de verdad que te ha tocado la peor parte.

—¡No me jodas!, ya está bien con el tonito García, que nos conocemos.

—Jefe, ¿es que me vas a negar que estar con una mujer como ella es un castigo?

—Sí, claro, tener que ir de compras con ella ¡es la leche!, se ha comprado medio Corte Inglés, no te digo nada cuando se ha puesto a comprar lencería, ¡la hostia!

—Anda, capullo, no te quejes, que por una mujer como esa estaba yo todo el día de compras donde ella me dijera.

—No te pases un pelo García, que es coto privado, que como se entere el jefe de los comentarios que haces sobre su hija, te corta lo que tú ya sabes.

—Aplicáte el cuento tío, que mucho predicar pero bien la estabas abrazando.

—Tengamos la fiesta en paz, ¿vale? —inquirió Lucas enfadado.

—Bueno Samaniego, me voy ya, que la parienta si no se me enfada, que es sábado y la tengo que sacar de paseo.

—¡Anda mamón!, que parece que estés sacando al perro, como se lo diga a Ruth te corta las ... *alas*. —Y comenzó a reírse—. El lunes hablamos, mantenedme informado.

—Sí, tranquilo, y cuidadito con el coto, no te vayas a hacer un furtivo, tú ya me entiendes... Buen fin de semana.

—Adiós capullo.

Lucas se dirigió a la habitación de Carlos, que estaba cenando ayudado por su hija y hablando muy distendido con su compañero de habitación.

—Papá, eres un pesado, siempre contando las mismas batallitas de la academia.

—Hija, qué le vamos a hacer, me estoy haciendo viejo, ya sabes que las personas mayores se repiten mucho.

—Anda, anda, Carlos —intervino Lucas—, no exageres, lo que pasa es que te encanta contarlas una y otra vez.

—Bueno, eso es verdad, fueron unos años muy felices de mi vida. Aunque los mejores, sin duda, los de la niñez de mi preciosa hija, esos no los cambio por nada del mundo.

—Venga papá, no me saques los colores. Come y calla, haz el favor.

Mantuvieron la conversación durante una hora más, después Inma y Lucas se despidieron de los dos enfermos y salieron del hospital en dirección al supermercado más cercano para poder comprar algunos de los ingredientes que Lucas necesitaba para la cena.

Media hora después llegaban a casa. Inma estaba exhausta, llevaba todo el día entero casi sin poder descansar, así que llegó al sofá y se tumbó, quitándose las botas.

—Creo que me voy a dar una ducha y enseguida me pongo a preparar la cena—comentó Lucas.

—Vale, no te preocupes, voy a ver si me pongo a ojear el correo y ya de paso trabajo un poco.

Cuando Lucas salió de la ducha, aún tenía el pelo mojado y estaba aún más sexy si aún cabía.

Inma, al oír la puerta abrirse, instintivamente fijó la mirada en él; salía del baño con el pantalón del pijama, una camiseta interior de manga corta muy ajustada marcando pectorales y totalmente descalzo. Tuvo que contener la respiración para intentar no babear. Era muy atractivo, recién salido de la ducha, con el pelo húmedo y con esa ropa, era muy apetecible.

Se recriminó mentalmente, solo debían ser amigos, las circunstancias en estos momentos hacían que estuvieran

compartiendo su piso, nada más.

—¡Estoy como nuevo!, ahora ya estoy listo para hacer la cena.

—Yo voy a darme también una ducha y a ponerme cómoda. A la cocina, *súper chef*, a ver con qué *delicatessen* me sorprendes.

—Cuando te quedes con la boca abierta de lo riquísima que estará la cena, vas a borrar esa sonrisa burlona que tienes.

—Estaré encantada de hacerlo.

Y se marchó, no sin antes dar un último vistazo a Lucas, que ya se encontraba en la cocina, disponiendo todos los ingredientes en la encimera.

Inma alargó la ducha más de lo que era su ritual, pero necesitaba despejarse y olvidarse de todo por unos momentos, desconectar de los problemas y sentirse libre, aunque solo fuera bajo el agua que caía.

Cuando se estaba poniendo un pijama, bastante discreto, eso sí, nada infantil, como eran los que habitualmente ella usaba en su casa, ya que no quería que Lucas comenzara a reírse en cuanto la viera, escuchó a este hablar por teléfono, y parecía enfadado. Pensó que otra vez se trataría de Marta, y si se trataba de ella, ya sería la tercera vez que lo había telefoneado durante ese día, sin contar las que con seguridad le hubiera hecho en su ausencia. Salió sigilosamente del baño y de la habitación para poder enterarse de lo que decían sin parecer una cotilla.

—¡¡Que te he dicho que no!!, y no te tengo que dar más explicaciones, ¡sí! He conocido a otra persona y quiero estar con ella, no quiero que me vuelvas a llamar Marta, al final vas a conseguir que te ponga una demanda por acoso, sabes que a mí me será muy fácil demostrarlo, y seguro que tu papaíto estará encantado cuando le llegue la notificación. Adiós y no me vuelvas a llamar jamás, ¿entendido?

Colgó el teléfono y lo dejó de mala gana en la encimera. En ese momento Inma se acercó lentamente, intentando hacer parecer que salía de la habitación sin haberse percatado de la discusión que hacía unos momentos había mantenido por teléfono.

—¡Mmm! Esto huele de maravilla, al final vas a tener razón y vas a ser un estupendo cocinero. ¡Y yo que creía que ibas de farol!

—Puede que huelga bien y el sabor no sea el adecuado, no juzgues todavía el trabajo hasta que no lo hayas probado, señorita.

—Me parece bien, ¿quieres que te eche una mano con algo?

—No, tú siéntate y relájate, que necesitas descansar; llevas dos días de infarto, así es que, sintiéndolo mucho, debes abandonar la cocina —dijo en tono burlón.

—Ya me voy yo, no hace falta que me expulses... —Como en otras ocasiones, a ambos les entró la risa.

Inma se relajó y se tumbó en el sofá, tenía mucho en lo que pensar, necesitaba que sus padres se pusieran mejor; su carrera en esos momentos estaba en una etapa decisiva, si todo salía bien, la lanzaría quizás a las pasarelas de París o Milán y, evidentemente, a la de Madrid, sería conocida a nivel mundial. Todo un sueño que, en esos momentos, se había truncado por el accidente. Quería ser positiva y pensar que, pese a este gran contratiempo, todo iba a salir bien. Realmente se lo merecía, eso era lo que se repetía una y otra vez para conseguir las fuerzas necesarias y salir adelante.

Seguía sumida en sus pensamientos cuando Lucas entró en el salón y la vio tumbada mirando al techo sin ningún signo de hacer realmente nada. Por un momento, desvió su mirada curioso al techo, pero era evidente que era la forma en la que Inma se había evadido de todo.

—Señorita, la cena ya está lista; si me acompaña por aquí, la acomodaré en su asiento.

En ese instante, salió de sus pensamientos para fijarse en ese atractivo hombre que tenía delante. En verdad se encontraba necesitada de cariño y, para qué negarlo, también de sexo. Su trabajo la absorbía tanto tiempo que se pasaba meses sin acostarse con ningún hombre; no era que lo necesitara, pero de vez en cuando nunca era malo darle una alegría al cuerpo.

—¡Señorita! —Volvió a decir Lucas, ya que Inma no se había movido del sofá.

—Perdóname, estaba absorta, lo siento mucho, son tantos los problemas que se me están viniendo encima que no sé si podré soportar mucho tiempo esta situación.

—Ya verás como, dentro de poco, todo se queda en un pequeño susto y será una anécdota más que podrás contar a tus hijos y nietos.

—Pare el carro caballero, que no tengo intención por el momento de tener hijos, y de nietos ni hablemos.

—Ya me imagino, solo te faltaba eso para rematar la faena, que estuvieras embarazada, ¿no?

—Estoy totalmente segura de que no lo estoy, y ahora, si no te importa, vamos a cenar que estoy hambrienta.

La cena transcurrió con normalidad; de vez en cuando Inma soltaba algún que otro sonido de satisfacción, la comida estaba exquisita.

—Lucas, he de reconocer que todo estaba buenísimo, no sabría por qué decantarme hoy en el menú que me has cocinado. Eres un crack en la cocina.

—Bueno, no te dije que era muy bueno porque estaba seguro de que me llamarías egocéntrico de nuevo.

—Tienes toda la razón. —Inma bostezó—. Creo que me voy a ir a dormir, estoy agotada, necesito descansar porque, aunque durmiera el día de mañana entero, aun así tendría sueño, creo que el reloj me debe horas.

—Es que llevamos dos días agotadores, no me extraña nada que estés cansada.

—Lucas, preferiría que durmieras en tu cama, yo me acomodo aquí, en el sofá, estoy segura de que, con este cansancio, no voy a notar la diferencia.

—Inma, te dije que ibas a dormir en la cama y no hay más que hablar, en ese aspecto fui tajante y claro, no voy a dar mi brazo a torcer. Yo duermo en el sofá.

—¡No se hable más! ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana, que descanses.

—Igualmente.

Inma se acostó y, en un segundo, se quedó dormida. Lucas, por su parte, empezó a dar vueltas de un lado a otro, ese sofá era horrible para poder dormir, tendría que comprarse uno nuevo, pero

que fuera más cómodo. Mientras su cabeza divagaba, al final el cansancio lo venció y se quedó dormido.

Capítulo 8

Habían pasado varios días desde el accidente, el estado de Carlos mejoraba favorablemente tras las operaciones realizadas, mientras María no presentaba ningún síntoma de mejoría. Lucas acudía un rato por las mañanas a comisaría intentando disimular con Inma, pero siempre la tenía vigilada por algún compañero; ella seguía visitando a sus padres en el hospital mañana y tarde; ya se estaba convirtiendo en una rutina, al igual que salir a comer juntos o cenar en el apartamento, experimentando las dotes culinarias de Lucas. Inma sentía una conexión especial con ese hombre como no había tenido con ningún otro. Le hacía reír y rabiar por igual, discutían cada noche por dormir en el sofá, pero siempre acababa cediendo, sabía que este solo permitiría que durmiese en su cama.

Eran las cuatro de la madrugada del viernes cuando un tremendo trueno sonó de repente asustando a Inma, que se incorporó en décimas de segundo. Ella siempre había tenido mucho miedo a las tormentas desde que un año, en el pueblo de sus padres, había visto cómo un rayo le caía a una persona y lo dejaba muerto en acto.

Se levantó inquieta de la cama y se dirigió al sofá, no sabía si despertar o no a Lucas y, en ese momento de duda, otro trueno sonó aún más cerca y ella soltó un pequeño grito por el susto.

Lucas se despertó estremecido por ese grito ahogado que había dado Inma, pensó que algo malo le había pasado. Pero en el momento en el que abrió los ojos, la vio sentada en el suelo, a su lado, con los brazos agarrándose las piernas, estaba temblando.

—Inma, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

—Sé que te va a sonar infantil, pero tengo miedo a las tormentas.

—Tranquila, aquí no puede pasarnos nada, estamos a salvo, arriba hay un pararrayos.

—Ya lo sé, pero aun así tengo miedo. Siento haberte asustado. Pero no puedo dormir, este miedo me supera, es algo que me pasa desde niña; mi padre me abrazaba y me susurraba al oído que pronto la tormenta se alejaría, era la única forma de quedarme dormida.

—¿Qué quieres que haga?, dime qué necesitas, ¿quieres que te abrace?

—¿Te importaría quedarte en la cama conmigo abrazándome hasta que me quede dormida?

—Sí, no te preocupes, vamos a dormir, que es tarde.

Lucas sintió un cosquilleo en el estómago al pensar que iba a dormir abrazado a Inma. Esa mujer era tan frágil en muchos aspectos, que lo sorprendía. Bajo esa fachada de mujer de negocios, hecha a sí misma desde la nada, se escondía una joven delicada y temerosa.

Ambos se acostaron. Inma se tumbó con la cabeza encima del pecho de Lucas y este la rodeó con sus brazos.

En ese momento otro trueno sonó, el más cercano de los tres, y de nuevo comenzó a temblar. Tenía tanto miedo que era inevitable no hacerlo, por eso Lucas comenzó a susurrarle al oído con voz tranquilizadora:

—No te preocupes, la tormenta pronto pasará, yo estoy aquí para protegerte, no te pasará nunca nada, te lo prometo.

Esas palabras le hicieron apaciguarse un poco y dejar de temblar. Además, estar en los brazos de Lucas la estaba relajando, aunque aumentaban el deseo de su cuerpo, que a veces parecía que tenía vida propia, estremeciéndose con su contacto.

—Gracias —susurró y fue lo único que pudo decir. De vez en cuando temblaba presa del miedo.

—Tranquila, duérmete que estás a salvo. Y la besó en la nuca.

La tormenta comenzó a disiparse y el cansancio se apoderó de ambos en un suspiro.

Lucas se despertó, miró el reloj y eran las nueve de la mañana; no quiso moverse mucho para no despertarla. Además, tenerla entre sus brazos más de media noche era lo mejor que le había pasado

en mucho tiempo. Se sentía mejor que bien y no entendía el por qué, ni siquiera se habían acostado, solamente habían dormido.

Inma lo primero que vio cuando se despertó fueron esos ojos grises posados en su cara. Era como un *Dios* y ahora mismo ella estaba entre sus brazos.

«¿Qué más se puede pedir?», se preguntó mentalmente.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—La verdad es que sí, aunque seguramente te haya molestado; quería agradecerte lo que hiciste esta noche por mí, sé que mi miedo es absurdo, que estamos en casa a salvo, pero es algo que desde niña me supera y no puedo controlar.

—Tranquila, no te preocupes, los miedos son impredecibles, por lo general uno no elige a qué va a tener miedo y a qué no. Además, he de reconocer que he dormido de maravilla, me encanta cómo hueles; sé que es un poco indiscreto, pero desde que te conocí he notado que tienes un olor muy peculiar y maravilloso, es como afrutado, me tiene cautivado.

—Es un secreto de mujer, si te lo digo ya no sería un secreto —dijo y comenzó a reírse.

—Perfecto, entonces tendré que sacarte esa información con un método muy pero que muy eficaz.

—Te recuerdo que soy hija de un policía, tus métodos no me asustan —concluyó con una mínima intimidación.

—Aún estás a tiempo de decírmelo, si no, tendrás un duro castigo —finalizó fanfarroneando.

—No tengo miedo a tus métodos. —Aunque realmente ella no sabía qué era lo que le iba a hacer, le gustaba ese juego y esa conexión que había entre ambos, por eso lo desafiaba en cuanto podía.

Inmediatamente, Lucas comenzó a hacerle cosquillas y ella empezó a revolverse como pudo con la risa que le provocaban.

—¡Eso es trampa! Las cosquiiiiillaaass no son métodos policiaaaales —expresó entre risas elevando su tono de voz.

—Yo no he dicho que fuese un método policial, solo eficaz.

Seguía con su tarea e Inma cada vez se movía más para evitar el acoso de sus manos, pero era inevitable, sabía lo que se hacía.

—De acuerdo, me rindo, de verdad, no sigaassss.

—Segura, ¿verdad?, mira que puedo seguir... —dijo parando en ese mismo momento.

—No, no, tranquilo, te diré mi secreto. —Pero antes de que este se diera cuenta, Inma se incorporó y se puso encima de él para intentar hacerle cosquillas. Tarea que fue en vano, Lucas vio sus intenciones y enseguida la noqueó quedando aprisionada debajo de su cuerpo, comenzando otra vez su castigo.

—Señorita, es usted una tramposa, no voy a ser compasivo contigo, te mereces el peor de los castigos. —Continuó otra vez con las cosquillas pero, según pasaban los segundos y la situación en la que se encontraban, ella inmovilizada debajo de su cuerpo y sin poder aguantar las risas, Lucas comenzó a excitarse. Al comprobar cómo su miembro comenzaba a estar erecto, se incorporó dejándola libre y, sin decir una palabra por el pudor que sentía, se dirigió a la ducha.

Inma no entendía qué podía haberle pasado, salió detrás de él en cuanto se recompuso y llamó levemente a la puerta.

—Lucas, ¿qué te pasa? ¿Es que he hecho algo malo?

Pero él no podía articular palabra, estaba debajo del chorro frío intentando que su excitación se bajara lo antes posible y, lo que era peor, pensando en qué debía decirle tras su repentina huida.

Inma no daba crédito a lo sucedido; como él no respondía abrió la puerta y entró. Se quedó inmóvil al admirar ese cuerpo desnudo a través de la mampara, era lo mejor que había visto en toda su vida, la perfección personificada. Lucas se percató de su presencia e, indignado, le chilló:

—¿Pero qué haces aquí? —Verla allí había elevado de nuevo su excitación.

—Yo..., yo..., lo siento —Logró articular con voz temblorosa, sin quitar la vista de ese cuerpazo—. Solo quería saber qué te había pasado, has salido corriendo y pensé que te sentías mal. —Dirigiendo su mirada hacia su miembro erecto, dedujo el motivo de su inmediata fuga.

—Creo que a estas alturas es evidente, ¿no?

—Lo siento, bueno, mejor dicho, no lo siento —se envalentonó, ella se sentía cautivada por el hombre que tenía delante totalmente desnudo y siguió hablando—; tú has empezado este juego, y aunque me siento atraída por ti y es más que evidente que tú también por mí y los dos somos adultos, creo que no sería una buena decisión, por muchas razones que no voy a enumerar, por eso creo que este jueguito que nos traemos tú y yo tiene que acabarse aquí y ahora.

—Siento haber desencadenado esta situación y, aunque sé que yo lo he provocado, pienso lo mismo que tú, no es el momento, por eso me he venido directamente a la ducha. Y ahora hazme un favor, sal del baño, me estoy congelando con el agua fría, necesito salir.

Pero ella seguía inmóvil y muy excitada; sin dejar reaccionar a su conciencia, hizo lo que su corazón le dictaba y comenzó a desnudarse.

—Por favor, no hagas esto más difícil, te lo ruego... —siseó Lucas aún más excitado, pero ella continuaba desnudándose lentamente mientras se deleitaba con la prominente erección que tenía delante—. Inma, no es buena idea, tú misma lo has dicho.

—Sé que no lo es, pero no puedo refrenar mi impulso en estos momentos, y creo que tú tampoco.

Dicho esto, Lucas la tomó de su cintura para acercarla a su cuerpo y comenzaron a besarse fogosamente. Tras varios minutos de besos y caricias, cada cual más feroz y ardiente, este la apoyó contra la pared de la ducha y la tomó con rapidez. Cuando Inma notó la embestida, su cuerpo comenzó a convulsionar; después de tanto tiempo sin tener relaciones, tener dentro de ella a ese hombre la estaba volviendo loca. Poco a poco, él se adentraba más y más en su cuerpo, ambos estaban totalmente perdidos en lo que estaban compartiendo. Inma se sentía cada vez más excitada, con cada embestida sentía que se iba a desintegrar, si seguía con ese ritmo tan frenético perdería el control en décimas de segundo. Lucas también parecía desfallecer, lamía y succionaba sus pechos con deleite, pero seguía bombeando como si le fuera la vida en ello. Estaba disfrutando como nunca antes lo había hecho, jamás se

había sentido tan pleno haciendo el amor con nadie, nunca había sentido una conexión tan total, parecía mentira; quizás eran las ganas o el tiempo que llevaban deseándose, pero era casi imposible que los sentimientos se hubieran apoderado de su cuerpo haciéndole llegar al nirvana en tan poco tiempo y a ese grado de satisfacción tal que habían casi culminado sin apenas empezarlo. El clímax los alcanzó jadeantes y totalmente perdidos entre caricias y besos necesitados. Permanecieron unos minutos más con esas caricias y besos, pero ahora eran dulces, sensuales; se incorporaron y Lucas comenzó a enjabonar el cuerpo de Inma, deleitándose con sus pechos y su pubis. La deseaba tanto que quería volver a poseerla lentamente, en la cama, pero en ese momento el sonido del móvil de ella los sacó a ambos de sus fantasías e Inma salió rápidamente de la ducha, tomando una toalla para poder secarse y acudir a responder al teléfono.

—¿Dígame? —contestó aún exaltada por los acontecimientos —. Sí, soy yo, ¿qué sucede? ¿qué? ¿no puede ser? ¿cuándo?

Lucas había salido de la ducha con la toalla enroscada a su cintura, aún mojado, y la observaba con el ceño fruncido; no sabía quién llamaba, pero Inma se movía agitada por toda la habitación.

—Perfecto, gracias, adiós.

—¿Qué pasa? —preguntó ceñudo.

—Ha habido un problema en el desfile, tengo que coger un vuelo a Nueva York inmediatamente, dicen que uno de mis diseños es un plagio. Está en juego mi carrera. ¡No me lo puedo creer!, justo ahora mi mundo se desmorona aún más, no entiendo por qué todo me sale mal... —protestó y comenzó a llorar desconsoladamente.

—Tranquila, tiene que ser un error, ya verás como no ocurre nada —exclamó un poco desesperado.

«¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntaba Lucas a sí mismo —, tengo que protegerla, pero si voy con ella va a sospechar algo, joder— musitó entre dientes».

—Debo ir a ver a mi padre ahora mismo, tengo que decirle que voy a marchar un par de días como máximo, quiero que cuides de ellos, por favor, ¿lo harás por mí? —preguntó con la voz aún llorosa.

—Tranquila, todo va a salir bien, no te preocupes; vamos a vestirnos, desayunamos y nos vamos al hospital, allí podremos hablar con tu padre —dijo sin dar respuesta a su pregunta, aún no sabía qué iba a hacer, no quería prometer nada que no pudiera cumplir, y más después de lo que habían compartido en la ducha.

Transcurridos quince minutos en silencio, ambos finalizaron el desayuno y se marcharon al hospital con el mismo mutismo.

Al entrar en la habitación de Carlos, ambos intercambiaron una mirada cómplice, como de vergüenza, y saludaron a los enfermos.

—¡Buenos días! —saludó este con mucho énfasis. —¿Qué tal habéis dormido?; cariño, ¿qué tal con la tormenta? Esta noche ha sido horrible, pensar en que podías tener miedo y no poder consolarte, como cuando eras pequeña, me angustió muchísimo.

—Tranquilo papá, ya no soy una niña, hemos dormido bien —musitó Inma un poco enfadada—. Verás papá..., ha surgido un problema en el desfile que requiere mi presencia, estaré fuera un par de días como mucho. De verdad que lo siento, pero tengo que irme, no puedo solucionarlo desde aquí. —No quiso profundizar más en el tema, le dolía tremendamente tener que irse.

—Tesoro, tranquila, estamos bien, ya verás como no pasa nada. Ve a ver a tu madre antes de marcharte, explícales a las enfermeras que tienes que ausentarte unos días para que te dejen entrar.

—Gracias, papá, enseguida vuelvo —lo besó y salió de la habitación.

Mientras esperaba para poder entrar a la UCI, consultaba los vuelos para irse lo más pronto posible.

En la habitación de su padre Lucas, agobiado por romper la promesa con su jefe, intentaba disimular su vergüenza.

—Hijo, ¿qué te pasa?, estás muy callado hoy.

—Nada Carlos, lo que pasa es que no sé qué debo hacer; si debo quedarme, como ella quiere, o si tengo que acompañarla, haré lo que me pidas.

—Debes acompañarla, invéntate una excusa creíble, pero no quiero que te alejes de ella; aún desconocemos el alcance de la amenaza y no sabemos si el contratiempo del desfile pueda ser una

artimaña para hacerle algo. ¡Quiero que vayas!, ¡no hay más que hablar! Nosotros estamos bien, tenemos vigilancia las veinticuatro horas.

—Señor, no va a ser nada fácil convencerla y lo sabe; por lo poco que la conozco puedo admitir que es bastante testaruda, no sé qué podría decirle para convencerla.

—No sé, déjame que piense... —Durante un rato ambos permanecieron en silencio—. ¡Ya está!, podemos decir que vas a aprovechar para recoger una documentación de un caso que tenemos con la policía americana. Piensa algo creíble y reserva ya los billetes, antes de que ella lo haga sola. Ni qué decir tiene que los gastos corren de mi cuenta.

—Jefe, eso no es un problema y lo sabe, lo que yo veo más complicado va a ser dar una buena razón a su hija.

—Eres un hombre listo, estás donde estás por algo, no dudo de tus habilidades.

Mientras ambos hombres seguían maquinando una excusa, Inma entraba en la UCI a ver a su madre; quería hablarle de tantas cosas..., pero no pudo, el llanto la invadió, era tan difícil verla postrada en una cama, inmóvil, sin saber siquiera si podía escucharla, que no pudo articular palabra alguna. Pasaron los minutos de visita y, tal y como los días anteriores, la muchacha se marchó besando a su madre en la mejilla.

Había consultado los vuelos e iba a reservar uno cuando un hombre muy bien vestido se acercó a ella empujándola y haciendo caer su móvil, que se estrelló contra el suelo con tanto ímpetu que la pantalla se hizo añicos. El caballero siguió su camino sin ni siquiera disculparse y ella maldijo en silencio la estampa de aquel tipejo que había destrozado su teléfono. Entró más que enfadada en la habitación con el aparato hecho añicos.

—¡Será capullo el tío!, me empuja, se me cae el móvil y no me pide ni disculpas, y para colmo se me parte la pantalla. Este día sin duda va empeorando por momentos... —rugió exaltada.

—Tranquilízate hija o te va a dar un infarto. El teléfono es un bien material, no te enfades, cuando lleguéis al aeropuerto compráis otro y asunto arreglado.

—¿Lleguéis? Papá, ¿quiénes vamos? Quiero recordarte que yo soy la que me voy.

—No, Lucas va a ir contigo, vamos a aprovechar que tienes que irte para que recoja una documentación en la comisaría del distrito Norte de Manhattan, de un caso en el que colaboramos.

—Papá, ¿quién cuidará de vosotros?

—Tranquila, los médicos y enfermeros cuidan de nosotros, estaremos bien. Quiero que Lucas te acompañe porque te veo bastante nerviosa; además, como teníamos que recoger e informar de nuestros logros, así aprovechamos el viaje.

—¿Y qué pasa, que mi palabra no cuenta?, ¿ya estás decidiendo por mí, papá?, por favor, que no soy una niña...

—Hija, solo aprovecho para que ambos descanséis también unos días; habéis venido a vernos cada día, todo sigue igual, yo estoy bien, tu madre sigue estable, tenéis derecho a pasar un par de días lejos de este barullo del hospital.

—Papá, ¿estás seguro? —titubeó ella—. Tengo miedo de dejarte aquí, sin nadie.

—Hija, por favor, parece que no tenga visitas, y cada día puedes comprobar cómo se pone esto; tú tranquila, marchad y descansad, estaremos bien. Cualquier cambio en el estado de tu madre os lo haremos saber de inmediato.

—De acuerdo, por esta vez voy a hacerte caso, porque creo que Lucas también necesita descansar un poco de hacer de mi niñera.

Se despidieron de su padre y se encaminaron al apartamento para recoger algo de ropa; el avión salía a las dos de la tarde, tiempo de sobra para poder coger varias cosas y llegar al aeropuerto con tranquilidad.

Capítulo 9

Cuando tomaron el avión, Inma estaba nerviosa; no solo por el problema que le llevaba de vuelta a su casa, sino porque había transcurrido toda la mañana y no habían hablado de lo sucedido en la ducha. No es que no pensara que había sido maravilloso, porque lo fue, pero sabía que había estado fuera de lugar, aunque por una vez en su vida se había dejado llevar.

—Lucas, tenemos que hablar de lo que ha sucedido esta mañana, ¿no crees? —le espetó de repente.

—¿Qué quieres que te diga, Inma? ¿Que fue un error? ¿Que todo ha sido culpa mía? Sí, creo que ha sido un tremendo error, esta mañana no he podido mirar a la cara a tu padre; le prometí que no te pondría la mano encima y he roto mi promesa con la única persona que me ha ayudado a superar todos mis problemas. Le he fallado, no sé ni cómo voy a volver a mirarlo a la cara. Sé que va a estar decepcionado conmigo, ya nunca más confiará en mí, esta vez la he cagado pero bien.

—Lucas, lo siento, no quería que te sintieras mal, solo quería hablar contigo, saber qué pensabas, qué esperabas de todo esto. Yo no creo que fuera un error, nos atraemos, llevamos conviviendo un tiempo, estamos juntos casi las veinticuatro horas del día; la atracción estaba latente y, si alguien tiene la culpa de todo esto, soy yo, que en lugar de salir del baño te he provocado. Lo siento, además mi padre no tiene por qué enterarse, yo no voy a contarle nada, te lo prometo.

—No voy a poder vivir con esto..., no voy a poder mirarlo a la cara, no lo entiendes, ¿verdad?

Inma intentó animarlo acariciándole el hombro, pero este se deshizo de su mano con un movimiento brusco.

—¡No me toques! —incurrió nervioso—, no hagas esto más difícil de lo que ya es, te lo ruego —dulcificó sus últimas palabras al ver la cara de susto de ella.

—Puedes estar tranquilo, no volveré a acercarme a ti de esa manera, pero quiero que te quede clara una cosa: en Nueva York puedes alojarte en mi casa, creo que es lo justo, pero cuando volvamos a Madrid voy a buscarme un piso o un hotel, será lo mejor.

—Inma yo... —le faltaba la voz, deseaba a esa mujer, y más después de lo que habían compartido juntos, pero le partía el corazón engañar a Carlos, era como un padre para él—, no puedes irte de mi apartamento, debo protegerte —soltó al final enardecido.

—¿Qué estás diciendo? —gritó enfurecida—, mi padre y tú os habéis estado confabulando para protegerme, ¿de qué, si se puede saber?

—Baja la voz, haz el favor, y escúchame; ya puestos a traicionar a tu padre, ¿qué más dará contarte la verdad? Es seguro que perderé mi trabajo cuando se entere de que nos hemos acostado, así es que voy a ser sincero contigo; el accidente de tus padres ha sido premeditado, alguien manipuló los frenos; aún no sabemos quién, ni por qué. Tu padre me mandó que te protegiera, y por eso he venido hoy aquí contigo. Tenemos ciertas sospechas de quién puede estar tras ello, pero aún no podemos demostrarlo; mientras tanto, no puedo perderte de vista.

—Me parece perfecto, entonces todo lo de ser cortés conmigo y mi familia era una farsa, y ya metidos en el papel, lo de intentar seducirme con tus chorradas de buen cocinero también, ¿no?

—Eso no es verdad, yo soy así, me encanta cocinar y no he intentado seducirte, disfruto muchísimo de tu compañía, más de lo que me gustaría. No he sido nada profesional, debería haberme limitado a hacer lo correcto, pero no sé qué me pasa contigo desde que te vi el primer día en el hospital, sentí algo que jamás había sentido por nadie; no solo fue pasión, fue algo diferente... Cada día que pasa me doy cuenta de que cada vez me atraes más, intento contener las ganas de arrancarte la ropa y lanzarme hacia ti, es una lucha constante entre mi cerebro y mi entrepierna.

Inma no podía creer lo que acababa de decirle, estaba tremendamente enfadada por la forma de actuar a escondidas, tanto la de su padre como la de él.

«Muy típico de mi padre», pensó.

Pero a ella le había pasado lo mismo en el hospital, ese día había sentido una conexión como nunca antes con otro hombre, y lo que le hacía sentir no tenía palabras.

—Creo que ese día tú y yo conectamos de una manera diferente, no creo que sea amor, casi no nos conocemos, pero sí un flechazo, de esos de los que se habla en todas las películas. Creo que la culpa de que nos acostáramos fue solo mía, me dejé llevar y he de reconocer que fue la primera vez que lo hago, siempre pienso y luego actúo; contigo todo es diferente, sé que esto no nos lleva a ninguna parte pero, cuando estamos juntos, todos mis problemas se minimizan, haces que el accidente de mis padres sea algo más llevadero.

Lucas estaba perplejo, esa sinceridad que nacía de los labios de Inma lo llenaba por completo, sentía la necesidad de besarla y abrazarla, pero borró de su mente esas imágenes recordando las palabras de su jefe.

—No puede ser, Inma, y lo sabes, lo nuestro no tiene ningún futuro, creo que debemos dejarlo estar para que ninguno de los dos suframos, es lo mejor. Lo pasado, pasado está, ¿no?

—Sí, será lo mejor —asintió bastante decepcionada.

En el fondo era verdad, la distancia no era buena para una relación y su trabajo no le permitía tomarse muchos descansos. Tampoco dejaría que él renunciara al suyo para irse con ella, pero la punzada de dolor que sentía en el corazón en esos momentos por ni siquiera poder intentarlo, hizo que varias lágrimas brotaran de sus ojos.

Lucas la miró extrañado, no entendía muy bien el porqué de esas lágrimas, ambos estaban de acuerdo en que no funcionaría.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó curioso.

—No te preocupes, pensaba en mis padres, no creas que es por ti —gruñó ceñuda, no le iba a dar el gusto de que pensara que esas lágrimas eran por él, aunque en realidad sí lo eran.

Continuaron el viaje en el más absoluto silencio. Inma se quedó dormida y Lucas se dedicó a observar lo hermosa que era.

A la llegada al JFK los esperaba Mauro quien, en cuanto vio a Inma pasar por el control de aduanas, se abalanzó sobre ella, la

cogió en brazos y la hizo girar. No esperaba que viniera con compañía y Lucas se había quedado observando como mero espectador. Se acercó a él una vez que hubieron acabado el ritual, eso es lo que había pensado Lucas de las carantoñas que se habían profesado, y él mismo hizo las presentaciones.

—Tú debes de ser Mauro, yo soy Lucas Samaniego.

—Boludo, yo soy Mauro Juárez, para servirle a usted en lo que quiera —exclamó con su acento argentino.

—Mauro, por favor, no seas tan servicial —espetó Inma enfadada.

—Gracias, un detalle de tu parte, lo tendré en cuenta —musitó Lucas con voz guasona.

—Vayamos a casa, a las cinco hemos quedado con el director del desfile, nos reunirá a las dos partes para que expongamos los hechos; he preparado este dossier y, mientras llegamos, vos irás leyéndolo y me *decís* lo que debo cambiar, linda.

Lucas no se extrañó de la forma de hablar de Mauro, era gracioso con esa forma amanerada y su acento, con lo que le cayó bien al primer momento.

Por su parte, Inma iba muy concentrada en el dossier y con un bolígrafo corrigiendo algunas cosas.

Cuando llegaron a la casa, Lucas se quedó petrificado; era una vivienda unifamiliar situada en el *Upper East Side*, en la *50 East 73rd Street*. La fachada era blanca y recién rehabilitada, constaba de cinco dormitorios, cuatro baños completos y dos aseos, un salón con chimenea, una preciosa cocina con isla en medio y una escalera majestuosa para subir al piso de arriba; dos de las habitaciones eran abuhardilladas y, desde la habitación principal, se accedía a una inmensa terraza con vistas a los edificios más emblemáticos de Nueva York. Dicha habitación también constaba de una sauna y un baño con bañera de hidromasaje, como otras tres de las habitaciones. Por último, un garaje para tres coches y un jardín de más de cien metros cuadrados. Era una casa espectacular.

Durante la visita que le había dispuesto Mauro, Lucas no había abierto la boca ni un momento. Era una casa de ensueño, a la altura

de muy pocos privilegiados. Finalizada dicha visita, Inma le indicó cuál era su habitación para que se instalara.

—Esta habitación es la de invitados, ponte cómodo. Todas las bañeras son de hidromasaje, como ya has podido comprobar; yo además tengo sauna, si te apetece puedes usarla. Toda la casa está a tu entera disposición. ¿Qué te ha parecido?

—Es espectacular, imagino que te habrá costado un riñón o incluso los dos.

—En realidad, la compré cuando el mercado estaba muy bajo; no es que haya sido una ganga, pero la casa no estaba tal como la ves ahora, hemos hecho una reforma y los gastos los compartimos Mauro y yo, aunque la casa esté a mi nombre.

—En esta casa podéis jugar al escondite, ¿no? —bromeó intentando sacarle una sonrisa—, vaya pasada, ¿tus padres han estado alguna vez aquí? Es casi tan grande como la suya, ¿no?

—Respondiendo a tu primera pregunta, es mejor que no se lo comentas a Mauro, estaría encantado de jugar contigo, lo he visto muy predispuesto —guaseó ella—. Mis padres no han estado nunca aquí, imagino que sabes que nuestra relación, desde que me vine a Nueva York, no ha sido todo lo buena que podría ser; y no es tan grande como la de mis padres, pero es una buena casa.

—Buena no, yo diría estupenda, además la decoración es fantástica y qué decir de las vistas... Vamos, un sueño, para ti, hecho realidad.

—Sí, no te lo voy a negar, siempre he deseado tener una casa como esta, aunque me encantaría que hubiera tenido piscina, pero ya no se puede pedir más. Ponte cómodo, tengo que tratar varios asuntos con Mauro. Tienes la cocina a tu entera disposición.

—Creo que voy a empezar por darme un baño con hidromasaje y después os acompañaré a la reunión, ¿es posible, verdad?

—Podrás acompañarnos hasta la puerta, no dejan entrar a nadie sin el pase oportuno, no lo tenemos y no es un buen momento para solicitarlo, me juego mi carrera y mi prestigio, no puedo perder el tiempo en solicitar un pase para unas horas. Pero tranquilo, allí hay más seguridad casi que en la embajada, no va a pasarme nada.

Ahora, voy a llamar a mi padre para decirle que hemos llegado bien y saber el estado de mi madre.

—¿Quieres que me quede mientras hablas con tu padre?

—Sí, seguramente quiera hablar contigo.

Mientras ella hablaba, Lucas no podía dejar de observar su habitación; era simple, pero a la vez tenía un toque romántico, ella estaba desparramada en la cama, medio tumbada, así le daba el toque que le faltaba a la estancia. Mientras divagaba, le indicó que le pasaba el teléfono.

Tapando con la mano el auricular, le dijo en voz baja:

—Quiere preguntarte algo, supongo que será privado. Puedes decirle que ya me he ido o bueno, lo que te apetezca, pero quiero oírlo.

Este asintió y estuvieron hablando de la investigación, asegurándole a Carlos que estaba solo. Estaba empezando a sentirse mal de tanto mentir a su jefe, ese hombre que siempre lo había ayudado. Cuando colgó, dio el teléfono de mala gana a Inma y salió de la habitación sin poder apenas mirarla.

Necesitaba relajarse un poco del viaje y la tensión vivida al teléfono, pero sobre todo de la discusión en el avión. Parte de él deseaba haberla abrazado y besado durante toda su disputa, pero la parte racional había actuado rápida y tenaz para evitar que el desastre fuera mayor.

Inma y Mauro ultimaron todos los detalles sobre su alegato ante las injustas acusaciones de plagio. Estaban seguros de quién era el autor de las mismas y, en el caso de que sus sospechas fueran ciertas, contaban con numerosas pruebas para desprestigiar a la persona en cuestión. Pero como no sabían aún quién había realizado esa difamación, decidieron plantear varias alternativas a su declaración.

Pasadas las dos y media de la tarde, Inma iba a darse una ducha rápida y cambiarse de ropa cuando, al pasar por la cocina, su olfato le hizo frenar; vio a Lucas cocinando. Se adentró con lentitud y con el mayor sigilo posible, no quería interrumpir, se lo veía tan concentrado que pareciera que se le fuera la misma vida en ello.

Observó cada uno de los movimientos que hacía para dar vueltas en la sartén a la vez que seguía cortando patatas y removiendo algo en una cazuela. Era todo un arte verlo cocinar y ella se estaba deleitando, como quien observa un pastel en el escaparate de una pastelería. Ese hombre cada día la sorprendía más, era guapo, atento, listo y un cocinero estupendo, sin olvidarse que su experiencia sexual había sido rápida pero de las mejores que había tenido en mucho tiempo. Se estaba enamorando de él sin darse apenas cuenta.

Cuando por fin Lucas se percató de la presencia de Inma, se acercó a ella con la cuchara y la posó en sus labios para que probase lo que estaba cocinando.

—¡Mmm! Sabe exquisito..., ¿sabes qué?, si pierdes el trabajo de policía, no tendrás problemas en encontrar trabajo como chef, ¿verdad?

—No creas que no he pensado en ello, pero me gusta mi trabajo y espero no perderlo.

—Me ducho y bajo en cinco minutos, que como venga Mauro no sé si me dejará algo para mí.

—No te preocupes, no dejaría sin comida a la mano que le da de comer.

—Se nota que no conoces a Mauro; cuando se trata de comida no respeta ni a su propio padre.

Ambos rieron por un momento, se habían liberado otra vez de las tensiones del viaje y se sentían cómodos.

Inma se despidió de Lucas, que seguía cocinando, y se dirigió a su habitación para darse esa ducha que tanto necesitaba.

Estuvo bajo el agua más de diez minutos, ensimismada en sus pensamientos. Cada minuto que pasaba sentía que el corazón le iba a estallar, se estaba enamorando de Lucas, sintiendo la necesidad de permanecer el máximo tiempo posible a su lado.

Capítulo 10

Se vistió con ropa cómoda para la comida, bajó a la cocina y, los dos hombres que ahora ocupaban su casa y también su corazón, charlaban amigablemente.

—Chicos, ya estoy aquí, podemos comenzar a comer cuando queráis... —dijo para sacarlos de su estúpida conversación de fútbol. Y es que Mauro, como buen argentino, estaba muy al día de todo lo acontecido en dicho deporte, tanto en su país como en España.

—La mesa ya está puesta, me he tomado la libertad de acomodarnos en la sala de estar, si no os parece mal —comentó Lucas con toda la naturalidad del mundo.

—Como te dije antes, estás en tu casa; vamos a ver las *delicatessen* que nos has preparado, estoy deseando probarlas —finalizó Inma muy emocionada.

Se encaminaron hacia la sala de estar, donde había una mesa de comedor con un despliegue estupendo de comida. Mauro e Inma se miraron atónicos, ¿cómo había cocinado toda esa comida en tan poco tiempo? Era digno de admiración.

Los tres se deleitaron con los exquisitos manjares preparados, charlando de vez en cuando para amenizar la velada.

Pasadas las cuatro de la tarde, recogían entre risas la mesa. Inma se ausentó para poder vestirse de forma adecuada ante la situación que tenía que enfrentar. Mauro, una vez recogida la cocina, se disculpó también para adecentarse un poco.

Lucas se quedó un momento más en la cocina y después subió a su habitación. Al pasar por el pasillo, no pudo evitar echar un vistazo a la puerta del dormitorio de Inma, que estaba abierta; tenía varios trajes encima de la cama e intentaba elegir cuál sería el que finalmente llevaría a esa reunión. Lucas entró, no sin antes golpear a la puerta.

—Creo que el azul marino te quedará estupendo.

—Es verdad, y si le incluyo esta camisa de color blanco roto con unos zapatos del mismo tono estaré despampanante. —Rio ante su último comentario—. No me lo tengas en cuenta, yo no soy una persona creída, pero estoy nerviosa, me juego mucho en esta reunión y, aunque no tengo nada que esconder, mi oponente me conoce a la perfección, pero yo a él no. Estoy segura de que es mi ex, por eso también estoy nerviosa; no por verlo, hace mucho tiempo que no siento nada por él —indicó al ver cómo le cambiaba la cara a Lucas—, solo es un hombre con mucha maldad, vengativo y rencoroso, que no duda en divulgar calumnias con tal de hundir a las personas que considera sus enemigos, en este caso a mí.

—No te preocupes por nada, estoy seguro de que tú y Mauro habéis hecho un buen trabajo y de que, conociéndolo, sabréis contraatacar.

—Es cierto, tenemos varias cartas para jugar pero, con una persona como Steve, no puede darse nada por sentado, siempre lleva escondido un as en la manga.

—Aquí me tienes para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad? Si tengo que darle una paliza, cuenta con ello.

—Te agradezco mucho el ofrecimiento, pero no me gustan las peleas. Estoy segura de que las palabras son más eficientes en la mayoría de los casos que un buen puñetazo —expresó muy convencida—. El azul marino entonces, voy a hacerte caso, espero que no me falle. Gracias, y ahora, si no te importa, voy a vestirme, que al final se nos hace tarde.

—Nos vemos abajo, hasta ahora.

Quince minutos después, Inma bajaba con su traje azul marino, la blusa color blanco roto y sus zapatos de tacón de ocho centímetros, el pelo suelto, solo parcialmente sujeto con un pasador, y esa melena ondulada que le caía sobre los hombros. Estaba guapísima y a Lucas se le congeló la sangre al verla. Era una mujer muy hermosa, pero cuando vestía de forma sofisticada le parecía la más bella de todo el mundo. Esa forma que tenía de vestir la hacía parecer más segura de sí misma, más interesante.

—Estoy lista, espero que todo salga bien, necesito que termine cuanto antes para poder seguir con nuestras vidas.

—Sí linda, vamos, que le vamos a dar una patada en los mismos al boludo ese —dijo Mauro exaltado.

—Tranquilidad, aquí el único que puede pegar a alguien soy yo, que para eso soy policía. Mauro, nada de peleas...

—La mejor defensa es decir la verdad y nosotros tenemos esa baza a nuestro favor —expuso Inma.

—No perdamos más tiempo, vamos a destrozarle con la perorata verbal.

Se encaminaron hacia el garaje, donde Lucas aún no había estado. Mauro se dirigió a un coche deportivo, un *Aston Martin Virage Coupé* haciendo señas a Lucas para que fuera con él. Realmente era precioso, de color ocre metalizado.

—¡Ah! muy bonito, como sabes que no me gusta cómo conduces, le incitas para que vaya contigo y yo en mi coche, ¿no?
—le increpó Inma a Mauro al ver que Lucas se iba directamente con él.

—Cariño, los hombres tenemos que disfrutar un poco de las cosas que más nos gustan.

—Inma, lo siento mucho, a la vuelta voy contigo, pero es que este coche me encanta, es una preciosidad.

—Tranquilos, que os vaya bien. Mauro, conduce con cuidado que nos conocemos.

Ambos salieron a toda velocidad en el coche mientras que Inma se montaba en su *Hummer H3* color gris metalizado; era un coche bastante rudo, no pegaba mucho en una mujer, pero Mauro le había indicado que lo comprara porque era bastante seguro; además, lo solían utilizar todos los días, aunque normalmente ella nunca lo conducía.

Condujo más bien lento por las calles de Manhattan; cuando llegó a la quinta avenida, lugar donde estaba la sede del concurso, aparcó en un parking subterráneo cercano y se encaminó hacia donde había quedado con los chicos.

Estos llevaban más de diez minutos esperando.

—Cariño, te quiero muchísimo, pero vos sos más lenta que un caracol—exclamó Mauro con voz amanerada.

—Me gusta ir lenta y segura. Además, tenemos tiempo de sobra, hemos quedado a las cinco y son menos cuarto, haz el favor de no ponerte nervioso. Lucas, deberás quedarte aquí, como ya te he indicado.

—Cualquier cosa me llamas, ya sabes que, si tengo que subir y dar un par de gritos o lo que haga falta, aquí voy a estar, no me voy a mover.

Se disponían a marcharse hacia su reunión cuando en la puerta se encontraron al ex de Inma, Steve, el causante de todo el

revuelo, como ya se suponían. Se lo veía con cara risueña y con ganas de triunfar. Una cara que cambió por completo al ver a Inma acompañada de Mauro y de un hombre atractivo y misterioso para él, que estaba cercano a ella y que reía mientras comentaban algo.

—Cielo, qué bien acompañada vas, de todas formas no te va a servir de mucho, no tienes nada que hacer, tu carrera se va a hundir como el Titanic —dijo y rompió a reír.

En cuanto Inma se percató de su presencia y de las frases tan groseras que salían de su boca, se giró para contestarlo, pero Lucas la tomó suavemente de la mano y le susurró al oído.

—Tranquila, solo intenta ponerte nerviosa, no se lo permitas.

Esta le hizo caso y continuaron su camino sin mirar atrás. Mauro tomó a Inma de su mano y se encaminaron al despacho donde iba a tener lugar la reunión. Lucas se quedó esperando en el pasillo.

Cuando se cruzó con Steve, el cual iba solo, lo acorraló un momento y lo agarró del cuello.

—La próxima vez que se te ocurra ofender o mancillar su nombre, no saldrás muy bien parado —le dijo en un perfecto inglés, ya que supuso que Steve no sabía español.

Inmediatamente lo soltó. Steve se tocó el cuello y, cuando ya se alejó lo suficiente para que Lucas no pudiera volver a acorralarlo, le respondió:

—¡Maldito español! ¿Crees que se va a enamorar de ti por protegerla? Ella fue mía y volverá a serlo, muy pronto.

Lucas iba a encaminarse hacia él, pero comenzó a entrar gente y decidió que lo más sensato era dejarlo estar, por el momento; como las cosas en la reunión no salieran bien para Inma y Mauro, iba a infringir unas cuantas leyes.

Durante el tiempo que estuvo esperando se dedicó a hacer unas llamadas a un par de conocidos policías americanos para que le informaran un poco más sobre Steve.

Inma y Mauro entraron en la sala de la reunión un poco nerviosos; aunque sabían que sus pruebas eran reales y muy convincentes, Steve era una persona manipuladora y bastante poderosa, no podían dar nada por sentado cuando se trataba de él.

Steve entró pasados unos minutos frotándose la garganta como si le doliese.

Una vez sentados todos, el responsable de la *Fashion Week* se levantó y comenzó a hablar.

—Buenos días, como todos sabréis, estamos aquí hoy porque el señor Steve Williams afirma que, en este desfile, la colección de la señorita Inmaculada Sánchez es un plagio de una colección suya. Voy a dar la palabra a Steve para que nos muestre sus argumentos. Como sabéis, esto no es un juicio, solo quiero que expongáis vuestras defensas y si contáis con pruebas. Sabéis que esto puede ser un gran escándalo, por ello he preferido tratarlo yo directamente, antes de que pueda trascender a la prensa y entonces el problema se debatiría en los tribunales. Sin más dilaciones le cedo la palabra a Steve.

—Buenas tardes, como ya denuncié ante esta junta, la señorita Inmaculada Sánchez ha plagiado mis diseños. Mantuvimos una relación durante meses y ella me robó mi colección durante esa época, esperando que yo no me diera cuenta.

—¡Eso es lo más absurdo que he odio en mi vida! —exclamó Inma malhumorada.

—Señorita Sánchez, aún no es su turno, le ruego por favor que deje al señor Williams terminar su exposición y que presente las prueba oportunas.

—Discúlpeme, no volverá a pasar.

—Señor Williams, continúe.

—Como ya he indicado, la Señorita Sánchez me robó los bocetos de los vestidos, tengo un video en el que se la ve cogiéndolos.

—Veamos ese vídeo.

—¿De qué video se trata? —susurró Mauro a Inma.

—No te preocupes, ya sé de qué video está hablando, ya verás como le va a salir mal, es el vídeo en el que le estoy dejando la carta de despedida. Seguramente lo haya manipulado.

Efectivamente, se trataba del vídeo que comentaba Inma, lo conocía bien y sabía cómo tergiversaba las cosas. El representante del desfile, Paul Brown, una vez concluido el vídeo, dio paso a Inma.

—Señorita Sánchez, ahora sí es su turno; por favor, exponga su defensa y sus pruebas.

—Buenas tardes, en primer lugar quería pedir disculpas por mi intromisión de antes, ha estado fuera de lugar. En relación al problema que nos atañe, quiero decir que el vídeo presentado por el señor Williams es totalmente falso. Yo entré en su casa ese día, pero no para robar ningún boceto, sino para dejarle una copia de esta carta que adjunto en la que le decía que lo abandonaba; había hablado con él, pero se negaba a aceptarlo, y por eso entré en su casa sabiendo que estaba de viaje para dejarla. Conocía la existencia del sistema de vigilancia, sería estúpida si entrara a su casa a robar y no apagara las cámaras. Además, el no denunció ningún robo. Si alguien entra en mi estudio y roba algún boceto, lo primero que haría sería denunciarlo para que no pudieran utilizarlo. También tengo un registro de la página de seguridad donde almaceno mis bocetos para que no sean plagiados; como puede comprobar en la hoja que le entrego, los que el Señor Williams dice que yo robé, están registrados con anterioridad a la fecha de dicho supuesto robo. Y por último, tengo esta grabación de mi contestador dos días después en la que me amenaza por abandonarlo de esa forma. Pusieron la grabación y comenzaron a escuchar:

—*Eres una zorra malnacida. Vas a pagar caro el haberme abandonado, te voy a hundir, no vas a poder recuperarte. A mí nadie me deja, en todo caso yo soy el que abandono.*

Tras un minuto de silencio y con cara de pocos amigos, Steve replicó.

—Es todo una treta para salirse con la suya, estos registros están trucados, debería demostrarlo de otra forma; además, ella entró en mi casa.

—Señor Williams, me encargaré personalmente de comprobar los registros, pero creo que la señorita Sánchez entró con una llave que usted mismo le había dado. Ese tema no nos atañe a nosotros, el problema que aquí se ha denunciado es plagio de varios diseños; si ella tiene las pruebas no existe tal problema. Puede usted interponer una denuncia contra ella por entrar a su apartamento, pero teniendo las llaves y siendo aún su pareja, no creo que nadie

pueda acusarla de ningún robo. Doy por concluida esta reunión. Señorita Sánchez, tendré que revisar con usted estos registros; señor Williams, en el caso de que se demuestre que sus injurias son falsas, me veré en la obligación de pedirle cordialmente que no presente más su colección en este desfile, le comunicaremos la decisión tomada lo antes posible. También espero por su bien que esto no trascienda a la prensa.

Steve salió de la sala como alma que llevaba el diablo. Inma y Mauro se quedaron para presentar las pruebas que tenían. Este hizo un par de llamadas, conectó su portátil y estuvo enseñando todos los registros de los bocetos.

—Le pido perdón, Señorita Sánchez, nuestro deber era comprobar que las acusaciones del Señor Williams eran o no correctas, es una persona muy influyente, pero lo conozco muy bien. Sé que ha viajado desde España para resolver este problema y estoy al tanto del accidente de sus padres, que espero que se encuentren mejor. Veo que toda la información aportada es correcta, por lo que le reitero otra vez mis disculpas y espero que no tenga en cuenta este malentendido. Sus diseños han sido de los más valorados en este desfile y nos gustaría contar con usted para los posteriores.

—No se preocupe Señor Brown, solo estaba cumpliendo con su obligación. Me halagan mucho sus palabras y le agradezco de verdad la preocupación por mis padres. Se encuentran bien, hospitalizados y recuperándose del accidente. No puedo rechazar la invitación que me está haciendo para el próximo año, pues para mí ha sido un placer haber podido participar en este desfile. Nos veremos, estoy segura. Ahora, si me disculpa..., tengo que prepararme para volver a España. Buenas tardes.

—Buenas tardes. Que tenga un buen vuelo.

Inma y Mauro salieron de la sala dándose unos cuantos abrazos por el camino. Lucas esperaba pacientemente en el pasillo. Hacía rato que había visto pasar a Steve, nada contento, por lo que dedujo que había salido bien; pero cuando los vio dando saltitos y abrazándose por el pasillo, no pudo más que echarse a reír, formaban una pareja bastante cómica.

Se acercaron a él y lo abrazaron los dos con tanta fuerza que parecía que se iban a fundir los tres en uno solo.

—Deduzco por ese teatrillo vuestro y por este asfixiante abrazo que las cosas han salido bien.

—Bien no es la palabra, han salido estupendamente; no solo hemos dejado a ese capullo a la altura del betún, sino que me han ofrecido formar parte de las siguientes ediciones del desfile, ¡es fantástico!, ahora solo me queda Roma, París, Milán....

—Para el carro, boluda, todo a su debido tiempo, disfrutemos el momento. Vayamos a tomar algo.

—Tienes razón Mauro, mejor poco a poco, que todo de golpe no tiene que ser nada bueno —sonrió Inma—; creo que será mejor ir a casa y tomar algo allí. Tengo que terminar unos cuantos bocetos y además buscar vuelo para regresar a España. Darte las directrices con los Johnson...

—Preciosa, vos *descansá*, que se te van a fundir las neuronas —dijo con más acento argentino—. Coge tu coche y te esperamos en casa.

—Mauro, si no te importa, voy a acompañarla. Creo que es lo justo, he venido contigo y ahora regreso con ella —comentó Lucas, que deseaba pasar un rato a solas con Inma; desde que habían llegado a Nueva York, habían estado solos en contadas ocasiones.

—Pelotudo, ¿me abandonas?, no puede ser, si conduce como un caracol, no lo comprendo...

—Bueno conduciré yo y arreglado, ¿no te parece?

Mauro no dijo nada más y se encaminó negando con la cabeza hacia el aparcamiento.

—Creo que has herido su orgullo, esto te va a salir caro, es bastante rencoroso.

—Tranquila, ya sé qué hilos mover para que se olvide del tema, soy policía, mi deber es indagar sobre las personas.

—Perfecto, yo solo te avisaba. ¿Sabes cómo volver a casa?

—Esperaba que tú me guiaras —puso cara de buen chico y le guiñó un ojo.

En esos momentos Inma se derritió, se estaba enamorando sin querer de él y sabía que las cosas no iban a ir bien; la distancia era

lo primero que se interponía entre ellos, pero también sus trabajos, ambos eran diferentes y a la vez requerían de muchas horas de dedicación.

—Sí, pero solo porque sé que me has defendido con Steve, cuando llegó a la sala se frotaba bastante el cuello.

—¿Yo? Creo que te equivocas, señorita.

—Te lo preguntaré de otra manera, ¿tuviste algo que ver con su dolor de cuello? Y quiero la verdad.

—Digamos que le recordé con quién se las vería si te hacía daño, nada más.

—Gracias por acompañarme y ayudarme, estoy segura de que si, cuando lo vimos y dijo todos aquellos improperios de mí no me frenas, le hubiera golpeado con todas mis fuerzas y hubiera sido peor.

—La violencia no es la solución. Tú misma lo dijiste.

—Sí, tienes razón, pero lo dice el que le ha agarrado del cuello, y no creo que se haya tratado de una caricia.

—Una leve caricia —expuso riéndose—, pero una señorita como tú no se rebaja a una escoria como él; lo he estado investigando, tengo varios contactos aquí, menudo personaje está hecho. Puedo preguntarte ¿cómo es que saliste con él?

—La verdad es que yo me hago muchas veces esa misma pregunta. Lo conocí en un desfile pequeño. Estaba sentada a su lado y se pasó toda la noche alabando mis diseños. Me invitó a cenar y el resto te lo puedes imaginar. Quedamos un par de veces más antes de comenzar la relación. Nuestros trabajos nos mantenían en contacto, normalmente era él quien me pedía ayuda cuando estaba atascado con algún diseño importante, pero a la hora de llevarse el mérito nunca me mencionó. Por eso empecé a sospechar que estaba conmigo porque quería que lo asesorara y ayudara con su trabajo. Siempre era muy atento y cariñoso, por eso cada vez me costaba más dejarlo. Hasta que un día, estando en una gala benéfica, me encontré con un antiguo compañero de trabajo de mis comienzos. Siempre hubo algo entre nosotros dos, no puedo negarlo, pero nunca llegamos a más. Esa noche estuvimos tonteando un poco y Steve se puso furioso, me gritó que era suya y

que de ninguna manera iba a compartirme con nadie, que no se me volviera a ocurrir tontear con un hombre. Eso fue la gota que colmó el vaso, cada vez soportaba menos que me utilizara para conseguir clientes con mis diseños, pero cuando me dijo eso, vi que un hombre como él no me convenía, tan posesivo, tan manipulador. Por eso intenté dejarlo, pero no atendía a razones y, un día que estaba de viaje, entré en su apartamento y le dejé una carta. Sabía que tenía un sistema de seguridad que grabaría cómo entraba y se la dejaba, de hecho me puse a hablar con la cámara leyendo dicha carta. Utilizó el video como prueba hoy, solo las partes que le convenían, claro. Pero al final todo ha salido bien. Nosotros hemos aportado las copias de los registros de los bocetos en la página de seguridad, eran anteriores a la fecha que se supone que yo le había robado. El comité del desfile lo ha invitado cortésmente a que no vuelva a presentar su candidatura. En fin, creo que todo está arreglado, aunque con Steve no se puede dar nada por supuesto. Dos meses después de dejarlo oficialmente, quiso volver conmigo enviándome flores, miles de regalos e hizo que la prensa viniera hasta mi estudio para que grabaran cómo me pedía en matrimonio. ¡Increíble!, es que este hombre a veces me sorprende. Imagino que sería para ganar audiencia ya que, una vez que dejé de ayudarlo, sus diseños comenzaron a caer, al igual que sus clientes. Es cierto que Mauro, con todos sus contactos, se encargó de hacer entender a muchos de sus clientes que en realidad los diseños no eran totalmente suyos, pero la gente se fue dando cuenta de ello por sí sola también.

—Vaya personaje. Tú no te preocupes por él, me he encargado personalmente de hacerle saber que ciertos problemas que ha tenido con la justicia pueden salir a la luz si se le ocurre decir algo sobre este incidente o sobre ti.

—¿Qué clase de problemas?

—En otro momento te hablaré de ellos, ahora mismo tenemos algo que celebrar, ¿no crees?

—Estás evadiendo la respuesta, ¿por qué? Me gustaría saberlo, Lucas.

—Porque en parte tiene algo que ver contigo, indirectamente claro, y prefiero que este gran día lo recuerdes porque le diste una patada en las pelotas a ese prepotente de tu ex. Te juro que en otro momento no tendré ningún problema en contarte todo.

—Si eso es lo que crees, te haré caso, aunque nada de lo que haya hecho puede hacerme ya más daño que lo que ha intentado hacerme hoy. Pero tienes razón, es mi gran día y no quiero que ese malnacido lo enturbie.

Capítulo 11

Llegaron a casa tras las indicaciones que Inma le iba dando, casi a la misma vez que Mauro.

Inma enseguida subió a su cuarto para ponerse cómoda; mientras se estaba desvistiendo, una canción comenzó a sonar en el salón, *Blurred lines* de Robin Thicke. Esa canción tenía un significado que solo Mauro y ella sabían, así es que, sin percatarse de que solo llevaba la blusa que le llegaba justo por debajo de las nalgas y unos calcetines, bajó corriendo las escaleras descalza, comenzando a bailar y a cantar con Mauro.

You're a good girl!
(¡Eres una buena chica!)
Can't let it get past me
(No puedo dejarlo pasar desapercibido)
Me fall from plastic
(Yo me quedo con el plástico)
Talk about getting blasted.
(Pelea por lo que quieres)

...

Lucas los miraba atónito, ver a Inma moverse de aquella manera medio desnuda le estaba provocando casi un infarto. No sabía qué hacer, aunque podía decirse que la estampa era digna de admirar, ambos cantando como si les fuera la vida en ello, bailando de una manera muy singular, parecido al baile de la «mayonesa», pero desplazándose de un lugar a otro del amplio salón. Admiraba la complicidad con la que actuaban y sentía celos por lo que ellos tenían. Sabía que no estaban enamorados como una pareja, pero se querían muchísimo, solo había que verlos, siempre tan compenetrados. Lucas ansiaba tener ese amor, el respeto de otra persona, y le gustaría que fuera Inma.

Cuando la canción estaba a punto de terminar, Mauro tomó la mano de Inma y comenzó a darle vueltas y más vueltas, ella perdió

el equilibrio y fue a chocar contra Lucas.

Se hizo un silencio sepulcral entre los dos, sus miradas se encontraron y denotaban deseo. Lucas la sujetaba con las manos apoyadas en sus nalgas, como si todavía se fuera a caer, e Inma seguía perdida en esos preciosos ojos grises que tanto le gustaban. Sus corazones comenzaron a acelerar el ritmo y, en un momento, sus labios comenzaron a rozarse lentamente, para seguir devorándose con rapidez y ferocidad.

Mauro, que observaba la escena, optó por salir rápido y en silencio del salón, para dejar más intimidad a la pareja.

Permanecieron luchando con sus lenguas y devorándose durante varios minutos más. Lucas la aupó y enseguida Inma enrolló sus preciosas y largas piernas en el cuerpo de él. Se dirigieron hacia la escalera sin apartar sus bocas. Cuando el timbre de la puerta sonó, ambos se despegaron a regañadientes. Inma en ese momento se dio cuenta de su atuendo y, disculpándose, subió rápidamente a su habitación. Estaba acalorada, había sentido palpar el corazón de Lucas muy acelerado y sabía que, de no haber sido por esa interrupción, habrían continuado ese juego que ambos se traían desde que se acostaron, pero quizás era mejor dejarlo como estaba y no complicar las cosas aún más.

Después de mantenerse bajo la ducha casi cinco minutos, para disminuir el grado de su excitación, bajó al salón donde ya se encontraban Lucas y Mauro, charlando y viendo la televisión.

—Boluda, la pizza está ya aquí, vamos rápido o se nos va a quedar helada.

La cena comenzó con un silencio que, de no ser por Mauro, se hubiera instaurado en la sala durante toda la noche. Las risas no tardaron en llegar, Mauro empezó a contar sus historias sentimentales, que parecían sacadas de una telenovela; era muy exagerado cuando se trataba de hablar de sí mismo, con ese acento suyo y la labia que tenía, encantaba y hacía reír a todo el mundo. Tenía un don con la gente, y ese don hizo que la pareja se relajara.

Finalizada la cena, Inma bostezó, era un gesto de sueño mezclado con cansancio y ambos entendieron que quería irse a la

cama. Se despidieron de ella, que se encaminó a su habitación, y los dos hombres se quedaron conversando.

—Boludo, me gustaría que vos fueras sincero conmigo y me respondieras a una pregunta.

—No te prometo nada, pero venga, ¡dispara!

—Vos estás enamorado de Inma, ¿verdad?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Solo tengo que ver cómo vos la *mirás*, la escenita que se han marcado en el salón, si no hubiera sido por el repartidor hubiera cenado solo, estoy seguro. Vos estás enamorado, pelotudo, pero no quieres verlo. Y lo mejor de todo es que ella está igual; tienen que resolver esta tensión que no les deja concentrarse, y lo peor, que no me deja a mí ni respirar. Los veo ahí juntos pero no revueltos y no entiendo nada. Si ustedes se gustan, ¿por qué no lo intentan?, ¿dígame?

—Mauro, no es sencillo, cuando sus padres mejoren ella volverá aquí, a su casa, a su vida y yo tengo mi trabajo en Madrid. Estamos a miles de kilómetros de distancia, no se tardan dos horas en venir. No va a funcionar... —Explicaba negando con la cabeza—. No voy a dejar mi trabajo ni tampoco espero que ella renuncie al suyo, ni por mí ni por nadie. Tiene su vida aquí y es algo que tenemos que afrontar. Por eso es mejor dejar que las aguas corran y no tener nada más juntos.

—¿Nada más dice? ¿Es que hubo algo más a parte de lo de hoy y no me lo contó la muy pelotuda? ¡Qué callado se lo tenía!

—Mauro, yo no soy quién para decirte nada, ella es tu amiga, debería contártelo si es lo que quiere. Aunque, si no te lo contó, será porque para ella no significó nada.

—¡Ja! Eso no lo creo, he visto cómo lo mira, *créeme* vos cuando le digo que nunca la vi mirar así a nadie, ponerse nerviosa cuando está cerca. Ella está enamorada de vos. No me seas pelotudo, el amor lo puede todo. Hay que arriesgarse, para no arrepentirse. Se lo digo por propia experiencia. Y ahora me retiro, ustedes me agotan la existencia con sus tonterías. Buenas noches.

Lucas se quedó en el salón, recapacitando sobre lo que ambos habían hablado; tenía razón, la vida había que vivirla. Si miraba

atrás, el accidente que casi mata a los padres de Inma le había dado una lección, no se podía dedicar toda la vida al trabajo como Carlos y vivir enfadado con su hija. Había que arriesgarse, luchar por lo que se quería en la vida y, ahora mismo, solo tenía algo en mente, o más bien a alguien.

Subió las escaleras y dio un pequeño toque en la puerta de la habitación de Inma, que estaba medio cerrada. No hubo contestación, pero decidió entrar de todas formas. Se metió en la cama y se acurrucó al lado de ella antes de besarla en la cabeza y susurrarle:

—Te quiero, eres la mujer de mi vida, lo sé y voy a luchar por ti, cueste lo que cueste.

Inma, que estaba despierta aunque se había hecho la dormida, cuando escuchó la declaración de Lucas se giró y comenzó a besarlo. Primero en el cuello, después en la mejilla y en los labios. Este respondió a ese último beso con una pasión feroz y hambriento de deseo.

Sus cuerpos comenzaron a entrelazarse y a despojarse del pijama que ambos llevaban puesto. Cuando Lucas comenzó a tocarla, su excitación subió rápidamente.

—Me matas con esta ropa interior, eres la mujer más sexy del mundo...

No continuó hablando, Inma seguía con su ronda de besos por todo su musculado cuerpo, haciendo que él estuviera aún más excitado.

Él por su parte, fue deshaciéndose poco a poco de su ropa interior, despacio, sin prisa, haciendo que Inma se desesperara por la lentitud de sus actos, pero recompensándola con besos ardientes. Poco a poco, cuando se hubo deshecho de toda su ropa, descendió hacia su sexo; ella estaba excitada solo con imaginárselo, pero sentir su lengua en sus labios íntimos fue una inyección de placer mucho mayor a lo que había creído, su cuerpo se tensó de inmediato, sus terminaciones nerviosas se activaron y comenzaron a notar esa corriente eléctrica que empezó en la punta de sus dedos para terminar en su cabeza, sus jadeos eran cada vez más intensos. Lucas succionaba su sexo con deleite y ella notaba que iba a

estallar de un momento a otro, apenas podía contenerse cuando él introdujo uno de sus dedos, dibujando pequeños círculos, haciendo que el placer fuera más intenso. Inma creyó desfallecer cuando un estallido de placer le sobrevino, su cuerpo convulsionaba y su mente solo podía pensar en el hombre que ahora mismo la estaba llevando a la gloria, el mismo hombre que se había apoderado de su corazón. Lucas succionó todos los resquicios de su orgasmo y después, cuando se hubo saciado, la penetró con fiereza; estaba totalmente excitado, ella le había puesto a mil con sus jadeos y sus movimientos y ahora era su turno; él no era egoísta con el sexo, pero necesitaba liberarse. Comenzó sus embestidas despacio, pero no tardó mucho tiempo en acelerar el ritmo, sintiendo cómo el sexo de Inma, succionaba su pene y le hacía excitarse todavía más. Ella lamía su pecho desnudo, mordisqueaba sus pezones, que se habían endurecido con su contacto. Poco a poco, Lucas comenzó a perder el poco autocontrol que aún le quedaba y se dejó llevar, derramándose dentro de Inma y sucumbiendo a la pasión, al deseo contenido.

La noche fue bastante larga, después de consumir en varias ocasiones su deseo ambos, extasiados, se tumbaron en la cama y se quedaron dormidos abrazados.

Por la mañana, Lucas fue el primero en despertarse; verla desnuda, con el pelo suelto tapando prácticamente toda su cara y abrazada a él, le hizo excitarse de nuevo. Pero prefirió seguir contemplándola en silencio y dejarla dormir, había tenido un día muy difícil y la noche había sido bastante agitada, necesitaban descansar.

Cuando por fin se despertó y abrió sus ojos, lo primero que vio fue la cara de Lucas mirándola con gesto de adoración.

—Buenos días, preciosa. Esta noche ha sido la mejor de mi vida, y la mañana ¿qué decir?, me encantaría despertarme así el resto de mi vida.

—Buenos días, gracias, me halagas con tus palabras. Lo de ayer fue estupendo, pero quizás nos estemos precipitando.

—Yo no me he precipitado, es más, siento que he perdido el tiempo. Debería haber estado contigo desde el día que te conocí. Te

deseo desde la primera vez que te vi. Pero estar contigo me ha hecho conocer a una mujer estupenda, no solo físicamente. Siento que me he enamorado de ti completamente y eso me da miedo, este sentimiento jamás lo había experimentado por ninguna otra mujer.

Esa declaración, unida a las preciosas palabras que había pronunciado la pasada noche, hicieron que todas las dudas y miedos que Inma tenía por esa relación se disiparan.

—Lucas, yo... también te quiero, nunca había sentido nada parecido por nadie hasta que te conocí. Creo que estábamos predestinados. Siempre he pensado que hay una media naranja para cada persona, simplemente hay que encontrarla y yo te he encontrado a ti. Voy a luchar por nuestra relación, te lo prometo.

Tras las declaraciones de amor, ambos se fundieron en un tórrido beso, seguido de caricias. Los dos estaban desnudos, por lo que era fácil comenzar el juego del deseo que sentían ambos.

Pero de repente, Mauro irrumpió en la habitación ajeno a la tórrida noche de pasión que ambos habían compartido y a lo que ahora estaban viviendo:

—¡Cielo! Ya tengo los bille... —aunque no continuó la frase, la escena que estaban protagonizando lo dejó helado.

Ambos se sobresaltaron por la inoportuna visita y se taparon como pudieron.

—Siento la interrupción —titubeó—. Creo que debería haber llamado antes.

Lucas, un poco enfadado porque hubiesen interrumpido su apasionada situación, respondió:

—Sí, es que es una buena costumbre lo de llamar antes de entrar.

—Mauro, tranquilo, no te preocupes. No hay nada que no se pueda comenzar otra vez —dijo Inma con voz lasciva—. ¿Qué es lo que querías decirme?

—He conseguido vuestros billetes. Son para mañana a las seis de la tarde, les da tiempo a... —explicó un poco menos nervioso—. A lo que quieran dedicar ustedes su tiempo libre. —Ultimó.

—Gracias guapo, tú siempre tan servicial.

—¡Sí, tan servicial! —gruñó Lucas un poco ofendido.

—Creo que ya es hora de marcharme, ustedes no cuenten conmigo hasta la cena, tengo planes y, por lo que veo, ustedes también. —Y se marchó riéndose.

Lucas estaba un poco exasperado por toda la situación que acababan de vivir y por la poca intimidad que veía en esa casa.

—¿Mauro siempre es así?, ¿entra sin llamar?

—Llevamos viviendo juntos casi tres años y, antes de que lo preguntes, sí, me ha visto desnuda. Es mi mejor amigo y te recuerdo que es gay, no creo que sea para tanto —exhortó ella por la cara que este había puesto.

—Me gustaría disfrutar de mi novia sin que nadie me interrumpa, creo que no es mucho pedir. Debemos hablar con él para que, la próxima vez, llame antes de entrar.

La cara de Inma era un poema.

—Pero bueno, ¿desde cuándo soy tu novia? Porque, que yo sepa, nos hemos acostado, pero no hemos hablado de que seamos una pareja.

—Inma, me he declarado, nos hemos sincerado y expresado nuestros sentimientos, pensé que eso se sobreentendía.

—Yo no lo veo así. Somos adultos, pero a mí me gusta hacer las cosas bien.

—¡Perfecto! —Exclamó Lucas un tanto airado—. Señorita Sánchez, ¿me haría usted el honor de ser mi novia? —preguntó en tono socarrón.

—No tiene gracia Lucas, no digo que tengas que pedírmelo, solo que no hemos hablado de ello, y tú ya has dado por supuesto que estamos juntos.

Lucas, que ya se estaba poniendo malo por tanta tontería, la cogió de los brazos, la sujetó y se tumbó a horcajadas encima de ella; comenzó en silencio a moverse y a besarla sin dejar de sujetarla, procurando en todo momento no hacerle daño.

—Inma, te deseo como nadie te ha deseado en el mundo, necesito estar contigo las veinticuatro horas del día, ¿te gustaría ser mi novia o pareja formal? —le susurró al oído con voz tremendamente sensual.

—Tendré que pensarlo —contestó divertida y bastante excitada.

—Veamos..., ¿cómo puedo convencerte?

Las caricias y los besos se hicieron más intensos, más voraces. Lucas seguía meciéndose encima de ella, con lentitud, provocando que esta comenzara a desesperarse.

—Lucas, por favor..., no sigas así, necesito más.

—No sé... —dijo entre excitado y juguetón—, si no eres mi novia, no creo que pueda seguir con este juego.

—¿Sabes que a veces eres malvado? Tú ganas, soy tu novia, aunque pondremos condiciones a esta relación, te lo aseguro, pero ahora no es el momento. Quiero que dejes de torturarme y actúes como un buen novio.

Las caricias comenzaron a ser más sensuales. Lucas lamió sus pechos y mordió sus pezones para hacerla vibrar. Pero comenzó un juego de excitación, solo caricias y besos sin llegar a nada más.

—Dime lo que necesitas —dijo Lucas con la voz sensual.

—Te necesito dentro de mí.

Y sin decir ni una palabra más, la penetró con fiereza. Inma dio un respingo tras la estocada y ambos comenzaron un ritmo frenético. Se besaron, se abrazaron y se prodigaron miles de caricias. Lucas, cada vez más excitado, aumentó la intensidad de las embestidas hasta que ambos estallaron en un orgasmo que los dejó exhaustos.

Capítulo 12

Cuando sus corazones comenzaron a latir con normalidad, se sintieron desfallecidos, no habían comido nada desde la pasada noche y necesitaban reponer fuerzas.

Lucas se encaminó a la ducha, enseguida salió repuesto y bajó a la cocina a preparar algo para desayunar. Inma, por su parte, seguía tumbada en la cama agotada. Llevaba meses sin acostarse con nadie y, en menos de un día, había estado horas disfrutando de un sexo salvaje. Cuando Lucas subió con el desayuno, se había quedado dormida.

Admiró a la mujer que tenía delante, era digna de adoración, tan preciosa, ahora era suya y se sentía pleno, como si nunca antes hubiera estado completo. La besó en la mejilla mientras comenzaba a hacerle cosquillas.

—Dormilona, tienes que enseñarme Nueva York, me lo has prometido. Levántate ahora mismo si no quieres que te lleve a la ducha y te torture con agua fría.

—¡Un ratito más! Por favor... —suplicó como una niña pequeña que no quiere ir al colegio.

—Inma, tienes que desayunar y reponer fuerzas. Aún tengo mucho que ofrecerte, pero también quiero que me enseñes tu estudio y la ciudad donde vives.

—De acuerdo, pero déjame que me duche y me despeje del todo.

—No tardes, el café se enfría; además, te he hecho tu preferido, el *Moka*.

—¡Eres un cielo! —le dijo besándolo en la mejilla—. Gracias por acordarte, tardaré un par de minutos.

Ella caminó hacia la ducha totalmente desnuda y Lucas no pudo dejar de seguirla con la mirada, tenía un cuerpo perfecto. Al sentirse observada, ralentizó sus pasos, contoneándose y sintiéndose la mujer más sexy que había sobre la faz de la Tierra.

Cuando llegó a la puerta, lanzó un beso con la mano y se metió en el baño.

Lucas se había excitado solo con el simple hecho de observarla totalmente desnuda, se había deleitado con esos movimientos de cadera tan sexys; necesitaba darse una ducha de agua fría, pero con toda seguridad, si entraba en el baño, en lugar de bajar su nivel de excitación, verla desnuda sería toda una tortura y comenzarían otra vez su erótico juego; no quería perder ningún momento de estar con ella, por lo que esperaría unos minutos para dejar que se duchara tranquilamente y después entraría.

Inma se sentía decepcionada, se había contoneado de una manera especial, incitándolo, y no había obtenido resultado alguno.

Cuando Lucas entró en la ducha, allí estaba ella bajo el chorro de agua con los ojos cerrados. Entró lo más sigiloso posible, cogió la esponja de su mano y comenzó a masajearla con delicadeza. Ella, que hacía un momento se había sentido decepcionada, ahora se sentía en la gloria; que un hombre la mimara de esa manera, para Inma era sorprendente. Nunca antes lo había experimentado, cada hora que pasaba con él, descubría lo maravillosamente completa que se sentía. Antes solo disfrutaba con su trabajo, pero ahora...

Jadeó cuando las manos de Lucas la giraron con lentitud para encontrarse frente a frente. Se sentía muy excitada y a él le ocurría lo mismo, pero solo la besó en la frente y la abrazó, les puso a ambos bajo la ducha para quitar el jabón y después salió enrollando una toalla entorno a sus caderas, cogió el albornoz y la envolvió a ella también.

—Cariño, ya estamos listos para desayunar; tu café creo que se habrá enfriado, pero no te preocupes, te lo caliento ahora mismo. Vístete, no me hagas tener que tumbarte en la cama y darte unos azotes. El numerito del contoneo desnuda me ha puesto a cien, pero creo que tenemos que descansar un poco, me gustaría recuperar el tiempo que he perdido por ser un estúpido y no arriesgarme, pero creo que tenemos que tomarnos las cosas con calma —expuso bastante arrepentido—. ¿Te apetece desayunar aquí o quieres que bajemos a la cocina?

—Lo mejor será bajar, así no tentaremos a la suerte —apuntó con un poco de ironía—. Me pondré cómoda, serán solo dos minutos.

Lucas cogió el pantalón del pijama y la camiseta de algodón que estaban en el suelo y que había dejado hacía unos minutos, se lo puso con rapidez, tomó la bandeja del desayuno y se marchó.

Inma cogió unos pantalones de yoga del armario y una camiseta de tirantes, no se molestó en ponerse ropa interior y bajó a la cocina.

Lucas estaba calentando las tortitas, haciendo más zumo y un nuevo café.

—Huele delicioso, eres un cocinero estupendo. Me gustaría saber qué es lo que no sabes hacer, eres increíble, ¿lo sabías?

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, me conoces solo desde hace poco más de un mes; soy bastante malo con las tareas del hogar, incluido planchar, solo sé cocinar, porque es una de mis aficiones. Me gustan mucho las motos, bueno eso ya lo sabías por la que tengo en el garaje y, como ya te dije, el *mountain bike*. Dedico mucho tiempo al trabajo, aparte de eso, me encantan las mujeres atractivas y preciosas como tú. Creo que casi soy perfecto.

—Lo que eres es un engreído.

—No puedo negar que tengo el ego un poco subido, sobre todo desde que cierta preciosidad comparte cama y algo más..., conmigo.

—Bonita manera de arreglarlo —Inma se acercó a él y lo besó en la mejilla.

Desplegaron el desayuno sobre la isla de la cocina, tomaron dos taburetes y se sentaron uno enfrente del otro.

Desayunaron totalmente en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que la señora Gabriela apareció. Era una mujer de origen hispano de unos cincuenta años de edad. Ella y su marido eran los responsables del mantenimiento y limpieza de la casa, también hacían la compra y algún recado más para ellos.

—¡Buenos días hermosa! ¿Qué tal los papis? Espero que ya mejor, estoy al tanto por Mauro, ya sabes que es como una portera el chiquillo, tan cariñoso pero tan cotilla...

—Gabriela, ¡qué bien verte! Ven que te presento. Este es Lucas, mi... —dudó un momento y siguió— novio.

—Preciosa, sí que tienes buen gusto, cada vez son más guapos. Desde luego, mi chica es la más elegante y la que mejor gusto tiene de todo Manhattan.

—Eres un caso Gaby, es español, compañero de mi padre.

Lucas se acercó hacia la mujer y la saludó estrechándole la mano.

—Cariño, ni mano ni nada, dame dos besos que no soy tan fea; vieja a lo mejor, pero fea...

Comenzaron a reírse, aquella pequeña mujer tenía una guasa increíble.

—Bueno tesorito mío, voy a comenzar las tareas, que ya sabes que como venga Armando y me vea de cháchara con este pedazo de hombretón, no quiero saber cómo se va a poner. Me alegra que estés de vuelta.

—Gaby, mañana nos vamos; mis padres aún están en el hospital, vine por el problemilla, que seguro que Mauro te contó, con Steve —ella asintió—; ya está todo solucionado, pero he de regresar con ellos, mi madre aún no ha despertado del coma, quisiera estar con ella cuando lo haga.

—¡Ay mi niña! Qué gran corazón tienes, con esos padres que no han querido saber nada de ti durante tanto tiempo... —expuso Gabriela moviendo la cabeza como lamentándose.

—Sabes que la culpa no fue solo de ellos, pero tú me quieres tanto que no ves mis errores.

—¡Eso va a ser! Bueno hombretón, cuida bien a mi niña y trátala como se merece, no me conoces y no sabes de lo que soy capaz. Y a ti, mi vida, espero verte pronto de vuelta.

Ambas mujeres se despidieron con un tierno abrazo.

—¡Bueno hombretón! —exclamó Inma entre risas—. ¿Adónde quieres que vayamos?

—Nueva York es enorme, pero me gustaría visitar los sitios más emblemáticos, ya tendré tiempo de disfrutar de la ciudad en otras ocasiones, ¿no crees?

—Eso espero —dijo y se lanzó hacia él fundiéndose en un gran abrazo—. Vayamos a pasear por Central Park y después ya veremos qué hacer...

Él asintió y subieron a sus respectivas habitaciones, se pusieron ropa cómoda e informal, salieron de la habitación a la vez y se miraron con la sonrisa en la boca.

—¿Preparado? Vamos a ir caminando, estamos aquí al lado, a estas horas y siendo un día de diario no hay mucha afluencia de gente en el parque, podremos pasear con tranquilidad y, si quieres, podemos entrar en el zoo.

—Lo que quieras, hoy mandas tú, elije a dónde quieres llevarme primero.

Pasearon de la mano como dos enamorados más, pasando desapercibidos; paraban de vez en cuando para abrazarse y besarse. Hacían una preciosa pareja, pero lo que ninguno de los dos sabía era que unos *paparazzi* los seguían para fotografiarlos, esta gente siempre estaba al acecho. Tras el éxito de la semana de la moda, Inma se había convertido en blanco fácil para la prensa.

Seguían caminando cuando Lucas, tan observador como siempre, notó que alguien los seguía; tomó la mano de Inma y le susurró al oído algo casi imperceptible para todo el mundo, menos para ella.

Comenzaron a correr rápidamente para saber si eran ciertas sus sospechas; dos hombres los seguían a paso acalorado; corrieron de la mano lo más rápido que pudieron hasta que llegaron a Central Park. Se metieron por un camino y despistaron por un momento a sus perseguidores. Jadeando, se detuvieron unos instantes para retomar aire.

—¿Sabes por qué nos siguen? —resopló entre jadeo y jadeo Inma.

—No lo sé, pero me parecieron *paparazzi*, creo que nos han fotografiado mientras nos besábamos. Puede que sea un problema para ti.

—No te preocupes, eres mi pareja ahora, que me vean contigo no es ningún problema, así es que creo que lo mejor será dejar de correr; si alguien quiere hacerme una foto contigo, estaré encantada

de que me vean acompañada de un hombre tan fantástico, guapo y cariñoso como tú.

—Señorita eso se merece un abrazo y una ración de cosquillas.

—¡Por favor, cosquillas no! —empezó a correr antes de que él pudiera reaccionar.

La carrera por Central Park parecía una competición, pero al final, después de varios minutos Lucas, calculando la distancia que había entre ambos, se lanzó en plancha hacia ella y los dos cayeron sobre el césped. Comenzó entonces el ataque de cosquillas.

—¡Lucas, nos pueden detener por escándalo público! —exclamó entre risas.

—Me paro pero con una condición —detuvo sus manos y se puso serio; ella hizo un gesto con la cabeza asintiendo mientras se recuperaba de tanta risa—; tienes que decirme qué perfume usas, ¿me pierde ese olor en tu cuerpo!

—Bueno, te lo diré... Se llama *Nina* de *Nina Ricci*, uso el gel, la crema corporal y el perfume.

—Me encanta, cuando llegemos a España voy a comprarte un montón.

Ambos sonrieron y fue el turno de las preguntas para Inma.

—Ya que estamos en ronda de preguntas, me gustaría saber cómo un policía puede permitirse un apartamento en esa zona de Madrid, un cochazo y una pedazo de moto.

Lucas dudó un poco, era doloroso recordar algunas cosas, pero quería ser sincero con ella y, aunque le doliese, decidió contárselo.

—Como ya sabes, mi padre falleció en acto de servicio. El Estado nos dio una indemnización y una paga vitalicia a mi madre, la cual malgastaba todos los meses. Ella, en lugar de llorar su muerte, derrochó todo el dinero que nos dieron, pero lo que mi madre no sabía era que mi padre había dejado muchas cosas atadas para mi futuro. —Suspiró y paró un poco pensando bien las palabras que iba a decir.

—¿Era? ¿Tu madre no vive?

—Sí, ella sí que vive, pero para mí está muerta. Aunque es algo que solo tus padres saben; en su día Carlos me ayudó mucho y por eso le tengo un cariño especial. El caso es que mi padre procedía de una buena familia, era hijo único y él falleció antes que sus padres. El testamento que mis abuelos dejaron, por petición expresa de mi padre, fue que todo el dinero fuera a parar a su único hijo, a mí, si él fallecía antes que ellos; que su mujer no viera nada. Hace dos años mis abuelos murieron; primero fue mi abuela y, en tres meses, creo que de pena, mi abuelo. Ellos se querían tanto..., eran la viva imagen del amor. —Dejó unos segundos de hablar como si pensara en ellos y continuó—: cuando mi madre fue al notario pensando que todo lo que ellos tenían sería para nosotros dos y descubrió que a ella no le pertenecía nada, entró en cólera. Me exigía una parte de la herencia, que ella me había tenido solo porque mi padre quiso y se había ocupado de mí. Que la debía mucho y que era hora de devolvérselo. En un principio pensé dárselo, pero cuando se lo comenté a tu padre, me quitó de la cabeza ese pensamiento. Conocía a mi padre a la perfección, eran muy buenos amigos, él sabía todo lo que había sufrido con mi madre, los devenires e infidelidades que había aguantado por mí. Me lo contó todo; entonces fui a su casa, le dije que no contara con nada del dinero de la herencia y que ya no tenía un hijo, que para mí ella había muerto. Fue muy duro, pero es una mujer egoísta que solo piensa en sí misma. Todo en su vida lo hizo por interés. Gracias a que mi padre me supo educar y me enseñó los valores de la vida.

—¡Lo siento! No debería haberte preguntado. Seguro que he abierto una herida que tenías ya cerrada.

—Tranquila, necesitaba contarlo, es algo que estaba ahí y ahora que lo he dicho me siento mejor. Es doloroso pensar que tu propia madre no te quiere, pero lo he aceptado y, aunque en alguna ocasión ha intentado ponerse en contacto conmigo, soy yo el que no quiere saber nada de ella.

—Me alegro de que me lo hayas contado.

Se sumieron en un fuerte abrazo. Ella lo besó, pero fue un beso tierno, nada que ver con los besos pasionales que se habían prodigado anteriormente. Él agradeció ese gesto. Se sentía mucho

mejor después de habérselo confesado y más con la reacción que había tenido Inma. Se sentía querido y era algo que hacía mucho que no experimentaba, casi desde que su padre murió.

Permanecieron unos minutos más en la hierba abrazados, cuando un policía los interrumpió con un carraspeo.

—Disculpen, aquí no se puede estar. Les ruego por favor que salgan inmediatamente de la zona verde —indicó de muy mal humor con su perfecto americano.

—Ya nos íbamos, perdone las molestias —contestó Lucas con voz seria e imponente.

Cuando el policía se fue, comenzaron a reírse de la situación y se marcharon de allí. Decidieron parar a comer un perrito en un puesto ambulante y después se encaminaron hacia *Wall Street*.

Seguían andando por la Quinta Avenida cuando, de pronto, se cruzaron con Steve, que iba muy bien acompañado de una rubia que fue modelo para Inma hacía un tiempo.

Ella los saludó, aunque Steve la agarró de la mano y tiró fuerte y contundente de la muchacha para que no se parase. Con el mismo gesto, Inma la saludó y ambos continuaron el camino. No sabía exactamente con qué le había amenazado Lucas, pero el efecto en él era de miedo.

—Te tiene miedo, lo he visto en sus ojos. No sé qué le dijiste, pero ha huido con el rabo entre las piernas.

—Solo hice lo que debía, aunque es cierto, creo que un poco de miedo sí mostraba. ¿Y la rubia bombonazo quién era? —La sonrisa maliciosa de Lucas al realizar la pregunta cambió cuando vio la cara de enfado de Inma, que de inmediato soltó la mano con la que iban agarrados.

—¿Así que rubia bombonazo?, parece que tiene un cuerpo espectacular, pero para tu información está operada, desde las cejas hasta el culo. Así yo también puedo ser modelo.

—Sabes que estás celosa, ¿verdad?

—No estoy celosa, solo enfadada por cómo has dicho bombonazo.

Lucas la tomó del brazo y la giró, quedando enfrentados en medio de la calle.

—Preciosa, eres la única mujer que me interesa, solo he dicho esa palabra para ponerte celosa, y creo que ha funcionado. —Besó su frente mientras acariciaba sus brazos lentamente.

—Pues lo has conseguido y, te ruego que en el futuro, cuando estés conmigo, evites esos comentarios. No me gusta cuando un hombre habla así de una mujer, y menos cuando está delante su novia, ¿no crees?

—Lo siento, solo pretendía saber si te molestabas, pero te juro que no volveré a decir nada de otra mujer. Sabes que tú eres mucho más guapa y sexy, ¿verdad?

—Eso lo dices ahora, admítelo, ella es el prototipo de mujer que gusta a los hombres. Lo tengo asumido, veo cómo los hombres babeáis con las modelos de cuerpos espectaculares, aunque en el caso de Betty todo es artificial.

—Reconozco que en otro tiempo hubiera deseado estar con una chica como ella, pero ahora solo me interesa una mujer, y esa eres tú. —Finalizó la discusión con un pasional beso.

Siguieron su camino, dedicando todo el día a visitar la ciudad. Exhaustos, llegaron casi a las diez de la noche a casa. Entre risas y besos no se dieron cuenta de que Mauro se encontraba con compañía en el salón.

—¡Buenas noches, linda! —exclamó una voz conocida cuando traspasaron la estancia. —¡Buenas noches caballero! Usted debe ser Lucas, el novio de Inma. Un placer conocerlo.

Se trataba de Marcelo, el padre de Mauro. Inma le dio un fuerte abrazo, le debía mucho y le había cogido tanto cariño que parecía de la familia y no un simple amigo.

Al instante entró Adriana, la mujer de Marcelo. Ambas mujeres se sumieron en un largo abrazo.

—Inma, preséntame a este cañonazo de hombre. Desde luego tú sí que tienes buen gusto.

Los padres de Mauro eran igual de divertidos que su hijo, si bien su acento había disminuido con el paso del tiempo. Ya no parecían argentinos, era increíble, pero se habían amoldado tan bien a la ciudad que hasta en eso se habían adaptado.

—Bueno, vamos a pegarnos una ducha. Bajamos ahora mismo —dijo Inma agarrando a Lucas y tirando de él.

—Chicos, tardad lo que queráis, sabéis que la cena está lista. La he traído del restaurante, solamente tendremos que calentarla — finalizó Marcelo guiñándoles un ojo.

Lucas tiró rápidamente de ella para que subiera las escaleras y besarla apasionadamente.

—Tenemos visita. No quiero hacerles esperar.

—Ellos son los que nos han incitado, te necesito. Llevamos horas sin...

—¡Schhh! —dijo Inma tapándole la boca con la mano. — Puedes esperar un poco más, solo un par de horas. Yo también te deseo, pero no puedo concentrarme con ellos aquí, son unos amigos geniales, me sentiría incómoda. Lo siento.

—Por lo menos nos ducharemos juntos, ¿no? —rogó con cara de pena.

—Está bien, pero no te sobrepases, ¡entendido!

—Lo intentaré, aunque no prometo nada. Solo con verte me excitas, desnuda eres mi perdición. —Suspiró al imaginársela.

Se ducharon con alguna que otra caricia y beso más sensual de lo que se habían propuesto, no podían evitarlo, los dos se perdían cuando estaban juntos.

Bajaron pasados unos diez minutos vestidos de manera informal. Mientras Lucas se unía a los hombres en su charla de fútbol y otros deportes, Inma por su parte se unió a Adriana, que estaba en la cocina ultimando los preparativos para la cena.

—Cariño, es un hombre guapísimo; vamos, que está cañón. Mi hijo nos avisó, pero al natural, ¡madre mía! Es espectacular. Eso sí, me encanta cómo te mira. Es increíble, lo tienes embelesado.

—Adri, la verdad es que la que está embelesada o más bien perdida con Lucas, soy yo. Me tiene desconcertada desde que nos conocimos. Creo que me he enamorado de él.

—Tesoro, ¿y cuál es el problema?

—Yo vivo aquí y él en Madrid. ¿Cómo vamos a hacerlo? ¿Y si se cansa de venir o de esperar a que yo vaya? Tengo miedo, este sentimiento que tengo para mí es nuevo con un hombre, nunca me

había enamorado de esa manera; lo necesito, tengo que estar con él y, cuando regresemos a nuestras vidas, no sé si voy a poder soportarlo. Estoy confundida.

—Es normal, pero ya verás como todo se soluciona, además es hora de que pienses un poco más en ti y no en tu trabajo. Eres una mujer maravillosa, con talento y con mucho éxito. Pero tu vida estaba incompleta, y ahora con él se va a completar. Todo va a salir bien. Míralo cómo te busca, está perdido sin ti. Lo sé porque mi Marcelo es igual y luchamos mucho para estar juntos. Y aquí estamos después de casi cuarenta años con el mismo amor o más que al principio. El amor te hace superar obstáculos que nunca antes te habrías propuesto. Ya lo verás. Hacéis una pareja espectacular.

—Eso espero —dijo y la besó en la mejilla.

—Cariño, y tus papás, ¿cómo se encuentran?

—Bueno, mi madre sigue igual, sin ninguna evolución, pero por lo menos tampoco empeora. Mi padre mejor. Aún debe recuperarse de las lesiones, pero está bien dentro de lo que cabe. Creen que no fue un accidente, no se lo digas a nadie, ni siquiera a Marcelo, ¡por favor!, confío en ti. Lucas me lo dijo porque se le escapó. Están investigando quién está detrás de todo esto.

—No te preocupes, sabes que no diré nada. ¿Pero quién podría estar detrás del accidente?

—Aún no saben nada, pero mi padre se ha ganado bastantes enemigos a lo largo de su carrera profesional, cualquiera hubiera podido ser.

—No lo pienses más, los encontrarán, ya verás. Ahora vamos a disfrutar de esta magnífica cena. Espero que os guste, sabes que la hemos hecho con todo nuestro cariño.

—Nos encantará, estoy segura.

Avisaron a los hombres para que fueran a la cocina, que ya estaba dispuesta para comenzar a cenar.

La noche pasó con rapidez, entre risas, chistes y anécdotas; los miembros de la familia Juárez eran a cuál más divertido.

Una vez que el matrimonio se retiró y Mauro subió a su habitación, Lucas cogió en brazos a Inma, que se encontraba

recogiendo los últimos platos de la mesa.

—¿Qué haces, estás loco?

—Señorita, tú y yo tenemos algo pendiente. Claro que estoy loco, pero ya sabes que por ti.

Esas palabras calentaron la sangre de Inma que, en sus brazos, empezó mordisqueando sus labios para después atacar con más pasión.

Lucas subió con Inma por las escaleras mientras que, a cada escalón, se paraban para deleitarse con sus caricias.

La noche fue tan desenfadada o más que la anterior, aunque esta vez decidieron acostarse más temprano. Debían terminar sus maletas. Inma tenía que llevarse más ropa para unos cuantos días y muchas de sus pertenencias.

—Me encantaría quedarme aquí para siempre, poder parar el tiempo, estos días han sido un sueño hecho realidad. No quiero volver, estoy tan a gusto aquí contigo... —comentó meloso Lucas.

—Lo sé, yo también he disfrutado mucho. ¡Tengo miedo!

Lucas le acarició lentamente la mejilla, sabía de lo que hablaba, él se sentía igual.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —dijo susurrando mientras la besaba muy lento.

—No puedo dejar de pensar que vas a cansarte de esperarme, de viajar para verme. No sé...

Pero Lucas no quería que siguiera, sus miedos eran los mismos, pero quería aferrarse a un futuro, juntos.

El cansancio los venció, abrazados y desesperados por la situación.

Capítulo 13

Inma dedicó su mañana a ultimar varios patrones y directrices con Mauro, mientras Lucas, sentado en el salón, investigaba y hablaba con sus compañeros de nuevas pistas.

Gabriela les había preparado la comida, por lo que, cuando llegó la hora, los tres se sentaron y, entre risas, como ya era habitual, disfrutaron de los manjares que tenían. Esa mujer cocinaba muy bien, casi tan bien como Lucas, para el gusto de Inma.

Su teléfono la sacó de su ensoñación mientras comía deleitándose con ese maravilloso hombre.

—¿Dígame? —contestó un poco asustada, desconocía el número pero era con extensión de España— ¡Papá! ¿De verdad? ¿Cuándo?, eso es una gran noticia, mañana estamos ahí, en cuanto lleguemos al aeropuerto me voy a veros. Yo también te quiero. — Colgando, comenzó a dar saltos de alegría mientras chillaba «¡Mi madre ha despertado!».

Los dos hombres de su vida la abrazaron lo más fuerte que pudieron. Inma no podía estar más feliz, aunque la cara de Lucas era de desconcierto. Estaba muy contento con la noticia, pero eso significaba que la recuperación sería más breve de lo que le gustaría, y eso supondría que disminuiría el tiempo para poder disfrutar de Inma en Madrid.

Llegó la hora de ir al aeropuerto para facturar y regresar a Madrid. Mauro los llevó en el Hummer y, cuando la hora de embarcar llegó, el abrazo fue emotivo.

—¡Llámenme cuando ustedes lleguen! ¿*Entendés* boludos?, sea la hora que sea.

—Tranquilo Mauro, así lo haremos. Un placer conocerte —dijo Lucas.

—Cariño, tranquilo, eso está hecho. Mantenedme informada por correo de la reunión de mañana.

—Pelotuda, *desconectá* un poco y *disfrutá* del hombretón.

Todos se rieron del mote que le había puesto Gabriela, puesto que ya se había quedado con él.

Se despidieron del argentino y se dirigieron a la puerta de embarque besándose cada vez que paraban.

El viaje fue de lo más placentero para ambos, se besaron y se acurrucaron juntos hasta que el sueño los venció. Cuando despertaron, las azafatas estaban hablando por los altavoces para indicar que los pasajeros debían abrocharse los cinturones para aterrizar.

Bajaron del avión, esperaron a que salieran sus maletas y cogieron un taxi para ir al apartamento y poder asearse. Inma comenzó a sentirse rara, estaba mareada, con náuseas. En un primer momento pensó que era por el viaje, pero según transcurrían los minutos se iba poniendo más pálida y sus fuerzas comenzaban a disminuir. Lucas, que iba hablando por teléfono con sus compañeros sobre la investigación, no se había percatado del estado de la muchacha. Ella no quería interrumpirlo, pensaba que era pasajero y que en cuanto le diera el aire se le pasaría, por eso no le dijo nada. Cuando llegaron intentó salir del taxi, pero su cuerpo le falló y se desplomó en el suelo. El estruendo fue tremendo y se golpeó la cabeza con el bordillo.

Lucas corrió a socorrerla con nerviosismo y con la preocupación latente.

—¿Inma, qué te pasa, cariño?! ¡Vamos, despierta!

Al ver que no reaccionaba, se dirigió al conductor.

—Por favor, llame a una ambulancia lo más rápido posible.

¿Tiene algún botiquín para curar la herida de la cabeza?

El taxista, más nervioso incluso que el propio Lucas, llamó por teléfono a una ambulancia; los transeúntes se arremolinaban a ver qué era lo que pasaba; mientras tanto, Inma seguía tumbada y Lucas intentando que reaccionara.

La ambulancia no tardó más de cinco minutos en llegar, aunque para Lucas los minutos se le antojaron horas; al final había conseguido que Inma despertara, pero balbuceaba solamente palabras sueltas.

Una vez que los sanitarios atendieron y curaron la herida, la subieron a la camilla y se dirigieron al hospital. Otra vez se encontraba dormida, pero estaba estable. Eso fue lo que el médico le dijo a Lucas, que en ningún momento se había separado de ella. Aunque en un primer momento no querían dejarlo subir en la ambulancia, él se impuso como policía y al final subió.

Cuando llegaron al hospital, el mismo en el que se encontraban ingresados Carlos y María, Lucas estaba más nervioso que cuando Inma se había desplomado y la encontró con la cabeza sangrando.

El personal que los atendió le indicó que debía esperar a que la observasen y realizasen las pruebas oportunas. Como no se encontraba consciente, al momento lo llamaron para que hablase con el médico.

—Caballero, ¿sabe usted qué es lo que le ha pasado a la paciente?

Con la voz entrecortada por todo lo que estaba aconteciendo, Lucas contestó:

—Hemos venido desde Nueva York, hemos tomado un taxi, he notado que se ponía más pálida pero he pensado que podía ser un mareo del viaje; cuando hemos salido del vehículo, se ha desplomado. Se ha golpeado en la cabeza y, por un momento, ha despertado, pero las palabras eran ininteligibles.

—Gracias, si necesito algo más, lo llamaré, ahora vamos a realizarle unas cuantas pruebas. No estará embarazada, ¿verdad?

Lucas palideció al escuchar la pregunta. Nunca habían hablado de ello, pero estaba seguro de que tomaba la píldora.

—Ella no me ha comentado nada. No podría decirle. Sé que toma anticonceptivos orales, pero también conozco que existe un riesgo de embarazo aún con su consumo.

—Creo que empezaremos por hacerle una prueba de embarazo para poder seguir con el diagnóstico. Ahora, si me disculpa, debe salir y esperar en la sala a que lo llamemos. Acérquese por admisión para rellenar los datos de la paciente.

Lucas salió del box en el que escasos minutos antes había entrado y, como le habían indicado, fue al mostrador de admisión

para rellenar los datos de Inma. Gracias a que tenía su bolso a mano, pues aunque llevaban un tiempo compartiendo sus vidas, no sabía ni qué día era su cumpleaños.

Cada minuto se le hacía eterno, decidió hablar con el personal que se encargaba de la investigación y de la vigilancia de su jefe para decirles lo que había ocurrido, pero sin alertar a sus padres hasta que no tuvieran alguna noticia sobre su estado.

De repente, el móvil de Inma comenzó a sonar en el bolso. Cuando logró sacarlo vio que era Mauro. Con todo el jaleo no lo habían llamado. Descolgó rápidamente.

—Mauro, hola, antes de que digas nada, estamos en el hospital. Inma ha tenido un accidente; cuando salimos del taxi se desmayó y se golpeó en la cabeza, aún no me han dicho nada.

—Boludo, vos debiste llamarme, voy a tomar el avión de mi padre y voy para allá.

—Espera, no te precipites, te juro que te mantendré informado. Con los nervios se me ha pasado, pero en cuanto salga el médico te aviso.

—No puedo esperar pelotudo, es como mi hermana, necesito estar con ella. No te *ofendas* pero la *conocés* de hace bien poco, yo llevo años y sé que me va a necesitar.

—Mauro, en serio, puedo con esto. Pero si quieres venir...

—Te aviso de mi partida, vos téngame a alguien esperándome en el aeropuerto, no conozco Madrid, pero Inma mencionó la existencia de cierta mafia de taxistas que timan a los extranjeros, prefiero que *mandés* a uno de tus secuaces.

Lucas sonrió por primera vez después de lo ocurrido, ese hombre con su acento y sus ocurrencias seguro que haría reír hasta en un funeral.

—Tranquilo, te llamo en cuanto sepa algo del estado de Inma; no obstante, mándame un mensaje con la hora de salida y llegada, tendrás a alguien allí.

—Ok boludo, vos cuidela en mi ausencia o tendré que patearle ese lindo culo.

—Ella ahora mismo es mi única prioridad, no te preocupes, la cuidaré.

Capítulo 14

Cuando colgó el teléfono, se sentía aún peor por lo que le había dicho Mauro; puede que ella lo necesitase, pero él ahora ocupaba también su corazón, de otra manera, y aunque llevaban poco tiempo juntos, sabía que era el amor de su vida. Mientras seguía divagando y pensando en lo que su mente le había hecho pensar, el médico salió para hablar con él.

—Caballero, tenemos que hablar de la paciente Inmaculada Sánchez. Por favor, acompáñeme, me han comentado que es usted policía, es importante.

Ambos pasearon por el pasillo hasta un pequeño despacho.

—Usted dirá, doctor.

—Tengo entendido que sus padres se encuentran también ingresados en este hospital por un accidente de tráfico.

Lucas asintió, no sabía muy bien a dónde quería llegar, pero dejó que el doctor continuara hablando.

—Creo que todo está relacionado; me explico, cuando revisamos la analítica para comprobar si estaba o no embarazada —Lucas puso cara de susto y el doctor aclaró—: tranquilo, no está embarazada. —Este suspiró aliviado, no le había dicho a Carlos que estaba saliendo con su hija, con lo que si hubiera estado embarazada, el lío sería aún mayor.

Mientras Lucas seguía sumido en sus pensamientos, el doctor seguía hablando, pero como veía que no le hacía caso, carraspeó y continuó:

—Nos saltaron las alarmas al ver que ciertos parámetros salían muy mal. Profundizamos en el análisis de tóxicos y había una pequeña cantidad de arsénico en la sangre; hemos procedido a realizarle un lavado de estómago y en estos momentos hemos comenzado una terapia de quelación; este tratamiento requiere de un constante control de la enfermera o del médico. Se hidrata al paciente con una infusión Intravenosa de EDTA-Na₂^[2] para prevenir la deshidratación y el fallo renal. La terapia de quelación ayuda a

remover los químicos tóxicos del organismo atrayendo los átomos a un compuesto menos tóxico y, de este modo, expulsarlo del cuerpo. Sé que no es muy fácil de entender; en términos coloquiales, consiste en el uso de medicamentos para eliminar el arsénico del organismo. Estos medicamentos se unen al arsénico y lo eliminan a través de la orina o las heces. —Terminada su exposición, tomó aire y retomó la palabra—. Lo que antes quería decirle es que deben investigar estos incidentes, es bastante raro que a toda la familia le haya pasado algo. Es mi opinión, y también mi deber, en un caso de envenenamiento avisar a la policía para abrir una investigación policial. Como usted es policía, le comunico que debe abrirla lo antes posible.

—¿Cuánto tiempo cree que ha estado el veneno en la sangre de Inma? Lo pregunto por saber en dónde ha sido envenenada.

—Yo diría que entre una o tres horas máximo.

—Entonces el veneno lo ha ingerido en el avión, alguien envenenó su bebida o comida. El personal del vuelo tiene que saber algo. Gracias doctor, me pongo en ello ahora mismo, ¿cuándo puedo ver a Inma?

—Puede pasar un momento, ella aún está sedada. Espere un momento y le avisaremos cuando pueda entrar.

—Perdone, ¿cuánto tiempo tiene que estar con el tratamiento?

—La cantidad de veneno ha sido insignificante, gracias a Dios, así que espero que entre cuatro o seis semanas. Pero todo se irá viendo.

—Gracias, avísenme en cuanto pueda entrar a verla.

Mientras esperaba para poder entrar en la sala donde se encontraba Inma, Lucas comenzó a llamar a varios policías para que investigaran al personal que había estado en el vuelo en el que ellos regresaron.

—En cuanto tengáis algo, llamadme; pedid la orden para que la compañía nos de todos los datos del personal y de los pasajeros. Empezaréis por interrogar a la tripulación y a los pasajeros que volaban en *business*. Necesito rapidez y todos los agentes que sean posibles. Sabéis que es la hija del jefe, estoy seguro de que todo

tiene que estar relacionado... Perfecto... En cuanto tengáis los interrogatorios, poneos en contacto conmigo. Gracias... Adiós.

Paseó por el pasillo arriba y abajo esperando a que lo avisaran. Una joven enfermera apareció a su lado.

—Disculpe, me imagino que usted es el novio de la paciente Inmaculada Sánchez —Lucas asintió—; acompáñeme por aquí, debe ponerse la bata, los botines, el gorro y la mascarilla.

Mientras se ponía todo lo que le había entregado, sus piernas habían comenzado a temblarle levemente. Estaba nervioso, su mente no dejaba de repetirle que era culpa suya, debía protegerla y, en vez de eso, se había enamorado de ella y había descuidado su trabajo. Presentía que la charla con su padre no iba a ser muy amistosa.

—Solo puede estar entre cinco a diez minutos, lo siento, son las normas. Ella está sedada.

Lucas asintió mientras intentaba disolver el nudo que en esos momentos se le había formado en la garganta.

Cuando entró por la puerta y la vio, estaba preciosa, incluso dormida. Tenía una vía con el suero en el brazo izquierdo mientras que el otro se encontraba enchufado a una máquina para proporcionar el tratamiento indicado. Su cara reflejaba calidez, tranquilidad y, por un momento, la observó embobado.

—Cariño, voy a averiguar quién te ha hecho esto, debería haberte cuidado, protegido, me siento culpable, no deberías estar aquí, casi mueres y yo solo me he preocupado por meterme en tu cama. —Una lágrima asomaba por los ojos de Lucas mientras la tomó de la mano y la besó—. Voy a coger al sinvergüenza que te ha hecho esto, lo juro, aunque tenga que remover cielo y tierra. —Suspiró profundamente, el olor que desprendía el cuerpo de ella le inundaba las fosas nasales y eso lo tranquilizó—. Te quiero, sé que lo sabes, pero quiero recordártelo. Estoy locamente enamorado de ti.

La besó en la frente y luego depositó un cálido beso en sus labios, que prolongó con un pequeño mordisco en el labio inferior.

El tiempo se había agotado y la enfermera entró con un gesto tocándose el reloj que le indicaba que ya era la hora. Lucas besó la

mejilla de Inma y le susurró al oído:

—Te quiero mi amor, vas a despertar y a ponerte bien. Estarás protegida.

Al salir habló con el policía que estaba vigilando, se llamaba Roberto, un tipo duro que alardeaba de sus conquistas cada dos por tres, muy parecido a él hasta hacía poco tiempo. Era bueno en su trabajo, nada se le interponía, mataría a cualquiera que intentara hacerle algo a Inma, era la hija de su jefe y para él su unidad era su familia. A Lucas no le hacía mucha gracia que estuviera a cargo de la vigilancia de su novia, era un tipo muy atractivo y con mucho carisma, pero también admitía que era el mejor de sus hombres, por ello le había encargado esa misión.

Respiró profundamente mientras se dirigía a ver a Carlos y a María, ambos se encontraban ya ingresados en la misma habitación desde que esta salió del coma. Ajenos a lo ocurrido y a su relación. No sabía cómo iban a reaccionar, pero debía contárselo todo. Pasara lo que pasara, no iba a cambiar sus sentimientos, pero era consciente de que había traicionado a su jefe, a su amigo. Su respiración empezó a agitarse y sus nervios comenzaron a aflorar, sabía que esto tendría que llegar, pero con Inma en el hospital, todo se complicaba.

Antes de entrar, saludó al compañero y le pidió novedades. Tras charlar varios minutos con él, tomó aire una vez más, cogió la manilla y empujó la puerta. Al entrar, vio a Carlos y a María riéndose, ajenos a todo lo sucedido.

Al verlo entrar con esa cara de preocupación, sus rostros cambiaron por completo y se transformaron en miedo.

—Lucas, ¿qué pasa? ¿Dónde está Inma? —gruñó Carlos muy exaltado.

—Buenos días Carlos, buenos días María; en primer lugar, ¿qué tal están? No quiero preocuparlos, Inma está... —dudó por un momento—, se encuentra ingresada en este hospital; está bien, pero ha sido envenenada. —Carlos le interrumpió rápidamente con tono exasperado sin escuchar ni una palabra de lo que había dicho.

—Lucas, habla ya, dinos dónde está nuestra hija. Estamos bien, ¿qué es lo que ocurre?

—Cuando regresamos de Nueva York, tomamos un taxi y al salir se desvaneció y se golpeó la cabeza. —María se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar—. Llegamos al hospital hace una hora y, hasta que no he tenido noticias sobre el estado de su hija, no he venido. Siento no haberles dicho nada, pero necesitaba saber que estaba bien. —Su última frase la dijo con la voz entrecortada.

—Imagino que estarás ya con la investigación de lo que ha sucedido —vociferó Carlos—, te dije que la protegieras, que te ocuparas de que no le sucediera nada, ¿cómo ha pasado? Eres el mejor de mis hombres, confiaba en ti.

—Carlos, sien..., siento mucho lo que le ha pasado a Inma, de verdad, yo soy el primero en estar enfadado conmigo mismo. Por los datos que han aportado las pruebas que se le han realizado, todo indica que se ha producido mientras volábamos. Ahora mismo tengo a todos los agentes en acción, han ido al aeropuerto y están interrogando al personal de vuelo; viajábamos en *business*, también se va a interrogar a los pasajeros que viajaban en esa clase. Estamos con ello.

María interrumpió la conversación aún compungida con lo acontecido:

—¿Sabes cuándo podremos verla, hijo?

—Está sedada, con un tratamiento para limpiar su sangre del veneno. En cuanto termine el tratamiento, la despertarán. Van a avisarme. Pero María, tendrás que preguntar a tu médico si puedes ir a verla...

—Saldré de todas formas, es mi hija y voy a ir a verla ahora mismo.

—Tranquila cariño, le preguntaremos al médico —intervino Carlos.

Un pitido de mensaje del móvil de Lucas silenció la sala, este miró la pantalla y vio que era Mauro.

—Es Mauro para decir que llega a las siete de la tarde, para que mande a alguien a buscarlo.

—¿Cómo es que viene a España? —preguntó Carlos un poco nervioso.

—Se ha empeñado en venir, ya le dije que estaba bien, que estaba todo controlado, pero aun así no le he hecho entrar en razón.

—Es su mejor amigo y su socio, además de compañero de piso, es normal que se preocupe por ella —explicó María, a quien le caía muy bien Mauro.

—Cuando alguien se precipita a un viaje tan largo será por algo más. ¿Estás seguro de que me has contado toda la verdad? —preguntó Carlos queriendo indagar más.

Lucas tragó saliva por un momento, era cierto todo lo que les había contado sobre el envenenamiento de Inma, pero no les había dicho nada de su relación.

—Verá señor... —exhortó con la voz quebrada—, hay algo más..., pero quería que su hija estuviera presente para hablarlo con ustedes los dos juntos. Me temo que hasta dentro de unas horas, ella no despertará, y creo que es mejor que se entere por mí. Inma y yo hemos comenzado una relación. —La cara de Carlos reflejaba ira mezclada con bastante decepción—. Sé que le prometí que me mantendría alejado, aunque no he podido, mis sentimientos hacia ella me han ganado la batalla.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó María con voz emocionada. A Lucas lo quería como a un hijo y, aunque conocía sus escarceos con otras mujeres, en este caso sus palabras la habían conmovido y percibía amor en ellas—. ¡Enhorabuena! Sé que vas a cuidar muy bien de mi hija, aunque ten por seguro que este cabezón de mi marido te dará una gran charla, pues parece que le va a salir humo por las orejas de lo enfadado que está. Vamos cariño..., son jóvenes, déjalos que hagan lo que quieran, tienen derecho a equivocarse; además, si ellos se quieren, tú no vas a poder hacer nada al respecto. No se pueden cambiar los sentimientos.

Carlos seguía sin decir nada mientras María parecía divertirse por la situación; por otro lado estaba Lucas, con un nudo en la garganta, no se atrevía a decir ni una palabra al ver la cara de enfado de su jefe.

El teléfono volvió a sonar cortando la tensión que se había instalado en la habitación.

—Dígame... sí, ahora mismo voy... perfecto... gracias. — Colgó el teléfono y se dirigió a ambos lo más serio posible—. Inma está despertando ahora de la sedación y, aunque aún sigue con el tratamiento, quiere vernos. Voy a preguntar al médico si podéis acudir a verla. Ahora mismo vuelvo.

Sin dar más explicaciones por el miedo a las represalias, Lucas se encaminó a la sala de médicos a consultarlos mientras María y Carlos seguían esperando. Fue ella la que intentó suavizar la tensión.

—Cariño, habla ya, que al final revientas. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Que qué es lo que me pasa! Vamos a ver, María, ese chico no le conviene a nuestra hija y, en lugar de dejarme darle una reprimenda, vas tú y lo felicitas, la verdad es que ahora mismo no sé con quién estoy más enfadado. Se lo dije, porque le vi las intenciones, y aun así no me ha hecho caso. Solo quiere divertirse y sé que le hará daño, no quiero que nadie le haga daño a nuestra hija.

—No seas neandertal, ellos harán lo que quieran, ¿no has pensado que a lo mejor se gustan de verdad o que simplemente ambos quieren pasar el rato? A lo mejor él es así porque no ha encontrado a la mujer idónea; además, creo que cuando te conocí, tú no eras precisamente un santo. Así que haz el favor de borrar el enfado de tu cara, vamos a ver a tu hija, no quiero que seas igual de cabezota que fuiste la última vez. ¿Ya has olvidado que la perdimos durante casi tres años? No estoy dispuesta a volver a perderla, a sufrir sin tener noticias, a llamarla a escondidas porque seas un cabezón. Te lo advierto Carlos, esta vez no te lo voy a consentir.

—Mujer, ese hombre es un mujeriego.

—¡Schhh! —Le cortó María en cuanto notó que la puerta se habría—. Hemos terminado con esta conversación, no quiero oír nada más.

Carlos estaba aún más enfurecido si cabía por todo lo que su mujer le había espetado, pero se tragó el orgullo por un momento, quería saber de Inma.

—¿Podemos ir a verla? —preguntó con la voz aún resentida.

—Sí, el doctor me ha dicho que ahora mismo viene con unas sillas de ruedas para llevaros con vuestra hija.

Se encaminaron hacia la planta en la que estaba ingresada Inma y, cuando llegaron, una enfermera les facilitó todo lo necesario para entrar a la sala y les indicó que solo podían entrar de uno en uno. La primera en hacerlo fue María.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó con los ojos bañados en lágrimas.

—¡Mamá, estoy bien!, no llores por favor, ¿tú qué tal te encuentras? Te veo estupenda.

—¡Aquí estamos toda la familia al completo! —exhortó secándose las lágrimas y prosiguió—: por cierto, Lucas nos ha contado que estáis juntos. Me gusta mucho ese chico y, aunque tu padre está que echa chispas, a mí me parece que hacéis una pareja estupenda.

—¡Mamá! No sé qué me pasó, desde que lo vi supe que sentía algo por él, es una locura, lo sé... Siempre ha sido muy caballeroso, nunca intentó propasarse, es más, he sido yo la que se ha lanzado; papá lo entenderá, o eso espero, porque estoy enamorada de él y, aunque sé que va a ser difícil llevar esta relación, estoy decidida a intentarlo. Nunca he sentido por nadie lo que siento por Lucas.

María comenzó a llorar otra vez, pero esta vez sus lágrimas eran de alegría. Veía a su hija, una mujer aún joven, con las ideas muy claras, hablando con ella como si fuera una amiga en lugar de su madre.

—Pero mamá, ¿por qué lloras? Estoy bien, de verdad, he hablado con el médico.

—Hija, no llores por eso, estoy emocionada por tus palabras. Además, nunca te habías abierto tanto a mí como hoy. Siento todo lo que no hicimos por ti. Me dejé llevar por la postura de tu padre y, aunque hemos hablado por teléfono, te he echado de menos. Te juro que todo esto me ha servido de lección. No pienso volver a hacerle caso a tu padre en lo que se refiere a tu vida. Voy a dejar que tomes tus propias decisiones, aunque no sean las más acertadas; te tienes que equivocar como lo hemos hecho todos y aprender de tus errores. Te voy a apoyar en todo lo que tú decidas.

Soy tu madre y siento no haber estado ahí cuando más me necesitabas.

Ambas se agarraron con más fuerza las manos que tenían entrelazadas y comenzaron a llorar de felicidad. Se habían sincerado la una con la otra. Para Inma, las palabras que su madre le había regalado eran las que había estado esperando toda su vida, desde que empezó su andadura en la moda.

Tras varios minutos mirándose con ternura, la enfermera indicó a María que debía salir para que entrara la siguiente visita. Besó en la mejilla a su hija y se despidió con lágrimas aún rodando por toda su cara.

El siguiente en entrar fue Carlos. Su cara de enfado se disipó cuando vio a su hija tumbada en la cama con la cara aún llorosa.

—Mi vida, ¿te encuentras bien?

—Si papá estoy bien. Sé que estás enfadado con Lucas, mamá me lo ha contado, pero quiero que me escuches con atención. —Carlos iba a decir algo, pero Inma le hizo un gesto con la cabeza para que le dejara hablar—: papá, quiero que sepas que en ningún momento él ha intentado nada conmigo. Es más, siempre ha dejado clara su postura de que no quería tener ninguna relación conmigo, te lo había prometido. Pero ha sucedido, nos dejamos llevar, me quiere y yo lo quiero. Sé que es muy poco tiempo el que llevamos juntos y que decir esas palabras que tanto sentimiento implican puede ser ridículo, pero es la verdad, lo que sentimos es muy fuerte y, aunque ahora te parezca una traición, la única que ha tenido la culpa he sido yo, y no me arrepiento, lo volvería a hacer una y mil veces, porque me quiere y me respeta. Puede que no funcione, pero tienes que dejar que lo descubramos por nosotros mismos.

—Inma, yo... —Carlos estaba compungido, ver a su hija así en la cama y sincerándose con él, ablandó su blindado corazón; seguía enfadado, pero sentía que no podía reprocharle nada a su hija, era su vida y ya habían estado separados un tiempo que para todos había sido muy duro, así es que decidió cambiar su actitud, por lo menos en ese momento, puesto que las lágrimas acudieron a sus ojos rápidamente.

—¡Papá! Por favor, no llores, esto parece un funeral, primero mamá y ahora tú, el tío duro. ¡Los hombres no lloran! —dijo para sacarle a su padre una sonrisa, teniendo el efecto deseado—. Estoy bien, en serio, no te preocupes, vamos a salir todos de aquí y voy a quedarme un tiempo con vosotros. Tengo algo en mente, aunque aún no sé si voy a poder realizarlo, pero voy a intentarlo.

—Cariño, ¿de qué se trata? Tu madre y yo vamos a apoyarte en todo lo que necesites.

—Lo sé papá, voy a contártelo, pero quiero que me guardes el secreto. Nadie más lo sabe, ni siquiera mamá, ni Lucas.

—Confía en mí, no voy a decepcionarte.

—Desde que tuvisteis el accidente, me he lamentado de pasar muy poco tiempo con vosotros. Los tres fuimos egoístas y cabezotas, es cosa de familia... —bromeó y ambos rieron—; pero tengo claro que todo esto me ha servido de lección, sois mis padres y os quiero muchísimo, quiero pasar más tiempo con vosotros, así es que he decidido abrir una sucursal aquí, en Madrid. Sé que va a ser duro llevar ambas, pero voy a intentarlo, así estaré más tiempo con vosotros y con Lucas. —Carlos la miró ceñudo y, como si ella le hubiera leído el pensamiento, continuó—: Papá, por favor, deja que lo intentemos... Lucas siempre ha sido tu mano derecha, no quiero que eso cambie.

—Cariño, si te hace daño yo..., no sé lo que haría.

—Tranquilo, intentaré que se porte bien conmigo —exclamó de forma socarrona.

—De verdad, Inma, me ha decepcionado, le dije que te cuidara y que no intentara nada contigo y no ha cumplido su promesa.

—¡Pero vamos a ver, papá! —gruñó Inma enfadada—, te he dicho que él no intentó nada, que fui yo, sabes el poder que tenemos las mujeres, no voy a darte detalles. En cuanto a lo de protegerme, no se ha separado de mí. Solamente en la reunión y estaba Mauro conmigo. Creo que ni él ni tú podríais haber frenado el envenenamiento, además no hay que lamentar nada. Solo espero que deis pronto con los culpables, ahora sé que vuestro accidente fue provocado.

—Yo... quería decírtelo, de verdad, pero no quería asustarte.

—Ya lo sé, solo querías protegerme —Inma sabía lo del accidente porque Lucas se lo había contado, pero decidió no echar más leña al fuego e hizo como si lo hubiera deducido ella misma tras lo acontecido.

—Ahora, de verdad que voy a poner a todo el personal para que investigue esto a fondo. Cogemos al culpable.

—Papá, he de reconocer que me alegro un poco de que esto haya pasado, sino no estaríamos juntos.

—Lo sé hija, pero podía habernos matado a los tres...

El turno de Carlos finalizó y entró Lucas, un poco cohibido.

—Hola mi amor, ¿qué tal te encuentras? Lo siento, de verdad, debí protegerte —aseveró Lucas desde la puerta. Tenía miedo de lo que pudiera pasar.

—Ven, acércate, por favor. Te necesito. No tienes que pedirme perdón. Estuviste conmigo siempre, en cada momento. No podías adivinar que fueran a envenenarme.

—Lo sé, pero me siento culpable. Además, les dije a tus padres lo nuestro. Me estaba matando seguir con ello dentro.

—Fuiste muy valiente. Seguro que mi padre te chilló y se puso como una fiera.

—No dijo nada, pero su cara lo decía todo. Gracias a tu madre, que suavizó un poco el ambiente. Está muy enfadado. No sé si me perdonará algún día.

—Tranquilo, intentaremos que entre en razón; es cabezota, pero esta vez creo que cederá, aunque le cueste. Mi madre también está de nuestra parte.

Se prodigaron varias caricias mientras seguían admirándose con esas miradas que lo decían todo. Lo que ambos sentían.

—Te juro que voy a encontrar a quien os ha hecho esto. —Cortó el silencio Lucas—. No voy a descansar hasta que lo encuentre.

—Ya lo sé, pero no quiero que te obsesiones con ello. Estamos bien, los tres, cada uno con sus cosas, pero estamos vivos. Tenemos que disfrutar de eso, creo que al final es lo más importante. Todo esto nos ha servido de lección a mis padres y a mí. Debemos aprender de los errores y disfrutar de la familia.

—Eso es cierto y a mí me ha servido para encontrar a la mujer de mi vida.

Lucas se acercó a Inma para besarla. Un beso lento y sensual que los sumió a ambos en un estado de excitación tal que comenzaron a acariciarse con más intensidad.

La enfermera interrumpió el momento con un carraspeo.

—Cariño, tengo ganas de que estés en casa para cuidarte y mimarte todo lo que necesites; mientras tanto, piensa un poco en mí.

—Desde que nos conocemos, no he dejado de pensar en ti.

—¡Ah! Por cierto, Mauro ha insistido en venir. A las siete llega a Madrid.

—¡Dios, qué hombre!, es exasperante a veces, cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien le haga cambiar de opinión. Luego nos vemos, estaré deseando que vuelvas a verme. Te quiero.

—Yo también estoy deseando volver a verte. Te quiero...

Lucas salió de la sala con la sonrisa instalada en su cara cuando Roberto, la persona responsable de vigilar a Inma, le dio una colleja.

—Colega, se te ve una cara de bobo que no te había visto nunca antes. ¿No estarás liado con la hija del jefe?

—No es asunto tuyo, sigue con tu trabajo. A las seis y media tienes que ir a buscar al aeropuerto al amigo de Inmaculada, ya mandaré a alguien que se quede aquí o yo mismo lo haré. ¡Ah! La próxima vez que me des una colleja, te corto la mano, ¿entendido?

La cara de Roberto era un poema, se conocían desde hacía bastante tiempo, eran colegas, pero por la manera en que le había tratado Lucas, no era nada alentador. Se le veía enfadado, pero a la vez contento. Una contradicción que enseguida interpretó: se había enamorado. Tampoco correría la voz, pero iba a seguir bromeando con él, le gustase o no.

Capítulo 15

Lucas comenzó a impacientarse tras no recibir noticias de su gente y decidió ponerse en contacto con ellos.

—¡García! ¿Qué tienes?, dime que has averiguado algo. ¡No me jodas! ¿Qué? Muy bien. Perfecto. En comisaría en media hora.

Colgó el teléfono y llamó a otro de sus agentes.

—¡Carrascal! ¿Cómo lo llevas? Sí, perfecto, eso es una noticia estupenda. Muy bien, nos vemos en comisaría en media hora.

Una vez telefoneado a dos de sus jefes de equipo, se dirigió a la habitación de Carlos y María para decirles que debía salir; quería informar a este, pero estando su mujer allí no creía que fuera oportuno.

—¡Hola! Me voy a comisaría, tengo un par de pistas. Carrascal y García ya me han indicado. En cuanto regrese, os pondré al día.

—¿De qué se trata, Lucas? —preguntó Carlos aún muy serio—. No tienes por qué callarte, quiero que mi mujer esté al tanto de todo.

—Muy bien señor; en las averiguaciones acerca del envenenamiento de su hija, una azafata ha confesado. Es una ex modelo rusa; su jefe, Dimitry Kuznetsov, el capo de la mafia rusa más conocido por trata de blancas, la obligó a echar el arsénico; tenía una cantidad mayor, pero una de sus compañeras entró en la cocina del avión y solo pudo echar un poco en el café, y gracias a eso Inma aún está viva. —La cara de Carlos cambió de repente. Lucas se percató de ello, lo conocía bien—. Habló de una modelo, Svetlana Vorobiov, pero no sé qué tiene que ver ella en todo esto.

El silencio se apoderó de la sala por un momento. María se temía lo peor y Lucas también, comenzaron a sospechar que tenía una aventura por las caras que iba poniendo Carlos al descubrir todo aquello.

—¿Usted sabes algo, no?—preguntó Lucas refiriéndose a Carlos.

—Hace un año aproximadamente, Inma me llamó pidiéndome ayuda... —La cara de su mujer era de asombro, nunca le había dicho que su hija hubiera hablado con él desde que habían discutido —. Una modelo que desfilaba en sus pasarelas, con la cual había entablado una gran amistad, por fin se había atrevido a plantarle cara a su jefe. La había llevado a Nueva York, la había hecho triunfar en la moda, pero por las noches la obligaba a prostituirse; su trabajo como modelo le procuraba una selecta y rica clientela. Inma me llamó para ayudarla a salir del país, vino a España con una nueva nacionalidad y a cambio nos proporcionó bastante información que trasmitimos a la Interpol. Sé que aún no lo han cogido, pero no debe quedarles mucho, es un tipo escurridizo. Aún no puedo entender cómo ha sabido todo eso. Inma nunca mantuvo más contacto con ella, ni siquiera en Nueva York; cuando me lo contó, llamé a la policía de Manhattan, un antiguo colega de la guerra de Irak, y ellos se encargaron de todo. Ni siquiera Inma sabe dónde está.

—Me temo que alguien se ha ido de la lengua señor, porque todo apunta a que su accidente y el de Inma los ha provocado la misma persona.

—Bien, hablaré con mi colega a ver si sabe algo. Mientras tanto, intenta sonsacar a la azafata a ver si puede contarte algo más.

Lucas abandonó el hospital y tomó un taxi en dirección a casa; inmediatamente cogió la moto y se dirigió lo más rápido que pudo a la comisaría.

Cuando llegó, los agentes Carrascal y García ya estaban esperándolo.

—¡Buenos días, chicos! ¡¿Dónde está esa hija de su madre?!

—En la sala de interrogatorios, jefe. ¿Cómo estás tan alterado? Es solo la hija de nuestro jefe. ¿O hay algo que quieras contarme? —exclamó García en tono guasón.

—Vamos a ver García, yo soy ahora el jefe aquí, no me toques las narices, que la tenemos... No estoy de humor... Venga, vayamos a ver a esa mujer.

Se dirigieron a la sala de interrogatorios muy callados. A Lucas le molestaba que todos sus compañeros se estuvieran percatando de que entre Inma y él había algo más. Lo que más le molestaba era que aún no había podido hablar con Carlos a solas para aclarar las intenciones con su hija, y no quería hacer nada público hasta que ambos mantuvieran esa conversación. Pero le dolía el tono de guasa que todos tenían. ¿Tanto se le notaba que estaba enamorado?

—Dejadme a mí. Esta va a cantar hasta la *traviata* si es posible.

—Jefe, tranquilo, se le ve muy alterado —dijo Carrascal, que era más discreto.

—No pasa nada, solo es que estoy cansado del viaje, hace horas que no pruebo bocado. Pero estoy bien.

—Ahora mismo le traigo algo de comer. No se preocupe.

—Gracias, Carrascal.

Cuando entró en la sala de interrogatorios, la azafata tenía los ojos llorosos. Tenía cara de arrepentimiento, pero Lucas no se ablandó lo más mínimo. Había intentado asesinar a su novia, no iba a tener clemencia con ella aunque fuera una mujer.

—Señorita, relátame los hechos desde el principio.

Con un perfecto castellano aunque con acento ruso, la modelo contestó:

—Dimitry me obligó a hacerlo, yo ya había dejado ese mundo, pero él sabe dar donde más duele: tengo un hijo. Tiene dos años, lo ha secuestrado y me ha obligado a verter el veneno en el café de la señorita. La conocí en un desfile con Svetlana, la señorita parecía muy buena, pero yo he tenido que decidir entre mi familia y ella. Lo siento mucho. —La mujer comenzó a llorar otra vez.

—Tranquílcese, ¿quiere un poco de agua? —Lucas había suavizado un poco su voz porque entendía la tesitura en la que se encontraba la mujer que tenía delante; esta asintió y de inmediato le sirvió y se le acercó—. Debe ayudarnos a encontrar a Dimitry, no solo atentó contra la vida de la señorita Inmaculada, sino que hace poco más de un mes, sus padres sufrieron un accidente de tráfico

que casi les lleva a la muerte. Tiene que decirme dónde se encuentra o cómo contactar con él.

—No lo sé. Hace unos días, cuando fui a recoger al niño a la guardería, me estaba esperando un hombre a la salida. Nos apuntó con una pistola y nos obligó a entrar en su vehículo. Los cristales eran tintados, por lo que no pude ver por dónde nos dirigíamos. Al cabo de un tiempo, nos encontrábamos en una nave abandonada y, cuando nos sacaron del coche, allí estaba Dimitry.

—¿Qué puede decirme del lugar?

—Nada, estaba tan nerviosa que no pude ni siquiera fijarme. Agarró a mi hijo y me dijo que, si quería volver a verlo, tenía que hacer lo que él me pidiera. Yo soy azafata de vuelos nacionales, pero cambié el vuelo con una compañera diciendo que tenía que zanjear unos asuntos en España.

—Señorita, ¿sabe que lo que acaba de hacer es un delito penal? Sé muy bien por qué lo ha hecho, pero sigue siendo un delito y será juzgada. No obstante, todo lo que pueda proporcionarnos puede ayudar a reducir su pena. Así es que intente acordarse de más detalles para que podamos atrapar a ese sinvergüenza y poder rescatar a su hijo sano y salvo.

La mujer comenzó a llorar otra vez tras las duras palabras de Lucas; este la dejó en la sala sola y se dirigió a sus compañeros.

—Mantenedla una hora más ahí para ver si recuerda algo y después llevadla a que preste declaración ante un juez. Necesito que os pongáis en contacto con Manhattan para que averigüen algo más sobre el paradero del niño y, ya de paso, si saben algo de Dimitry.

Carrascal apareció en ese instante con un bocadillo y una lata para que Lucas pudiera comer algo. Eran más de las tres de la tarde. Todo había ocurrido tan deprisa que no había ingerido nada. Su cuerpo tampoco se lo había pedido, los nervios acumulados le habían cerrado el estómago.

—Gracias, colega. Una cosa más Carrascal, lo de las amenazas al Inspector, ¿sabemos algo más?

—No, en realidad era un loco que fue detenido una vez por pirateo informático. No sé cómo descubrió el teléfono del jefe, pero

en principio solo ha sido eso. No obstante, veré si tiene que ver con Dimitry.

—Perfecto, me vuelvo al hospital; cualquier cosa, por favor, llamadme. Espero buenas noticias. Gracias por todo.

Se despidió, cogió la moto y, como si le fuera la vida en ello, atravesó Madrid hasta llegar al hospital otra vez. Estaba deseando volver a ver Inma.

No había estado más de una hora fuera del hospital cuando, al llegar a la planta donde se encontraba Inma, se percató de que había mucha gente conocida. Bastantes compañeros que andaban corriendo de un lado a otro.

Cuando halló a Roberto le fue a preguntar por lo ocurrido y vio que tenía un ojo morado.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Lucas bastante nervioso.

—Tranquilo, tu chica está bien.

—¿Qué narices ha pasado? ¿Y por qué dices «mi chica»?

—Un hombre, haciéndose pasar por enfermero, ha intentado entrar en la habitación de Inmaculada; le he pedido su identificación, se ha puesto nervioso y me ha golpeado; inmediatamente se lo he devuelto, hemos peleado. Ramírez, que estaba haciendo su ronda, ha visto la disputa y ha intervenido. Hemos doblado la seguridad de esta planta y también la del Jefe.

—¿Y por qué narices no me habéis avisado?

—Lucas, te hemos llamado más de diez veces. No cogías el teléfono.

Lucas se dio cuenta de que había metido el teléfono en la cazadora de cuero; probablemente iba en la moto y no había notado la vibración. Cuando lo sacó vio que, efectivamente, tenía bastantes llamadas perdidas.

—Lo siento tío, estoy bastante nervioso con todo esto. Ese tipo quiere matarlos y no parará hasta que lo consiga.

—Lo sé. Tranquilo, no va a pasarla nada. Te importa demasiado, ¿no?

—Roberto, no empecemos. No voy a contarte nada.

—No hace falta, lo veo en tus ojos. ¡Estás enamorado, tío! ¡Qué fuerte! No me lo esperaba de ti, la verdad. Creía que tanto tú como yo, que éramos espíritus libres, en mi vida hubiera imaginado que encontrarías a una mujer que te cambiara la vida.

Lucas se desmoronó, necesitaba hablar con alguien. El día había sido horrible y Roberto era su amigo.

—Quiero que me prometas que no vas a decir nada a nadie.

—Prometido. Pero cuenta, me tienes en ascuas.

—No sé qué me paso cuando la conocí, sentí una conexión que jamás he sentido nunca con nadie. Cuando el primer día la llevé a casa, se quedó dormida. Tuve que desnudarla. —La cara de Roberto era de pícaro—. No pienses mal, la dejé en ropa interior. Pero es preciosa, la mujer más bella que he conocido. Al principio fue deseo, no voy a negarlo. Verla tan perfecta y en ropa interior, te podrás imaginar..., pero según pasaban los días he descubierto que no solo es un cuerpo bonito y una cara preciosa. Es lista, divertida, me encanta hacerle rabiar. Tío, es la mujer de mi vida. Y no me avergüenza decirlo. Aunque su padre no piensa lo mismo y cuando se enteró...

—¡Joder! No quiero ni imaginar qué te habrá dicho.

—Decir, no ha dicho nada, pero su cara..., era una mezcla entre enfado y decepción. Sé que le prometí que no me liaría con su hija, pero esto no es un lío. Yo quiero estar con ella, y ahí tenemos un problema, porque ella vive en Nueva York y yo aquí. No sé cómo lo vamos a hacer, pero merece la pena intentarlo.

—Lucas tío, me tienes alucinado. Te admiro porque no sé si yo sería capaz de decir todo lo que siento incluso a un colega. Además, la hija del jefe, ¡eso sí es la bomba!

—Prométeme que no dirás nada o te mato.

—Puedes estar tranquilo. No diré nada. Eres mi ídolo. Si ya te admiraba por cómo eras antes, ahora sí que eres el mejor. Además, tienes un gusto exquisito. Ya sabes, si te apetece compartir...

—No seas capullo y bórrate esa imagen de la cabeza. Inma es solo mía, no la compartiría ni contigo ni con nadie. Voy a ver si me dejan entrar a verla.

Se encaminó al box de los médicos y se encontró con el doctor que la había atendido desde el principio.

—Doctor Hernández, buenas tardes, ¿podría entrar a ver a Inma?

—En unos minutos vamos a trasladarla a una habitación normal. El tratamiento por hoy ha terminado. Deberá permanecer hospitalizada para continuar con el mismo, pero de momento puede estar en una habitación normal. A raíz de los acontecimientos, he hablado con mis colegas de traumatología y, aunque no corresponde a esa planta, hemos decidido que lo mejor para todos es que esté cerca de sus padres para facilitar las visitas entre ambos y su trabajo de vigilancia. Yo personalmente acudiré a las revisiones todos los días.

—Gracias doctor, se lo agradezco mucho.

—Espere por aquí a que terminemos el papeleo, le avisaré.

—Gracias de nuevo.

—Es un placer. Espero que cojan pronto al culpable de todo esto. El hospital hoy está revolucionado.

—Estamos en ello, somos los primeros que queremos que todo esto termine sin mayores incidentes. Además, ya sabe cómo es la prensa. Están esperando las noticias como aves carroñeras.

Ambos rieron y se despidieron. Lucas volvió al puesto donde estaba Roberto.

—Deberías irte al aeropuerto a esperar a Mauro. Son más de las seis.

—¿No me dijiste que llegaría a las siete?

—Sí, pero viaja en un avión privado. No es una hora muy exacta, además yo me quedo, van a trasladarla en un rato a la planta de Carlos y María.

—Vale, entonces me voy. Oye, ¿cómo voy a saber quién es Mauro?

Lucas empezó a reírse, cosa que Roberto no entendió.

—Vamos a ver, ¿qué te hace tanta gracia?

—Es que en cuanto lo veas, vas a saber quién es. Además, le mandé una foto tuya, seguro que él te reconoce. —No le dio más explicaciones. Se acordaba del mensaje que Mauro le había

enviado con emoticonos indicándole que estaba encantado de que le recogiese Roberto.

—Nos vemos. Hasta luego colega.

—Hasta luego y ten cuidado. Es posible que Dimitry tenga a alguien en el aeropuerto.

—Lo tendré, ya sabes que soy un tipo duro. —Ambos rieron con el gesto que hizo este con el brazo marcando bíceps.

Roberto desapareció del hospital y, al cabo de cinco minutos, el doctor le avisó del traslado de Inma. Lucas no se separó de su lado con una sonrisa que llenaba por completo su cara. Ella, por su parte, se sentía también muy feliz; estar cerca de sus padres y que las visitas fueran más constantes, que Lucas pudiera permanecer con ella todo el tiempo, todo ello le hacía feliz.

Roberto llegó al aeropuerto con bastante antelación, pero decidió hacer un reconocimiento de la zona; era un buen policía y, como tal, pudo comprobar que había algo extraño en un par de tipos en la salida de pasajeros.

Inmediatamente avisó a Lucas y, en menos de diez minutos, dos coches patrulla se encontraban en el aeropuerto. Detuvieron a los hombres sospechosos y, más tranquilo, Roberto, pudo esperar la llegada de Mauro.

A las siete menos cinco, un hombre se abalanzaba sobre él, abrazándolo; con una maniobra rápida, consiguió reducirlo.

—Chévere, soy Mauro, encantado de conocerlo a vos.

Roberto ayudó a reincorporarse a Mauro y lo miró con cara extrañada, no se esperaba para nada que fuera de habla hispana.

—Mauro, lo siento, pero las cosas están muy tensas; esta mañana han atentado contra mí. Ya te informaré Lucas, pero toda precaución es poca.

—Boludo, no hay problema, ahora *lleváme* a ver a mi amiga.

Se montaron en el coche de Roberto en el más absoluto silencio hasta llegar al hospital. Lucas los esperaba en la puerta y, en cuanto Mauro salió, ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Durante su estancia en Nueva York, se había forjado una bonita amistad y tenían algo en común que los dos adoraban, y esa era Inma.

—¿Qué tal el viaje, Mauro?

—Pelotudo, muy bien, pero quiero ver a mi amiga, ya...

—Acompáñame, Roberto se encargará de tu equipaje —dijo Lucas mirando a este, que enseguida hizo un gesto de desaprobación.

Los dos hombres se encaminaron por el pasillo hasta llegar a los ascensores sin apenas hablar. Ambos sabían lo importantes que eran en la vida de Inma, pero Mauro no podía olvidar que Lucas la había descuidado, pensando con su entrepierna, y que esta situación era solo culpa suya.

Al llegar a la habitación de Inma, Carlos y María se encontraban en la misma. En cuanto Mauro apareció, todo pareció una algarabía: besos, abrazos y sus típicos chistes con ese acento tan peculiar que a todos enamoraba. Lucas se sintió un poco excluido pero no abandonó la habitación hasta que el sonido de su teléfono llamó su atención. Se trataba de uno de los agentes neoyorquinos con los que había hablado. Se disculpó bajo la atenta mirada de todos y salió fuera para hablar.

—Harrison, buenas. Dime que tienes algo.

—Tenemos algo, Lucas. Sabemos el paradero de Dimitry pero aun así, nuestro agente infiltrado nos ha dicho que es peligroso. Debemos esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó malhumorado.

—La investigación está en manos del FBI, sabes que es un gran mafioso buscado incluso por la Interpol. Tenemos que medir nuestros movimientos, el sujeto es muy escurridizo y tiene muchos lugares en los que esconderse, por ello hay que ser sensatos y, aunque nos cueste, debemos esperar. En cuanto el operativo esté listo, prometo llamarte. No obstante, te informaré de todo lo que vaya aconteciendo.

—Gracias, tío.

Lucas colgó el teléfono malhumorado. Si tenían al ruso, no entendía por qué debían esperar. En verdad sí lo entendía, ese era el protocolo, pero el verse implicado directamente hacía que sus ganas de cogerlo fueran mayores.

Intentó serenarse durante unos minutos antes de regresar a la habitación. Apareció Roberto en esos instantes y, al verlo tan frustrado, puso su mano en su hombro.

—Tío, ¿estás bien?

—No, estoy un poco superado por todo. Tengo que hablar con Carlos sobre su hija. Me acaba de llamar mi amigo Harrison de Manhattan, el caso lo lleva el FBI, pero dice que no pueden actuar todavía, que su agente infiltrado les ha dicho que el operativo aún no está listo. No puedo permitirme un fallo más, Roberto. Ya no por mi carrera, sino por ellos, son mi familia, la única que tengo. Y a todo ello se une el hecho de que cuando todo esto pase, Inma regresará a Nueva York y no sé si podré aguantar estar separado mucho tiempo de ella.

—¡Estás jodido, Lucas!

—Lo sé —comentó con resignación—; ahora voy a regresar, estoy seguro de que todos querrán saber algo más y ni siquiera sé qué contarles.

—La verdad; ante todo, sé sincero con Carlos.

—Eso haré, gracias amigo. Te debo una.

—Una muy gorda, menudo personaje el Mauro. Es más maricón que un palomo cojo.

—Es gay, sí, pero es un gran tipo. No lo insultes con tu verborrea machista.

—Lo siento, pero es que me ha abrazado.

—¿Y te ha gustado? —le preguntó con ironía, pues sabía que en el fondo Roberto había probado en alguna ocasión, en alguna orgía, el sexo masculino.

—¡No me jodas, tío!

—No sería la primera vez... —comentó ladino.

—Tienes razón, pero yo soy más de mujeres y, como mucho, de dar, no de recibir, tú ya me entiendes...

—Perfectamente —contestó.

Lucas regresó a la habitación donde todos continuaban entre risas y charlas.

Carlos, al ver la cara de este, supo que tenía que hablar con él, aunque aún estaba pensando en cómo librarse de toda la gente.

—Necesito salir de este bullicio, Lucas; ¿damos una vuelta por el pasillo?

—Por supuesto, señor.

Tomó la silla de ruedas y se armó de valor. Era el momento de enfrentarse a lo que había estado evitando, pero a la vez sabía qué tenía que hacer.

—Ahora volvemos—expuso Carlos.

Lucas analizó la mirada que le profesó Inma, sus ojos denotaban fuerza y a la vez seguridad, imaginaba que se lo estaba intentando inculcar. Dibujó una bonita sonrisa que la dejó casi sin aliento y se dirigió con Carlos hacia el pasillo.

El momento había llegado y no sabía muy bien cómo iba a reaccionar. Cuando se alejaron un poco de la habitación y de la protección que había en la puerta, Carlos comenzó a hablar con templanza.

—Lucas, lo primero que quiero decirte es que estoy muy decepcionado contigo. Te pedí que protegieras a mi hija, que no la tocaras, y no lo has cumplido.

—Yo... —dudó un segundo para tragar el nudo de su garganta—, me he enamorado de ella, no fue algo premeditado y, aunque intenté luchar contra mis sentimientos, no he sido capaz de retenerlos. En relación a lo de su envenenamiento, reconozco que no he estado acertado, aunque estoy seguro de que ni el mejor agente del mundo hubiera adivinado las intenciones de Dimitry. —Lucas sabía lo que tenía que hacer y, sin ningún tapujo, siguió hablando—. Puestos a ser sinceros, le diré que usted tampoco ha estado muy acertado en esta investigación. Nos ha ocultado datos desde el principio; en lugar de ayudarnos a tener unas pistas fiables nos ha llevado a investigar toda su vida; creo que hubiera sido más fácil si nos hubiera dicho la verdad desde el principio.

Carlos no se creía lo que estaba oyendo; su mejor agente, su hombre de confianza, estaba recriminándole su mala actuación, aunque si era sincero consigo mismo, tenía razón. No pensó en un primer momento en Dimitry, pero tenía que habérselo contado.

—Tienes toda la razón, hijo. No pensé que fuera necesario. Pero también me doy cuenta de que vosotros solos habéis hecho

bien el trabajo. De eso se trata, ahora solo tenemos que dar con ese malnacido.

—El FBI le sigue la pista. He hablado con el agente Harrison de Manhattan, pero me ha comentado que aún están con el operativo, que no pueden detenerlo.

—Lo importante ahora es anticiparnos a sus pasos. Quiero que agudices tus sentidos, si regresó al hospital, volverá a hacerlo. No quiero que a Inma ni a María les pase nada.

—Tenemos vigilancia las veinticuatro horas.

—Lo sé, pero aun así, no quiero ni un fallo por vuestra parte. Ya me has fallado una vez, no quiero que se repita —inquirió con la voz muy dura.

—Por supuesto, señor.

—En lo que respecta a mi hija, no voy a tolerar que le hagas daño; si tengo alguna prueba de que la engañas, de que no la tratas como se merece, te juro que yo mismo iré a por ti y no me temblará la mano.

—Lo entiendo señor, pero puede estar seguro de que su hija es la mujer de mi vida y que voy a luchar porque esta relación funcione pese a la distancia que en un futuro pueda separarnos.

Carlos sintió un gran alivio al escuchar la declaración de Lucas. Él no se hubiera abierto a otro hombre como lo había hecho el muchacho. Sonrió al ver lo dispuesto que estaba a luchar por la relación; jugaba con un as en la manga, pues Inma le había comentado lo de establecerse en España, pero no le dijo nada. Se lo había prometido a su hija y no iba a romper la promesa. Además, quería que Lucas sufriera un poco, si de verdad la quería tendría que luchar por su relación.

Tras la breve charla, regresaron de nuevo a la habitación, donde toda la algarabía se había disipado. Inma se encontraba descansando, por lo que Carlos regresó de nuevo a la habitación donde se encontraba su mujer, que también estaba dormida, para tumbarse y descansar.

Capítulo 16

Lucas se encontraba un poco mejor, se esperaba una reprimenda mayor por parte de Carlos pero al final, no sabía por qué, había sido bastante menos dura. ¿Sería que aceptaba su relación? Para él, era importante que lo hiciera, no solo porque era el padre de Inma y su jefe, sino porque era su única familia y necesitaba tener su apoyo ante cualquier problema.

Se tumbó en la butaca al lado de la cama de Inma y se quedó dormido al instante. Llevaba un día agotador y apenas se había sentado.

Inma se despertó de su ensoñación y lo vio a su lado; su corazón latía acelerado cuando estaban juntos. No entendía muy bien cómo, en tan solo unas semanas, se había enamorado de Lucas, pero era lo que sentía, un amor tan fuerte que a veces le daba miedo con tan solo pensarlo. Tenía ganas de contarle que había decidido establecerse en España, pero hasta que no saliera del hospital y tuviera todo estudiado, no pensaba hacerlo. Sabía que era algo que posiblemente podría molestarlo, pero esperaba que entendiera sus razones.

Se incorporó y le acarició su incipiente barba; cuando él abrió sus ojos, le dedicó una de sus bonitas miradas.

—Hola preciosa, ¿te encuentras bien?

—Sí, pero no tengo mucho sueño.

—¿Dónde está Mauro? —Hasta ahora Lucas no lo había echado de menos.

—Decidió irse a un hotel tras la insistencia de que durmiera un poco. Creo que tu agente Roberto lo iba a acompañar. ¿Qué tal con mi padre?

—La verdad, mejor de lo que esperaba. Me dijo que le había fallado, pero no estaba demasiado enfadado. Espero que acepte nuestra relación.

—Lo hará, ya lo verás. Sé que me quiere y que por ti siente un gran cariño. Ahora creo que lo mejor es dormir un poco. Podrías

acostarte a mi lado.

—Inma, no creo que sea buena idea.

—Te necesito conmigo... —dijo con esa preciosa mirada que lo volvía loco y no pudo rechazar su propuesta.

Se recostó a su lado, enfrentando su mirada y acariciando su cara, era tan hermosa que a veces pensaba si era verdad o un sueño. Se quedaron dormidos en apenas segundos.

La vibración del teléfono de Lucas en su bolsillo le sacó de su ensoñación, eran las dos de la madrugada. Nada bueno podía suceder a esas horas. Se levantó de la cama como un resorte y salió de la habitación con rapidez intentando que Inma no se despertara. Se trataba de Roberto, respondió en el acto.

—Tío, ¿qué pasa?

—Nada malo, es solo que estoy de fiesta con Mauro y hemos decidido llamarte. —Su voz sonaba como si estuviera un poco ebrio.

—Vete a la mierda, Roberto, me has asustado.

—Lo siento, pero quería pedirte la mañana libre, es que creo que esto se va alargar, el tío tiene mucha energía y además hemos conocido a un grupo de dos mujeres y un hombre gay.

—No me cuentes tu vida, mañana a las ocho tienes que estar en el hospital para el relevo.

—¡Está bien! —contestó resignado y colgó.

Lucas maldijo en silencio. Después de todo lo que había pasado, no entendía cómo Roberto podía llamarle a esas horas para semejante tontería. Regresó a la habitación e intentó quedarse dormido, pero ya no lo consiguió. Tener a Inma tan cerca le trastocaba, su afrutado aroma despertaba todos sus sentidos. Le gustaría poseerla, pero estaba en el hospital, no era lo más apropiado. Inma se revolvió incómoda y se despertó.

—¿No puedes dormir? —le preguntó.

—El idiota de Roberto me ha llamado para pedirme el día libre. Estaba con Mauro de fiesta, dice que habían conocido a un grupo de mujeres y un hombre gay con quienes estaban pasándolo muy bien.

—¡Mauro es increíble! Sabía yo que no se iba al hotel, cuando ni siquiera nos costó a mi madre y a mí convencerlo.

—A Roberto no tienen que animarlo mucho para salir de fiesta.
—Ambos rieron por la actitud de sus amigos.

La noche parecía ser larga, estaban juntos y ambos se deseaban, pero parecía algo totalmente imposible en la cama del hospital, y más cuando Inma tenía la vía puesta.

—Sabes que el día que salgas de aquí voy a secuestrarte y serás totalmente mía, ¿verdad?

—¡Mmm! Suena muy tentador, no te denunciaré por secuestro.

—Inma, ¿crees que funcionará? —le preguntó desesperado.

—Claro que sí —contestó esta, que estaba empezando a dudar si contarle la verdad para no hacerle sufrir.

—No sé si voy a poder aguantar un día sin estar a tu lado, me he acostumbrado a ti y siento que te necesito hasta para respirar —concluyó desesperado.

Inma ya no podía callarse por más tiempo sus planes, no cuando veía a Lucas tan derrotado.

—Lucas..., yo..., no quería aún decirte nada hasta que todo se hubiera resuelto, pero no quiero verte sufrir. Estos días me he dado cuenta de que no quiero estar lejos de mi familia, que quiero estar al lado de mis padres y al lado tuyo. Sé que va a ser un poco duro para mí, pero voy a establecerme en Madrid. No dejaré mi filial en Nueva York, hablaré con Mauro para que él personalmente se encargue de dirigirla, tendré que viajar con asiduidad pero no estaré allí.

—¡¿Qué?! —preguntó Lucas asombrado.

—Que voy a quedarme en Madrid.

—¿De verdad? —La cara de ilusión de Lucas hacía que Inma se ratificara en su decisión.

—Te quiero Lucas, nunca antes he sentido nada igual por nadie y no voy a perderte.

—Yo también te quiero Inma, nunca pensé que tendría un sentimiento así por ninguna mujer. ¿Quieres que te cuente una cosa? —le preguntó y ella asintió. —Ayer, cuando hablé con mi amigo Harrison de Manhattan, le pregunté qué había que hacer para poder pertenecer a su unidad. No me gustaría abandonar mi vida

aquí, pero ahora sé que mi trabajo no es prioritario y, pese a que jamás pensé que lo diría, me cambiaría de país por ti sin dudarlo.

Se fundieron en un tierno abrazo. Inma satisfecha, porque aunque había tomado la decisión de mudarse, él también lo había barajado y para ella eso era lo importante.

Se prodigaron miles de caricias y besos calentando sus cuerpos, y a punto estuvieron de sucumbir a la pasión de no ser por una enfermera que hizo su aparición para cambiar la bolsa de suero de Inma.

Ambos rieron por la mirada que les dedicó y continuaron hablando durante toda la noche de sus planes de futuro.

Habían pasado unas semanas desde que Inma le había contado la verdad de sus planes. Desde el hospital, empezó a trabajar, puesto que el tratamiento no la impedía llevarlo a cabo. A Carlos le habían dado el alta y María permanecía aún ingresada en la misma habitación que su hija.

Lucas seguía sin ninguna noticia sobre el operativo de Dimitry, pero todos los días continuaba llamando a su contacto para tener más información.

Carlos se había establecido en un hotel cercano al hospital, aún seguía con las escayolas, por lo que no quería trasladarse a su casa hasta que a su mujer y a su hija no les dieran el alta.

Lucas, antes de ir a la comisaría, pasaba a verlo para darle novedades y lo acercaba al hospital. Parecía que las aguas habían vuelto a la normalidad. Veía cómo se deshacía por su hija y, aunque seguía sin aceptar del todo su relación, se había acostumbrado a verlos juntos.

Mauro había regresado a Nueva York casi obligado por Inma, pues en Madrid solo se dedicaba a salir de fiesta con el compañero de Lucas, parecían uña y carne. Este pensaba que entre esos dos había química, aunque Roberto se negara a aceptarlo, diciendo que a él los hombres no le gustaban.

Una llamada a su teléfono cuando se dirigía al hospital le hizo correr hacia allí. Se trataba de su amigo Harrison. Dimitry había descubierto a su hombre infiltrado y lo había asesinado.

Desconocían su paradero, pero todo apuntaba a que había viajado a Europa en un avión privado. Lo primero que se le pasó por la cabeza a Lucas era España, imaginaba que un hombre como él estaba harto de que sus secuaces no cumplieran sus objetivos.

La familia Sánchez seguía con protección, pero tras haber pasado semanas sin ningún incidente, se había reducido.

Eran las cinco de la tarde y Lucas surcó la ciudad con su moto casi volando, tenía el presentimiento de que algo malo podía suceder y no se equivocaba.

Carlos, María e Inma se encontraban en la habitación de ambas mujeres cuando un hombre armado había entrado, arrancado la vía de la muchacha y la apuntaba en la sien con una pistola. Carlos aún no entendía cómo había podido burlar la seguridad de sus hombres, pero poco podía hacer, solo esperaba que Lucas apareciera antes de que todo saliera de la peor forma.

—Maldita niñata, vas a pagar por lo que hiciste a Svetlana; nadie, me oyes —gritaba en un español con bastante acento a ruso —, nadie puede ayudar a una de mis chicas y salirse con la suya. Vas a pagar por lo que hiciste, esos malditos inútiles no saben cómo mataros, tengo que ser yo personalmente el que venga a encargarme de vuestra muerte.

—Déjalas salir, por favor, toda la culpa es mía, si tienes que matar a alguien, ese soy yo —imploraba Carlos con la mayor templanza que la situación podía darle.

—Vais a morir todos, pero la primera es ella, por hacer que mi mejor chica se fuera haciéndome perder millones; estaba a punto de venderla a un multimillonario chino.

—Si nos matas a todos, ¿cómo vas a salir de aquí?

—De momento, la mataré solo a ella —dijo apuntando de nuevo a Inma con la pistola en la sien—. Tú serás el siguiente. A tu mujer me la llevaré como rehén. Mis hombres tienen rodeado el edificio y un helicóptero me espera en la azotea.

—No saldrás vivo de aquí, piénsalo. Si me llevas a mí de rehén y las dejas a ellas dos libres, podrás negociar con mis hombres.

—¡Cállate o la mato ya!

Carlos pensaba qué hacer mientras que Inma estaba bloqueada, tener una pistola apuntándola no hacía más que provocar que su miedo aumentase. Rezaba en silencio porque Lucas viniera como todas las tardes a verla, pero parecía que el tiempo no jugaba a su favor.

Lucas llegó y se encontró con dos hombres malheridos y todo el hospital revolucionado con cientos de policías rodeando el perímetro. Tenía más de cuarenta llamadas perdidas en su móvil. Al subir a la planta donde Inma y María estaban ingresadas, encontró a Roberto, que se hallaba en la puerta de la habitación de Inma sangrando.

—¿Qué coño ha pasado?

—Tío, aparecieron varios hombres disparando y no sé cómo ha pasado, pero uno de ellos ha entrado en la habitación y se ha encerrado en ella. Hemos conseguido reducir a dos y hemos acordonado el perímetro; me comunican que hay un helicóptero sobrevolando la azotea, imagino que esa será su vía de escape. Creemos que se trata de Dimitry.

—¡No me jodas, Roberto! ¿Por qué no habéis entrado?

—No sabíamos qué hacer. Hay hombres de Dimitry por todo el edificio. Nuestros efectivos están revisando el hospital para que no escapen.

Lucas estaba muy furioso, no se podía creer que sus mejores hombres hubieran dejado que la situación se descontrolara.

—Al menos aún no ha disparado —expuso este ante la cara de furia de Lucas.

Era un aliciente, no lo podía negar, pero la vida de la familia Sánchez corría peligro y tenía que actuar con rapidez.

—Necesito algo para derribar la puerta y dos agentes dispuestos a disparar con puntería si fuera el caso. Tenemos que actuar ¡ya!

Carrascal y García, sus dos mejores hombres, llegaban en ese momento al pasillo, imaginaba que alertados por Roberto.

Lucas y los dos agentes tomaron aliento y abrieron la puerta justo cuando un disparo sonaba.

Un ensordecedor grito de dolor se oyó y, en ese momento, todo ocurrió muy deprisa. Lucas pegó un tiro a Dimitry en la cabeza y este cayó al suelo muerto.

El cuerpo de Carlos yacía también en el suelo, con un disparo en el estómago mientras María e Inma, tumbadas a su lado, lloraban desconsoladas.

—¡Llamad a un médico! —gritó Lucas a sus agentes y, en unos segundos, aparecieron un enfermero y un doctor que les pidieron abandonar la sala.

Sacaron a Carlos inconsciente y con las constantes bastante bajas. María e Inma aún continuaban en shock. Lucas las estrechaba entre sus brazos intentando inculcarles el valor que ni él mismo tenía.

—Todo va a salir bien. La pesadilla ha acabado y ahora van a operar a Carlos. Pero es un hombre muy fuerte, no tendrá problemas.

La dos mujeres sollozaban sobre su pecho. No sabía ni qué hacer ni qué decir, era una situación muy tensa la que habían vivido.

Un médico se encargó de suministrarles unos calmantes para que se relajaran y pudieran descansar.

A Lucas le tocó la peor parte; después de mandar a sus agentes a que revisaran el hospital para ver si podían localizar al resto del personal de Dimitry, se dirigió al quirófano a la espera de noticias sobre Carlos.

Pasaron las horas y nadie salía a informarle, cada vez estaba más nervioso, no podían perder a Carlos, ni él ni su familia. Aún no sabía cómo había conseguido llevarse él la bala, pero estaba seguro de que, pese a su limitación con las escayolas, había luchado contra Dimitry antes de dejar que a su mujer o a su hija les pasara algo.

Al final, un médico salió del quirófano. Lucas corrió a su encuentro.

—¿Qué tal está Carlos Sánchez?

—Se encuentra estable, la bala había perforado algunos órganos vitales y hemos tenido alguna complicación, pero todo está bien ahora. Ha sido una suerte que se encontrara en el hospital, de haber sido fuera de aquí, seguramente habría muerto.

—¿Cuándo podremos verlo?

—De momento va a permanecer en la UCI unas horas. Los avisaremos.

—Gracias, doctor.

Lucas se dirigió a la habitación de Inma y María, tenía que comunicarles que Carlos se encontraba estable y que al menos había salido bien de la operación.

Ambas mujeres descansaban, puesto que las habían sedado para que pudieran reposar tras el trauma vivido.

Se sentó en uno de los sillones, se puso al lado de su amada y, después del estrés que aún recorría su cuerpo, consiguió quedarse en un estado de duermevela.

Una caricia en su barbilla le devolvió a la realidad. Abrió los ojos y vio a Inma con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Cariño, no llores, tu padre está estable, ha salido bien de la operación.

—He pasado mucho miedo —sollozó—, me apuntó con una pistola en la sien, pensé que iba a disparar. Ni siquiera sé cómo se ha llevado el balazo mi padre, todo sucedió muy deprisa.

—Ya pasó todo... —La estrechó entre sus brazos y acariciaba su melena con la mano intentando calmarla. En ese momento, María se despertó.

—¿Qué pasa? ¿Carlos está bien? —preguntaba desesperada.

—Sí, todo ha salido bien, no tenéis de qué preocuparos. Ahora solo de olvidar lo sucedido y de recuperaros.

—Lucas, gracias por lo que hiciste por nosotros, de no ser por ti, habríamos muerto.

—Es mi trabajo...

—Lo sé, pero aun así, tenía que dártelas. Nos has salvado la vida.

—Debéis descansar, estoy seguro de que estaréis destrozadas, el estrés provoca un agotamiento enorme.

—Solo quiero ver a mi marido... —expuso María.

—El doctor nos avisará cuando podamos verlo.

María estaba a punto de llorar, pero entre Lucas e Inma la consolaron para que no se pusiera más nerviosa.

A las ocho de la noche, el doctor les avisó de que podían ver a Carlos. Acudieron los tres y entraron uno a uno, como en el caso de Inma.

Carlos estaba débil pero no perdió el humor, al menos con su mujer y su hija. Cuando le llegó el turno a Lucas, este se sinceró con él por primera vez.

—Hola Carlos, ¿cómo te encuentras?

—Si te soy sincero, parece que me haya atropellado un camión. Me duele todo el cuerpo, pero satisfecho de estar vivo. Gracias, Lucas. Eres un gran agente y sobre todo un buen hombre que agradezco que esté al lado de mi hija. Estoy seguro de que vais a ser muy felices juntos.

—Gracias, señor. No sé qué decir. Solo he hecho mi trabajo.

—Un gran trabajo, Lucas. Nos has salvado la vida.

—Acaban de detener al resto de secuaces de Dimitry unos agentes en el aeropuerto cuando intentaban huir, están a disposición judicial, pero lo más seguro es que sean extraditados a su país para juzgarlos por los delitos cometidos. Mañana mismo me pondré con el papeleo. No obstante, os incluiré en el informe.

—Lucas, estoy muy orgulloso de ti.

Se despidieron y Lucas se quedó esa noche al lado de Inma para intentar que, después de lo sucedido, pudiera conciliar el sueño.

Capítulo 17

Tras varias semanas con toda la familia en el hospital, le tocó el turno del alta a María primero, y una semana después a Inma. Carlos seguía mejorando, pero debía permanecer al menos un par de semanas más ingresado.

Inma comenzó con los preparativos para establecerse definitivamente en España, tenía que buscar un local y darse a conocer. Pero no le importaba. Ahora su única prioridad eran su familia y Lucas.

Se habían establecido temporalmente en el apartamento de él. Aunque tenía claro que quería comprar una casa, a ser posible en una zona residencial y cercana a Madrid. Lo que no sabía era qué haría con su casa en Nueva York; ahora no podría mantener las dos si invertía en una nueva casa y una sede para su empresa.

Aún no había hablado con Mauro del tema, tenía claras sus intenciones pero quería saber si su amigo sería capaz de llevar su empresa.

Lucas, por su parte, estaba eufórico; tener a Inma en su casa y todas las noches en su cama era el mayor regalo que nadie le podía regalar.

Uno de los días en los que Inma salía del piso de Lucas para ver a su padre, una mujer la abordó justo en la puerta del apartamento.

—¿Tú quién narices te crees que eres para robarme a mi chico? —le increpó.

En un primer momento Inma no reaccionó, pero después, al ver a la hermosa mujer, supo que sin duda se trataba de la famosa Marta, que parecía que no quería entender que Lucas había rehecho su vida.

—Lo siento, señorita. No sé de qué me habla. Lucas era libre cuando yo empecé a salir con él.

—¡Lucas es mío! ¿Me entiendes? Ni tú ni nadie va a arrebatármelo. —Y abofeteó a Inma. Esta, que no lo previó, se

quedó en shock. No sabía qué hacer.

—Soy una señorita, por lo que no voy a devolverte la bofetada, aunque realmente lo esté deseando. Pero te voy a dar un consejo. Si un hombre no te llama y lleva una relación estable con otra mujer, lo mejor es que te olvides de él. No obstante, si se te ocurre volver a ponerme la mano encima de nuevo, esta vez no me va a temblar el pulso. Así es que haz el favor de dejarme seguir mi camino, ni se te ocurra volver a decir que Lucas es tuyo, porque ahora soy yo la mujer que ocupa su vida y su corazón. Él nunca ha querido nada serio contigo y, cuanto antes lo asumas, antes podrás seguir adelante con tu vida.

Inma la dejó en medio del pasillo del edificio de apartamentos mientras se encaminaba a coger el coche de Lucas.

Estaba totalmente enfadada y molesta por la actitud infantil de aquella mujer que ya, desde que empezó a acosar a Lucas, había comenzado a odiar.

Su teléfono sonó y ella contestó malhumorada sin saber quién era.

—¿Dígame?

—Hola preciosa, ¿estás bien? Pareces enfadada.

—Acaba de abofetearme tu ex.

—¡¿Qué?! ¡Maldita loca! Esto ha llegado demasiado lejos, estoy cansado de su acoso, ahora mismo voy a ir a hablar con su padre. Es un alto cargo de uno de los más prestigiosos despachos de abogados de Madrid, pero ya estoy cansado de esa niñaata.

—Lucas, déjalo.

—No, que me acose a mí es una cosa, pero que lo haga contigo ha traspasado el límite de mi paciencia. ¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquilo. Estoy bien. Ahora mismo me iba al hospital.

Se montó en el coche y activó el manos libres. Cuando iba a dar marcha atrás, la vio. Estaba justo detrás del coche impidiéndole el paso.

—¡Joder! —espetó Inma, que nunca decía una palabrota.

—¿Qué pasa?

—¡Uff! La loca esta se ha puesto detrás del coche. Si salgo la voy a liar, Lucas.

—No hagas nada, en diez minutos estoy allí.

—Lucas, ¡no!

Pero él ya había colgado el teléfono. Inma no sabía qué hacer y comenzó a pitar, pero la mujer no se inmutaba. Estaba segura de que lo único que buscaba era que saliera y comenzaran a pelear.

Cuanto más tiempo pasaba, Inma pitaba con más fuerza, pero ni por esas conseguía que Marta se moviera de su sitio. A punto estuvo de seguir con la marcha atrás, pero su mente no se lo permitía, por lo que puso el freno de mano y, enfadada de tener que rebajarse, bajó del coche.

—¡¿A ti qué narices te pasa?! ¡¿Estás loca o qué?!

—Lo que me pasa es que te voy a destrozar —dijo y se lanzó a su pelo.

La cosa se estaba poniendo muy tensa, pues en ese momento Inma se olvidó de todos los valores hasta ahora conocidos como mujer y empezó a golpearla con furia. Gracias a que en ese momento apareció un vecino y, al ver la pelea, intentó separarlas.

—Mujeres, ¿estáis locas?

—¡Esta zorra me ha quitado a mi novio! —chillaba Marta.

—Yo no te he robado nada, él decidió dejarte.

El hombre hacía verdaderos esfuerzos por separarlas, pero Marta soltaba patadas y los puños sin mirar a quién daba.

La cosa se estaba volviendo a descontrolar hasta que apareció Lucas. Su cara de furia lo decía todo. Cogió a Marta en brazos, pese a que se movía pataleando, y la llevó a un lado del garaje.

—¡Marta! Que sepas que Inma va a ponerte una demanda por acoso y una denuncia por pegarla ahora mismo, pero yo ya he puesto la mía. Se la acabo de mandar a tu papaíto por correo electrónico. No hagas que llame también a la prensa para ver lo rastrera y niñaata que eres.

—¡Eres mío!

—Yo solo le pertenezco a Inma, cuanto antes lo aceptes, antes podrás seguir con tu vida. Ahora haz el favor de irte si no quieres que te arreste.

Inma, por su parte, permanecía sujeta por el vecino, aún estaba alterada y deseosa de darle un par de puñetazos más a la malnacida de Marta.

La susodicha abandonó el garaje y Lucas pudo por fin abrazar a su novia, agradeciendo a su vecino el haber intervenido.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

—Ahora sí. Lo siento Lucas, pero mi mente me jugó una mala pasada, no debería haber salido del coche, pero ya no podía más.

—Me lo imagino, ahora vamos a curarte el labio, estás sangrando. ¿Te duele?

—Un poco, lo que más me duele es el orgullo. Yo no soy así, no sé qué es lo que me ha pasado.

—Tranquila, es normal, cuando entramos en una situación de estrés todos nos descontrolamos.

—Como se entere mi madre se va a enfadar, ella siempre ha sido muy refinada y yo me he comportado como una barriobajera.

Lucas comenzó a reírse con una sonora carcajada. Inma se enfadaba cada minuto que pasaba escuchándolo reír.

—¡No tiene gracia! —le reprendió.

—Una señorita tan refinada como mi novia pegando a una mezquina y soez como Marta, la verdad es que me hubiera gustado ver la situación.

—¡Bochornosa!

—Mi chica es de armas tomar, ¡me encanta!

Subieron a casa. Lucas se encargó de curar el labio de Inma con sumo cuidado mientras en su mente solo tenía un deseo.

—¿Sabes que imaginarte luchando por mí me ha puesto a mil?

—Lucas, a mí me da vergüenza.

Él se encargó de borrar su enfado besando despacio los labios de Inma, la deseaba y, que se hubiera peleado por él, hacía que su corazón latiera más desenfrenado. La cogió en brazos y la llevó a su habitación donde, con sumo cuidado y sin preocuparse de nada más, la hizo suya.

Tras unas tórrida tarde, ambos se ducharon y se vistieron para ir juntos al hospital. Inma estaba preocupada, su cara había

comenzado a amaratarse y, aunque intentó disimularlo con maquillaje, algún rastro de la pelea aún era visible.

—Estoy avergonzada, cuando mis padres se enteren de lo que ha sucedido no creo que puedan perdonármelo.

—Cariño, empezó ella, recuérdalo, tú solo te defendiste. Además, debemos pasar por comisaría para poner la denuncia, no quiero que vuelva a acercarse a ti.

Lucas era el que llevaba el coche; tras cursar la pertinente denuncia, a las siete de la tarde acudieron al hospital. Los padres de Inma estaban sorprendidos, pues su hija siempre acudía a verlos sobre las cinco de la tarde, pero cuando vieron su cara se asustaron.

—Inma, ¿qué ha pasado?

Esta agachó la cabeza de vergüenza y tuvo que ser Lucas quien diese la explicación.

—Ha tenido una pelea con una ex. Ella empezó e Inma tuvo que defenderse.

—Mi niña, ¿pero estás bien? —Se acercó María y le levantó la cara.

—Estoy muy avergonzada, sé que no debería haber entrado en la discusión, pero me puso de los nervios.

—Hija, tranquila, te conocemos y sabemos que eres paciente, pero la paciencia tiene un límite. Lo importante es que estés bien —expuso Carlos que veía cómo su hija estaba a punto de echarse a llorar.

—Gracias papá, aun así, debería haber esperado a que llegara Lucas.

—¿Quieres que te cuente una anécdota? —Inma asintió y Carlos prosiguió—. Cuando tu madre y yo nos conocimos, ella estaba saliendo con otro chico, pero sabía que tenía que ser mía y usé la fuerza para deshacerme de mi contrincante; no es algo de lo que me sienta orgulloso, pero tampoco me arrepiento; si no lo hubiera hecho, ahora mismo tu madre y yo seguramente no estaríamos juntos y tú no habrías nacido.

Inma sonrió, desconocía ese tema y se sintió un poco mejor ante lo sucedido.

Tras pasar la tarde junto a sus padres y junto a Lucas, ambos se despidieron para ir a casa. María se quedaba en el hospital con su marido. Apenas quedaba una semana para que le dieran el alta.

En realidad, todos querían volver a sus vidas. La primera Inma. Sabía que tenía que regresar a Nueva York al menos por un par de semanas para concluir unos trabajos que requerían de su presencia y hablar muy seriamente con Mauro, pues no quería decírselo por teléfono. También estaba el tema de su casa y de todas sus pertenencias; cuando tuviera establecido un lugar de residencia tendría que hacer la mudanza y abandonar todo por lo que había luchado durante tantos años.

Era duro, pero a la vez sabía desde el fondo de su corazón que era la mejor decisión que había tomado en toda su vida. Nunca tenía que haberse ido y ahora lo sabía. Quizás le había dado la oportunidad de ser famosa, pero había sacrificado algo tan importante como era la familia y, por su culpa, los había puesto en peligro. Daba gracias de que no los había perdido; si hubiera pasado algo peor, jamás se lo habría perdonado.

Capítulo 18

El día en el que dieron el alta a Carlos, todo fue una fiesta; ya estaba recuperado totalmente del disparo, sus lesiones en la pierna y brazo estaban también curadas, solo tenía que acudir a rehabilitación. María, por su parte, se había recuperado también e Inma llevaba un tiempo haciendo vida normal. Daban gracias de que por fin, después de meses en el hospital, todos estuvieran en casa.

María y Carlos decidieron dar una fiesta, estaban invitados todos los de la comisaría, además de amigos y familiares.

Lucas por su parte estaba nervioso; en unos días, Inma se iría a Nueva York y, pese a que ya casi tenían elegida la casa de Madrid, él aún pensaba que ella, una vez que regresara de nuevo a su vida, quizás se olvidaría de él. Por eso había hecho una locura, eso es lo que le había dicho su mejor amigo Roberto, pero estaba decidido a hacerlo, no quería perderla y haría cualquier cosa por ella.

En el patio de la casa de los padres de Inma todo estaba preparado. María ultimaba los preparativos cuando Lucas e Inma aparecieron radiantes. La verdad es que no podía negar que estaba encantada de tener a su hija enamorada de ese muchacho al que tanto habían ayudado y al que habían cogido un cariño especial.

Por su parte, Carlos estaba en la bodega eligiendo un vino cuando, tras las indicaciones de María, Lucas bajó.

—Hola, Lucas. Gracias por venir.

—Buenos días, señor. El honor es mío —dijo con la voz temblorosa.

—¿Te pasa algo muchacho?

—Señor, la verdad es que quería... —estaba nervioso, no sabía cómo iba a reaccionar Carlos ante su petición.

—Habla, hombre...

—Señor, quería pedirle la mano de su hija. Sé que estas cosas no se llevan en el siglo que vivimos, pero para mí es muy importante tener primero su aprobación.

La cara de Carlos era un verdadero poema, no se esperaba para nada esa petición, pensaba que le pediría unos días para irse con Inma, pero que le pidiera su mano era algo impensable.

—Lucas, me halaga que me pidas la mano de mi hija, pero creo que te estás precipitando un poco, solo os conocéis desde hace unos meses, deberías dejar que vuestro noviazgo fuese más largo. ¿Y si al convivir os dais cuenta de que sois incompatibles?

—No lo somos, créame, es que no quiero perderla. Tengo miedo de que se vaya y ya no quiera volver.

Carlos sonrió, realmente estaba enamorado hasta la médula y su actitud solo hacía que estuviera orgulloso de él.

—Hijo, tienes mi bendición, pero piénsalo un poco antes, el matrimonio es para toda la vida, te corta la libertad, te lo digo por experiencia.

—Jefe, creo que a usted le ha ido muy bien, tiene una mujer encantadora que lo adora. Además, solo es una proposición, no tenemos que casarnos este año ni el que viene, sino cuando ella quiera.

—Yo también adoro a mi esposa, sin duda no me imagino la vida sin ella. Como ya te he dicho, tienes mi bendición.

—Pues eso es lo que realmente me pasa a mí con su hija. Ahora que la tengo, no me imagino cómo voy a poder vivir sin estar a su lado. Estas dos semanas creo que voy a morirme sin ella.

—No seas exagerado, os vendrá bien estar separados...

—No lo creo, pero sé que ella tiene que regresar a su trabajo para zanjar las cosas allí y yo no puedo más que esperar. Tengo mi trabajo y mis responsabilidades aquí, no puedo abandonarlas.

Lucas le hubiera pedido vacaciones a Carlos de no ser porque este se encontraba de baja y no quería dejar la comisaría en manos de cualquiera, se sentía responsable de ella; pero Carlos ya se había encargado de que un colega se ocupara temporalmente de la comisaría durante la ausencia de Lucas, después de que su hija le implorara que le diera unos días de vacaciones, aunque eso él no lo sabía.

—Hijo, tranquilo, Inma te quiere y volverá, eso no lo dudo. Además, dos semanas pasan pronto. —Carlos seguía sin darle

ninguna pista, se lo había prometido a su hija y no iba a traicionarla.

—Gracias, Carlos. Ahora, si me disculpas, voy a hablar con María, quiero que me dé su opinión sobre lo que voy a hacer. Necesitaré que distraiga a Inma.

—Está bien, no tengas problema.

Los dos hombres se dirigieron al jardín. Carlos, con la excusa de pedirle opinión a su hija sobre cómo vestir para la fiesta, dejó a Lucas solo con María.

—¿No crees que mi marido está muy raro? Siempre me ha pedido a mí opinión. Aunque claro, mi hija es diseñadora...

—Le he pedido un favor para que nos dejara a solas. Necesito tu opinión. Tú eres como una madre para mí y eres la madre de Inma.

—Gracias hijo, para nosotros ya eres como un hijo. Tú me dirás.

—He pedido la bendición de Carlos y ahora quiero la tuya. Voy a pedirle matrimonio a Inma hoy.

La cara de asombro de María era ya un hecho. Tampoco se lo esperaba, estaba contenta por su hija y, cuando vio el anillo que portaba este, la estupefacción se apoderó por unos instantes de ella.

—¡Lucas! ¡Madre mía! ¡Esto no me lo esperaba!

—¿Crees que aceptará?

—Cualquiera aceptaría con semejante pedrusco. Hijo, te has tenido que gastar un dineral.

—Lo importante no es el dinero, para mí ella es lo más importante.

—Lucas, tienes toda la razón. Ella está enamorada de ti y, aunque creo que es un poco precipitado por tu parte pedirle ahora matrimonio, estoy segura de que aceptará.

—Carlos me ha dicho lo mismo, a lo mejor tenéis razón y debería esperar.

—Haz lo que te dicte el corazón. No nos hagas caso a nosotros.

—¿Y si por precipitarme la asusto?

—En la vida hay que arriesgar, Lucas.

—Tienes razón, voy a hacerle caso a mi corazón. Gracias María.

Se fundieron en un emotivo abrazo y María se dirigió a la casa para cambiarse, los invitados estaban a punto de llegar.

Inma bajó al jardín, donde un pensativo Lucas estaba sentado en uno de los bancos, con la mirada perdida.

—Hola guapo, ¿está libre este asiento? —le preguntó.

—Para una preciosa señorita, siempre hay sitio —dijo haciéndose a un lado.

—¿Te encuentras bien, Lucas? Te noto distante.

—No quiero que te vayas...

—Yo no quiero irme, pero tengo que hacerlo. Lo sabes...

—Sí, pero es que ahora que llevamos meses juntos, no me imagino la vida sin ti.

—Eres tan especial... Te quiero.

—Y yo a ti.

El momento era el idóneo, no había gente que le pusiera nervioso, tenía la bendición de los padres de Inma y el lugar no podía ser más bonito, rodeado de árboles frutales y rosales.

Lucas tomó aliento, se levantó del asiento y se arrodilló tomando su mano. A Inma empezó a latirle el corazón acelerado. Intuía lo que Lucas iba a hacer y no sabía cómo reaccionar.

—Inma, tú eres mi camino para conocer la felicidad, mi refugio de alegría y mi vida para soñar con un futuro, me has enseñado a vivir la vida de una forma diferente y quiero compartirla contigo el resto de mis días. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

La mano de Inma temblaba, estaba tan nerviosa por las palabras que Lucas le había dicho, unidas al anillo que acababa de depositar en su dedo, que no era capaz de pronunciar palabra alguna.

Lucas tragó el nudo de su garganta ante el silencio que se cernía entre los dos; pensó que se había equivocado y no pudo más que dejarla sola. No estaba preparado para una negativa, lo había ensayado tantas veces...

Se dirigió a la casa, a uno de los aseos a intentar recomponerse de la situación. Inma permanecía inmóvil en el mismo

lugar donde le acaban de pedir matrimonio cuando sus padres aparecieron. Sus lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, no había tenido el valor de responder al hombre de su vida con una simple palabra y se sentía decepcionada consigo misma.

Carlos, al ver a su hija en ese estado, se acercó a ella.

—Inma, ¿estás bien?

—No le he contestado papá, no he podido —dijo enseñándole el anillo—, lo peor de todo es que yo quiero casarme con él, pero no he sido capaz de responderle.

—Hija, la pregunta te ha pillado por sorpresa, es normal, ahora puedes contestarle. ¿Dónde está?

—No lo sé, se ha marchado.

—No creo que se haya ido muy lejos —expuso María, que acudió a la casa.

Lucas dudó por un momento si marcharse o no de aquella casa, estaba dolido, pero sobretodo avergonzado. María golpeó la puerta.

—Lucas, Inma está buscándote.

—Lo siento, María, pero creo que he metido la pata.

—Tenéis que hablarlo. Inma no se esperaba tu pregunta, pero está disgustada por no contestarte. Te quiere.

—Sé que me quiere, pero parece ser que no es suficiente.

—No digas tonterías, sal y habla con ella.

Lucas sintió que tenía que darle la oportunidad de que se explicara, había huido a la primera de cambio. Por ello salió y regresó al jardín. Los invitados comenzaban a llegar y, si no aprovechaba la ocasión, no tendrían la oportunidad de estar mucho tiempo a solas.

Estaba en el mismo sitio donde la había dejado, de pie con la mirada perdida y la cara enrojecida de las lágrimas. Se acercó lentamente y se puso delante de ella.

—Lucas, lo siento —dijo entre sollozos.

—No lo sientas, creo que quizás me he precipitado.

—No, yo te amo y quiero casarme contigo, es solo que no me lo esperaba. Lucas, no estaba preparada. Pero ahora sé que sí lo estoy.

—Cariño, podemos esperar si es lo que quieres, pero solo quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Y yo contigo. Lucas Samaniego, ¿quieres ser mi esposo para amarme y respetarme, en la salud y en la enfermedad, todos los días de nuestras vidas? —le preguntó ella acercándose a él y tomando su mano.

—Sí, quiero ser tu esposo.

Ambos se fundieron en un tierno abrazo.

—Antes de que digas nada más, quiero contarte que mañana los dos nos vamos a Nueva York; mi padre se ha encargado de que todo esté arreglado para que puedas estar un par de semanas de vacaciones, no tienes excusa para no acompañarme.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Sí, ¿y tú?

—Estoy deseando estar a tu lado. Te quiero Inma, gracias por hacerme el hombre más feliz de la tierra.

De nuevo se abrazaron hasta que la gente comenzó a llegar y ya no se pudieron volver a encontrar en todo el día porque tenían que atender a toda la gente que Carlos y María habían invitado.

Una vez finalizada la fiesta, a las diez de la noche, Inma y Lucas decidieron quedarse a dormir en casa de Carlos y María; a las tres de la tarde del siguiente día tendrían que tomar el avión rumbo a Nueva York.

Capítulo 19

Se tumbaron en la cama embobados, estaban enamorados y ahora acababan de sellar su amor comprometiéndose; no habían hablado de fechas, solo querían disfrutar de estar juntos.

Inma se acercó a su lado y lo besó con dulzura, deleitándose en sus labios. Comenzaron las caricias y los besos más subidos de tono.

—Cariño, espera... No voy a acostarme contigo en casa de tus padres.

—Lucas, no me seas antiguo... No va a pasar nada.

—Lo siento, pero no quiero que mis partes peligren; si a tu padre le da por entrar y nos pillan así, no sé lo que podría pasar.

—¿Tienes miedo?

—Lo tengo, tu padre me da mucho respeto y no quiero mancillar su casa.

—Estás loco, ¿lo sabías? ¿Vas a dejarme excitada?

—Sí, cuando lleguemos a Nueva York te recompensaré, te lo prometo. Ahora descansemos.

Inma, resignada, se dio la vuelta y ni siquiera le dio un beso. Lucas la rodeo con sus brazos y posó su cabeza en su hombro.

—No te enfades...

—Lucas, dejémoslo estar, será lo mejor. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Malhumorada y muy excitada, Inma intentó quedarse dormida, tardó más de lo que le hubiera gustado pero al final lo consiguió. Lucas, sin embargo, se quedó casi al segundo dormido.

A la mañana siguiente, fue María quien los despertó.

—Chicos, tenéis que despertaros, aún tendréis cosas que hacer.

—Buenos días, mamá, ahora mismo —Inma bostezó y se deshizo de los brazos de Lucas, que aún la rodeaban.

—Buenos días, María. Ahora mismo. ¿Podemos darnos una ducha? Podrías traerme también algo de ropa de Carlos, no quiero ir

vestido de nuevo con el esmoquin.

—Sí, por supuesto, pero no tardéis, tu padre nos espera para desayunar.

Salió de la habitación y de inmediato regresó con unos vaqueros y una camiseta. También trajo algo de ropa para Inma y se marchó. Esta miró a Lucas aún molesta por el desplante de la noche anterior.

—Me encantaría ducharme contigo, pero creo que lo mejor será hacerlo por separado —dijo Lucas.

—¿De qué tienes miedo? No voy a hacerte nada, es más, no vas a volver a tocar mi cuerpo hasta que a mí me apetezca.

—Cariño, no seas así... —Lucas intentó agarrarla, pero ella se zafó de él.

—Voy a ducharme, después lo harás tú.

Inma estaba decidida a castigarlo, aunque con ello también se mortificaba ella misma, pero quería darle un escarmiento. Se dio una ducha corta y salió envuelta en una toalla que enseñaba más de lo que tapaba.

Lucas tuvo que tragar saliva al verla; estaba tan sexy que enseguida se excitó. Menos mal que tenía que ducharse y lo haría con el agua más fría para bajar su nivel de excitación. Sin decir nada entró en la ducha y, tras enjabonarse, puso el agua casi fría. Necesitaba apagar el fuego que Inma había encendido. Sabía que se lo merecía por no corresponderla la pasada noche.

Cuando salió de la ducha, Inma ya no se encontraba en la habitación. Parecía que el enfado iba en aumento. Se vistió de prisa y bajó a desayunar.

—Chicos, ¿cómo habéis dormido? —preguntó Carlos.

—Bien, gracias Carlos —contestó Lucas.

—Regular... —expuso Inma prodigando una mirada de enfado a Lucas.

—¿Y eso? —inquirió su padre.

Suspiró hondo y, mirando a Lucas, contestó.

—Tu futuro yerno no quería mancillar tu casa.

Lucas escupió el café que estaba tomando, no se esperaba la respuesta de Inma y su padre comenzó a reírse.

María, por su parte, no quería hacerlo, pero escuchar las carcajadas de su marido no ayudaba, mientras el rostro de Lucas comenzaba a tornarse de un color rojo intenso.

—Hija, es lo mínimo que debería hacer en nuestra casa, ni siquiera sé por qué os he dejado dormir juntos —consiguió decir entre carcajadas.

—No seas antiguo, Carlos —le reprendió su mujer.

—Lucas, gracias por no mancillar el honor de mi hija. —Y cuando concluyó, volvió a estallar en carcajadas.

—Tú no lo hiciste en la casa de mis padres —dijo María muerta de risa.

Lucas no podía más de la vergüenza que le estaban haciendo pasar. Inma, en lugar de avergonzada, estaba totalmente cabreada con sus padres. Aunque la culpa la tenía ella, por no callarse.

—¡Ya está bien! No tiene gracia —gritó.

—Tienes razón hija, lo siento —contestó Carlos aún sonriente.

Lucas tragó el café con rapidez y abandonó la cocina, no podía soportar por más tiempo la situación. Necesitaba un poco de aire, la situación era absurda, no sabía por qué se sentía tan avergonzado, pero era la primera vez en toda su vida que alguien se había reído de él de esa manera y estaba muy molesto.

Inma salió de inmediato detrás de él, sabía que no debía haberles dicho nada a sus padres.

—Lucas, espera... No te enfades.

—¿Qué quieres que haga? No me parece normal que airees nuestra vida sexual, y menos con tus padres.

—Tienes razón, pero estaba tan exasperada que no me di cuenta. Lo siento...

Lo miró con esa preciosa mirada que hacía que se derritieran hasta los polos y el enfado se disipó.

—Te perdono con una condición...

—¿Cuál?

—Que me levantes el castigo de no tocarme, no creo que vaya a poder resistirme y, si tengo que secuestrarte en mi apartamento y que perdamos el avión, lo haré.

—¡Mmm! Voy a pensarlo, ahora despidámonos de mis padres y vayamos a hacer las maletas...

Aún avergonzado, Lucas entró acompañado de Inma; se despidieron de Carlos y de María y pusieron rumbo hacia el apartamento.

Tras asegurarse de hacer la maleta con tiempo suficiente, Lucas la acorraló en el baño cuando estaba terminando de coger alguna cosa y la besó con pasión. Ella no se resistió, necesitaba estar con él y fundir sus cuerpos en uno solo.

La cogió en brazos y la llevó hasta la cama. Comenzó a desnudarla despacio, deleitándose con cada caricia. Inma estaba al borde de la locura, sentir sus caricias, sus manos recorriendo todo su cuerpo, la excitaban de una forma desmedida.

Lucas, por su parte, estaba disfrutando del poder que ejercía en la que ya era su mujer, porque aunque no hubiera nada firmado, para él ya lo era.

Se desvistió despacio, haciendo que Inma lo mirase embobada. Sentía que tenía el mando por unos instantes, pues en el momento en el que ella lo tocara, lo perdería por completo.

Se tumbó encima de Inma y comenzó a besar sus pechos, deleitándose con ellos. Inma creía que iba a enloquecer con cada roce de la lengua en sus senos. Acarició su pene enhiesto y lo condujo hasta su vagina. Necesitaba sentirlo, que apagara el fuego que él mismo había encendido. Lucas quería seguir con ese juego, pero sabía que Inma estaba al borde de la locura y decidió no torturarla más. No quería que de nuevo se enfadara. La penetró despacio, meciéndose dentro de ella con lentitud, alargando cada movimiento hasta hacerla jadear. Sabía que Inma era ardiente y le gustaba el sexo duro, pero necesitaba sentirla de esa manera.

—Lucas, por favor... —le rogó ella para que aumentara sus embestidas.

—Cariño, es nuestra primera vez como prometidos, deja que disfrutemos un poco más del momento.

Inma asintió pero necesitaba más intensidad para poder llegar al orgasmo que se estaba fraguando dentro de ella. Él continuó despacio, midiendo cada movimiento, hasta que notó que Inma

estaba desesperada porque aumentara el ritmo y así lo hizo. Aceleró sus acometidas, trasportándolos a los dos a un demoledor orgasmo que hizo que sus cuerpos quedaran exhaustos.

Ambos, aún jadeantes, se tumbaron en la cama. Necesitaban tomar aliento tras el éxtasis compartido. El mejor de toda su vida. Cuando Lucas recuperó el aliento, la besó dulcemente en los labios.

—Te amo, eres preciosa y soy el hombre más afortunado del mundo por haberte encontrado.

—Yo también te amo, y podría decir lo mismo.

Permanecieron abrazados unos minutos más, con sus corazones aún latiendo acelerados hasta que se incorporaron, se asearon un poco y se vistieron. Todavía quedaba una hora para acudir al aeropuerto, por lo que decidieron dar un paseo.

—Cuando regresemos quiero mirar definitivamente las casas, necesito un estudio muy grande, para poder diseñar sin ningún problema. Soy muy metódica cuando trabajo, ya lo irás comprobando.

—Cariño, ¿al final no cogerás una oficina o un local?

—Sí, pero a veces trabajo en casa.

Lucas se agobió al escucharla, no quería que pasara más horas de las necesarias trabajando, aunque sabía que era inevitable, ella amaba su trabajo y dedicaría todo el tiempo posible a él.

—Está bien, pero quiero que establezcamos al menos unas normas.

—¿Qué clase de normas? —preguntó un poco molesta.

—Quiero que al menos tengamos unas horas para estar juntos, sin que el trabajo nos invada, ¿será mucho pedir?

—No, no lo es.

—Entonces no se hable más, cuando regresemos buscaremos la casa que quieras; yo no pido mucho, quizás que no esté muy lejos, aunque sé que no estará tan bien situada como este piso. Además, creo que tendré que ponerlo en venta. No sé para qué lo quiero.

—Lucas, si no quieres venderlo, no lo hagas...

—No, quiero empezar de cero contigo, este piso me trae buenos recuerdos, pero nuestra casa seguro que nos traerá muchos más. ¿Qué harás con la casa de Nueva York?

—Espero que Mauro decida quedársela, después de todos los cambios que hemos hecho, me daría pena que la vendiese. Además, cuando tenga que viajar allí, tendré que hospedarme en algún lugar.

—Seguro que se la quedará, aunque no sé cómo se va a tomar que te establezcas en España casi de manera definitiva.

—Sé que no muy bien, pero tiene que entenderme, aquí está mi familia y, aunque a él lo quiero como a un hermano, os necesito a ti y a mis padres para ser feliz.

Lucas la abrazó, que ella hubiera sacrificado su vida por él y por sus padres era la mayor muestra de amor que nadie puede hacer por otra persona.

—Será mejor que regresemos. No quiero que llegemos tarde al aeropuerto —concluyó Inma.

Regresaron agarrados de la mano cada uno sumido en sus propios pensamientos. Inma sabía que, aunque había tomado la decisión correcta, regresar a Nueva York le haría replantearse la misma. Lucas tenía claro que Inma aún tenía dudas, solo había hecho lo correcto, pero quizás algún día se arrepentiría de la decisión que había tomado y se lo reprocharía. Esperaba que ese momento nunca llegase.

El ambiente estaba enrarecido cuando ambos llegaron al aeropuerto, cada uno con sus pensamientos se habían distanciado del otro. No querían comentar sus problemas y eso entorpecía la situación. Fue Lucas el que se acercó a ella.

—Cariño, ¿estás bien? Pareces distante...

—Lucas, lo siento, es solo que regresar a Nueva York sé que va a traer consigo mucha decepción, para Mauro y para mí. Es duro dejar todo lo que has construido y, aunque sé que voy a ser muy feliz en Madrid, voy a echar de menos todo este mundo.

—Inma, puedo intentar trasladarme si así eres feliz, pero no quiero que tomes una decisión que no sea la acertada, tienes

tiempo de pensarlo. Yo sé que no me voy a arrepentir de dejarlo todo por ti, pero tú tienes mucho que perder...

—Te quiero, Lucas —dijo con los ojos anegados en lágrimas.

Que él le demostrara que cambiaría su vida sin pensar, hacía que su decisión fuera la acertada, pero aún tenía dudas. Dudas que se acrecentaban según pasaban las horas de espera en el aeropuerto.

Cuando consiguieron embarcar, Inma estaba muy nerviosa, tuvo que pedir una tila para calmarse un poco. Lucas permaneció a su lado durante todo el tiempo en silencio. No quería que ella se enfadara, pues sabía cómo se las gastaba.

Al tomar asiento, Inma decidió recostarse un poco e intentar dormir, aunque le fue imposible. Cada minuto que pasaba estaba más indecisa con su decisión.

Lucas la agarró fuerte de su mano, la estrechó entre sus brazos y al final consiguieron ambos dormirse durante casi todo el vuelo.

Al despertar estaban llegando a Nueva York, tomaron tierra y, como la vez anterior, Mauro los esperaba en el aeropuerto. Al ver a Lucas su gesto cambió por completo. Inma no le había dicho nada y, que él estuviera con ella, solo podía significar que su regreso a Nueva York sería temporal. Aun así abrazó a su amiga con todo su cariño. Después hizo lo mismo con Lucas.

—Me alegro mucho de veros, os he echado mucho de menos.

—¿A nosotros o a las fiestas que te has corrido con Roberto?

—Boludo, su amigo tiene mucha marcha, pero a mi chica favorita la he echado tanto de menos que casi muero.

Inma tragó el nudo que se le formó en la garganta al escuchar lo exagerado de sus palabras. Estaba muy confundida y, al montar en el coche, ya no pudo contener más las lágrimas y comenzó a llorar.

—Inma, por favor, no llores —Lucas la estrechó entre sus brazos y la consoló.

Mauro no sabía qué era lo que le pasaba a su amiga, aunque podía llegar a entenderlo por sus lágrimas.

—Vos no *debés* llorar, seguro que llegamos a un acuerdo placentero para todos, pelotuda. Pero no quiero verla llorar más.

Inma se secó las lágrimas de sus ojos e intentó armarse de valor para lo que tenía que contarle a su mejor amigo.

El silencio se apoderó del resto del viaje hasta llegar a casa. En cuanto entraron por la puerta, Inma no pudo reprimir lo que tenía que contarle y lo soltó de manera casi atropellada.

—Me mudo a vivir a Madrid.

—Lo sabía, vos no *debés* preocuparte por mí, solo de ser feliz.

—Mauro yo..., he tomado esta decisión y sé que no es fácil para ninguno de los dos, pero quiero seguir manteniendo la firma aquí y que seas tú quien la lleve. Continuaré diseñando todos los trajes que hagan falta, para eso está la tecnología, pero voy a cederte los derechos de la firma en esta sucursal.

—Reina, no *tenés* que hacerlo; es más, estoy más tranquilo si vos *seguís* siendo la dueña de todo y yo un mero ayudante.

—Mauro, quiero hacerlo. Quiero que los beneficios de esta filial sean para ti, porque te lo mereces; además, tendrás que pagar la casa. Yo vendré de vez en cuando, pero me gustaría que la siguieras manteniendo, por lo que significa para los dos.

—Por supuesto, pelotuda, ni por un momento se me ha pasado por la cabeza venderla. Vos *tenés* que ser feliz y, si aquello no funciona, siempre *podés* regresar a casa...

Una punzada de dolor se reflejó en la cara de Lucas al escuchar las palabras de Mauro, no quería pensar que su vida en común no fuera a funcionar, estaba convencido de que todo iría sobre ruedas, pero escuchar esas palabras era echar más leña al fuego del día tan nefasto que estaba teniendo, por lo que decidió subir a darse una ducha y desconectar por un momento de todo.

—Chicos, me retiro para que sigáis charlando, seguro que tenéis mucho de qué hablar y yo necesito relajarme un poco y descansar.

Besó a Inma en los labios y se dirigió a la habitación de invitados para establecerse allí.

Capítulo 20

Estaba molesto y un poco dolido, lo que menos le apetecía era pasar la noche con Inma, no lo entendía, desde el primer momento en que la vio siempre deseó estar a su lado, pero por todo lo que había acontecido durante ese día, necesitaba poner un poco de distancia entre los dos. Como era imposible que fuera mucha, al menos durmiendo separados estaría más tranquilo.

Se dio una ducha rápida y se acostó, todavía quedaban horas del día, pero el *jet lag* lo acompañaba, él no era de viajes largos. Además, toda la tensión acumulada de las semanas pasadas estaba haciendo mella en su cuerpo. Se quedó dormido rápidamente.

Cuando Inma subió a su habitación en busca de Lucas y no lo vio, se preocupó. Lo buscó y lo encontró dormido en la habitación de invitados. No entendía muy bien por qué no se había acostado en su cama, pero decidió dejarlo dormir, aunque le doliese mucho su actitud.

Eran casi las siete de la tarde en Nueva York e Inma no tenía nada de sueño, estaba agotada, pero no quería acostarse, por lo que avisó a Mauro de que salía a dar un paseo. Necesitaba aclarar sus ideas, regresar a la ciudad donde había nacido como diseñadora le hacía sentirse segura, pero sabía que tenía que renunciar a todo eso si quería ver a su familia con asiduidad y a Lucas. Así lo había decidido en Madrid, pero al regresar, las dudas comenzaron a surgirle. ¿Y si en España no conseguía hacerse un hueco en ese duro mundo? Porque tenía que ser sincera, apenas la conocían y lo que ella no quería era tener que empezar de cero en otra ciudad. Luego estaba Lucas, se habían comprometido pero, ¿y si la convivencia no resultaba tan satisfactoria como debiera? Ella habría sacrificado todo su futuro y no conseguiría nada. Su cabeza daba miles de vueltas, pensando solo en cosas negativas, hasta que llegó a Central Park. Ese era su lugar de paz, pese a la cantidad de

personas que podían pisar dicho parque, Inma se sentía libre de toda carga.

Se sentó en un banco, respiró profundamente el aire del lugar durante varios minutos y comenzó a hacer una lista de pros y contras para el cambio de país. En un primer momento, decidió dejar las cosas como estaban, pero al final pensó que tenía que hablar con Lucas; quizás para él fuera más fácil cambiarse de ciudad y de país. Sus padres podrían venir a visitarlos y ella también podía viajar a España con más asiduidad.

Estaba decidido, no iba a sacrificarlo todo, si Lucas quería comenzar una vida juntos, debía al menos pasar los primeros años de su vida de pareja en Nueva York, hasta que Inma alcanzara mayor fama y poder establecerse definitivamente en Madrid.

Regresó a casa, subió a la habitación donde Lucas aún descansaba y lo despertó.

—Lucas, despierta, tenemos que hablar.

—Inma, ¿no puedes esperar? Estoy agotado —contestó malhumorado.

—Es importante.

Se levantó como un resorte y pestañeó un par de veces para despertarse.

—Tú dirás.

—Creo que me he precipitado con la decisión de establecerme en España. Creo que lo más sensato es permanecer unos años más en Nueva York, intentando alcanzar más fama mundial y así poder establecerme después en España. Sé que dije que dejaría esta ciudad y el negocio, pero lo he pensado bien y creo que esta decisión es la más correcta, ¿crees que te sería difícil trasladarte?

La noticia le cayó a Lucas como un jarrón de agua helada, no sabía ni qué contestarle. Él estaba dispuesto a sacrificar su vida por ella, pero ahora que veía que sus ideas eran tan cambiantes, ya no lo tenía tan claro.

—No lo sé, Inma. Quizás nos hayamos precipitado con todo esto, las decisiones se toman en frío, no en caliente. Por eso, cuando has regresado a Nueva York, te has dado cuenta de que en realidad tu vida está aquí, pero a mí no me gusta mucho esta

ciudad. De vacaciones o para pasar quizás un mes aquí sí, pero no para trabajar. Es mucho más estresante que Madrid.

—¡Tú estabas dispuesto mudarte por mí! ¿Por qué debo ser yo la que sacrifique su vida? Al fin y al cabo, mi trabajo es mucho más importante que el tuyo.

Lucas la miró con los ojos inyectados en sangre, no podía creer que esas palabras salieran de la boca de Inma. Sin mediar palabra, se levantó y se marchó de la habitación. Necesitaba pensar con claridad, pero esta lo seguía solo con reproches que no hacían más que aumentar su enfado.

—Inma, por favor, dejémoslo ya, antes de que alguno de los dos haga o diga algo de lo que podamos arrepentirnos.

—¡Eres un egoísta! Estaba dispuesta a sacrificar toda mi vida por ti, pero tú solo lo dijiste para quedar bien.

Lucas regresó a la habitación, recogió sus cosas y, antes de abandonar la casa de Inma, sacó de la maleta una solicitud rellena con el cambio de destino y unidad, estaba solicitando una vacante para pertenecer a la policía de Manhattan; la tiró en medio del salón y, sin decir nada más, se marchó.

No tenía muy claro lo que iba a hacer, pero no podía permanecer más tiempo escuchando los reproches de Inma. Estaba claro que ella era la que más arriesgaba mudándose a Madrid, pero nadie la había obligado, la decisión la había tomado ella solita y ni siquiera le había consultado.

Buscó un hotel y apagó su teléfono móvil, que no dejaba de sonar. Estaba hambriento, por lo que pidió algo de cena en la recepción y se lo subieron de inmediato a su habitación.

Estaba muy enfadado con Inma por todo lo que había soltado por su boca, pero lo que más le había dolido, sobre todas las cosas, era desprestigiar su trabajo. A él le encantaba ser policía y, aunque ella fuera una prestigiosa diseñadora, cosa que no ponía en duda, su trabajo se limitaba a hacer bocetos para gente poderosa. En cambio Lucas se jugaba el tipo todos los días.

Se acostó en la cama e intentó dormir, pero no pudo hasta altas horas de la madrugada.

En cuanto Lucas salió por la puerta de su casa, Inma supo que se había equivocado. Se arrepentía de todo lo que le había dicho, sin duda había sido bastante mezquina. Lo llamó al teléfono, pero lo había apagado. Imaginaba que necesitaba tiempo para aclarar sus ideas y que su enfado se disipara, pero lo necesitaba a su lado. Desesperada por no saber nada de él, acudió a Mauro, que se encontraba descansando en su habitación; le contó todo lo sucedido y lloró desconsolada hasta que el cansancio le venció y se quedó dormida entre los brazos de su mejor amigo.

Lucas se despertó malhumorado, miró el reloj y aún eran las cinco de la mañana en Nueva York, sin duda iba a ser una noche muy larga y a la vez difícil. Le había estado dando vueltas a la cabeza, ambos se habían precipitado con todo este asunto; lo mejor sería volver a sus vidas y que el tiempo pusiera las cosas en su sitio. La amaba, como jamás había amado a nadie, pero era un amor imposible, porque con el paso del tiempo ambos se reprocharían lo que habían sacrificado por ese amor y terminarían como lo habían hecho el día de ayer. Lo mejor era poner punto y final aunque le doliese. Por eso y porque no podía dormir, comenzó a buscar un vuelo de vuelta a Madrid. Sabía que, si se enfrentaba a Inma, no iba a poder hacerlo; por ello, después de tener el billete reservado para las diez y media de la mañana, comenzó a escribir la carta que dejaría en el buzón de su casa.

Querida Inma,

Te he querido como nunca he querido a nadie en tan poco tiempo, pero creo que nuestra relación no tiene futuro. Ninguno de los dos está dispuesto a renunciar a sus vidas y a sus trabajos por el otro. Además, si uno lo hiciese, estoy seguro de que sería el mayor de los problemas de la relación.

Siento marcharme así, sin dar la cara, pero es que no puedo verte sin caer rendido a tus pies.

Espero que algún día puedas perdonarme por lo que voy a hacer.

Te quiero por y para siempre.
Lucas.

Después de releerla, la metió en un sobre que encontró en el hotel y comenzó a redactar la siguiente carta, una que era sin duda aún más dolorosa que la de dejar a Inma: su carta de dimisión.

Sabía que en el momento en el que Carlos se enterase de que había abandonado a su hija, iría a por él, por eso tenía que dejar el trabajo que amaba para evitar que nunca nadie le reprochara nada.

Tras redactar la carta de dimisión, se la guardó en el bolsillo para echarla en un buzón cuando regresara. No pensaba volver a Madrid, al menos por el momento, solo llegaría a su casa y recogería sus cosas. Necesitaba poner distancia y solo se le ocurrió ir al pueblo de sus abuelos, donde veraneaba con su padre; se trataba de Bárcena Mayor, un pequeño pueblo cántabro que contaba con muy pocos habitantes pero que, por su encanto, en verano conseguía una gran afluencia de turismo.

Se acostó de nuevo intentando conciliar el sueño, pero la pena y el remordimiento pesaban demasiado, por lo que decidió darse una ducha y pasear por la gran manzana hasta altas horas de la madrugada. No había nadie, solo algún que otro vagabundo; decidió no alejarse mucho del hotel, no conocía la zona y no quería que le pasara nada.

Después de despejarse, regresó siguiendo sus pasos al hotel cuando empezaba a amanecer y el ritmo de la ciudad comenzaba.

Desayunó, se cambió de ropa y puso rumbo a la casa de Inma; no quería que nadie lo viese, por lo que tomó un taxi que le esperó para que depositase la carta y se marchó en dirección al aeropuerto. Allí esperaría casi tres horas hasta que llegase la hora de embarcar.

Inma se despertó varias veces durante la noche, pero Mauro se ocupó de que descansara lo mejor posible. Cada minuto que pasaba sabía que había obrado mal con Lucas. Ella misma había tomado la decisión de establecerse en Madrid, no entendía por qué había cambiado de opinión.

Tenía que pedirle perdón y explicarle un poco sus razones, pero quizás con un poco más de tacto y sin echar las cosas en cara, como había hecho...

Se levantó a las ocho de la mañana y decidió salir a correr un poco hasta Central Park, necesitaba despejarse y quemar adrenalina hasta que pudiera hablar con Lucas, que aún seguía teniendo el teléfono apagado.

Corrió por las calles de Manhattan hasta Central Park, dio varias vueltas, su rutina habitual, y regresó a casa casi después de una hora. Seguía sin tener noticias de Lucas. Se duchó, Gabriela la esperaba con el desayuno y, tras tomar una taza de café, se dirigió al estudio de casa; no quería irse a su local, pues Lucas no sabía dónde se encontraba. Quería estar localizable para él.

Intentó concentrarse pero no había manera, no hacía más que llamarlo al teléfono y siempre le daba apagado. Comenzó a desesperarse y decidió llamar a su padre. Este, tras una breve charla de que las relaciones de pareja eran complicadas y enfadarse un poco por la actitud de Lucas, le dijo que si se ponía en contacto con él la llamaría.

Cuando casi eran las once de la mañana, Gabriela apareció con la carta que Lucas había dejado en su buzón. Al abrir el sobre y ver que la letra era de él, se temió lo peor y no se equivocó. En cuanto la leyó, cayó derrumbada al suelo. La estaba dejando, por carta, ni siquiera se había dignado a venir a hacerlo en persona. No se lo podía creer. Llamó a Mauro, que se encontraba en la sede de su negocio, necesitaba que hiciera unas averiguaciones sobre vuelos, estaba segura de que Lucas se había ido o estaba a punto de hacerlo.

—Boluda, ¿qué es lo que ocurre? —contestó este que oía cómo sollozaba Inma.

—Lucas... me ha dejado... por carta.

—¡¿Qué?! El muy pelotudo, no tiene valor para enfrentarse a vos.

—Mauro, necesito un favor —le rogó.

—Lo que me pidas. Ya lo sabes, linda.

—¿Aún sigues teniendo esa amiga de inmigración en el aeropuerto?

—Sí.

—Necesito que averigües si Lucas se ha ido o si aún no lo ha hecho. Además de conseguirme un billete en su vuelo o en el que sea posible.

—Eso está hecho. Te llamo en cuanto lo averigüe.

—Gracias.

Colgaron el teléfono e Inma cogió la maleta, que aún no había deshecho del día anterior. Cogió varias cosas más y se dispuso a ir hacia el aeropuerto; si Lucas aún no había embarcado, lo encontraría allí; si no, esperaría al próximo vuelo.

Cuando estaba llegando, Mauro la llamó.

—Boluda, Lucas ya embarcó esta mañana con destino a Madrid. Lo bueno es que hay un vuelo a las tres de la tarde en el que ya te he comprado el billete, vos lo *tenés* en su email.

—Gracias, Mauro. Estoy saliendo de casa, como tengo tiempo pasaré por el local para darte un fuerte abrazo y que me desees suerte, creo que esta vez la voy a necesitar de verdad, he metido la pata hasta el fondo, porque yo lo quiero y daría todo lo que fuera por borrar las palabras que le dije ayer.

—Inma, él también te quiere a vos, no te *preocupés*, todo se arreglará.

Inma cogió el coche y se dirigió al local donde tenían el estudio. Aparcó en la puerta y, cuando entró, Mauro dejó a una mujer que se encontraba semidesnuda, solo con las telas que este la estaba probando, y estrechó a Inma entre sus brazos; sabía que necesitaba un fuerte abrazo.

—Mi princesa, va a salir todo bien, no te *preocupés*, por nada. Está todo controlado, ahora vaya en busca del amor.

—Gracias, Mauro, eres el mejor amigo que nadie puede tener. Te quiero.

—Y yo a vos.

—Dejo el coche aparcado, tomaré un taxi por no dejarlo en el aeropuerto.

—Tranquila, yo me encargo. Buen viaje y vos *llamáme* cuando llegue.

—Así lo haré.

Volvieron a fundirse en un tierno abrazo que duró varios minutos, Inma sacó las cosas del coche y esperó a que llegara un taxi. Mauro estaba nervioso, no pintaba nada bien lo que había pasado, pero quizás el destino le diera otra oportunidad, su amiga se la merecía y él haría todo lo posible porque fuera feliz.

Inma se montó en el taxi, se despidió con un movimiento de su mano y se encaminó al aeropuerto.

Estuvo esperando varias horas hasta que por fin llegó el momento de embarcar. Si cuando la avisaron de que sus padres habían tenido un accidente estaba nerviosa, ahora lo estaba aún más. Quería arreglar las cosas con Lucas. En el día de ayer se había portado como una egoísta y además mezquina con sus palabras ofensivas, ella no era así, pero no sabía qué era lo que le había podido pasar para actuar de esa forma.

Ya en el avión, intentó conciliar el sueño, pero miles de recuerdos le venían a la cabeza y solo un propósito: tenía que volver a conquistar al hombre de sus sueños.

Capítulo 21

Al llegar a Madrid, lo primero que hizo Lucas fue dirigirse a su casa, el tiempo apremiaba, no quería encontrarse con nadie. Tomó un taxi que lo llevó directamente al portal y subió para preparar todo lo necesario para su escapada a Cantabria.

No era de las personas que huían de sus problemas, pero necesitaba poner distancia para analizar con detenimiento todo lo sucedido.

Dejó la maleta en la habitación y dispuso una mochila con la ropa necesaria para ir al pueblo, más de sport y nada formal. Tomó sus botas de montaña del altillo del armario y una cazadora de *gore-tex*. Aunque las temperaturas en Bárcena Mayor eran bastante más altas que en Madrid, era posible que la fuera a necesitar.

Respiró hondo, metió las dos mochilas que había preparado en el maletero del coche, la bici que cogió del trastero y puso rumbo a ese lugar que tan buenos recuerdos le traían; no sin antes depositar la carta de dimisión en el primer buzón que encontró.

Tenía más de cuatro horas por delante, gracias a que había podido descansar en el avión, cosa que aún no se creía, pues conducir solo durante tanto tiempo seguro que desgastaría su estado de ánimo y sus escasas fuerzas.

Durante las dos primeras horas, no podía quitarse de la cabeza todo lo sucedido, ¿era un cobarde por no enfrentarse a Inma? No lo creía, solo necesitaba distanciarse y aclarar sus sentimientos. No había encendido el móvil desde la pasada noche, se imaginaba que tenía varias llamadas de Inma, a estas alturas, incluso de Carlos, pero ya había tomado la decisión de marcharse y no la cambiaría por nada ni nadie.

El resto del trayecto fue más agotador, necesitaba llegar y descansar, al menos unas horas, porque en dicho pueblo tenía mucho que hacer. Hacía muchos años que no regresaba, pero sabía que poco había cambiado. Esos días aprovecharía para recorrer en bici el parque natural Saja-Besaya, un paraje que, por lo que

recordaba, era único. Pondría un poco de orden en la vieja casa de sus abuelos que, aunque su estado era bueno, el paso de los años había provocado el deterioro normal de una vivienda de esa antigüedad.

No veía el fin del camino. Decidió parar a la altura de Reinosa, apenas le quedaba una hora de camino, pero necesitaba descansar y tomar algo.

Al llegar a un bar, encendió el teléfono. Al instante, empezaron a llegarle mensajes de llamadas perdidas y un par de wasap.

Decidió leerlos, eran todos de Inma. Aunque, como no quería que ella supiera que tenía el teléfono encendido, lo conectó con modo avión.

Con cada uno de los mensajes, suspiraba. ¿Quizás se había precipitado con todo? La pedida de mano, el posible cambio de destino, la repentina huida y su carta de dimisión. Era posible, pero ya no había marcha atrás, había decidido escapar y solo él sería el responsable de sus actos.

Se tomó un café bien cargado, comió algo para apaciguar el hambre y continuó la marcha hasta su pueblo. Al llegar, una sensación de paz lo invadió y Lucas lo agradeció, era lo que realmente necesitaba en esos momentos.

Estacionó el coche en el aparcamiento habilitado a la entrada, descargó la bicicleta y el equipaje y se dirigió andando hasta la casa de sus abuelos. Ya era de noche, pero conocía de memoria el camino. Abrió la puerta y lo primero que hizo después de dejar el equipaje fue acudir a por leña para encender la chimenea y que caldeara la fría casa.

Estaba tal como él la recordaba y, sin querer, miles de recuerdos de su niñez invadieron su memoria. Sonreía con cada uno de ellos.

Una vez que la chimenea empezó a calentar la casa, Lucas se sentó al lado de ella, se tapó con una manta que había cogido y sin quererlo, se quedó profundamente dormido.

En cuanto pisó el aeropuerto de Madrid, Inma encendió su teléfono y llamó a Lucas sin ningún éxito. Avisó a Mauro de su

llegada, tomó un taxi y se dirigió a su piso. Como tenía llaves, ni siquiera se molestó en llamar.

Al entrar, vio que estaba su maleta y suspiró aliviada. Al menos estaba en Madrid, era lo que pensaba ajena a la decisión de Lucas. Se sentó a esperar, agotada por el viaje. Al ver que no regresaba a su casa volvió a llamarlo sin obtener ninguna respuesta y se tumbó en la cama. El cansancio se apoderó de ella y se quedó dormida.

Se despertó a las tres de la mañana. La casa seguía igual, no había señales de Lucas. Inma estaba desesperada, no sabía qué hacer o a quién llamar y al final se decantó por Mauro, aún era de día Nueva York.

Permanecieron hablando al menos una hora, cada vez más angustiada por no saber nada de Lucas.

A las siete de la mañana, exasperada y cansada, se dio una ducha, se cambió de ropa y se fue a casa de sus padres. Necesitaba que su padre utilizara sus contactos para averiguar dónde y con quién estaba Lucas. Sus padres, al verla, se asustaron.

—Hija, ¿qué haces aquí? —preguntó su padre abrazándola.

—He venido a buscar a Lucas, no sé nada de él desde que discutimos y se marchó, papá. No está en su piso, he pasado la noche allí, pero sí que ha regresado, he visto su maleta. Pensé que quizás... tú podrías ayudarme a encontrarlo.

—No sé nada de él, pero déjame que haga unas llamadas, alguno de sus amigos tiene que saber dónde se encuentra.

María le sirvió un café bien cargado a su hija, lo necesitaba en realidad, mientras Carlos intentaba averiguar el paradero de Lucas; pero nadie sabía nada de él, parecía que se le había tragado la tierra.

Durante horas buscaron a Lucas en todo Madrid sin ningún resultado. El carácter de Inma se fue agriando por momentos. Necesitaba verlo, pedirle perdón y que la escuchara.

Nada se pudo hacer por saber el paradero de Lucas mientras este disfrutaba de su primer día en Bárcena Mayor. Se despertó temprano, se fue al bar más cercano provisto de su bici, desayunó, compró un bocadillo para el almuerzo y se marchó a dar una vuelta por el parque natural.

Estaba maravillado disfrutando de la naturaleza y de una de sus grandes aficiones. Le estaba sirviendo perfectamente para evadirse de sus problemas, aunque no podía dejar de pensar en Inma. Sabía que iba ser difícil olvidarla. Pero el tiempo lo curaba todo y él ahora tenía todo el del mundo al haber renunciado a su carrera por ella, pero era la única opción para evitar reproches y sobre todo la cara de decepción de Carlos.

Llegó a casa cuando era de noche. No tenía nada para cenar, por lo que se tumbó en la cama, cansado y algo maltrecho tras varias caídas. Encendió por unos instantes el móvil y, justo en ese momento, sonó. Era Inma. Su corazón comenzó a latir acelerado, quería cogerlo, pero sabía que, si hablaba con ella, estaría perdido. Rechazó la llamada y volvió a apagarlo.

La noche fue larga para los dos. Inma, tras intentar de nuevo ponerse en contacto con Lucas y esta vez dar señal, su corazón se aceleró, esperaba que contestase, pero no lo hizo. Ya no sabía ni qué hacer ni dónde buscar, estaba angustiada y sobre todo malhumorada a cada minuto que pasaba.

—Hija, tienes que descansar un rato. Quizás necesite tiempo para pensar. Habéis vivido todo muy intensamente y ambos sois unas personas con carácter fuerte. Renunciar a vuestros trabajos, en cualquiera de los dos casos, es un gran sacrificio, pues ambos los adoráis —expuso María, que estaba preocupada por su hija, que apenas había probado bocado alguno.

—Mamá, lo quiero y lo necesito. Además, dije cosas muy feas esa noche. Solo hubo reproches. De los dos, pero sobre todo míos.

—Me lo imagino, pero ahora descansa, mañana daremos con él, no creo que se lo haya tragado la tierra.

—Parece que sí, pues nadie, absolutamente ninguno de sus amigos, sabe dónde puede estar. Papá y sus compañeros están mirando en hoteles, pero nada.

—Cariño, daremos con él, ya lo verás. Ahora ve a dormir.

Lucas, por su parte, daba vueltas y más vueltas, quería llamarla, pero borró de su cabeza esa idea. Intentó conciliar el sueño, pero el remordimiento le pesaba más que sus ojos. Durante horas pensó, analizó y llegó a la conclusión de que la decisión que

había tomado era la correcta. Poco a poco el cansancio lo venció y se sumió en un agitado sueño.

Inma se pasó prácticamente toda la noche llorando, no entendía la actitud de Lucas, sabía que estaba enfadado, pero huir de todo era algo que no llegaba a comprender.

El cansancio la venció casi a las seis de la madrugada y se sumió en un profundo sueño. Se despertó al oír a su padre maldecir.

—¡Este chico está loco! —le escuchó desde las escaleras. Bajó de inmediato y vio a su padre exasperado.

—Hija, no sé qué es lo que le has hecho a Lucas, pero me acaba de llegar su carta de dimisión.

—¡No es posible!

—Aquí la tienes —dijo enseñándosela.

Las manos le temblaban, cuando la cogió y comenzó a leerla quiso morir:

Querido Carlos,

Siento que todo esto haya terminado tan mal, sé que estoy enamorado de Inma, tanto que me duele en el alma hacer lo que acabo de hacer: dejarla por carta. Pero no creo que tenga el valor de enfrentarme a ella y ver esa bonita sonrisa.

Siento que le he decepcionado y que he incumplido mi promesa de cuidar y respetar a su hija, por ello me veo en la obligación de renunciar a mi puesto como inspector para que no tenga que lidiar a mi lado, imagino que le resultará difícil mirarme a la cara sin que sienta asco de mí.

Gracias por todo lo que me ha aportado y ayudado en la vida, ha sido el mejor jefe, pero sin duda, un gran padre para mí.

Un fuerte abrazo.

Anexo a la carta había redactado su dimisión formal, para que la presentara en comisaría.

—Papá, ¿por qué?

—No lo sé hija, pero creo que ha sido la decisión más dura que haya tenido que tomar en su vida.

—¿Y dónde estará?

—Lo hemos buscado por todo Madrid y no hay ni rastro de él. No sé dónde se ha podido meter.

Carlos comenzó a arrugar sus facciones, como queriendo pensar un poco dónde podía estar.

—Tengo una pista, quizás esté en el pueblo de sus abuelos, déjame que me acuerde del nombre. Sé que estaba en Cantabria.

Estuvo intentando acordarse de él, pero no lo conseguía. Sin embargo, fue Inma la que dio con él.

—Lucas tenía una foto en su estudio de una casa de piedra típica de Cantabria, creo recordar que ponía Bárcena Mayor.

—¡Eso es hija! Ese es el pueblo. María, prepara las maletas, nos vamos de viaje —expuso su padre, que quería poner fin a toda esta locura de Lucas.

Durante una hora, María, Carlos e Inma prepararon todo lo necesario para su viaje; fueron al piso de Lucas a recoger las cosas de esta y pusieron rumbo a Cantabria.

Tenían más de cuatro horas de viaje y además conducía María, que ya estaba totalmente recuperada de sus lesiones; en cambio Carlos continuaba con la rehabilitación. Pusieron el GPS y tomaron la carretera A1 dirección Burgos.

Inma seguía llamando al teléfono de Lucas pero continuaba apagado. Al menos esperaba encontrarlo en dicho pueblo, si no, no sabrían dónde buscar.

Lucas se despertó esa mañana exhausto, apenas había podido conciliar unas horas de sueño y, después del día anterior, en el que había estado casi ocho horas subido a la bici, su cuerpo estaba agarrotado.

Decidió ir a comprar víveres para no tener que estar siempre comiendo en los bares del lugar. No es que le importase mucho, pero también quería cocinar y relajarse.

Compró todo lo necesario para un par de semanas, no sabía cuánto tiempo se quedaría allí, pero estaba seguro de que al menos un mes sí lo haría, hasta que las aguas se calmaran un poco y regresara a Madrid.

No tenía pensado qué haría después de todo eso, ahora solo se preocupaba por el presente y el gran dilema que tenía, ¿qué

cocinar? Se decidió por unos espaguetis a la carbonara, era uno de sus platos favoritos y además le salían de maravilla. Se puso a cocinar, ajeno a lo que en unas horas sucedería.

La familia Sánchez decidió parar a tomar algo en Burgos, llevaban ya unas horas en el coche y necesitaban estirar las piernas. Si hubiera sido por Inma, habrían hecho todo el viaje de continuo, ansiaba poder ver a Lucas. Estos tres días sin él habían sido todo un suplicio.

Pidió un café bien cargado y se lo tomó casi sin respirar. Quería continuar la marcha lo antes posible, pero sus padres no estaban por la labor, necesitaban descansar un poco y estirar las piernas.

—Inma, estate quieta, me estás poniendo nerviosa —le regañó su madre al ver el chocar de sus tacones en el suelo.

—¿Podemos irnos ya?

—Hija, diez minutos arriba o abajo no nos llevarán a ninguna parte. Tu padre necesita descansar, aún está convaleciente.

—Pues que vaya durmiendo en el coche, así descansa —comentó exasperada.

Sus padres no contestaron, sabían que cuando estaba nerviosa o enfadada se exaltaba demasiado y decía cosas que no sentía, ese era su carácter, aunque también debía aprender a controlarlo, pues la situación en la que se encontraban era solo y absolutamente producto de su temperamento.

—Hija, sé que quieres ver a Lucas, pero piensa antes de decir las cosas. Ese carácter temperamental nos ha llevado a esta situación y a otras muchas que ya conocemos del pasado —expuso Carlos, que también tenía lo suyo.

—Tienes razón, papá. Lo siento, estoy muy nerviosa.

—Lo sabemos hija, pero nada vas a arreglar poniéndote de esa forma, relájate y disfruta del camino.

María finalizó su refresco, Carlos concluyó su café y pusieron de nuevo rumbo a Bárcena Mayor, donde todos esperaban se encontrara Lucas.

Aún tenían dos horas por delante, por lo que Inma decidió recostarse en los asientos traseros del coche de su madre y, con el

traqueteo del coche, consiguió quedarse dormida.

—Esperemos que Lucas esté allí y quiera verla —expuso María con pesar.

—Le haré entrar en razón.

—Carlos, no quiero que intervengas, deja que hablen sus cosas entre ellos, te conozco y al final solo vas a empeorar la situación si te metes. —María no quería que su marido echara más leña al fuego.

—Lucas no se merece a nuestra hija.

—No estoy de acuerdo contigo. Él quizás se haya equivocado marchándose sin afrontar los hechos de una manera civilizada, pero lo que salió por la boca de tu hija, no fueron rosas precisamente.

—Te haré caso esta vez... —concluyó resignado, sabiendo que María tenía toda la razón.

Las dos horas se le hicieron eternas a Carlos, que hacía mucho tiempo que no viajaba como copiloto.

—Estoy deseando llegar, que pesadez de viaje.

—Lo dices porque no conduces, pero estamos en igualdad de condiciones; sabes que lo mío no es el coche, aunque no me quede más remedio.

Cuando vieron el cartel de cinco kilómetros ambos resoplaron de alegría. Estaban a punto de llegar al destino y, pese a que ninguno conocía la casa, ya preguntarían a algún paisano.

En ese momento, Inma se despertó y, al vislumbrar el cartel, su cara dibujó una tenue sonrisa de alegría. Aunque los nervios comenzaron a apoderarse de todo su ser.

Al llegar al pueblo, tuvieron que estacionar el coche en un aparcamiento, pero enseguida distinguieron el coche de Lucas y fue entonces cuando Inma suspiró aliviada. Al menos no habían hecho el viaje en vano.

Se adentraron en el pueblo y fueron a preguntar a alguna tienda, pero nadie sabía de él ni conocía a Lucas, hasta que llegaron al bar donde había desayunado esos días y el dueño supo darles la indicación que necesitaban para llegar hasta su casa.

Capítulo 22

Lucas estaba terminando de preparar la comida cuando sonó el timbre, no esperaba a nadie, pero se imaginó que sería algún vecino. Al ver a Inma apostada en la puerta, su cuerpo se estremeció. Tenía una mezcla de sensaciones agrisadas. Por un lado estaba deseando estrecharla entre sus brazos, pero el otro acababa de desbaratar todos sus planes.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó después de unos minutos solo mirándose.

—Venir a aclarar las cosas, puesto que tú parece que no quieras saber ya nada de mí.

—¡Chicos, nada de reproches! Vamos a entrar, que huele de maravilla —dijo María, empujando a su hija y haciéndose un hueco para entrar en la casa.

Carlos la siguió, le prodigó una mirada asesina, pero no dijo nada.

—¡Pasad, estáis invitados! —dijo con sorna.

Hizo una reverencia para que pasara Inma y esta lo hizo con cara de enfado. María no dejaba de observar la casa mientras que Carlos se había sentado en uno de los sillones favoritos de su abuelo.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó después de que el silencio se hubiera apoderado de la casa.

—Conocía la existencia de esta casa, pero ha sido Inma, recordando la foto que tienes en tu apartamento, quien ha dado con tu paradero. Hijo, ¿por qué huiste? Reconozco que este lugar es de ensueño para relajarse y desconectar, pero no me gusta la gente que no afronta sus problemas.

—Puesto que parece que os vais a quedar a comer, voy a preparar más comida —indicó molesto por las palabras de Carlos.

Inma lo siguió en silencio hasta la cocina y le interceptó antes de que abriera la nevera.

—¿No tienes nada que decirme? —le preguntó molesta.

—Inma, ya te lo dije en la carta, quizás no fue la mejor manera de hacerlo, pero no quiero seguir con esta relación, no cuando sé que al final no tendremos un futuro juntos.

—¡Eso no lo sabes! Pero como parece que ya has decidido por los dos, te devuelvo esto —dijo quitándose el anillo con rabia y dejándolo en la encimera.

Ese gesto hizo que el corazón de Lucas se rompiera en mil pedazos, no entendía por qué. Era algo que él había provocado, pero el simple hecho de que se deshiciera del anillo de compromiso le dolió más que cualquier otra cosa.

Inma salió de la cocina y se dirigió a la puerta de la calle, necesitaba respirar aire puro, se ahogaba al volver a verlo y no conseguir su objetivo.

Carlos iba a salir tras ella, pero María lo detuvo. Si alguien tenía que hacerlo, ese era Lucas.

Ella se sentó en un banco que había cerca de su casa y dejó que toda la rabia contenida saliese convertida en lágrimas.

Lucas estaba aún paralizado por lo sucedido, pero respiró hondo y salió tras ella. María le hizo un gesto indicándole su paradero y corrió a su encuentro.

Se sentó a su lado, le tomó la mano y volvió a ponerle el anillo de compromiso.

—Yo te quiero, Inma. Más que a mi vida; pero tienes que entender que esta relación no es fácil y, hasta que uno de los dos esté dispuesto a sacrificar sin reproches su trabajo, no tendremos un futuro juntos.

Inma tragó saliva, lo que iba a decir le dolía mucho, pero era lo correcto.

—Lo sé, y por eso, desde que te fuiste de mi casa, lo he estado pensando y he llegado a la conclusión de que ni toda la fama ni el mejor de los desfiles me compensa si no estás a mi lado; voy a quedarme en Madrid, como inicialmente dije, pero hasta que pueda asentarme definitivamente tendrán que pasar algunos meses. Tendré que estar en Nueva York para dejar zanjados todos los trabajos que tengo pendientes. ¿Estás dispuesto a esperarme ese tiempo?

—Lo estoy —contestó sin pensar—. El tiempo que haga falta con tal de ser feliz a tu lado.

Se fundieron en un tierno abrazo precedido de miles de besos necesitados. Se habían echado de menos, pero no se habían dado cuenta de cuánto hasta que se besaron.

—Te quiero, Lucas. Ahora será mejor que regresemos a casa, antes de que mi padre venga a buscarte para echarte la reprimenda. Está enfadado contigo, no por mí, sino por dejar tu trabajo.

—Hice lo que tenía que hacer...

—No fue una decisión acertada, pero mi padre rompió la carta de dimisión. Aún eres policía.

Se levantaron del banco y regresaron a su casa agarrados de la mano. La sonrisa de María lo decía todo, mientras que Carlos seguía con su mirada inescrutable.

Ambos se dirigieron a la cocina para terminar de cocer la pasta y, en un santiamén, prepararon los espaguetis y la carne que aún no había congelado para comer los cuatro.

—Una casa encantadora —dijo María para aliviar la tensión que había entre Carlos y Lucas.

—Gracias, necesita unas reformas, pero es un lugar que me trae muy buenos recuerdos, la verdad.

—¿Podríamos quedarnos unos días? Ya que hemos venido hasta aquí, me gustaría conocer la zona, me parece que es preciosa.

—Lo es, sin duda —contestó Lucas mirando a Inma, que hizo un gesto elevando sus hombros como de no saber nada.

—Por mí no hay problema, me vendrá bien una mano para reparar esta casa, ¿no crees Carlos? —le preguntó para que dijera algo.

—Lucas, vas a volver a comisaría, ¿verdad? —inquirió muy serio.

—Sí, tranquilo, pero aún tengo los días de vacaciones del viaje a Nueva York, y me gustaría pasarlos aquí.

—Por mí no hay problema, pero te espera una buena charla cuando estas dos mujeres se vayan a fregar los platos.

—No empecemos Carlos, ni la reprimenda ni lo de fregar, aquí todos tenemos manos, que yo sepa —le reprendió su mujer.

Comenzaron una pequeña discusión que no pasó a mucho más de un par de reproches y varias miradas asesinas.

Finalizaron la comida y fueron Inma y Lucas quienes recogieron y fregaron los platos.

—Es un lugar precioso —expuso Inma mirando por la ventana de la cocina.

—Sí que lo es, no tenía un recuerdo tan estupendo, pero cuando llegué todo mi mundo se calmó.

—¿Cambiarías este lugar por mí? —preguntó ella.

—Sin duda —contestó enseñándole la lengua y estrechándola entre sus brazos—. Sabes que no lo haría, pero tenemos que venir con más asiduidad, es un lugar lleno de paz.

Ambos se fundieron de nuevo en un abrazo, esta vez cargado de deseo contenido. Pero decidieron separarse, no era el momento ni el lugar.

Tras pasear toda la tarde por la reserva natural, regresaron a casa. María se encargó de la cena y los cuatro, después de hablar de cómo sería su vida a partir de ahora, se acostaron temprano.

El tiempo pasó muy rápido estando en Bárcena Mayor. Todos los días, Lucas madrugaba y se iba a dar un paseo en bici, mientras Inma salía y dibujaba, inspirada por la ausencia del bullicio de la ciudad y de lo agotador que podía resultar.

Llegó el momento de irse de ese precioso paraje que sin duda les había venido bien a todos. Carlos y Lucas habían limado asperezas reparando un poco algunas cosas viejas de la casa; Inma, pese a estar de vacaciones, había trabajado con mucha facilidad y creado nuevos diseños, a cuál más interesante. María había desconectado de la ciudad y estaba lista para volver a su trabajo.

Todos, a su manera, habían disfrutado de su estancia en ese precioso pueblo, por eso el momento de marchar fue bastante duro. Debían volver a la realidad de sus vidas. Para Inma, tocaba unos

meses muy agotadores entre Madrid y Nueva York. Lucas volvería a su vida, pero echando de menos a su prometida. María regresaba a su trabajo y Carlos tenía que continuar la rehabilitación.

Inma decidió ir en el coche de Lucas mientras María conducía su coche acompañada por su marido. Pararon en dos ocasiones a tomar algo y a comer.

Era domingo y a la entrada de Madrid ya se había preparado el atasco, como era costumbre. Inma comenzó a desesperarse, no le gustaba nada esperar y quería pasar su última noche con Lucas, pues cogía el avión al día siguiente.

—Odio los atascos.

—Aquí en Madrid es normal, solo hay que tener paciencia.

—Sabes que no es una de mis virtudes. No quiero pasarme toda la tarde aquí, aún quiero hacer muchas cosas contigo.

—Te voy a echar de menos —dijo este apenado.

—Yo también, pero podemos hablar por FaceTime o por Skype. Además vendré dentro de quince días. El tiempo pasa muy deprisa.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Estos días han sido los mejores de mi vida. He podido disfrutar de la naturaleza, de mis escapadas en bici y de mi chica. Además de estar al lado de tus padres.

—Ha sido fantástico, sin duda. Hay que repetirlo.

—¡Por supuesto!

Después de casi dos horas llegaron al piso de Lucas; en cuanto entraron por la puerta y dejaron las maletas, comenzaron a besarse. Se deseaban y sabían que, hasta después quince días, no volverían a compartir de nuevo esos momentos desenfundados.

Poco a poco se fueron despojando de sus ropas en dirección al dormitorio, donde Lucas tumbó a Inma y la observó en ropa interior, recordando la noche que la conoció. Su sonrisa lujuriosa hizo estremecer a Inma.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—En el día en que te conocí y te desnudé. Ese día llevabas una ropa interior muy parecida a la de ahora y me dejaste sin palabras. Eras la viva imagen del erotismo.

—Siempre he sabido elegir con elegancia mi ropa interior — dijo lasciva.

—Desde luego, eres muy elegante vistiendo, se nota que eres diseñadora, y en lo que se refiere a la ropa interior, el sùmmum del placer.

Se puso a cuatro patas y se acercó a Lucas como una gata en celo, lo besó y devoró sus labios excitada. Sus palabras, unidas a las ganas que tenía de compartir con él esos momentos de pasión, hicieron que se volviera desinhibida y juguetona.

Comenzaron a tentarse, a acariciarse con tanto deseo que ambos pensaban que iban a estallar del calor que recorría sus cuerpos. Lucas terminó de quitarle toda su ropa y la observó, era preciosa y era suya.

—¿A qué esperas hombretón? —le preguntó Inma mientras él seguía observándola.

—Estoy deleitándome con lo hermosa que es mi prometida.

—Me estoy quedando fría...

—¡Mmm! Eso tiene fácil arreglo...

Sin mediar palabra, él comenzó a besarla los pies, después ascendió lentamente por sus piernas, continuó por sus muslos, los abrió despacio y besó su pubis depilado. Ella tembló al notar cómo lo besaba, pero ascendió sin dedicarle los cuidados que Inma esperaba en esos momentos. Siguió ascendiendo con su ronda de besos sensuales hasta sus pechos, devoró sus pezones, succionándolos, y después subió hasta su cuello, el cual lamió despacio hasta llegar a su oreja. Ella apenas podía respirar, sus jadeos eran casi gemidos, estaba totalmente excitada, lo que él provocaba en su cuerpo era tan fuerte que estaba a punto de llegar al orgasmo si seguía así.

—Lucas, por favor, te necesito...

—Solo te estoy calentando... Hace un momento decías que tenías frío —expuso con picardía.

—Créeme, si continúas así, voy a estallar como un volcán en erupción.

Al final se apiadó de ella, se tumbó encima, con cuidado de no aplastarla, y la penetró despacio; no pensaba ceder del todo, sabía

que a ella le gustaba el sexo duro, pero hoy quería ser cariñoso, sensual, iban a estar quince días sin verse, sin estar unidos tan intensamente, quería que fuera especial y que quedara marcado durante ese tiempo en su memoria. Ella le instó a que aumentara sus embestidas, pero él se mecía despacio, deleitándose con cada movimiento de sus caderas, con parsimonia y viendo cómo ella se enfadaba al no conseguir lo que pretendía.

—Lucas... —gruñó.

—Cariño... Vamos a estar separados quince días, déjame permanecer dentro de ti durante más tiempo, no quieras terminar las cosas sin haberme deleitado como es debido.

Ella al final cedió, aunque no muy satisfecha. Estaba muy excitada, quería llegar al clímax cuanto antes. Él continuó moviéndose despacio, aunque poco a poco fue aumentando sus acometidas al ver que su prometida comenzaba a desesperarse, apoderándose de sus labios para acallar sus quejas. Las manos de Inma arañaban la espalda de Lucas en señal de desaprobación, pero él seguía dominando la situación sin molestarse ni lo más mínimo en lo que ella pudiera querer. Estaba desesperada, su cuerpo parecía no llegar nunca al éxtasis y, cuando parecía alcanzarlo, Lucas disminuía un poco las embestidas, haciendo que de nuevo esa corriente se frenara.

Desesperada por alcanzar el orgasmo, le mordió el labio inferior, él sintió el sabor metálico de la sangre y decidió que era el momento de dejarse llevar y darle a su chica lo que tanto ansiaba; aumentó las embestidas, tanto que ambos llegaron al clímax juntos jadeando de placer.

Cuando ambos se calmaron, se ducharon tras miles de caricias y deseo contenido. Inma estaba exhausta, se vistió y se tumbó un rato mientras Lucas preparaba la cena. Solomillo al roquefort. Cuando finalizó, ella se había quedado dormida.

La observó por un momento, iba a despertarla, pero decidió dejarla dormir. Le esperaba un duro viaje y quince días frenéticos en Nueva York.

Se sentó a la mesa de la cocina y degustó la cena, solo. Tras finalizar y recoger, se tumbó a su lado, aspirando su dulce olor y

quedándose profundamente dormido.

Capítulo 23

Al despertar, tras el sonido del despertador, Lucas maldijo en silencio. No le apetecía nada regresar a su trabajo. Era la primera vez que le pasaba, deseaba pasar el resto del día hasta que Inma se fuera a Nueva York a su lado.

Se levantó como un resorte, se vistió y se hizo un café. Cuando estaba preparado, la acarició la mejilla con su nariz para despertarla.

—Inma, tengo que irme a trabajar.

—De acuerdo —contestó adormilada.

—Te quiero, que tengas un buen vuelo.

—Yo también te quiero. Te avisaré en cuanto llegue a Nueva York.

Se fundieron en un emotivo beso y Lucas acarició su mejilla con ternura, se acercó a su cuello, intentando aspirar su aroma para que permaneciera en su memoria.

Inma le agarró de la mano y se la besó.

—Te voy a echar de menos —dijo melancólica.

—Yo también, cariño. Me voy. Hablamos.

No quería irse, pero el deber llamaba. Tenía que ponerse al día. Con la ausencia de Carlos, él era quien dirigía la comisaría.

Se montó en la moto y se marchó hasta el trabajo. Allí le esperaba un día agotador, que agradeció para no pensar tanto en lo que le aguardaba cuando llegara a casa, la soledad.

Inma intentó conciliar el sueño, pero no pudo. Parte de ella quería quedarse, pero sabía que cuanto antes zanjara los asuntos en Nueva York, antes regresaría a Madrid.

Se vistió y desayunó. Recogió algunas de sus cosas y se fue hasta la casa de sus padres en taxi. Aún le quedaban unas horas para tomar el avión, quería despedirse de ellos y pasar un poco de tiempo a su lado.

El taxi le dejó en la puerta, llamó y María fue quien abrió. Hasta dentro de una semana no se reincorporaba al trabajo.

—Cariño, que alegría verte antes de irte.

—Lo mismo digo, mamá. Quería pasar a despedirme y tengo unas horas, así las pasaré junto a vosotros. Lucas se ha ido a trabajar.

—Tu padre está en rehabilitación, así es que tenemos un rato hasta que regrese para hablar de lo que queramos sin que nos dé su opinión.

Ambas rieron por el comentario. Charlaron y se abrazaron varias veces. Inma quería a su madre, pero sobre todo su estancia en Madrid le había descubierto que su era una gran amiga y confidente.

Carlos llegó casi cuando su hija tenía que marcharse, estuvieron juntos quince minutos. María insistió en acompañarla hasta el aeropuerto, pero ella al final les convenció.

Llegó al mostrador donde tenía que embarcar y, tras realizar las gestiones oportunas, pasó a la zona de embarque, se sentó y se tomó un café. Cogió el teléfono y decidió mandarle un mensaje a Lucas. Sabía que estaba trabajando, pero necesitaba decirle lo mucho que lo quería.

«Lucas, aunque sé que estarás ocupado, quería decirte que ya estoy esperando para que salga mi avión. Te quiero mucho, te avisaré cuando llegue».

Lo envió y comenzó a revisar su correo electrónico hasta que el sonido de un mensaje de entrada le avisó. De inmediato lo abrió.

«Yo también te quiero, con todo mi corazón; el día pinta agotador, pero al menos estaré distraído y no pensaré en lo mucho que te voy a echar de menos esta noche».

Inma leyó una y otra vez el mensaje de Lucas, estaba triste, esperaba que pudieran adaptarse a estar separados. Porque los días en los que estuvieron enfadados habían sido un infierno.

La hora de embarcar llegó. Nerviosa, se subió al avión, se acomodó en su asiento y, una vez hubieron despegado, se puso a escuchar música, hasta que el sueño la venció y se quedó plácidamente dormida.

Cuando Lucas llegaba a casa eran casi las diez de la noche y aún no tenía noticias de Inma, pero estaba seguro de que en una

hora aproximadamente aterrizaría.

Se dio una ducha, más larga de lo habitual, para calmar su cansancio. Se puso el pijama y se preparó algo rápido.

Decidió tumbarse a esperar la llamada de Inma, pero poco a poco el agotador día fue pasando factura y se sumió en un profundo sueño.

El sonido de *Walk of life* de Dire Straits lo despertó de repente. Miró el reloj, eran las once y media de la noche. Cogió el móvil de la mesilla y la preciosa cara de Inma aparecía en la pantalla.

—Hola, cariño, ¿ya has llegado? —le preguntó.

—Sí, ya estoy en casa. Mauro ha venido a buscarme. He preferido llamarte al llegar, espero que no te moleste.

—No, tranquila. Mientras esperaba he echado una cabezada —rio Lucas.

—Has hecho muy bien, yo me he dormido en el avión y lo he agradecido, así no he pensado en mi prometido.

—Vaya, ¿no has soñado tórridamente conmigo?

—No lo recuerdo, pero espero no haberle dado la noche a mi compañera de vuelo —expuso Inma.

Ambos rieron y permanecieron charlando al menos una hora. Después, Lucas decidió intentar conciliar de nuevo el sueño.

Su olor estaba aún impregnado en las sábanas. Se agarró a la almohada, aspirando su aroma, añorándola y, después de varias horas, consiguió quedarse dormido.

Inma quiso ponerse a trabajar en casa para evitar pensar en Lucas, aunque su mente le jugaba malas pasadas recordando la noche anterior que habían pasado.

Necesitaba centrarse, si no estaría perdida. Por lo que puso un poco de música clásica, para no distraerse con la letra, y al final consiguió sacar algo de trabajo adelante.

Cenó con Mauro contándole el maravilloso reencuentro y detallándole todas las maravillas de Bárcena Mayor. Le prometió que, cuando regresaran a España, visitarían dicho lugar.

Los días fueron pasando, para ambos agotadores, aunque agradecidos de tener poco tiempo para pensar el uno en el otro.

Todas las noches Lucas hablaba durante al menos una hora con Inma por FaceTime, la echaba tanto de menos que a veces pensaba en dejarlo todo e ir a buscarla. Pero la cordura después volvía a su mente y sabía que tenía que esperar, que pronto ella regresaría, solo serían unos días, aunque después se volvería a ir.

Iban a pasar unos meses duros, sobre todo para Inma, de aquí para allá, pero tenía tantos frentes abiertos que a sus días les faltaban horas.

Mauro, por su parte, ayudaba en todo lo que podía a su amiga, pero eran tantos los encargos que tenían que sabía que pronto tendría que ampliar el negocio contratando a más personal cuando ella se fuera. Sería complicado que Mauro se encargara de todo. Él tenía un buen trato con el cliente, pero en lo que se refería a diseñar no tenía ni idea. Por ello, antes de regresar a España, Inma decidió buscar a alguien que le ayudara con los diseños; sabía bien lo que buscaba, quería dar una oportunidad a alguna chica o chico que acabara sus estudios de diseño. Alguien que empezara desde abajo y quién sabe, quizás siguiera sus mismos pasos.

Se puso en contacto con el *Fashion Institute of Technology* de Nueva York, los cuales le proporcionaron varios contactos; se trataba de dos chicas y un chico que habían destacado y estaban a punto de finalizar sus estudios.

El día antes de regresar a Madrid, Mauro le concertó una cita con cada uno de ellos. No entendía por qué estaba tan nerviosa cuando era ella la que debía mostrarse serena, pero se acordaba de que no hacía tanto tiempo ella había pasado por lo mismo.

En primer lugar entrevistó a una chica llamada Kiara; su primera sensación fue estupenda, era muy abierta, con buenas ideas, sobre todo con ganas de trabajar y de aprender.

En segundo lugar entrevistó a Scott, un joven con ganas de comerse el mundo y la sensación que le dio fue muy grata.

Por último, Sheryl; era más tímida, aunque se la veía muy buena con sus trabajos presentados como prueba de su audacia. Ahora tenía que tomar una decisión.

Mauro había estado junto a Inma durante todas las entrevistas, pero no sabía por quién decidirse, todos le habían parecido muy

buenos y era difícil elegir.

—Son todos unos grandes candidatos. —Mauro no ayudaba a Inma, pero tenía que tomar una decisión, puesto que a su regreso, tras pasar dos semanas en Madrid, quería tener ya a su lado a esa persona.

—Lo son, me daría pena equivocarme, pero no lo tengo claro; quizás podría escoger a dos, aunque tendremos que estudiar los números.

—Vos no os *preocupéis*, la empresa puede sufragar los gastos hasta para los tres.

Mauro era quien se encargaba de llevar las cuentas, pese a que Inma había estudiado empresariales, siempre había delegado en él.

—¿Crees que los tres no serán demasiados? —Mauro rio, sabía que con el volumen de trabajo que tenían, y cuando Inma se instalara definitivamente en Madrid, necesitarían todo el personal necesario para descargarle de tanto trabajo y horas que ella dedicaba, que casi eran dieciocho al día.

—*Creéme*, cuando vos *estés* en Madrid, necesitaremos esa gente, quiero que os *centrés* en vivir con el boludo de Lucas y que sean muy felices.

—Gracias, Mauro. Encárgate de que el primer día de mi regreso estén los tres para comenzar a enseñarlos.

—Claro, linda. Ahora ve a casa a descansar, mañana *volvés* a ver a tu amor.

—No sabes las ganas que tengo...

—Me lo imagino; además, así aliviarás algunas tensiones de tu cuerpo... —dijo riéndose contagiando a Inma.

En verdad, tenía razón; durante estos quince días había estado irritable y eso se debía a la falta de sexo y, sobre todo, a añorar a su chico.

—Mauro, eres un caso. Sí, me voy ya, no tardes, me apetecería comer hoy contigo.

—Boluda, no os *preocupéis*, en menos de una hora estoy allí.

Inma abandonó el estudio y se dirigió a casa a darse un baño relajante. Se quedó dormida en el hidromasaje soñando con Lucas

hasta que un golpe en el hombro le devolvió a la realidad.

—La comida ya está lista... —dijo Mauro.

—Ahora mismo voy, estaba tan cansada que me he quedado dormida.

—Ya lo he visto, pelotuda, ahora estás arrugada como una pasa.

Comieron algo ligero y pasaron la tarde juntos hasta que llegó la hora de embarcar, emocionada porque iba a ver de nuevo a Lucas después de quince días agotadores.

Lucas se despertó agitado, por fin era el día en el que vería a su amor y tenía todo preparado para sorprenderla. Su vuelo llegaba a las diez menos veinte de la mañana. Se dio una ducha y se preparó para ir a buscarla.

Nervioso, esperó en la terminal cuatro a que apareciera Inma después de anunciar su vuelo. Cuando la vio llegar, sus miradas se encontraron y ambos caminaron despacio, retrasando un poco el abrazo tierno y lleno de sentimiento que se profesaron.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó.

—Cansado y muy largo, pero ahora ya estoy en casa.

Esas palabras llenaron de gozo el corazón de Lucas. Recogieron el equipaje mientras no dejaban de dedicarse miradas y caricias deseosas de algo más.

Se montaron en el coche e Inma comenzó a hablarle del trabajo y del nuevo proyecto que tenía entre manos. A Lucas le hizo mucha ilusión saber que por fin iba a delegar. Eso significaba que su pensamiento de quedarse en Madrid de una manera estable era ya un hecho.

Llegaron a casa; desde la entrada a la habitación, Lucas había puesto un camino de pétalos de rosa y velas. La cama tenía un corazón de pétalos y un bonito peluche con un corazón.

—Lucas, no sé qué decir, esto es precioso.

—Quiero que no te olvides nunca de mí, si tengo que llenarte de flores la casa, lo haré por ti, porque te quiero.

—Te quiero —expuso besándolo.

Sabía que era el hombre de su vida, pero que la sorprendiera así, le llenaba de felicidad.

—Es una pena tener que apartar los pétalos —expuso Inma comenzando a desnudarse lentamente ante la atenta mirada de Lucas que, según iba descubriendo su ropa interior, se iba excitando más.

Llevaba la camiseta de encaje y la misma ropa interior que cuando se conocieron. Inma sabía lo mucho que le gustaba y por eso se había decantado por él.

—¿Me deseas? —le preguntó.

—No sabes cuánto... —susurró totalmente enloquecido por lo que le hacía sentir.

—¡Mmm! Pues entonces será mejor que me hagas tuya cuanto antes, no sea que me arrepienta —comentó lasciva.

Lucas se despojó de toda su ropa y comenzó a quitarle la camiseta de encaje, acariciando el cuerpo de ella con los dedos. Inma pensaba que iba a estallar con cada caricia, no se había dado cuenta de lo mucho que lo había anhelado hasta que volvieron a estar juntos. Solo en ese momento sabía lo que quería, casarse con él y envejecer a su lado.

Lucas quitó despacio la ropa de Inma, sabía que la estaba torturando, pero estaba disfrutando de ese contacto, sintiendo cómo todo su cuerpo se rendía a sus caricias.

Sus cuerpos se anhelaban y, cuando estaban juntos, eran puro fuego; en cuanto Lucas acarició a Inma, ella se excitó; él, por su parte, ya lo estaba en cuanto la había visto en ropa interior, su entrepierna daba fe de ello. Se deshizo del bóxer y con premura la tumbó en la cama. Pero esta vez fue ella la que quiso llevar el mando. Aún recordaba la última vez que se habían acostado e iba hacérselas pagar, o al menos lo intentaría, porque estaba tan excitada que no sabía hasta dónde podía llegar.

—Esta vez yo estaré encima —le dijo con chulería.

—Muy bien, tú mandas entonces —contestó Lucas dejándose llevar. Lo único que quería era estar dentro de ella.

Inma se sentó encima de él. En un primer momento lo besó y descendió besando su torso desnudo hasta su cintura, después

besó su pene y quiso deleitarse con él, pero en el momento en el que comenzó a lamerle, Lucas la cogió en brazos y la penetró.

—Tendrá que ser en otra ocasión, cariño. Ahora estoy muy excitado. Te he echado mucho de menos...

—Está bien, pero yo marcaré el ritmo —expuso ella tajante.

—Claro...

Inma se movía deprisa, ella también estaba encendida, demasiado, nunca antes había hecho el amor en esa postura con Lucas y realmente creer que llevaba el mando la estaba excitando. Y era creer, porque en el momento en el que él perdió la cordura, se incorporó y guió la situación. A Inma no le gustó y le mordió el cuello. Lucas se percató de lo que había hecho y dejó que fuera ella, muy a su pesar, quien continuara manteniendo el ritmo, aunque estuviera al límite de su paciencia.

—¿Ahora entiendes cómo me sentía yo el otro día? —inquirió poderosa.

—Sí —jadeó él con un hilo de voz.

Inma también decidió apiadarse de él, ella también estaba al límite y aceleró sus movimientos, transportándolos a los dos al mayor de los orgasmos hasta ahora compartidos.

Extasiados por lo que acababan de compartir, se quedaron tumbados en la cama, prodigándose miles de caricias y miradas enamoradas.

—Lucas, sé que es muy precipitado, pero cuando me establezca definitivamente en Madrid me gustaría formar una familia.

—¿Me estás diciendo que quieres tener un hijo conmigo? —preguntó asombrado y a la vez encantado por lo que le estaba proponiendo.

—Eso es..., ¿te resulta un problema?

—¿No quieres casarte primero?

—No es imprescindible, pero imagino que lo haremos por mis padres, si a ti te parece bien.

—Te quiero y lo que tú decidas me parecerá bien, incluso lo de formar una familia; solo ansío el momento de que vengas a Madrid de forma definitiva.

—Yo también tengo muchas ganas, pero de momento tendremos que conformarnos —dijo besando sus labios cálidamente.

El teléfono de Inma sonó, eran sus padres; tras charlar un rato con ellos, quedaron todos juntos para comer en su casa y pasar al menos ese día juntos, pese a que Lucas tenía pensado no salir de su piso y poseerla de todas las maneras que se le ocurrían, pero aceptaron la propuesta.

Capítulo 24

De nuevo Inma tenía que regresar a Nueva York, los días habían pasado volando para todos y esta vez estaría casi un mes allí, así lo había decidido con Lucas, pues tenía que enseñar a sus nuevos becarios. Además, quizás así alargara su próxima estancia.

La despedida fue muy emotiva a la vez que dura, sabían que el tiempo pasaba muy deprisa, pero Inma cada vez anhelaba más poder instalarse en Madrid de una manera más estable.

Al llegar a Nueva York, Mauro la fue a buscar. Se tomó la tarde libre tras el largo vuelo, porque al día siguiente le esperaba muchísimo trabajo.

Lucas e Inma habían decidido definitivamente buscar una casa, ya habían visto varias sin ningún resultado, por lo que debían seguir buscando.

María se había ofrecido para buscar también un local para montar su estudio, cercano a su trabajo, que estaba bastante céntrico, para poder establecerse.

Todos estaban poniendo de su parte para que el regreso de Inma fuera para establecerse. Ella se tendría que ocupar de la mudanza.

Al día siguiente, cuando se despertó, estaba pletórica; tener ayudantes y además estudiantes a los que daría una oportunidad de triunfar en el mundo de la moda era para ella algo impensable hacía unos pocos años, pues había pasado por eso mismo. Se vistió de manera sofisticada, desayunó con Mauro y ambos se fueron juntos.

Los tres chicos ya los esperaban eufóricos y nerviosos. Inma los saludó mientras Mauro se encargaba de abrir y les enseñó un poco su estudio. No era lujoso, pero estaba decorado de manera elegante con telas y trajes diseñados por ella.

Durante toda la mañana les enseñó las líneas de diseño que ella realizaba, les pidió ayuda con varios bocetos y les dejó ir a comer para después, por la tarde, enfrentarse a una de sus más exigentes clientas.

Esa clienta era la que más dinero se gastaba en sus diseños, por no hablar de la cantidad de gente que atraía a su taller.

—Inma, cielo, te veo muy bien acompañada.

—Sí, los tres son mis ayudantes, seguro que para tu convención vamos a dar con el vestido perfecto.

Empezó a decir cómo lo quería y enseguida Inma comenzó a dibujar un boceto, el resto de sus becarios hicieron lo mismo. Querían contrastar ideas.

Después de tan solo unos minutos, Inma ya tenía listo el diseño. Los becarios tardaron un poco más, pero cuando ella vio el trabajo que habían hecho sonrió satisfecha. Era bastante semejante al suyo.

—Señora Landon, aquí tiene nuestros cuatro diseños, dígame con cuál se queda.

Después de mirarlos varias veces se decantó por el de Inma, aunque a punto estuvo de hacerlo por el de Sheryl.

—Estos chicos tienen mucho talento —concluyó.

—Lo sé, por eso están aquí. En unos meses viajaré a Madrid y me instalaré de forma definitiva, aunque vendré cada mes. Por eso necesito a los mejores a mi lado —dijo y vio satisfacción en la cara de los chicos.

—Qué lástima que te marches, imagino que has encontrado el amor, menudo pedrusco llevas.

—El amor y la familia, señora Landon. Pero estará en buenas manos, solo llevan un día conmigo y creo que sus diseños son muy buenos.

—Seguro, cielo. Confío en ti.

Una vez se hubo marchado, felicitó como se merecían a sus becarios, los tres habían hecho un buen trabajo el primer día.

Poco a poco, los tres muchachos fueron haciéndose con el control de sus diseños y también con la página web de Inma. Todo parecía ir viento en popa, quizás podría incluso regresar a Madrid antes de lo previsto, pues los muchachos aprendían rápido y tenían muy buenas ideas. Estaban trabajando todos muy duro, pero para Inma merecía la pena pasarse horas y horas con ellos y después

realizar el trabajo. Apenas dormía tres horas, pero necesitaba sacar adelante todo lo que aún tenía pendiente.

El día que le esperaba a Lucas, ni por asomo fue tan bueno. Primero la moto no le arrancó y tuvo que ir a comisaría en coche, con el consiguiente atasco en hora punta. Después, un caso que le estaba volviendo loco y varias detenciones a narcotraficantes; pero sin duda, lo que no se esperaba, fue llegar a casa y encontrarse a Marta sentada en su sofá semidesnuda.

—Cariño, necesito hablar contigo, solo será un momento.

—Marta, ¡¿qué coño haces aquí?! No sé cuántas veces te he dicho que no quiero verte.

Pero esta sacó una pistola y lo apuntó sin temblarle ni un ápice el pulso. Lucas se imaginó que era la que tenía guardada en su estudio, pero juraría que el cajón lo tenía cerrado con llave.

—Mira que eres confiado, no cambiar la cerradura de tu casa cuando un día me dejaste las llaves; lista de mí, me hice una copia, para poder venir siempre que me apeteciera. Además, las pistolas se guardan bajo llave, y la tuya estaba de muy fácil acceso, con esta copia de la llave escondida bajo la mesa. Ahora siéntate a mi lado si no quieres que te meta un tiro en la cabeza. Estoy harta de tus jueguitos con esa perra. ¡Eres mío!

—Marta, baja la pistola y sal de mi casa si no quieres que las cosas empeoren. Tienes una orden de alejamiento, no debes estar aquí.

Lucas intentaba ponerla nerviosa para quitarle el arma o sacar la suya, pues si fuera el caso no le iba a temblar la mano, estaba cansado de esa obsesiva mujer.

—No, no, no. Muy mal Lucas, si quieres jugar, jugaremos.

Y sin mediar palabra, disparó a la pierna de este, que cayó dolorido en medio del salón.

—¡Ves! No miento, esto es solo una advertencia. Ahora vas a hacer lo que yo te diga si no quieres que te pegue un tiro en la cabeza.

—Marta, acabas de empeorar las cosas disparando a un policía.

—Diré que fue en defensa propia, que querías violarme y te robé la pistola.

—Nadie te creerá dado tu historial, ¡estás completamente loca!
—dijo muerto de dolor. Nunca antes había sentido uno tan intenso. Intentó ponerse algo para taponar la herida, pues la bala le había atravesado el muslo y no sabía si tenía orificio de salida.

—Mi padre es un gran abogado, algo se le ocurrirá.

—Tu padre está harto de una loca como tú, él me lo dijo personalmente.

—¡Cállate! Estás estropeándolo todo. Ahora vamos a tapar esa herida y me vas a hacer tuya. Vas a engañar a tu novia y lo vamos a grabar, para que ella pueda verlo después. ¿Qué te parece?

—No pienso hacerlo, así es que si quieres, mátame ahora.

—Si no eres mío, no serás de nadie, que te quede claro. —Le apuntó en la sien.

Lucas ya no sabía qué hacer, estaba intentando entretenerla para idear un plan, pero ella solo hacía que enfurecerse.

—Está bien, ayúdame a levantarme.

—Ni se te ocurra hacerme ninguna jugarreta —expuso Marta.

Lo agarró de la mano para intentar levantarlo y este, en un arranque de ira, la tiró al suelo; un disparo se escapó de la pistola impactando en la pared.

Forcejearon con la pistola en la mano. Ella la agarraba con todas sus fuerzas mientras él intentaba que la soltara golpeándola contra el suelo.

Otro disparo salió impactando en un cristal. Lucas esperaba que al menos algún vecino, alertado por el sonido de las balas, llamara a la policía.

Siguieron forcejeando hasta que Lucas consiguió que soltara la pistola. La cogió rápidamente mientras oían las sirenas de policía acercándose.

—Tendría que matarte, zorra.

—Hazlo, estoy loca por ti y no voy a poder olvidarte nunca —expuso llorando.

—Levántate y ponte de rodillas. Las manos en la nuca.

Marta se resistió y este la golpeó, no muy fuerte, en la cabeza.

—Haz lo que te digo ahora mismo.

Cogió el teléfono y alertó de dónde se producía el tiroteo, mientras ella permanecía semidesnuda arrodillada en el salón de su casa.

Al llegar la policía, por indicación de Lucas, se vistió y fue detenida; a él de inmediato lo trasladaron al hospital en una ambulancia, la bala aún seguía alojada en su muslo. Por el camino, decidió llamar a Carlos, no quería alertar a Inma.

—Carlos, voy de camino al hospital —dijo más relajado tras los calmantes que le habían inyectado.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Me han disparado en la pierna, en mi apartamento. La sicópata de Marta, la mujer que me acosa y pegó a Inma.

—¿La habrán detenido?

—Sí, los chicos se la llevan a comisaría. Necesito que me hagas un favor.

—Dime hijo, lo que quieras.

—Normalmente todas las noches hablo con Inma, pero hoy no voy a poder, no quiero que me vea en este estado ni que lo sepa, es un simple rasguño. Si se entera, cogerá un avión y no quiero que haga eso, quiero que termine su trabajo en Nueva York y que regrese dentro de unas semanas.

—Deberías contárselo, cuando se entere se va a enfadar más. Además, ¿qué quieres que haga yo?

—Puedes decirle que hoy la comisaría entera está con un caso y que me va a ser imposible hablar con ella. Mañana, después de que me saquen la bala y esté mejor, intentaré hablar con ella.

—¿No hay orificio de salida?

—No, la bala ha quedado alojada en el muslo. Eso es lo que me han dicho los sanitarios de la ambulancia.

—¡Está bien! Hablaré con ella y luego María y yo iremos al hospital.

—No hace falta, Carlos, de verdad.

—Hijo, me da lo mismo lo que me digas, vamos a ir.

—Como queráis.

Lucas ingresó y enseguida estaba en quirófano; nada más llegar al hospital tenían que extraerle la baja. Le durmieron de cintura para abajo y escuchó atentamente todas las indicaciones que decían los médicos.

Carlos llamó a su hija quien, al ver quién llamaba, se extrañó.

—Papá, buenas noches para ti, ¿ha pasado algo?

—Nada hija —mintió apenado—, es solo que Lucas está con un operativo muy importante, que estará toda la noche en pie y no puede llamarte, me ha pedido que lo haga por él.

—Gracias, papá. Te quiero. La verdad es que necesitaba hablar con alguien, estoy muy feliz, ¿sabes?

Eso a Carlos le rompió el corazón, tener que mentirle era para él lo más duro después de su reencuentro. Pero entendía los motivos de Lucas, no quería fallarlo, porque tenía razón, si Inma sabía que le había pasado algo, vendría de inmediato y ya había habido demasiadas interrupciones en estos últimos meses en su trabajo.

—Hija, ¿por qué?

—Papá, los becarios son estupendos, no puedo estar más feliz. Están haciendo un trabajo estupendo. Quizás pueda regresar a Madrid antes de tiempo. Tendré que ir una vez al mes para supervisarlos, al menos durante los primeros meses, pero dos o tres días a lo sumo cada vez. Estoy deseando volver a verlos. Os he hecho mucho de menos.

—Y nosotros a ti, hija. —Carlos no pudo contener las lágrimas. Estaba emocionado por las buenas noticias de su hija, pero un poco nervioso por todo lo ocurrido a Lucas.

—Papá, no llores. ¿Pero qué te pasa? Me estás ocultando algo, ¿verdad?

—No, hija, es solo que estoy un poco sensiblero hoy.

—No me mientas, por favor...

Esas palabras derrumbaron a Carlos, tenía que ser sincero con su hija aunque Lucas se enfadara.

—A Lucas le han disparado en la pierna.

—¿¿Qué?! ¿¿Cómo está, papá?! ¿¿Está bien?!

—Cariño, tranquilízate, está bien. Solo ha sido un disparo en el muslo. Su ex, Marta, entró en su apartamento. Aún no sé los detalles, pero él no quería que te lo dijera, porque quiere que sigas con tu trabajo en Nueva York.

—No puedo, tengo que regresar, comprobar que está bien.

—Inma, seguro que todo va a salir bien. Hazme un favor, tranquilízate y, en cuanto salga del quirófano, te llamaré. No se te ocurra venir hasta que no hables conmigo, me hizo prometer que no te lo diría, pero no he podido ocultártelo.

—Papá, no sé si voy a poder esperarme. No quiero volver a pasar otra vez por el mismo suplicio que cuando me avisaron de vuestro accidente.

—Hija, piensa que en un vuelo estarías incomunicada. Además, somos policías, tendrás que acostumbrarte a la incertidumbre en muchos momentos. Es nuestro trabajo.

—Lo sé papá, pero esta vez no ha sido por un caso.

—Hija, no sé qué ha pasado, pero esa chica está desequilibrada, su padre tendría que haber tomado cartas en el asunto. Menos mal que solo tenemos que lamentar un disparo en la pierna, podría haberlo matado.

Inma comenzó a sollozar, no sabía por qué, intentaba ser fuerte, pero estar a tantos kilómetros de distancia no ayudaba nada.

—Inma, cariño, todo va a salir bien. Nos vamos ya para el hospital, te juro que en cuanto sepa algo te llamo.

—Gracias, papá.

Colgó el teléfono y avisó a Mauro, pues ese día habían regresado los dos juntos a casa.

—Linda, ¿qué te pasa?

—A Lucas le han disparado, mi padre dice que está bien, pero tengo que ir a verlo. No creo que pueda soportar la espera de noticias.

—Boluda, si vuestro padre ha dicho que está bien, espere las noticias. Ahora no es el momento para que vos *viajés* de forma precipitada. Tenemos el proyecto de los becarios entre manos.

—Lo sé, pero Lucas es mi vida...

—Lo entiendo, linda... Ve a hacer la maleta. Buscaré un vuelo.

Inma subió a su cuarto, en casa de Lucas tenía ropa de sobra, pero necesitaba algo de ropa de verano, dado que ya se encontraban en julio y la ropa que tenía en España era más bien de invierno. Estuvo más de media hora haciendo la maleta, nerviosa y sin tener noticias de su padre.

Bajó y las noticias de Mauro no eran alentadoras, no había ningún vuelo disponible hasta el día siguiente.

—Mauro, necesito irme.

—Hablaré con mi padre...

—Gracias...

Mientras esperaba noticias que no llegaban, decidió tomarse una tila, estaba atacada de los nervios.

Carlos y María continuaban en la sala de espera sin noticias de Lucas, estaban alterados; no saber nada y no poderle decir nada a Inma los mataba. Sabían que ella estaría buscando un vuelo para volver, la conocían bien, por eso no veían el momento de poder llamarla.

El médico salió media hora después para darles noticias.

—Buenas noches, ¿familiares de Lucas Samaniego?

—Nosotros, somos sus suegros —dijo Carlos porque sabía que, si no, quizás no les darían su pronóstico.

—Lucas está bien, hemos tenido que reparar varias arterias, pero todo está correcto, enseguida lo bajaremos a planta.

—Gracias, doctor.

Rápidamente Carlos cogió el teléfono y llamó a su hija, que contestó de inmediato.

—Papá...

—Hija, todo ha salido bien, ahora vamos a verlo, no hagas nada. Por favor...

—Papá, en una hora salgo en el avión privado de los padres Mauro.

—Inma, Lucas se va a enfadar mucho.

—Me da igual, necesito verlo. No puedo estar a miles de kilómetros sabiendo que pueda necesitar me, para mí él lo es todo, el trabajo no me importa...

—Como quieras, cariño, pero ten cuidado. Mándame la hora a la que llegas para mandarte a alguien a recogerte.

—Ahora mismo te mando un mensaje. Te quiero papá.

—Te quiero, hija.

Colgó el teléfono y fue con María a ver Lucas a la planta donde estaba ingresado.

—Hola, hijo, ¿cómo estás?

—Dolorido pero bien. ¿Habló con Inma?

—Lucas, yo... Lo siento, no he podido mentirle cuando me preguntó si pasaba algo.

—Sabía que no podría, pero tenía que intentarlo.

—Vendrá en el avión privado de los padres de Mauro. Sale en una hora.

—Gracias.

Permanecieron con él toda la noche, tanto María como Carlos. Lucas consiguió quedarse dormido a altas horas de la madrugada y ambos pudieron acostarse un poco en los sillones del hospital.

Inma subió al avión de los padres de Mauro, era la primera vez; era muy lujoso, evidentemente un capricho de Marcelo, que podía sufragar porque tenía una gran cadena de restaurantes muy famosos en Nueva York, Boston y Los Ángeles.

Había hasta una cama, que muy amablemente la tripulación le ofreció para poder dormir y ella agradeció, aunque apenas pudo pegar ojo, estaba muy nerviosa, necesitaba comprobar que Lucas estaba bien. Solo se reprochaba que tenía que haber estado a su lado, tenía que haber dejado su trabajo y haberse quedado. Lo tenía decidido, iba a estar durante todo el tiempo que estuviera convaleciente, tenía todo controlado en Nueva York. Mauro lo supervisaría y ella estaría en contacto. Pero los tres chicos que había contratado eran buenos y era la forma que tenían de hacerse valer, haciéndolos volar libres.

La hora de llegada se le antojó eterna. A las seis de la madrugada llegaba al aeropuerto de Barajas. Roberto fue el encargado de ir a buscarla, según las indicaciones de Carlos.

—Hola, soy Roberto, compañero y amigo de Lucas.

—Encantada, yo soy Inma.

—Lo sé, como para no conocer a la hija del jefe y prometida de Lucas... Además, te vi en varias ocasiones en el hospital.

—Lo siento, seguro que sí, pero estoy muy nerviosa.

—Lucas está bien, créeme. Es muy duro.

—Lo sé, pero hasta que no lo compruebe con mis propios ojos, no estaré tranquila.

—Es comprensible. Vamos. Te llevo hasta el hospital.

—Gracias.

Inma siguió a Roberto; él amablemente cogió su maleta y la metió en su coche, le abrió la puerta como un verdadero caballero, cosa que ella agradeció con una sonrisa, y pusieron rumbo al hospital.

En cuanto llegaron, Inma se bajó rápidamente sin apenas esperarlo. Tenía tantas ganas de verlo que había salido disparada sin saber ni siquiera la habitación.

—¿Sabes dónde está ingresado? —le preguntó Roberto al llegar a su altura.

—No, pero es que estoy desesperada por verlo.

—Un hombre con suerte... —expuso Roberto.

—Yo podría decir lo mismo. Él ha hecho mucho por mi familia y por mí. Ahora, por favor, indícame el camino.

Roberto la acompañó hasta la habitación y, tras tomar aliento, la abrió. Sus padres estaban tumbados en dos sillones y Lucas en la cama, dormido. Soltó el aire contenido, no quería despertarlo, pero se moría por besarlo. Se acercó despacio, sus padres se despertaron y la saludaron con la mano. Ella acarició la cara de Lucas, con su barba de un par de días que lo hacía aún más guapo. Él entreabrió los ojos y, cuando la vio, sus labios se transformaron en una bonita sonrisa.

—¡Estás aquí! —le dijo adormilado.

—Sí, para quedarme a tu lado para siempre —expuso emocionada.

—No, ya ves que estoy bien, ahora tienes que volver, cariño. Tu trabajo es tu vida.

—Mi vida eres tú.

Lucas suspiró por la declaración que acababa de oír, no quería que lo abandonara todo, pero necesitaba estar a su lado, al menos hasta que se recuperara; aunque sabía que después la despedida sería mucho peor.

—Descansa, cariño. Mañana hablamos. Papá, mamá, id a casa, prometo llamaros por la mañana.

—Cariño, ¿estaréis bien? —preguntó María.

—Estaremos bien, descansad. Gracias por quedaros con Lucas hasta mi llegada.

—No ha sido nada, hija —expuso su padre—, somos una familia y él lo hizo por nosotros hace unos meses. Parece que todos teníamos que pasar por el hospital.

—Eso parece...

Se despidió de sus padres con un tierno abrazo y dio dos besos a Roberto bajo la atenta mirada de Lucas, que le hizo un gesto a este para que dejara su mano quieta, pues la había sujetado de la cintura.

—Te quiero, cariño —dijo Lucas—, pero no quería que vinieras, estoy bien.

—Yo también te quiero, pero ¿en qué estabas pensando cuando le pediste eso a mi padre, Lucas?

—No quería preocuparte y que dejaras todo ahora que nos queda muy poco para estar juntos. Así solo estamos atrasando más nuestra vida juntos.

—Ya te he dicho que no voy a volver a irme, al menos por tanto tiempo. Creo que mi empresa está en buenas manos con mis becarios y Mauro. Al principio iré cada mes, pero solo un par de días, a supervisar un poco sus trabajos, pero después alargaré mis visitas; además, esperaré a que te pongas bien, ahora mi prioridad eres tú.

—Inma, no quiero que lo dejes todo por mí.

—No lo dejo, te recuerdo que voy a montar mi empresa aquí, en Madrid; quizás no consiga tanto como lo que he llegado a conseguir en Nueva York, pero eso es lo que menos me importa...

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. Ahora, cuéntame qué es lo que ha pasado.

—La loca de Marta estaba en casa; al parecer un día que le dejé las llaves se hizo una copia. Me conocía bien y sabía dónde tengo el arma de repuesto y la llave del cajón donde la guardo. Estaba en el sofá semidesnuda. Cuando entré, me dijo que me necesitaba, como empecé a discutir con ella sacó la pistola y me disparó —Inma se puso las manos en la cara al imaginarse la situación—. Me amenazó, pero no me amilané, no cuando lo que me pedía iba en contra de la mujer que amo.

—¿Qué era, Lucas? —preguntó Inma tragando el nudo que se le había formado en la garganta.

—Que me acostara con ella, pensaba grabarlo y que te lo enviara. Preferí morir antes de engañarte.

Inma se abalanzó sobre él, ese gesto había demostrado lo mucho que la amaba.

—Gracias, pero no debiste hacerlo, podrías haber muerto y eso nunca te lo hubiera perdonado.

—Lo sé, pero yo no me habría perdonado el haberte engañado.

Se fundieron de nuevo en un fuerte abrazo seguido de miles de dulces besos. Inma se tumbó al lado de Lucas con cuidado de no hacerle daño en su pierna; este pasó su brazo por su cintura y ella acomodó su cabeza encima de su pecho. Las caricias de Lucas en su espalda hicieron que Inma se quedara profundamente dormida. Lucas no consiguió pegar ojo en el resto de noche, pero tenerla a su lado era lo que realmente necesitaba, aunque se lo hubiera negado.

Los días en el hospital fueron un continuo trasiego de compañeros y amigos de Lucas que venían a ver qué tal estaba. Inma no se separó ni un minuto de él. Tenía lo suficiente para asearse en la ducha de su habitación y se negaba incluso a bajar a comer. No pensaba volver a dejarlo, pese a que él le instaba a que lo hiciera.

El día del alta, Carlos se encargó de ir a buscarlos; pese a que aún no estaba activo en el trabajo, ya podía conducir.

Los llevó hasta su piso y les acompañó hasta arriba. Cuando Inma vio el escenario del accidente, que aún nadie había limpiado,

su cuerpo se estremeció.

—Será mejor que os vengáis unos días a casa, hasta que consigáis arreglar este desastre —indicó Carlos.

—Será lo mejor —dijo Inma.

—Dejadme coger algo de ropa al menos.

Lucas, acompañado por Inma, fue indicándole la ropa que quería llevarse y ella se encargó de hacer la maleta, puesto que él iba con las muletas.

Carlos las bajó al coche y fue Inma quien condujo el de Lucas hasta la casa familiar.

—Cariño, eres muy lenta conduciendo, hemos perdido hace un rato a tu padre.

—Lo sé, pero sabes que no me gusta conducir; además, con este coche no me apaño.

—No digas tonterías, es muy parecido al tuyo de Nueva York, es automático y de tamaño serán bastante similares.

—Vale, lo admito, soy muy torpe conduciendo, ¿qué quieres?

—No te enfades —le dijo al ver que ella comenzaba a exaltarse.

—No me gusta conducir...

—Pues durante un tiempo tendrás que hacerlo, creo que yo no voy a poder.

—Lo intentaré, pero seguiré igual de lenta, así es que tendrás que acostumbrarte...

—Lo intentaré... —comentó repitiendo su frase a modo de burla.

Llegaron a casa de sus padres, se instalaron en la habitación de invitados, que constaba de un gran armario y Lucas decidió tumbarse un poco. El hecho de tener que andar con las muletas le cansaba demasiado. Era la primera vez que las usaba.

—Hija, ¿piensas quedarte mucho? —le preguntó su padre mientras tomaban un café.

—Voy a quedarme para siempre. Creo que por una vez en la vida voy a pensar con el corazón y no con la razón. Durante toda mi vida he trabajado duro para conseguir lo que tengo, pero ahora me he dado cuenta de que lo que más deseo es tener una familia, estar

al lado de Lucas, mi trabajo es secundario. Sé que a la larga lo voy a necesitar y no soy una persona que delegue con facilidad, pero lo he hecho y estoy satisfecha, mis becarios son buenos, no van a fallarme, y Mauro tampoco. Así es que hasta que Lucas no esté totalmente curado, no voy a regresar a Nueva York.

—Me alegra oírte hablar así, hija. Porque has madurado mucho; además, estamos encantados de que estés en Madrid y en nuestra casa.

—Lo de vuestra casa es temporal, papá. Necesitamos comenzar nuestra vida sin nada ni nadie que nos cohíba, en esta casa yo no me siento muy tranquila para..., bueno, ya sabes —dijo al ver la cara de su padre.

—Como quieras, cariño. Lucas había estado mirando un par de casas, háblalo con él, quizás podáis ir a verlas.

—Sí, en unos días, cuando esté mejor; ahora el médico le ha dicho que necesita reposo y yo me voy a encargar de que lo cumpla aunque tenga que atarlo a la cama.

Ambos rieron y terminaron de degustar su café. Inma de inmediato subió a la habitación de Lucas, estaba dormido y lo observó durante al menos una hora. Se sentía tan dichosa que por un momento dejó volar su imaginación y comenzó a pensar cómo serían sus hijos, quería al menos dos o tres, no se conformaba con uno. Después cómo sería su vida de casados, seguro que maravillosa. Ambos tenían un gran carácter y estaba segura de que chocarían en muchas ocasiones, pero el amor lo podía todo y, tras una pelea, siempre venía una bonita reconciliación. También elucubró sobre su boda. Sabía que asistirían muchos compañeros y amigos de su padre, también de Lucas. Lo que ella no sabía era a qué tipo de personas invitar a la misma. Algunas de sus clientas se habían convertido en verdaderas amigas, aunque no sabía si vendrían o no. Pero eso lo verían, pues aún no habían decidido nada.

—¿En qué piensas, preciosa? —Inma se asustó de lo concentrada que estaba.

—En nuestra boda.

—¿Tenemos fecha ya? ¡Y yo sin enterarme!, ¿pero en qué país vivo? —se carcajeó.

—No seas tonto, solo pensaba en cómo sería.

—Será estupenda, porque estará la mujer a la que amo, lo demás será secundario.

Inma sonrió y se acercó más a él, lo besó y se tumbó a su lado, acariciándolo con deseo.

—¡Estamos en casa de tus padres! No puedo mancillar su honor.

—Quizás podamos hacer una excepción ahora que vamos a pasar unos días aquí.

—No sé yo... —Lucas seguía riéndose de ella e Inma comenzaba a ponerse furiosa, sabía cómo se había comportado la anterior vez que durmieron en ella.

—Está bien, ahora te has quedado sin sexo —le reprendió.

—No seas boba, cariño, solo estaba bromeando.

—Pues yo no bromeo. Levántate, vamos a bajar al salón con mi padre.

Lucas no se podía creer el poco aguante que tenía su chica y, como no quería que se enfadara más, le hizo caso. Por la noche ya la incitaría para acostarse con ella.

Pasaron toda la tarde con su padre, hasta que María llegó a casa con una gran noticia para Inma.

—Cielo, ya tengo local y te va a encantar. Mira —dijo enseñándole unas fotos y unos planos—, totalmente céntrico y a un precio bastante asequible. El dueño es cliente nuestro. He tenido que mover un poco los hilos para que me bajara el precio, pero está solucionado. No le he dado el sí definitivo hasta que no lo vieras tú.

—¡Me encanta, mamá!

—Pues no se hable más, ahora a decorarlo con gusto, que eso sé que lo harás de maravilla, y al menos ya tenemos algo más fijo. Por cierto Lucas, ¿cómo va lo de la casa?

—Había visto dos que me gustaban, quizás podamos aprovechar estos días para ir a verlas.

—Tú tienes que descansar, iré con mi padre.

—Cariño... —se quejó este—, no voy a estar recluido en casa las veinticuatro horas.

—De momento, solo paseos cortos sin mover mucho la pierna, es lo que te dijo el doctor.

—¡Inma! No me puedes dejar aquí, yo necesito aire.

—Tienes un patio muy grande. —Lucas entendió que se estaba tomando la revancha de lo sucedido en su dormitorio.

—Sí, mamá —le respondió exasperado.

Cenaron juntos y, cuando llegó el momento de acostarse, Inma le ayudó con el pantalón.

—¿Te duele? —dijo acariciando la venda que llevaba en la pierna.

—Justo ahí no.

—¿Dónde? —preguntó inocente.

—Un poquito más arriba —dijo este lascivo.

—Exactamente, ¿dónde? —volvió a inquirir.

Lucas cogió su mano y la posó en su entrepierna.

—Justamente aquí, necesito que me alivies este dolor, cariño.

—No voy a acostarme contigo... —comentó sintiéndose victoriosa.

—¡Mmm! No pensé que tuviera que recurrir a ello, pero te he echado tanto de menos que, si no eres tú quien lo alivia, tendré que ser yo mismo imaginando tus manos recorriendo todo mi pene.

Metió su mano por debajo del calzoncillo y comenzó a acariciarse, gimiendo exageradamente.

—¡Oh sí, nena! Así me gusta.

—Lucas, ¡basta!

—¡Oh nena, así, así! —continuó.

Cogió la mano de Lucas y tiró de ella fuertemente para que la sacara de sus bóxer y fue ella la que introdujo la suya, acariciando con cuidado su glande.

—¿Te has tocado en mi ausencia? —le preguntó.

—No, aunque no creas que no lo he pensado, pero no sería lo mismo —contestó Lucas, que comenzaba a jadear, esta vez excitado por el placer que estaba dándole Inma—. Cariño, necesito estar dentro de ti. Me estás haciendo perder la razón.

—No sé si deberíamos mancillar la casa de mis padres — comentó Inma burlona.

—Creo que nos les importará.

Inma se deshizo de sus ropas, puesto que Lucas estaba tumbado, y también del calzoncillo de este y se sentó a horcajadas encima de él. Sentirlo fue la mejor sensación de todo el día. Ella se movía descarada, desinhibida e incluso susurraba lo mucho que le gustaba hacer el amor con él.

Ambos llegaron al clímax casi al mismo tiempo. Exhaustos, Inma se acostó a su lado, totalmente desnuda y se quedó dormida en sus brazos. Lucas tardó un poco más en poder conciliar el sueño, aún agitado por recordar lo mucho que ambos se amaban, pero al final, el cansancio lo venció y se durmió.

Capítulo 25

Pasadas unas semanas, Inma fue a visitar junto con Carlos y Lucas las casas que había propuesto este. La primera le encantó nada más verla. Era justo lo que había buscado, pero se pasaba del presupuesto que inicialmente estaban dispuestos a gastar. La segunda era más barata, pero en cuanto Inma la vio, supo que no era la casa que buscaba y la desechó en el momento.

—Creo que tendremos que seguir buscando —comentó un poco exasperada.

—Nena, la primera casa te gustaba, podemos quedárnosla.

—Es muy cara...

—Sabes que tengo dinero ahorrado, además venderé mi piso...

—No quiero que la pagues tú solo...

—Cariño, por favor, a mí esto de buscar casa me estresa mucho, si hemos encontrado la casa que te gusta, ¿por qué no quedárnosla?

—Hija, si es por dinero no lo hagáis, nosotros podemos ayudaros.

—No sé, es que me parece que, pese a la crisis, no ha bajado nada el precio y es casi más cara que mi casa de Nueva York.

—Será porque no necesitan venderla. Si realmente necesitaran el dinero, ya la habrían bajado. Pero una persona que tiene esta casa, hija, seguramente no lo necesite. No sé cómo es tu casa de Nueva York, y esto tendremos que solucionarlo tu madre y yo dentro de poco; cuando regreses allí, iremos contigo. Pero hija, hazme caso, si la casa te gusta tanto como creo que lo hace, cómprala y no mires el precio.

—Lo pensaré.

Regresaron al chalé de sus padres. Inma realmente quería esa casa, no tenían que hacer mucha reforma y estaba bastante bien ubicada; a Lucas también le gustó nada más verla e intentaba convencerla.

—Cariño, me he imaginado con nuestros hijos en esa casa, ¿vas a quitarme la ilusión?

—¡Ja! No cuela, es muy cara, Lucas...

—Podemos permitirnosla, y si tú no te decides pronto, quizás otro lo haga.

—Tienes razón, pero yo afrontaré mi parte, quiero que la paguemos a medias...

—No seas infantil, ya salió la vena feminista —le recriminó.

—Habló el machista que no se deja invitar por una mujer...

—Chicos, por favor... haya paz. —Medió Carlos, porque veía que la discusión no iba a acabar bien—. La casa os gusta a los dos, así que mañana mismo hablamos con la inmobiliaria y listo, no hay más que discutir; el dinero no es el problema, así es que despreocuparos de eso y no discutáis.

—Tienes razón, papá —Carlos se quedó un poco sorprendido, en otro momento Inma no le hubiera dado la razón y se alegró de que su hija hubiera cambiado tanto, para mejor.

—Por supuesto, Carlos. Gracias.

Al día siguiente, compraron la casa; hicieron las gestiones oportunas para poder mudarse en cuanto firmaran las escrituras. Los padres de Inma le prestaron el dinero de su parte, hasta que Mauro le comprara la casa de Nueva York.

Todo estaba saliendo bien, a excepción de unos pequeños detalles que Mauro no le había indicado. Una de las becarias se había ido y robado algunos de los diseños de Inma, pero como no quería preocuparla, no le había contado nada, estaba intentando solventarlo directamente él.

Cuando Inma se enteró, casi mata a Mauro por teléfono. Lucas le instó a que fuera a Nueva York, pero ella rechazó la idea, pues Lucas aún tenía que recuperarse.

—Cariño, tienes que ir, estaré bien. Además, seguro que son unos días.

—No, ahora mi principal trabajo es cuidarte.

—Inma, sé que no vas a poder vivir, esto te va a consumir por dentro. Estaré bien, dejaremos la mudanza para cuando regreses, así puedes traerte más cosas, ¿qué te parece?

Al final Inma, alentada por toda la familia, tomó un avión y se dirigió a su casa. Nada más llegar a Nueva York, se fue a hablar con el director del *Fashion Institute of Technology* que, tras pedirle perdón por recomendarle a esa chica, le facilitó su dirección.

Inma se personó en su casa, un lugar de los suburbios que le dio hasta miedo, pero se armó de valor y llamó al timbre. Kiara fue la que abrió la puerta. Al verla se sorprendió.

—Inma, yo... —comenzó dubitativa—, necesitaba el dinero. Mi padre se ha quedado sin trabajo y somos seis de familia.

—¿Y por qué no nos lo dijiste antes de robarnos?

—Me daba vergüenza, pero no he vendido tus diseños... Ten, aquí los tienes.

Inma se apiadó de aquella muchacha, al final no había tenido malas intenciones, solo las de supervivencia.

—Kiara, vamos a hacer una cosa; quiero que vuelvas a trabajar conmigo, pero con una condición: nada de engaños ni manipulaciones, si necesitas dinero, díselo directamente a Mauro, yo le dejaré instrucciones para que te lo vaya adelantando de tu sueldo.

—¿Mi sueldo? —preguntó esta un poco asombrada.

Inma había firmado un convenio con su instituto para solo pagarles el seguro en caso de accidentes, pero los alumnos, como estaban en prácticas, no cobraban nada.

—Sí, mañana mismo os asignaré uno a cada uno, no será muy elevado al principio, pero créeme, os ayudará. Si tú además necesitas un anticipo, te lo daremos y te lo iremos descontando del sueldo mensual, pero por favor, no vuelvas a engañarme. Creo que he sido y soy demasiado honesta con vosotros tres confiando desde el primer momento, solo te pido lo mismo.

—Lo siento, Inma —dijo con lágrimas en los ojos y abrazándose a ella.

—No hay nada que sentir, mañana te quiero trabajando como siempre. Ten —dijo entregándole doscientos dólares—, es todo lo que llevo encima ahora. Si necesitas más, pídeselo a Mauro mañana. No te de vergüenza, yo voy a contárselo a él, es mi mano

derecha y mejor amigo. No te preocupes, tus compañeros no se enterarán de nada que tú no quieras que sepan.

—Gracias, eres una gran persona —concluyó estrechándola entre sus brazos. Ambas se fundieron en un tierno abrazo. Inma pidió un taxi y se marchó enseguida de aquel barrio.

Permaneció un par de días más revisando todo los trabajos propuestos, los nuevos proyectos y sobre todo supervisando el trabajo de sus becarios, que era muy buenos. Cuando Kiara volvió al siguiente día, sus compañeros al principio no la aceptaron, pero ella misma se encargó de contarles la verdad y, como Inma, se apiadaron de ella.

De nuevo Inma tenía que volver a Madrid, cogió un par de maletas para ir llevándose sus pertenencias y se despidió de su amigo Mauro apenada. Le daba lástima dejar toda su vida, pero a la vez, añoraba a Lucas cada vez con más frecuencia.

Lucas terminó de curarse casi cuatro meses después de recibir el balazo. Ya se habían instalado en su nueva casa y tenían en venta su piso, aunque de momento nadie se había interesado por él.

Regresaba de nuevo a su trabajo, donde un Carlos recuperado lo recibía con los brazos abiertos.

Por su parte, Inma había comenzado con su promoción y expansión de su negocio en Madrid; no tenía mucha clientela, casi todas amigas de su madre, pero con eso y con el trabajo que hacía desde Madrid para su sede de Nueva York, conseguía sufragar las horas de trabajo hasta llegar a casa y convivir con Lucas.

Tras muchas charlas, habían fijado la boda; sería la próxima primavera, con tiempo suficiente para que fuera después de la semana de la moda de Nueva York y le diera tiempo a recomponerse de los muchos trabajos que le iban a salir después. Además, no querían demorar más la fecha, habían establecido el mes de mayo.

Después de Navidad, Inma acudió a Nueva York para la primera prueba de su vestido. Mauro fue el encargado, junto con sus becarios, de comenzar a desarrollarlo.

—Vos estarás preciosa, la novia más hermosa que jamás conoceré —decía Mauro cuando estaban comenzando con la prueba de las telas.

—Estoy como un flan, he vestido a varias novias, pero nunca pensé que cuando llegara mi momento iba a estar tan nerviosa.

—Boluda, no os *preocupés*, *tenés* a un hombre maravilloso a tu lado.

—Lo sé, pero aun así esto me pone muy nerviosa. Aún tengo invitados que no han confirmado su asistencia.

—Normal, queda mucho tiempo.

—No creas, el tiempo se pasa volando, hace menos de un año que conozco a Lucas y ya me caso con él, ¿no será muy precipitado?

—En el amor no hay nada precipitado. Los sentimientos mandan.

—Tienes razón, yo lo quiero más que a nada en este mundo, sé que seremos muy felices, además quiero tener hijos pronto.

—Pelotuda, disfruten un poco, no se me pongan a procrear todavía.

Inma rio al escuchar hablar a su amigo. Pero no le haría caso, quería tener hijos y no esperarían demasiado para que pudieran ser más de dos.

Cuando la semana de la moda llegó, Inma estaba nerviosa, era la primera vez que sus padres acudían a un evento tan espectacular, y también Lucas. Y cuando llegó el gran momento, todo salió de maravilla, sus padres estaban muy orgullosos de ver los diseños de su hija desfilando en una de las pasarelas más importantes del mundo. Lucas, por su parte, estaba asombrado de todo lo que se movía en ese desfile y llegaba a comprender por qué, en un momento dado, Inma se planteó su relación, vivir una experiencia así era única.

—Cariño, enhorabuena, tu desfile ha sido espectacular —le dijo este abrazándola.

—Gracias, pensé que todo saldría mal, pero por una vez, desde hace un tiempo, parece que las cosas son favorables.

Enhorabuena mi amor, porque hoy hace un año que nos conocimos, que comenzó, sin nosotros saberlo, nuestro amor.

—Tienes razón, las circunstancias no fueron las mejores para enamorarse, pero nuestros corazones lucharon por ello y al fin lo consiguieron. Te quiero, preciosa.

—Yo también te quiero.

Disfrutaron durante toda la semana del resto de desfiles y de la compañía de Mauro y de sus padres, que fueron presentados debidamente a los padres de Inma.

Quedaba poco menos de un mes para la boda, todos estaban más nerviosos que nunca. Inma ya tenía prácticamente diseñado su vestido, solo le quedaban pequeños retoques. Todo su equipo estaba invitado a la boda. Sabía que Kiara no se lo podía permitir, por eso se encargó de proporcionarles el viaje y un bonito traje que ella misma había diseñado y elaborado en el taller de Inma, para estar a la altura.

Mauro llevaba meses revolucionado y exaltado; regresar a Madrid le hacía recordar cierto encuentro que nadie sabía, ni siquiera su mejor amiga, con Roberto, el mejor amigo de Lucas. Se lo había hecho prometer, que sería un secreto entre ellos, y así lo hizo. Pero volver a verlo le hacía sentir mariposas en el estómago, no sabía si se había enamorado de él, pero a Roberto le gustaban las mujeres, se lo había dejado claro desde que tuvieron el *affaire* y eso a él le cohibía. Además, estaba el tema de la distancia, pero pensaba mantener al menos un nuevo encuentro en la boda de su mejor amiga.

Lucas e Inma seguían con los preparativos, habían decidido prepararse los votos matrimoniales, querían que fuera algo suyo, quizás parecido a lo que se solía decir en todas las bodas, pero a su vez, con su esencia.

Tenían a casi todos los invitados confirmados, serían casi trescientas personas; en un primer momento Lucas tembló ante tal cantidad de gente, pero Inma había comenzado a enumerar su lista de clientela más conocida y no podía dejar a ninguna sin invitar.

Su boda iba a ser muy sonada en Nueva York, pues tras el desfile de la semana de la moda, que había sido todo un éxito para su firma, proporcionándole de nuevo un hueco para el próximo año, muchas revistas de nivel nacional del país se habían hecho eco de la noticia y querían presenciar la misma.

Lucas no quería mucha publicidad, pero entendía que para Inma, en España, le vendría bien, y no se opuso a que hubiera prensa en el día más importante de su vida.

El gran día llegó. Como mandaban los cánones, esa noche Inma y Lucas durmieron separados. Los padrinos iban a ser los padres de Inma, puesto que Lucas no se hablaba con su madre, a la que por supuesto no había invitado a la boda. Ambos estaban emocionados cuando les dieron la noticia.

Lucas estaba en casa preparándose con sus amigos cuando llegó María. Estaba preciosa con un vestido largo mikado, de color azul y tul de manga al codo, un lazo al cuello haciendo juego con su tocado, totalmente diseñado por Inma, según su elección.

El traje de Lucas había sido diseñado por un gran amigo y compañero de Inma de Madrid al que había acudido cuando Lucas comenzó a desesperarse al no encontrar nada adecuado que estuviera a la altura de la situación.

—Lucas, estás guapísimo —dijo ayudándolo a ponerse la pajarita—, mi hija va a quedar encantada al verte.

—Tú también estás preciosa, María; sin duda la madrina más guapa del mundo.

—Gracias, un diseño de tu futura esposa. ¿Estás nervioso?

—Estoy hecho un flan, no pensé que me pondría tan nervioso. Solo es un mero trámite, pero que esté la prensa neoyorquina me da pavor.

—Tranquilízate, todo va a salir bien. Además, creo que cuando veas a la novia, todos tus males se disiparán. Está mal que lo diga yo, porque es mi hija, pero está preciosa y más nerviosa aún que tú. Le hemos tenido que dar una infusión doble de valeriana.

—Estoy deseando verla, seguro que su vestido es espectacular y estará bellísima.

—Hijo, lo está. Al que también hemos tenido que calmar es a Carlos, jamás lo había visto tan alterado por todo. La única que no está nerviosa soy yo, bueno, porque también me he tomado unas valerianas.

Ambos rieron y terminaron de adornar el esmoquin de Lucas con unas bonitas flores que conjuntaban a la perfección con el vestido de su madrina, unas rosas azules.

Suspiró hondo y, agarrado a su madrina, salió por la puerta en dirección a la casa de María y Carlos. Habían decidido celebrar su boda allí, montando una gran carpa, y gracias a que contaban con un inmenso jardín que llevaban meses adornando con flores naturales para que quedase más vistoso.

El coche los llevó hasta la puerta principal; cuando Lucas se apeó, respiró hondo y salió andando. Aún quedaba bastante tiempo y no quería acelerar los preparativos de la celebración.

Saludó a invitados, familiares y amigos de parte de su padre, situándose a la entrada del pasillo que llevaba a un altar que habían instalado en la pequeña cúpula que habían elegido como capilla.

La prensa no dejaba de hacerle fotos y eso le puso un poco más nervioso de lo que ya se encontraba. Pero encontrarse con Mauro suavizó el ambiente.

—Pelotudo, vos se ve impresionante, aunque cuando veás a mi princesa, va a caerse de culo, está bellísima.

—No esperaba menos de mi prometida.

La madre de Inma apareció y dio la indicación a la banda de música para que empezara a tocar. Lo agarró de su mano y comenzaron a pasear por la alfombra con la marcha nupcial hasta llegar a la capilla.

Inma hizo su aparición después de unas niñas tirando pétalos a su paso. Cuando Lucas la vio, todo su cuerpo tembló. Realmente lo que habían dicho María y Mauro era la verdad, estaba espectacular.

Su vestido constaba de dos piezas, la primera un abrigo, totalmente de encaje, color blanco roto, con mangas acampanadas y con una cola tan espectacular que apenas se veía el final. El vestido era estilo princesa, de encaje blanco roto e interior en beige.

Cuerpo de escote corazón con cinturón estrecho de mikado y una gran falda de encaje terminada en hondas. Sin duda un vestido espectacular para una preciosa mujer. El ramo de novia era de rosas blancas y azules, que conjuntaban con los adornos de su pelo, los de la solapa de la chaqueta de Lucas y la de su padre, que portaba elegante un frac negro, camisa blanca y pajarita. Llevaba un semi recogido con el pelo ondulado y unos rizos a los lados de su cara. Un maquillaje suave resaltando sus preciosos ojos verdes azulados.

Paseaba firme del brazo de su padre, aunque por dentro estaba muy nerviosa. Cuando divisó por fin a Lucas, todo su cuerpo tembló. El traje le sentaba de maravilla, estaba guapísimo con una sonrisa especial, dedicada solamente a ella.

Llegaron al altar y Carlos entregó a su hija a Lucas; ambos se agarraron de la mano con gran nerviosismo ante la cantidad de gente que solamente los admiraba a ellos dos.

—Estás preciosa—susurró él.

—Tú estás espectacular —siseó ella.

El cura comenzó la misa hablando del amor, de la unión entre dos personas que se quieren y se respetan. Ellos no separaron en ningún momento sus manos durante toda la ceremonia.

Llegó el momento de sus votos matrimoniales y fue Lucas quien comenzó:

—Mi vida se ha vuelto el centro de la tuya. Nuestras vidas no son nada si no están juntas. Inma, quédate siempre a mi lado, sé mi amiga fiel, mi amante, mi confidente. Yo seré tu compañero incondicional para todos los días de tu vida, por eso me entrego a ti prometiendo serte un esposo fiel, compartir y apoyarte en tus esperanzas, sueños y metas, pero cuando caigas, te levantaré, cuando llores, te confortaré, cuando rías, compartiré contigo tu alegría. Todo lo que soy y todo lo que tengo es tuyo desde este momento hasta la eternidad.

Inma tragó el nudo que se le había formado en la garganta al escuchar las palabras que Lucas le había dedicado, sonaban tan maravillosamente bien que casi eran imposibles. Era su turno, tomó aliento y comenzó:

—Una fatalidad hizo que nuestros destinos se cruzaran; te conocí cuando más te necesitaba, aunque aún no lo supiera. Hemos luchado por este amor desde el principio, superando los obstáculos que se nos han puesto por el camino, por eso sé que nuestro amor no fue casualidad, que este amor que siento por ti, Lucas, tampoco es casual. Aquí y ahora, quiero comprometerme a ser tu compañera fiel, tu amiga incondicional y tu amante eterna. Prometo honrarte y apoyarte durante nuestro caminar juntos. Cuando este se haga difícil, prometo permanecer junto a ti y alentarte para que, a través de nuestra unión, podamos lograr más de lo que podríamos lograr solos. Prometo trabajar nuestro amor y siempre hacer de ti una prioridad en mi vida. Te amo y siempre te amaré, con toda mi alma.

Lucas no podía estar más orgulloso de su casi esposa, las palabras habían sido perfectas, inundando su corazón de amor.

El párroco hizo su alegato final, declarándolos marido y mujer, ambos se besaron con gran pasión frente a la multitud de invitados que aplaudían exaltados de alegría por lo que acababan de vivir.

Ya era un hecho, eran marido y mujer, pero sobre todo, eran felices. Saludaron y se hicieron fotos con la mayoría de los invitados. Lucas estaba un poco agobiado con tanta prensa y con no poder ni disfrutar un minuto a solas desde que había dado el *sí quiero* con su esposa. Sabía que era lo que tenía que ocurrir, pero comenzaba a cansarse.

Después de casi hora y media de posar con familiares y amigos en las pertinentes fotos, intentando disimular el mal humor que ya recorría su cuerpo, les dejaron un poco de intimidad para hacerse las fotos en pareja.

El fotógrafo, amigo de María, había improvisado en una parte del patio un bonito carruaje antiguo con caballos. Después de hacerse las fotos oportunas, cerca también de un gran olivo con el que contaba el jardín, se acercaron a un pequeño lago anexo a la propiedad de Carlos y María. Tuvieron la gran suerte de encontrarse a una pareja de cisnes. Como si alguien los hubieran puesto a propósito, ambos estaban enlazando sus cuellos, cosa que aprovecharon para hacerse unas bonitas fotos con Inma sentada en el regazo de Lucas, apoyados en las piedras que rodeaban el lago.

Disfrutaron mucho de esos momentos, con sus miradas cómplices que decían más de lo que las palabras podían expresar.

Regresaron de nuevo al jardín donde se estaba ofreciendo el cocktail a los invitados. Carlos y María hicieron un brindis por la nueva pareja, a la que acompañaron todos los asistentes, dando paso así al comienzo de la comida situada en otra parte del jardín.

Todo estaba exquisito, pero los novios apenas probaron bocado, estaban exultantes de felicidad y con eso les bastó.

Después del corte de la tarta con un sable propiedad de Lucas de sus años de academia, los padrinos comenzaron a entregar los detalles típicos de boda a la vez que los novios visitaban a sus familiares y amigos para comprobar que todo había sido de su agrado.

Como ninguno de los dos sabía bailar un vals, se decidieron por una canción de Michael Bubl , *Crazy Love*, comenzando su baile abrazados y mirándose con ternura a los ojos ante las miradas de todos los invitados; bailaron dedicándose esa bonita balada de amor.

I can hear her heart beat for a thousand miles
(Puedo escuchar latir su corazón a mil millas)
And the heavens open every time she smiles
(Y el cielo se abre cada vez que sonríe)
And when I come to her that's where I belong
(Y cuándo voy hacia ella, llego a donde yo pertenezco)
Yet I'm running to her like a rivers song
(Estoy corriendo a ella como una canción en los ríos)

...

Finalizaron su precioso baile tras el aplauso de todos los asistentes que se unieron para bailar con ellos. Carlos bail  con su hija mientras María lo hizo con Lucas. Después, Mauro bail  con ella y Lucas la perdió la pista durante un rato que se le antojó eterno.

Durante todo el día estuvieron atendiendo a los invitados, bailando, bebiendo y conversando con ellos.

Estaban exhaustos, solo deseaban continuar su fiesta de manera privada, pero era prácticamente imposible.

Inma vio en un par de ocasiones cómo Roberto y Mauro charlaban bastante melosos y no pudo resistirse a intervenir en la conversación.

—Mi mejor amigo y el mejor amigo de Lucas... —expuso con sorna.

—Sí, estamos hablando, a mí no me gustan los hombres, pero Mauro es un gran conocedor del fútbol y debo reconocer, Inma, que la mujer más bella de la boda se acaba de casar con mi mejor amigo. —En ese momento apareció Lucas agarrando por la cintura a Inma.

—Por supuesto que es la mujer más bella de la boda, es la novia, pero aunque no lo fuera, seguiría brillando sobre todas las demás, y es solo mía.

Se besaron con fervor delante de sus dos amigos, que buscaban algo más de intimidad, dejando a los recién casados solos.

—Te quiero, Inma. Como jamás pensé que amaría a alguien, tengo tantas ganas de que todo esto termine y tenerte en nuestra cama. Voy a hacerte el amor como nunca antes lo hemos hecho, despacio, amándote hasta que todos los poros de nuestro cuerpo rezumen ese amor que ambos nos profesamos.

—Te quiero, Lucas, con todo mi ser. No veo el momento de poder compartir ese momento contigo, que sé que será lo mejor de nuestras vidas.

—En eso te equivocas, lo mejor de nuestras vidas aún está por llegar, créeme.

Esa noche fue la más mágica de todas las que habían pasado hasta ese momento. Lucas se deshizo con cuidado del precioso vestido, desabrochando sus botones y dejándola con un corpiño de encaje palabra de honor y unas braguitas a juego. Un liguero sujetaba sus medias blancas, con unos tacones de infarto que estilizaban aún más su preciosa figura.

Tuvo que tomar aliento ante la imagen que Inma le ofrecía con su cuerpo.

—Pensé que estabas preciosa con el vestido, pero sin duda me equivoqué, así estás despampanante.

—Gracias —dijo un poco nerviosa al sentir el tacto de sus manos en su espalda.

Desabotonó el corpiño, que le costó más de lo que a él le hubiera gustado, bajó lentamente las medias desabrochándolas del ligero y bajó lentamente sus braguitas, dejándola desnuda ante él, que aún seguía totalmente vestido. La asió hacia su cuerpo para que fuera ella quien se deshiciera de su ropa. Primero la pajarita, después la americana y poco a poco, con sus largos dedos, desabrochó su camisa y el pantalón. Lucía unos calzoncillos gris metalizado muy ajustados que hicieron que Inma tuviera que tragar saliva ante la visión de su prominente erección. Se deshizo también de ellos mientras Lucas se quitaba los calcetines y agarraba a su mujer por la cintura. Puso música, del mismo cantante que había abierto el baile de su boda, Michael Bublé. Una para enamorar y, durante horas, se perdieron al deseo de sus cuerpos, haciendo el amor con tanta pasión que parecía que ambos se iban a fundir en un solo ser.

Exhaustos, se abrazaron y se quedaron profundamente dormidos, sabiendo que su nueva vida comenzaba justo en ese momento, una vida que seguramente no sería fácil, pero que ambos afrontarían juntos.

Epílogo

Un año después

Coincidiendo con su primer aniversario, al que solo acudieron los amigos más íntimos y la familia, Lucas e Inma tenían mucho que celebrar. Ella había conseguido hacerse un hueco en la semana de la moda de Madrid, gracias a las noticias que salieron de su boda en las revistas de Nueva York.

Se había hecho famosa entre la sociedad más poderosa de Madrid y había conseguido aumentar su empresa contratando a gente también en esa ciudad. El estudio de Nueva York seguía viento en popa, con sus tres ayudantes, ahora socios, pues había decidido incluirlos en la firma como colaboradores por sus grandes diseños, que eran ya un referente para muchas celebridades del panorama neoyorquino.

Pero sin duda, lo que más tenían que celebrar, es que por fin, tras mucho intentarlo, habían conseguido quedarse embarazados. Esa era la noticia que querían anunciar ante todos sus familiares y amigos.

—Carlos, María, Mauro, sois nuestra familia, por eso, junto con nuestros mejores amigos, os hemos reunido aquí para celebrar nuestro primer aniversario de bodas y para comunicaros que Lucas y yo estamos embarazados; bueno, solo yo —rio esta un poco nerviosa—, pero como si lo estuviéramos los dos, pues él ya ha comenzado a tener algún que otro antojo.

—No digas tonterías, mujer, solo ha sido producto de los nervios —aclaró él ante las risas de todos los asistentes.

—¡Enhorabuena! —exclamaron María y Carlos emocionados. Iban a ser abuelos y sobre todo podrían disfrutar de que aún eran jóvenes para criar y malcriar a su futuro nieto o nieta.

—Pelotudos, mi enhorabuena, soy el tío más feliz de la faz de la tierra. Inma, vos sos como una hermana para mí, lo *sabés*. —Ella asintió—. Este bebé me hará venir más a Madrid, pues no voy a

perderme ni un solo detalle de la vida de mi futuro sobrino. Porque estoy seguro de que será un niño, tan guapo como mi princesa. Aunque con el carácter tan noble de su padre.

Esas palabras llevaban un doble sentido. Inma sospechaba que Roberto y él se estaban viendo a escondidas con cada visita a Madrid de Mauro, que cada vez se hacían más constantes, pero ninguno desmentía nada, aunque tampoco lo afirmaban.

El día transcurrió feliz con la gran noticia, ante una Inma ya revuelta por las náuseas de los primeros meses de embarazo.

Inma se tomó las cosas con más calma, no quería que nada saliera mal en su embarazo, por eso decidió que Kiara viajara a Madrid para hacerse cargo de su filial en España; tenía mucho talento y sabía que lo haría de maravilla. Inma quería llevar un embarazo tranquilo, aunque no lo fue para nada.

Durante los cinco primeros meses estuvo con náuseas, su bebé se negaba a enseñarles su sexo pese a que en las ecografías, que le hacía cada mes su ginecólogo, intentaba por todos los medios que no les diera siempre el culo.

Cuando estaba en su octavo mes de embarazo, con la certeza de que sería un niño y con el nombre decidido, Álvaro, Inma se puso de parto. La noticia le pilló a Lucas en la comisaría, por lo que voló desde allí al hospital para estar con su mujer en ese día tan especial.

El parto fue natural, el bebé pesó dos kilos doscientos; estaba sano pese a haber nacido prematuro. El momento en el que Lucas lo estrechó entre sus brazos fue sin duda uno de esos instantes que uno grababa en su memoria para siempre. Inma lo estrechó entre sus brazos y lloró desconsolada al ver lo pequeño que era.

—Cariño, el doctor ha dicho que está todo bien, ha nacido con tres semanas de antelación, pero porque mi chico tenía prisa por conocer a su preciosa mamá, ¿verdad Álvaro?

Era precioso, sonrosado y con los mismos ojos que su padre, de un gris tan intenso que Inma suspiró; sería sin duda un seductor, como lo había sido él.

Les dieron el alta a los cinco días. Familiares y amigos acudieron a su casa para visitar al pequeño Álvaro y a la reciente

mamá, llenando su casa de flores, bombones y juguetes para el recién nacido.

Todo era alegría en la familia Samaniego Sánchez, el bebé era muy bueno, respetaba las noches, pues las dormía de un tirón, y comía de maravilla; enseguida cogió el peso suficiente para situarse en los más altos percentiles.

Cuando tan solo habían pasado tres meses del nacimiento de Álvaro, un día en el que Lucas no estaba en casa, Inma comenzó a sentirse indispuesta, tenía náuseas y se encontraba mareada. Decidió llamar a su marido, que no tardó en llegar ni una hora abandonando todo lo que estaba haciendo. María y Carlos también acudieron tras la llamada de Lucas. Durante horas estuvo con muchos ardores y vomitando, pensaban que sería un virus estomacal, pero aun así decidieron ir al hospital. Los abuelos se quedaron con el pequeño Álvaro ante la preocupación del malestar de Inma.

Tras esperar en urgencias los resultados de las pruebas realizadas, la pareja se quedó atónita. Inma no tenía nada grave, simplemente que estaba de nuevo embarazada y en ocho meses y medio aproximadamente volvería a ser madre.

FIN

Nota de la autora

Tengo que confesar que esta es la primera historia que empecé a plasmar en mi mente hace ya algo más de tres años pero que, por circunstancias del destino, no terminé en su día y la dejé aparcada para embarcarme con otras nuevas por un tiempo, y la volví a retomar el año pasado. Ha sido un placer volver a recordar la historia de Inma. Sé que hay mucho de mí “yo” principiante en esta historia, pero también hay algo de mi nuevo “yo”. Creo que es una mezcla, la verdad, imagino que lo habréis notado; yo, desde luego, al releerla, sí.

Con esta historia se pone fin a esta saga de tres historias, la de Vera, Bethany e Inma. Espero que los que hayáis tenido el placer de leer todas ellas las hayáis disfrutado, sabéis que siempre escribo desde el corazón y espero haberos transmitido ese rayito de sentimiento que siempre pongo en ellas, si bien es cierto que esta historia es bastante diferente a las otras dos, pero quería que fueran las tres historias de mis tres chicas porque tenían algo en común: las tres eran diseñadoras, de ahí que fuera una saga.

Agradecimientos

Con cada historia que termino hay un sentimiento contradictorio, de felicidad al ver finalizado otro proyecto, pero también un sentimiento de desolación cuando tienes que dejar una parte de ti, de esos personajes que han formado parte de tu vida horas y horas, que han estado en tu cabeza, te han hablado, te han llevado por un camino que a veces no era el que tú querrías, pero que era el indicado, y que solo vuelven cuando tienes que revisar o corregir por otro tiempo limitado a tu vida. Pero es tan grande lo que se siente cuando las personas que leen tus libros te transmiten todo lo que les has hecho sentir, que todo merece la pena. Por eso quiero agradecer a todos los lectores esas palabras de ánimo, de apoyo, de cariño, que día a día nos transmiten, porque nos alientan y nos dan la fuerza necesaria para seguir creando historias, intentando mejorarlas para poder hacerles disfrutar de nuevo con cada una de ellas. Gracias de corazón, lectores, porque sin vosotros, nosotros los escritores no seríamos nadie.

Soy muy pesada y siempre, siempre, agradezco a mi marido, Javi, y a mi hija, Lorena, la paciencia infinita que tienen conmigo, pero es la verdad, la tienen y mucha, porque son tantas las horas que paso frente a mi ordenador que a veces reconozco que no les dedico demasiado tiempo. Mis dos amores, os quiero infinito.

Con esta historia tengo que hacer una mención especial a mi niña Rakel, sin ella, sin su gran apoyo, nunca me hubiera lanzado a escribir, fue ella la que me incitó a intentarlo cuando se lo comenté, la primera que leía mis escritos, me decía que valía la pena seguir y sobre todo que luchara y persiguiera mis sueños; mi niña, te quiero muchísimo, eres una gran amiga y sobre todo mil gracias porque nunca me has fallado en mi vida.

A mi niña Sandra, con la que casi día a día charlamos de todo y de nada (porque así somos nosotras), pero tenemos esas conversaciones que tanto necesitamos, que nos relajan y nos dan esos minutos de desconexión de días duros; te quiero mi niña,

porque siempre tengamos unos minutos para poder intercambiar nuestros puntos de vista.

A mi niña Neus, que tanto me ayuda a promocionar y con el grupo de seguidoras. Gracias, de corazón, sin tu gran ayuda y apoyo día a día no podría haber llegado tan lejos. Te súper quiero.

A mi tocaya, Rosa. Que ya hace también tres años que nos conocimos y que parece que fue ayer y fíjate, una amistad que fue desde el principio inseparable y que así sea por el resto de nuestras vidas amiga, te quiero un montón, gracias por toda tu ayuda y tu apoyo.

A mi niña Susana, gracias por estar a mi lado, por el cariño y tu gran ayuda con todas mis historias. Te quiero infinito amiga.

A mi querida Mónica Agüero, lectora 0 para correcciones, que me presta su gran ayuda y me aconseja en cada historia para que quede lo mejor posible. Mil gracias corazón, eres una gran persona y mejor amiga.

También quiero hacer mención especial a dos personas maravillosas, que ya tienen un huequito en mi corazón: María Giménez y Loli Zamora.

A mis compis de trabajo, que siempre están deseosas de leerme, gracias de corazón chicas, me hacéis sentirme muy importante.

A mi querida vecina Gema, gracias porque eres una gran vecina y sobre todo mejor amiga, gracias a ti todas tus amigas y mucha más gente me ha leído.

A mis familiares y amigos, gracias por la ayuda y apoyo que siempre me dais.

A mis compañeras escritoras, bloggers y al resto de seguidoras, gracias una vez más por confiar en mí con esta historia.

Y por último, pero no por ello menos importante, a ti lector@ que te has decidido por mi historia, gracias por confiar en mí, espero no haberte defraudado con la historia de Inma y Lucas y deseos con ansia leer mi siguiente novela.

Millones de besos.

Rose B. Loren.

Otras novelas de la autora

Algo más que Asia (Junio 2015)

Xenia Velázquez, veinticinco años, diseñadora gráfica en prácticas en la empresa Diseños Cantalapiedra; su vida es monótona lejos de sus raíces y sus amigos.

Mikel Sastre, veintisiete años, veterinario en la tienda de mascotas Happy Pet, con una vida libertina y sin ataduras.

Alexis Poveda, veintiocho años, director ejecutivo en Sweet Dreams. Pasa por una ruptura reciente y no cree en el amor.

El destino hace que Xenia y Mikel se conozcan y entablen amistad, pero un concurso de la radio hará que sus vidas se separen durante unos días y que Xenia conozca a Alexis.

Cinco destinos por descubrir en Asia donde, con unos comienzos más que difíciles, ambos descubrirán la pasión.

Un viaje que termina, una separación y un reencuentro harán que el corazón de Xenia tenga que decidirse entre Alexis o Mikel.



Todo por un beso (Enero 2016)

Zaira ha perdido la esperanza de encontrar el amor de su vida después de algún que otro desengaño amoroso, por lo que piensa que la mejor opción, por el momento, es tener una aventura con su jefe, aunque a veces se lo niegue a su mejor amiga e incluso a ella misma. Pero la fiesta de máscara que su empresa organiza por Navidad, le devolverá la esperanza.

Un beso y un misterioso hombre que con el solo roce de sus labios le provoca un sentimiento más allá de lo experimentado hasta ahora, le harán cambiar de opinión.

Tras pasar la noche buena junto a ese hombre, compartiendo algo más que una cena familiar, Zaira decidirá dar rienda suelta a lo que pueda a llegar a ser esta historia.

Unas vacaciones juntos, un viaje por compartir y un accidente que hará que su relación se vea afectada, ¿pero hasta qué punto?

*¿Te atreves a descubrir la historia de Zaira
y ese beso que lo cambia todo?*



Las mentiras de mi vida (Junio 2016)
Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

¿Y si descubrieras que tu vida está rodeada de mentiras?

Desde el abandono de su madre a los doce años, Claudia sabe lo que es trabajar duro. Marcada por la falta de cariño y desconfianza en el amor, trata de sobrellevar su vida con su hermano menor y su padre, aunque su relación sea difícil.

Un juego de seducción, le llevará a la habitación de un hotel para pasar una noche con un desconocido hasta ahora, Marco.

Todo cambia al día siguiente, pues él, resultará ser el futuro jefe de la empresa para la que trabaja Claudia.

Un chantaje, una entrega de dinero, una oportunidad, un engaño, unas fotos en una revista y un reencuentro.

Claudia descubrirá muchos secretos, tendrá que lidiar con muchas pruebas y algún que otro impedimento para conseguir salvar a su familia.

¿Conseguirán unir sus caminos Marco y Claudia?
¿Marco otra mentira más? ¿Te atreves a sentir?



Hasta que llegaste tú (Julio 2.016) **Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”**

Si disfrutaste con “Las mentiras de mi vida” esta nueva entrega nos cuenta la visión de Marco desde que conoció a Claudia. Cómo comienza su historia de amor, sus sentimientos y vivencias, su pérdida y el ansiado reencuentro.

Marco y Claudia se enfrentarán a todos los problemas y mentiras en las que se basa su vida, afrontando todas las adversidades que el destino les presenta.

Disfrutarás de muchos momentos íntimos, un precioso viaje y la pérdida de un ser querido que hará que la tristeza aflore en la vida de Claudia, pero Marco la compensará queriéndola como solo él lo hace, con una bonita declaración de amor.

Descubrirás nuevos personajes y muchas más experiencias por vivir de esta pareja.

¿Conseguirá Marco que Claudia ceda a sus deseos de formar una familia? ¿Te atreves a sentir?



Me quiero enamorar (Noviembre 2.016)

Vera acaba de finalizar su carrera como una prestigiosa modelo, cotizada en las mejores pasarelas. Sus éxitos profesionales le han llevado a alcanzar una gran fama.

Dispuesta a emprender un nuevo proyecto empresarial lanzándose al diseño de bisutería para una reconocida marca mundial, empezará una nueva vida.

Ha conocido a algunos hombres en su vida, pero ninguno ha sido el indicado; aún no conoce el amor verdadero, pero se muere de ganas por encontrarlo.

Asesorada por su mejor amiga, se apuntará a una empresa de citas, pero el destino le tiene preparado algo diferente. Varios encuentros casuales harán que su corazón empiece a latir con fuerza por Aaron, un fotógrafo que lleva obsesionado con ella desde hace mucho tiempo.

Vera decide dar una oportunidad a esos sentimientos, pero un contratiempo hará que su relación penda de un hilo.

¿Conocerá Vera el amor verdadero?

¿Será Aaron quien atrape su corazón y consiga por fin enamorarla?



Destino, tu corazón (Enero 2.017)

Dicen que el primer amor siempre es verdadero, que deja huella...

Bethany acaba de terminar sus estudios de diseño y aún no sabe qué va a hacer con su vida, pues de momento, con tan solo diecinueve años, está intentando buscar un trabajo para costearse una carrera; pero lo que sí que tiene claro es que está enamorada de James, su vecino, catorce años mayor que ella. Un hombre independiente, liberal y que no cree en las relaciones de pareja.

Sabe que es un sueño inalcanzable, pero los sueños a veces se hacen realidad...

Tras comenzar a trabajar para Vera, una diseñadora de bisutería, la casualidad hace que James sea el mejor amigo de Aaron, el hombre del que su jefa está enamorada y, tras una cena los cuatro juntos, Bethany tendrá un encuentro con James.

Despierta sentimientos en él que nunca antes había experimentado, pero James se niega a dejarse llevar en un primer momento.

Muchos son los obstáculos que hay que vencer para que una noche de pasión pueda llevar al amor, pero el destino a veces es quien dicta las normas y, sin darse cuenta, comienzan a verse con asiduidad, siempre encuentros furtivos, hasta que los padres de Bethany los descubren y todo se complica.

¿Podrán luchar por su amor pese a la diferencia de edad? ¿Será James el primer y único amor de Bethany?

Todo esto y mucho más podrás descubrirlo en Destino, tu corazón.



[1] Escuela de Arte y diseño de moda de Madrid

[2] Ácido etileno diamino tetra acético.